

JESÚS MAESO DE LA TORRE

«Uno de los grandes de la novela histórica de nuestro país.» *Qué leer*



LA DAMA
DE LA CIUDAD
PROHIBIDA



LA DAMA DE LA CIUDAD PROHIBIDA

Jesús Maeso de la Torre



1.ª edición: octubre 2016

© Texto y mapa de guardas: Jesús Maeso de la Torre, 2016

Autor representado por Silvia Bastos, S. L.

Agencia literaria www.silviabastos.com

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-538-8

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Shui, la concubina imperial

El recuerdo de Xiaomei

El Bixia emperador, Yongzheng

En la Pagoda del Sueño Eterno

Muerte en las espesuras de Jehol

La habitación roja

Miao, la Prodigiosa

Dama Elegida

El Templo Azul del Cielo

La máscara de teatro

Confidencias en la Fuente de los Sauces

Los monjes Lanzo

Los «hombres de sabiduría»

La marca «JI»

La Casa de Té de las Cien Lámparas

Dos yuanbaos de oro

Una plegaria a la diosa Mazu

La Casa Dorada

El monje del hábito azafrán

Las salteadoras de Shaanxi

El mensaje del mercader Wuhang

Hacia un sueño perdido

En el corazón del Dragón de Piedra

Zhangye, «la que extiende los brazos»

El Templo de la Luna de Dafosi

Una verdad suprema

La Vieja Cueva de Verano

El asesino de las nueve agujas

Maestro Imperial

El largo invierno de la espera

Nota del autor

Notas

Shui, la concubina imperial

*China Manchú, Tumbas Imperiales del Este.
Año de 1723 de la Era Cristiana. Primero del reinado
del emperador Yongzheng*

A l amanecer había llovido con obstinación y olía a tierra mojada. Celajes grises empapaban los campos amarillos de Zunhua, y una pálida claridad iluminaba el cortejo fúnebre del emperador Kangxi, el Hijo del Cielo, fallecido en el solsticio de invierno.

En el aire flotaban finísimas gotas de una neblina que colgaba a muy baja altura. Hacía frío, pero no nevaba.

Los carruajes de la comitiva donde viajaban los príncipes, la emperatriz, los miembros del Gran Consejo, los esclavos y las esposas que iban a inmolarse junto al cadáver de su señor, y las concubinas de alto rango, habían alcanzado el valle de las Tumbas Imperiales del Este, al cobijo de las montañas de Changrui.

Pero el día era especialmente triste para una de las concubinas que aguantaba las lágrimas en su asiento: LinShui, «Graciosa Agua». A sus dieciocho años no podía creer que su hermana Xiaomei fuera a ser enterrada viva en la tumba real por un maldito capricho del monarca difunto.

Shui, arropada en su capa de marta, no prestaba atención al ceremonial y se agitaba en su desesperación. «Qué candidez la de mi hermana. Se enamoró ciegamente del emperador y ahora se dispone a acompañarlo a la otra vida, truncando la suya —pensó—. Qué locura la suya.»

Algo no encajaba en aquella decisión, y a pesar de haberlo intentado no había podido detenerla en su desvarío. Sus ruegos habían caído en tierra baldía y por eso cuanto rodeaba ahora a Shui resultaba desgarrador. Xiaomei aún no había cumplido los veinte años, e iba a morir inútilmente, dejándola desamparada en un harén que era una jungla de peligros ocultos.

El libro de las leyes de palacio, que se sabía de memoria, consideraba a las concubinas menos que un grano de incienso y temía por su futuro, expuesto sin el amparo de su hermana. Eran el simple sonido de una campana, la luz de un farolillo de papel, un juguete para el placer del emperador que para su desgracia no era usado.

Shui había sido entrenada para sobreponerse a cualquier pesar, pero la angustia la destrozaba. La sumisión era inseparable a su condición de esclava distinguida y no debía mostrar ningún sentimiento en público, pero tenía temor y temblaba. Su alma había caído en un vacío helado y le pesaban sus párpados coloreados de antimonio de tanto llorar.

Pero no había vuelta atrás. Perdía a quien más amaba. Conviviría con el recuerdo en su jaula de oro, y solo tendría el consuelo de Miao, «Prodigiosa», su amiga, una concubina de su misma edad, un alma abnegada, y la única que conocía las angustias de su espíritu.

Xiaomei le había pedido perdón y le había asegurado que había contraído aquella decisión de sepultarse con su señor, Kangxi, solo por amor y sin ser obligada. ¿Pero no serían falsas sus razones de someterse a un crimen ritual y lo que deseaba era morir por algún secreto inconfesable que ocultaba? ¿Había tomado Xiaomei aquella decisión porque temía algo? ¿La habrían obligado?

El fallecido Kangxi, tercer soberano de la dinastía Qing de la raza nómada manchú, había sido un soberano de fuerte carácter que se había enamorado en su vejez perdidamente de Xiaomei, a pesar de poseer medio centenar de bellísimas esposas.

Cuando Kangxi paseaba por palacio se le veía ausente y se mostraba muy distante con los altos funcionarios, con las consortes y las concubinas, a causa de su hijo predilecto, Yinreng, al que había apartado de la sucesión al trono con gran pesar, por sus perversas costumbres y no menos desleales acciones.

Por eso buscó la compañía de la dulce Xiaomei, que alegraba su cansado corazón, y de la que se había enamorado perdidamente. Pasaban juntos largas horas en la Sala de la Armonía que Preserva, ejercitándose en la caligrafía y la pintura.

A veces también filosofaba con la bella concubina de la doctrina de Confucio y de las enseñanzas de Jesucristo, que recibía del jesuita europeo Ferdinand Verbiest, su astrónomo privado, que había sustituido su sotana negra por el hábito budista de color azafranado.

Pero en aquel instante atroz, Shui no comprendía el delirio de su hermana, que prefería morir en la plenitud de su existencia por aquel mustio emperador al que aseguraba haber amado. Xiaomei era una muchacha sensual que conocía como nadie las artes del placer, pero que despreciaba su propia vida. «Claro, nació en el año del Mono, y como él lo altera todo», pensó Shui, quien fue favorecida tras el ascenso de su hermana, obteniendo el rango de *cairen*, cortesana predilecta.

No obstante la muerte del emperador Kangxi, que acababa de cumplir los sesenta y ocho años, y la determinación de Xiaomei de inmolarsse con él, la habían dejado abandonada en la más absoluta de las soledades.

El sonido de una campana taoísta la devolvió a la realidad, hiriendo sus oídos. Centenares de súbditos, con las cabezas inclinadas y los gorros en las manos recibieron el ataúd real en el pórtico del panteón imperial.

Los maestros geománticos del Feng-Shui, arquitectos que se regían por la proporción y el equilibrio, en armonía con el reloj cósmico del firmamento, no podían haber elegido lugar más acorde con la naturaleza para enterrar a sus monarcas. En el lugar reinaba la paz, y se escuchaba el rumor de los manantiales, el piar de los pájaros y el ruido apacible de las ramas de los cerezos y enebros, que casi ocultaban las once tumbas reales.

Un perfume dulzón a orquídeas y jacintos negros oreaba la atmósfera, y LinShui, la dócil y bella Agua, lo aspiró para mitigar su ansiedad. El funeral resultaba de una emotividad conmovedora, pero la joven estaba desolada. Cerca de mil cortesanos encabezaban la procesión fúnebre y más de un centenar de monjes *tao* recitaban los monótonos sutras del Diamante.

Cruzaron el Puente de los Cinco Arcos y se detuvieron ante la Puerta del Favor Eminente, donde

la guardia real, ataviada con yelmos emplumados y armaduras doradas, trasladó a hombros el féretro del emperador Kangxi, cubierto con un manto de seda amarilla, el color imperial, repleto de joyas, lazos escarlata y perlas blancas, signo del luto imperial.

Tras él caminaban la emperatriz viuda Xiaogongren con el cetro en la mano; Xiaojingxián, la primera esposa imperial, las seis consortes principales, las mujeres nobles del harén, los filósofos imperiales y las dos concubinas que habían elegido morir y compartir la vida eterna con él, una de ellas Xiaomei.

Shui no dejaba de mirar el perfil sereno de su hermana y sentía cómo el corazón se le desgarraba convirtiéndose en una piedra gélida. ¿En verdad ella deseaba ofrendarse a su emperador eternamente, aquel rey de rostro flácido, cetrino y aburrido?

No lo entendía, ni buceando en el abismo de su mente.

De repente se detuvo y fijó su mirada en un detalle. ¿Qué significaba aquello? En sus manos, Xiaomei llevaba una máscara de teatro de color rojo, la misma con la que había interpretado su última obra: *Tumultos en el Palacio Celestial*, protagonizada por el Rey Momo, el héroe más popular de China. ¿Era un capricho de Xiaomei? ¿No prescribía el ceremonial que no podía llevar consigo ningún objeto personal?

Sonaban los címbalos y los gongs del *tao* y la recitación de los méritos del emperador proclamados por los monjes, que se mezclaban con el marcial paso de la guardia de honor. Las oriflamas de raso al viento y el llanto de la concurrencia resonaban como un bisbiseo de fondo.

El cortejo cruzó el Camino de los Espíritus, franqueando la Estela de la Tortuga, símbolo de la longevidad, las estatuas de los animales sagrados que espantaban los espíritus y demonios: los camellos, elefantes, *xiechi* —mitad ciervo y mitad vaca—, y otras fieras míticas y las figuras de los Eternos Guardianes.

Cesaron los cantos al alcanzar la Puerta Roja del Dragón y el Fénix del complejo de Jinglin, e lugar elegido para su enterramiento, cuyos bajorrelieves y las Columnas de la Longevidad brillaban con las gotas de agua caída al alba.

Allí concluía la procesión, y solo los que iban a inmolarsse en vida, la emperatriz y el heredero, su cuarto hijo el príncipe Yong, el futuro emperador, podían seguir adelante. Y aquel sagrado rito, que Shui observaba con sus candorosos ojos, servía para satisfacer las necesidades emocionales de un pueblo entristecido por la muerte de su guía, Kangxi, el Hijo del Cielo, y la expresión eterna del orden cósmico que orientaba sus vidas.

El Gran Chambelán recibió el cadáver de rodillas, con la cerviz inclinada y los puños juntos y er alto. Ceremoniosamente se lo entregó a los venerables *taidelos*, los encargados de buscar los enterramientos más propicios y de sepultar a los muertos. Mientras musitaban oraciones atávicas, quemaron ante el cadáver perfumes de hierbas y papeles dorados.

Abrieron luego el portón del mausoleo, y en medio de un silencio religioso, introdujeron el ataúd imperial en el Pabellón Luminoso de los Sacrificios. La sala era una estancia oval repleta de pebeteros de oro que exhalaban incienso de Arabia, y de grotescas imágenes de dragones y de ídolos que espantaban a los genios maléficos. En el interior varios monjes *Lanzo*, anacoretas invidentes cubiertos con túnicas color azafrán, y las temidas *juibas*, las sacerdotisas adivinas de la isla de Da Luqiu, ataviadas con túnicas azules, habían inmolado e incinerado desde el amanecer por el alma del

difunto, y en medio de cantos propiciatorios, diez bueyes, diez ocas del lago Taihu, diez perros, diez corderos, diez garzas y diez cerdos.

En aquel momento, Xiaomei volvió su rostro demacrado, saltándose el protocolo. Y entre las nubes aromáticas, las miradas de las dos hermanas se encontraron en un instante de ternura y de inefable complicidad. La mueca de cariño de su hermana mayor, suave como el pétalo de una rosa, fue como un beso póstumo para Shui, que trataba de mantenerse en pie y no caer desmayada.

Luego escudriñó el entorno con meticulosa curiosidad, como si lamentara huir del mundo de los vivos. ¿Qué tormenta rondaría por su cabeza? De repente una respuesta le llegó rápida como un relámpago y punzante como una puñalada: ¿No parecía que había sido obligada a sacrificarse?

Al poco la figura de Xiaomei, ataviada con un vestido y capa azul celeste, con su pelo recogido con peinillas doradas, y la máscara roja asida con sus largos dedos, se perdió en las oscuridades del Castillo Precioso, de donde partían unas escaleras de pórfido que lo comunicaban con la Mansión Subterránea, el panteón real, tan profundo como un aljibe seco.

Una sensación de vacío inundó a Shui, que no volvería a ver nunca más a su hermana, lo más precioso de su existencia. Era la misma historia de siempre en su vida. La misma versión, aunque con letra distinta: perder a un ser amado de la forma más atroz. Xiaomei abandonaba la *Ti*, la Madre Tierra, para acogerse al benéfico *Tián*, el Padre Cielo. A Shui le dolían los ojos de contener el llanto, hasta que finalmente ese mismo pesar se instaló en su ánimo.

Se decía que la cámara funeraria, donde aguardaría la muerte, la presidía un trono de oro y las Tres Vasijas del Dragón, fabricadas con serpentina y ágatas, que los palatinos llamaban: «Las lámparas eternamente iluminadas.» Cofres y arcas repletas de vestidos de seda, corazas, yelmos, lanzas con plumas de halcón, arcos mongoles, porcelanas, carrillones sonoros de bronce, relojes dorados, pinceles, joyas de plata, jade y oro, licores y arroz caliente, exquisitos manjares y frutas exóticas, llenaban la admirable sala.

Alrededor del sarcófago se habían instalado lechos de caoba, donde se echarían los inmolados en somnoliento acomodo, tras injerir durante dos días un veneno letal e indoloro: el acónito turco. En la lentitud de las horas, el bebedizo obraría su exterminadora función, y el fluido de la vida les abandonaría hasta morir dulcemente.

Y sumidos en el sueño de la muerte, acompañarían durante la eternidad al Pájaro Rojo del Sol, su regio amo.

Con él disfrutarían de las delicias del *Kung-lun*, el paraíso de palacios de jade y ríos floridos, donde reinaba la alegría perenne y le aguardaban los goces de los Cinco Reinos Celestes y las Verdades Absolutas del Tao, las que conducían a la felicidad perdurable. Y enterrados en aquel exuberante jardín, participarían también con los humanos muertos en los ciclos del tiempo.

Los cortesanos aguardaron sin moverse, hasta que pasado un largo rato de espera aparecieron en el dintel los monjes ciegos *Lanzo* y las sacerdotisas *juibas* con sus túnicas tintas en sangre y los cabellos hirsutos, el chambelán de palacio y la entristecida familia imperial. Clausuraron la puerta y al poco se escuchó un estruendo prolongado, como si se hubiera producido un terremoto dentro de la tumba.

Nadie ignoraba lo que ocurría. Se estaba sellando la cripta imperial por un complicado mecanismo de arena, que al escaparse por las troneras, hacía descender grandes bloques de granito,

clausurando para siempre la tumba. Uno tras otro fueron cayendo hasta cubrir el sepulcro con una mole de piedra.

El inesperado ruido le produjo a la joven un escalofrío afilado y casi perdió el conocimiento.

Xiaomei había sido enterrada en vida, y en pocas horas yacería como una gacela herida de muerte, agonizando en la penumbra de la tumba imperial. Shui, con la mano en la boca, trataba de sujetar la aflicción que le producía lo que acababa de presenciar. Se hallaba al borde del derrumbe físico, derrotada por la incredulidad de la terrible evidencia.

Sus ojos habían enterrado aquella escalofriante imagen en lo más impenetrable de su conciencia. Ya nadie podría ni entrar ni salir de la oquedad que la había devorado. Su mente se quedó en blanco, con el estómago descompuesto y su rostro demacrado como la cera.

El rito le había parecido agotador y una lágrima indecisa resbaló por sus pómulos. A Shui le pareció que perdía su alma y creyó volverse loca. El gentío que se había agolpado frente a las tumbas abandonó el lugar en silencio. Era la hora del *gallo*, las cinco de la tarde, y un sol anaranjado declinaba furtivamente en el horizonte.

Shui regresó con el séquito imperial cinco días después a la Ciudad Prohibida de Pekín —la *Zijin Cheng*— con un gesto de angustia difícil de soportar. Su hermana desaparecida la había privado de un futuro prometedor, y el nuevo emperador, Yongzheng, un cruel e intrigante príncipe de cuarenta y cuatro años, comenzaba su reinado en medio de conspiraciones, misterios y sucesos perversos sobre los que murmuraban los cortesanos.

Un brillo de fuego se rompía a cada paso, mientras lamía los tejados purpúreos del palacio imperial de Pekín.

Shui se hallaba sobrepasada por aquella pérdida desmedida, cuya alquimia solo conocen los que han estado cerca de la muerte de un ser querido.

—Todo lo que nos parece estable puede desaparecer en un instante y dejarnos desamparados. Una vida de certezas es una trampa —le había confiado a su amiga Miao.

Pensó incluso en suicidarse cuando llegara al harén imperial, pero su confidente Miao, que parecía leer sus pensamientos, la consoló con dulces promesas, y lo olvidó.

—En la decisión de mi hermana de morir sepultada viva se oculta algo confuso y difícil de aceptar, Miao —insistió llorosa.

—¿Lo crees así, Shui?

—Un misterio de naturaleza inexplicable encubre su muerte. ¿Por qué ha conservado su máscara roja? No lo entiendo.

Se notaba como una sombra de sí misma, como el eco del viento; y un lamento se quebró en sus labios. Los acontecimientos de los últimos días pasaban por su mente como imágenes desordenadas, aterradoras e inconexas. Para ella el mundo se había convertido en un lugar incompleto.

La luna, apenas izada en las alturas, emanaba una luz rasante y azulada.

El recuerdo de Xiaomei

Cinco semanas después del sepelio.

Pekín, Ciudad Prohibida

Shui fingía reposar en el lecho. Respiraba pausadamente pero sus sentidos estaban alerta. Recelaba sin saber de qué.

El ocaso la envolvía y meditaba echada sobre unos cojines de seda con las piernas cruzadas, en la posición del loto, con la boca entrecerrada y los párpados inquietos. En la tibia incertidumbre del crepúsculo, presentía cuanto le rodeaba sin ver ni oír, intentando abstraerse en las ciento ochocientos amarguras con las que el alma humana nace, según las enseñanzas de Buda.

Shui aún no se resignaba a aceptar la muerte de su hermana Xiaomei. Durante semanas había tratado de sujetar sus dudas y su locura y atenuar sus sospechas. Pero no podía.

«Mi hermana fue obligada a morir. Estoy segura», pensaba una y otra vez, resistiéndose a admitir lo irreparable.

Sus ojos miraban hacia dentro de su ser, hacia el volcán de sus desconfianzas y temía cuanto la rodeaba. Ella sabía que algunos callaban y no decían cuanto sabían. Notaba una profunda apatía, un síntoma que preocupó al boticario imperial que la trató con hierbas curativas de la bilis negra, o *melankolé* —melancolía—, como la llamaban los físicos occidentales. No era enteramente feliz y algunos cortesanos la miraban con compasión.

Sus recuerdos seguían íntimamente unidos a los de su hermana muerta, y a los de su tierra de procedencia: el reino del Tíbet, el Techo del Mundo. Mientras meditaba sobre el cruel fin de Xiaomei, la remembranza la sacudió y la trasladó con nostalgia en el territorio de su infancia. Recordaba la calidez de su casa rodeada por montañas inaccesibles, cerca de un bosque de sauces del valle de Chambí, un paraíso de verdor, aires límpidos y aguas diamantinas.

Su vida, a pesar del tiempo transcurrido, estaba ligada a sus raíces, a una tierra con sonidos y aires propios, donde había vivido en su niñez en un equilibrio casi perfecto. De pequeña la llamaban ShuiZhuoMa, «Shui, mujer bella»; y a su hermana XiaomeiZhuoMa, «Xiaomei, joven hermosa».

Por las venas de Shui y de la malograda Xiaomei corría sangre real *han* china, y también de la dinastía Tang, la vieja estirpe que creía en la antigua religión de Bon, «la de los seres humanos del Himalaya», el viejo credo que significó su perdición, pues el clan opuso reñida resistencia a la doctrina de Buda arribada de la India. Y lo pagó caro.

Su familia defendió el antiguo *Código de las 16 leyes*, hasta que estalló una guerra atroz contra los nuevos dirigentes budistas y los influyentes sacerdotes lamas. Sus padres y hermanos fueron detenidos por traición al Estado y sometidos a los más crueles castigos. Los introdujeron en sacos de estameña y los sumergieron en las aguas heladas del río Tarim.

A su padre lo desmembraron salvajemente atado a unas caballerías y su cabeza la clavaron en una pica para que su alma inmortal no transmigrara. A su hermano lo despeñaron tras introducirle astillas de bambú en las uñas; y a su madre le cortaron las manos para luego derramar aceite hirviendo en los muñones, castigo que aguantó sin emitir un gemido.

A sus primos les privaron de la vista traspasándoles los ojos con un clavo ardiente para luego extraérselos con un gancho. Así los condenaban a convertirse en mendigos. Pero no duraron ni un año

con vida, tirados como perros en las gélidas calles de Lasa y en las escalinatas de los templos. A algunos parientes cercanos les aplicaron la flagelación tibetana: cien azotes con látigos de cuero de yak, momento en el que intervino la guarnición china que detuvo el cruento derramamiento de sangre.

Shui y su hermana mayor Xiaomei, dos almas insobornablemente candorosas, aún vírgenes de doce y catorce años, fueron tomadas como rehenes por los invasores del Imperio del Dragón, los nuevos amos manchúes. Aunque las niñas no tenían ningún valor para los hombres, el poderoso general Yue Zhongqi, Comandante y Gobernador de los ejércitos occidentales, las protegió en los primeros meses, para luego enviarlas como regalo al emperador Kangxi.

El joven general Yue, vencedor en la frontera tibetana, en Kokonor y en la provincia de Gansu, nunca dejó de interesarse por las dos princesas; y esa predilección del más poderoso y popular militar del imperio las favoreció siempre, sintiéndose más seguras en la Ciudad Púrpura. Pero ser las protegidas del poderoso Yue, el comandante más leal de los nuevos amos, era también un problema, pues las familias más antiguas de China lo tenían como el «verdadero soberano», un futuro emperador de la raza pura *han*, si por fin «los bandidos del norte» —los bárbaros manchúes— eran expulsados de China.

Para Shui era una suerte que el general Yue las hubiera amparado tras su captura, pues los enemigos de su familia, después de violarlas, las hubieran vendido a los proxenetas de los burdeles flotantes de Cantón y se hubieran convertido en prostitutas de puerto, para después de una supervivencia degradante morir de sífilis o asesinadas por marineros borrachos.

Desde el primer momento en el que arribaron a la Ciudad Prohibida de Pekín fueron tratadas con delicada consideración, tras ser seleccionadas entre medio centenar de asustadas jóvenes llegadas de todas las partes del imperio. Les inspeccionaron el cuello, la nariz, los pies, los dientes, el cabello, las orejas, la piel y los ojos, y observaron su conducta durante días. Y también fueron exploradas si eran aptas para la procreación.

Probaron también su educación y cultura, y como habían sido educadas refinadamente, comprobaron que sabían matemáticas, algo de pintura, caligrafía y poesía, y que hablaban tres lenguas. Concluido el minucioso examen solo quedaron diez aspirantes a concubinas. Nadie podía acercárseles salvo los eunucos y cualquiera que invadiera sus aposentos era ejecutado al instante.

A las elegidas se les proporcionó una educación esmerada para satisfacer las necesidades viriles del viejo emperador Kangxi y de sus visitantes más distinguidos, pues a veces eran regaladas a reyes o príncipes aliados, que las consideraban las joyas más codiciadas del reino. Aprendieron a jugar a los naipes y al ajedrez, a representar obras de teatro, a cantar, a danzar y tocar instrumentos musicales, a entonar los *jiushao*, los ancestrales cantos de la China, y a elaborar voluptuosos afrodisíacos.

Xiaomei y Shui habían vivido una existencia de lujos y molicie en el gineceo imperial, vestían suntuosamente con estrechos *quipaos* bordados con dragones, águilas y flores de loto, y túnicas de amplias mangas ornamentadas con flores de ciruelo, el árbol del placer y de la plenitud erótica; y sus lechos, almohadones y cobertores estaban decorados con melocotones y granadas, símbolos de los órganos íntimos de la mujer.

Shui y Xiaomei aprendieron a embellecerse con alhajas fabulosas, a pintarse el rostro con costosos ungüentos, a vestir el pantalón ancho de satén y el *moxiong*, el sujetador y las medias de

seda rojas habituales en el juego del amor, y a preparar, si así lo exigía su amante ocasional, el *yin jia* con gelatina de agar, un preservativo para enfermedades venéreas.

Muchas de las cortesanas no llegaban nunca a ser requeridas al tálamo de su imperial dueño, y las más aguardaban a que un huésped ilustre las liberara de aquella reclusión, solicitándole su libertad al emperador, norma habitual en la etiqueta cortesana. Muy pocas eran favorecidas por el soberano Kangxi, como le había ocurrido a Shui, y la mayoría nunca calentaba las sábanas de su lecho. Tener un hijo del monarca constituía la felicidad suprema y algunas concubinas, al procurarle un vástago real, habían llegado a convertirse en emperatrices. Si alcanzaban una edad elevada y no eran aptas para procurarle placer, se convertían en meros objetos de adorno, o en maestras de harén.

Al ser púberes, a Shui y a su hermana Xiaomei no les vendaron los pies, como procedían con las niñas chinas en el llamado «rito de los lirios». Al cumplir los cuatro años las madres chinas solían fracturar los dedos a sus hijas y se los vendaban hacia el talón, ritual que se repetía cada dos días durante diez años, según la costumbre impuesta por la concubina imperial Guei Dei, de la anterior dinastía Ming.

Los pies quedaban definitivamente muertos, y no les permitía caminar con normalidad. Era un gusto por la belleza que a Shui le causaba congoja, pues convertía a las niñas chinas en inservibles fetiches y en meros amuletos sexuales. A las dos hermanas, cuando sus compañeras deseaban zaherirlas, las llamaban «pies grandes», y a Shui la sumía en una honda tristeza.

Tras un período de aprendizaje, la hermana de Shui, mujer de naturaleza frágil, se convirtió en un referente de perfección entre las cortesanas y en el prototipo del refinamiento femenino de palacio. A Xiaomei la comparaban con las cuatro bellezas legendarias de la antigua China, las que cantaban los poetas y pregonaban las fábulas: Xishi, Zhaojun, Diaochan y Yuhuan.

Poseía un atrayente encanto personal, era esbelta, hermosa y muy cordial con sus semejantes. Exhibía con delicadeza una cintura tan estrecha con un pañuelo de seda, tenía los dedos de las manos largos, los dientes perfectos, el rostro ovalado y las cejas finas, como líneas sutiles de montañas lejanas, y era tenida por la más elegante de las vírgenes del serrallo imperial. El andar subyugante de Xiaomei embelesaba y su pelo parecía una cascada de azabache. Sus patillas parecían el ala de una cigarra y sus ojos almendrados, grandes y oscuros, destilaban mansedumbre.

Ella, Shui, siendo también una adolescente agraciada, aunque dos años menor, atesoraba unas formas más redondeadas, lucía un rostro más vivaz, los pómulos salientes y una nariz pequeña y graciosa. Su cara era pálida como la luna, sus curvas sugerentes, la melena oscura como la noche y sus dientes como nieve. Se había hecho muy amiga del eunuco del taller de bordado que le hilvanaba pañuelos que realzaban su cutis de azucena.

Shui no era pretenciosa y su carácter era más ingenioso que el de su hermana mayor, pero nunca la aventajaría en distinción. Había aprendido a imitarla, a repetir sus refinados gestos, y sus moños y peinados adornados con peinetas de jade, plata y oro. Juntas habían elaborado una fragancia secreta elaborada con pétalos de peonías, nenúfares, azahar, violetas, granos de algalia, ámbar gris y sándalo, por el que las llamaban «las hermanas perfumadas».

Xiaomei y Shui, siguiendo una ancestral costumbre tibetana, solían tatuarse las manos, pero tan delicadamente que podían borrarárselo a voluntad. Lo practicaban con un singular cepillito de carey de inigualable perfección, creado por artesanos de Lasa. En él sobresalían unas púas de cerdas de

ballena que originaban un hundimiento imperceptible en la piel en forma de la flor de la camelia que luego coloreaban con elegantes tonos.

Era el signo de distinción de las dos hermanas.

Pero donde Xiaomei había alcanzado el culmen de la perfección estética había sido en el arte escénico, el teatro, considerado sagrado en China. Xiaomei era una consumada actriz. Cuando actuaba ante la corte, combinaba con una exquisitez insuperable el canto, la danza, la oratoria y la mímica más selecta. Sus puestas en escena eran de una garra dramática que estremecía a quienes la miraban. Interpretaba con un solo gesto, un guiño, un pestañeo o una mirada, colmando de estremecimientos emotivos los corazones de los espectadores, que la seguían magnetizados.

Usaba las máscaras y maquillajes según los colores de su estado de ánimo, como si se tratara de secretos códigos visuales que los públicos debían averiguar. El rojo representaba la sangre y el fuego; el celeste, el agua de los ríos y estanques, y el blanco, la traición, el enredo o el engaño. Los personajes graciosos que la acompañaban en la ejecución de sus cuadros escénicos llevaban una mancha blanca en medio del rostro, y los personajes violentos usaban afeites y aderezos que asustaban.

Y con aquellas actuaciones prendió el amor apasionado del viejo emperador, con el que había sido enterrada viva, Kangxi, un monarca de pelo ceniciento y huellas de melancolía en su faz marchita. Se fijó en Xiaomei en una de sus actuaciones, y desde aquel día formó parte de su intimidad, pues su seducción y sus labios de cereza atraían a cualquier hombre.

Shui recordaba cómo mandó llamar a Xiaomei a sus estancias privadas tras la interpretación de una obra y cómo le fue llevada a su cámara una tibia noche de plenilunio, llevando en la mano el farolillo rojo de concubina distinguida. En menos de un mes le otorgó la condición de dama de rango imperial, en igualdad con su esposa la bella emperatriz Xiaogongren.

Sus vidas se llenaron de atenciones y respeto, pero el repentino fallecimiento del emperador y el sospechoso final de Xiaomei habían cercenado de golpe su felicidad, y desde entonces se sentía profundamente desdichada.

Su seguridad en la Ciudad Prohibida pendía de un hilo, lo sabía y aquel precario equilibrio no le infundía esperanza alguna. Y como vivía inmersa en una incertidumbre dudosa, hacía dos semanas que no asistía a los actos de la corte. Había declarado una enfermedad del ánimo que el médico imperial le trataba con plantas medicinales y quietud absoluta en su cubículo.

Era su manera de protestar contra el entramado de leyes del Palacio Prohibido. ¿Pero podría restañar en tan poco tiempo una herida de las que duran toda una vida? Lanzó el suspiro de un pesar acechante. Xiaomei había sido su sostén y la luz que iluminaba su camino. Y con su muerte ritual, la joven concubina se veía como quien pierde una vida que tenía prestada.

La pálida luz del anochecer dio paso a un cielo acerado y sin estrellas, y los Seis Palacios Orientales donde vivían las concubinas se llenaron de sombras.

Despidió a sus dos criadas domésticas, momento en el que un eunuco anunció la hora del *tigre*, las tres de la madrugada. Habían pasado las horas y seguía sin conciliar el sueño. Aguzó el oído, pues le parecía haber escuchado pisadas en la galería exterior, generalmente silenciosa a aquella hora de la noche.

Se incorporó, descorrió el visillo y lanzó una mirada escrutadora al exterior. No vio a nadie,

pero le pareció que una sombra desaparecía por la esquina del Palacio de la Pureza Celestial, residencia de la familia imperial. Caviló unos instantes pero no le concedió importancia, creyendo que era un eunuco palaciego.

Pero no estaba equivocada.

Un sigiloso desconocido, encapuchado y de pequeña estatura, rodeó el Jardín Imperial hasta acceder al palacete de la Cultivación Mental, donde descansaba el emperador. Llegó a la puerta lateral, avizó a uno y otro lado y con una ganzúa descorrió la aldaba que cerraba por dentro la gran estancia. Tropezó imperceptiblemente al penetrar en la sala llamada de la Unión Celestial y Terrestre, desierta a aquellas horas de la noche.

Vaciló unos instantes, pero siguió su andadura. Cautelosamente abordó los aposentos del emperador, arrastrándose arrimado a las paredes. Se desprendió del capuz y dispuso sus músculos en tensión. Debía mantener sus sentidos en alerta. No había dejado nada al azar. Sabía que los siervos dormían en sus cuchitriles y que los cuatro guardias estaban frente a él, pero de espaldas, por lo que no lo advertirían si se escurría astutamente desde el fondo hacia la habitación amarilla, que identificaría por su olor a sándalo.

Fue avanzando entre las sombras de la estancia real. Silencio. Ni un ruido, ni una respiración que alarmara a algún servidor. El suave roce de una colgadura agitada por el viento acarició su cráneo rapado y un escalofrío le recorrió la piel. Siguió imperturbable, aunque aumentando sus precauciones.

Había jurado eliminar a su víctima y lo haría sin compasión. Trabajaba solo, sin ayuda y sin confiar en nadie, por lo que no sería identificado por quien pudiera inculparlo. Nunca asesinaba de frente, sino tortuosamente, y jamás había fracasado. No cometía errores y su eficacia era proverbial. La contundencia en la ejecución, la inflexibilidad de su arrojo, su frialdad y el carácter letal de sus acciones, lo hacían único. Y si lo atrapaban por cualquier inesperado giro de la fortuna, sus captores no podrían demostrar nada.

Apartó la cortina y se coló en la habitación elegida. El color que imperaba en la estancia era el amarillo imperial y una lamparita de aceite, casi extinguida, iluminaba un cuerpo tapado con un cobertor de flores doradas. Olía a sándalo. Se oía el leve ronquido del ocupante del lecho, adornado con un dosel de dragones y flores de loto, los identificativos del Hijo del Cielo.

Con sus dedos cálidos dibujó blandamente el perfil del cuerpo dormido. No tenía que rodear la cama. Su víctima le ofrecía inmóvil y neto el cuello desnudo. Era lo que necesitaba.

Extrajo del interior de su túnica un largo alfiler de acupuntura de oro puro, de los llamados de grano de mijo, o *di*, uno de los «nueve alfileres o agujas» que prescribía el libro sagrado Ling Shu, y que siempre llevaba consigo. Lo humedeció con saliva, se arrodilló y levantó la trenza de su víctima suavemente. Con las yemas de los dedos describió un pequeño círculo en la piel, tan sutil como si de un pétalo de rosa se tratara.

No debía despertarlo. Y con una destreza que era pura maestría, orientó la aguja bajo el hueso occipital, en el punto exacto de la base del cráneo, entre el bulbo raquídeo y el inicio de la columna vertebral. Luego la empujó con un impulso seco, eficaz y certero, y la aguja se hundió en el blando tejido. El asesino lo sabía. La muerte había sido instantánea, indolora, fulminante y paralizadora.

Y ni una sola gota de sangre de la víctima evidenciaría la causa real de la muerte, si no era reconocido minuciosamente por un experto cirujano, cosa poco probable.

Esgrimió una mueca triunfal. Su víctima había muerto. Guardó el arma homicida con cuidado en la bolsa negra que colgaba de su cuello, y deshizo el camino de salida. Solo se escuchaba el tictac de un reloj europeo. Escapó por la misma puerta lateral y, sin ser visto, se deslizó por entre los bancales de flores. La Ciudad Púrpura era toda tranquilidad. Después se recluyó en el Palacio de la Abstinencia, donde los soberanos del Reino del Centro solían ayunar antes de celebrar los ritos sagrados. Era su refugio habitual.

Sobre los tejados rojos y dorados de la residencia real, nubes de tormenta se alzaban amenazadoras. Pronto amanecería.

El siguiente amanecer apuntó con opaca luminosidad.

Después de la salida del sol, Shui oyó las apresuradas pisadas de unos zapatos con altos tacones que se dirigían a su alcoba. ¿Quién podía ser a aquella hora tan temprana?

Su amiga y confidente Miao atravesó la puerta con prisa ataviada con una túnica de seda malva y con un perrito de blanco y rizado pelaje acunado en sus brazos. Con ella compartía alegrías, penas y decepciones, y se protegía de los celos y de los implacables odios femeninos del harén imperial. Ambas conocían el idioma secreto de las mujeres de palacio, el *nushu*, y también el de los abanicos, y con ellos confundían a la siniestra Maestra de Concubinas, Kumiko, y se intercambiaban confidencias personales.

A su amiga, siempre elegante y segura de sí misma, se la notaba preocupada. Y al acercarse vio la palidez de Miao. Algo grave ocurría en palacio, a tenor de sus gestos y de cómo acariciaba nerviosa su diminuto cachorro.

—¿Qué ocurre, Miao? —se interesó inquieta.

—Han encontrado el cadáver del viejo Zexu, el eunuco servidor del fallecido padre de Su Majestad —balbució temerosa—. Y todo parece indicar que ha sido asesinado.

—¡Por el ser divino Sheng Shang! —se sorprendió Shui—. Un asesinato en la Ciudad Prohibida ¡Qué horror!

—Y todo apunta a que el asesino deseaba matar al *Bixia* emperador, nuestro señor Yongzheng. Es una gran desdicha.

—No puedo creerlo —se extrañó Shui, pues nunca había acontecido tal desgracia—. ¿Estás segura de lo que dices?

—Eso le he oído a la *Huánghou*, Su Alteza Imperial la Emperatriz Madre, que está desolada y ve una conjura en todo esto. La Guardia de Brocado busca al sicario dentro del recinto de palacio y está investigando a cortesanos, príncipes, criados, eunucos y generales. Están haciendo un registro minucioso, pero no han hallado nada hasta ahora que lo explique.

—Y si el asesino deseaba matar al Hijo del Cielo, ¿cómo es que ha errado? Uno y otro son muy diferentes —se interesó Shui.

—Pues se murmura todo tipo de conjeturas sobre el crimen. El jefe de la guardia de noche que protegía el aposento real ha sido sometido al tormento *zang*, ya sabes, el terrible estiramiento en una tabla hasta que el cuerpo sangra por todos sus poros. Los guardias de puerta han sido azotados con varas de bambú y uno ha muerto desangrado.

—Por el Buda Sedente, qué disgusto —se lamentó.

Miao miró a uno y otro lado, y bajó el tono de voz.

—Aseguran que el asesino se equivocó de habitación creyendo que el aposento amarillo estaba ocupado por el *Bixia*.

—¿No duerme en el Palacio de la Pureza Celestial?

—Hace tiempo que no. Y eso lo ha salvado —dijo Miao—. Zhen Huan, la favorita, y nuestra amiga, me ha revelado que desde la última luna, el emperador duerme en la residencia de la Cultivación Mental, para evitar un atentado. En su interior hay nueve dormitorios y veintisiete lechos, y nadie sabe a ciencia cierta en qué cama reposa, salvo un restringido círculo de familiares, y claro está su sirviente el eunuco Yan Yan, esa víbora diabólica, y la odiosa Kumiko, nuestra Maestra de Concubinas.

Shui movió la cabeza lamentándose.

—El reinado de Yongzheng ha nacido bajo el signo de la discordia. Amontona enemigos y la desconfianza se respira en el aire de la Ciudad Púrpura.

—La codicia y el ansia de poder lo corrompen todo —dijo Miao.

—Nos aguardan tiempos de aflicción, querida.

A la hora del *dragón* —entre las siete y las nueve de la mañana— se percibió en el palacio real gran zozobra, murmuraciones y órdenes frenéticas. Nadie debía decir nada porque la libertad para hablar en el harén no existía. No lograban comprender ni la lógica ni la razón del asesinato, pero Shui intuía que algo le afectaba.

—No nos queda otra opción que callar, Shui —aconsejó Miao.

Pasada una hora, la esposa real y emperatriz Xiaojingxián reunió a varias damas y concubinas, a las que rogó que la siguieran al extremo sur de la Ciudad Prohibida, cerca de la Puerta del Mediodía donde se hallaban las dependencias de los eunucos, para ofrendarle unos ramos de flores al fallecido Zexu. Entraron en la sala donde yacía el cuerpo exangüe del anciano, quien aún conservaba una expresión serena. No se advertía ninguna huella de violencia, ni rasguños ni contusiones, y parecía que había muerto plácidamente.

—Ha pasado del sueño a la muerte sin darse cuenta —dijo Xiaojingxián, bajando la cabeza.

—¿Se conoce cómo ha sido asesinado? —se interesó Shui.

Xiaojingxián, la primera consorte imperial y emperatriz del Palacio Occidental, una mujer de belleza perfecta y modales obsequiosos, la miró con dulzura, envuelta en una túnica rosada bordada de peonías y crisantemos. Su rostro ovalado y sonrosado se llenó de preocupación.

—Según los cirujanos imperiales pudieron haber perpetrado el crimen con un alfiler para el pelo, o con una aguja de acupuntura medicinal —balbució—. Le han atravesado la nuca y aseguran que murió de manera fulminante.

—Qué forma más sibilina de sacrificar a un ser humano.

Xiaojingxián contrajo el rostro, y luego las miró con una mueca distante.

—De este asesinato, ni una palabra fuera de este salón, señoras. Esta ignominiosa muerte debe quedar entre los muros de la Ciudad Prohibida. Y nuestro deber como mujeres es callar.

Las concubinas asintieron con un gesto de aprobación.

—Los Guardias de Brocado han comenzado las investigaciones —siguió hablando—. Pero está claro que quien lo ha hecho, hombre o mujer, pertenece al círculo cercano del Hijo del Cielo, aunque desde la vigilia nadie ha entrado en el palacio.

—Que los dioses preserven la valiosa vida del emperador.

A la esposa real se le humedecieron los ojos.

—Que así sea, y cerrad vuestras bocas con el silencio.

Desde el inicio de su reinado, y por cualquier insignificancia, Yongzheng atropellaba a sus más leales consejeros, martirizaba a los señores de la guerra con torturas espantosas, recelaba de los Maestros Imperiales, y sus implacables venganzas comenzaban a causar horror hasta en su propia familia. Ningún príncipe de sangre real estaba libre del peligro.

Yongzheng, *el de la Justicia Armoniosa*, se había entregado a un sentimiento oscuro, anverso y vengativo. El nuevo soberano descendía de la tribu manchú de los *jurchen*, los que habían derrocado a los Ming hacía ahora casi un siglo. Shui tenía al nuevo monarca por una persona cruel e implacable.

Siendo un príncipe obsequioso en vida de su padre, al ascender al trono, se había tornado suspicaz y grosero, y se exhibía ante la corte como un soberano truculento y especulador.

Nadie ignoraba que había conspirado contra su padre y que hostigaba a sus hermanos constantemente, siempre deseoso de asesinar a quien le hiciera sombra. A su hermano mayor, el príncipe Yinreng, el primer heredero al trono, lo había confinado en un presidio de la ciudad, y a otros dos hermanos imperiales, el *octavo* y el *noveno* príncipes, los había enclaustrado y obligado a adoptar los nombres de «Gordo-como-un-cerdo» e «Insignificante-como-un-perro», ante el estupor de la corte y sobre todo de la emperatriz madre, que lo sufría en su corazón.

Todos sabían que su sentencia de muerte estaba firmada, y nadie dudaba de que hubiera usurpado el trono, por lo que tarde o temprano aniquilaría uno a uno a todos sus hermanos.

El emperador solo soportaba a su hermano Yinxiang, el *decimotercer* príncipe, del que valoraba su capacidad e incorruptibilidad, y al que había encomendado el Ministerio de Finanzas. Pero mantenía muy vigilado al *decimocuarto* príncipe, Yinti, el presunto heredero señalado por su padre, tema tabú en palacio.

«¿Cómo no voy a detestar a mis hermanos si son envidiosos y perversos?», le había escuchado Shui en una recepción.

Las malas noticias habían sobrepasado las murallas de la Ciudad Púrpura. Yongzheng, que gobernaba enérgicamente, sometía a su pueblo a vejaciones e impuestos despiadados que motivaban hambrunas y epidemias. Aplastaba cualquier rebelión enviando al temido Regimiento del Estandarte Dorado, un ejército comandado por su leal general Longkodo y formado por una élite de jóvenes chinos de familias nobles fieles a los manchúes.

Por su maestro budista, Shui sabía que inundaciones catastróficas se habían sucedido una tras otra provocando que el precio del arroz subiera haciéndose inaccesible al pueblo.

—La vida es difícil más allá de este paraíso, hija. Miles de hombres se han echado a los caminos y en las provincias del norte proliferan las bandas de forajidos; y hasta han aparecido grupos de bandidas, mujeres que se han quedado sin marido e hijos y que se han visto obligadas a abandonar sus aldeas devastadas. La más renombrada, cuya fama ha llegado a la mismísima Ciudad Prohibida, es la llamada banda de la Mujer Esmeralda.

—¿Una mujer bandida? No lo puedo creer —dijo admirada.

—Así es, y nuestro señor ha prometido por su cabeza dos mil monedas de plata. Se han

convertido en las heroínas del pueblo. Los manchúes detestan a los chinos *han* y les provocan sufrimiento, Shui. Vivimos en tiempos de aflicción, hija mía.

Los cortesanos susurraban en los rincones que el Hijo del Cielo veía rebeliones donde no las había. La mayoría de la corte pensó que aquel asesinato estaba relacionado con la ascensión al trono del nuevo emperador, con el ajuste de cuentas que se estaba perpetrando contra los herederos, sus hermanos, que veían algo turbio en el testamento de su padre muerto, el emperador Kangxi.

Además, no era un emperador adicto al sexo, pero las pocas esposas que calentaban su lecho aseguraban que se emborrachaba hasta perder los sentidos, y entonces era incapaz de controlar sus bárbaros instintos sexuales. Bebía toda la noche e inevitablemente con la primera hora del alba caía en un estado deplorable de lástima por sí mismo. Y a veces sollozaba.

Un centenar de cortesanas competía por la atención del emperador con el único objetivo de darle un hijo, en cuyo caso su reputación crecería como un torrente en primavera. A Shui no la había convocado ninguna noche al tálamo imperial y se sentía despreciada y olvidada, por lo que desde que muriera su hermana Xiaomei, solo se dedicaba a cultivar su vida interior y sus conocimientos, buscando consuelo en la doctrina budista.

Las concubinas, ajenas a la vida de su amo y señor, lo veían cada mañana en los jardines mientras contemplaba las verdes Colinas del Este, rodeado de un selecto grupo de eunucos y señores de la guerra pero jamás con ninguna de ellas, salvo la favorita, la exquisita Zhen Huan, amiga de Shui, que profesaba por el emperador un amor auténtico.

Solía sentarse la pareja junto a su valido, el *neige* o primer ministro Nian Gengyao, hermano de la favorita, la Princesa de la Gloria, bajo un gran cuadro en el que Yongzheng aparecía retratado como lo que no era: un filósofo taoísta.

Escribía en papel de arroz junto a Nian decenas de correos, sentencias de muerte y edictos con tinta bermellón, tinte que solo podía utilizar el emperador. El monarca, que adoraba el secreto y la eficacia de sus espías, vigilaba clandestinamente a sus favoritos y ministros, y solo se fiaba de la hermosa y cálida Zhen Huan, y de su hermano Nian, un soldado criado en la pobreza que se había hecho a sí mismo, y a quien había colmado de honores.

Pero Shui y Miao sabían que las consecuencias de un paso en falso podrían ser letales para Nian y la favorita, dentro de los intrigantes muros de la Ciudad Prohibida.

En el rostro cetrino de Yongzheng destacaban dos ojos hundidos, un bigote lacio y unos dientes prominentes. Por las tardes se rodeaba de un círculo de astrólogos, que le interpretaban su carta astral. Los augurios debían ser alentadores, o el osado astrólogo que pronosticara una fatalidad podía ser condenado a muerte en el acto. También solía solazarse con médicos ambulantes, con prestidigitadores indios, echadores de cartas y agentes de la peor catadura, a los que solía cubrir de oro.

Así era Su Majestad Yongzheng.

El atardecer siguiente al funesto episodio del crimen, nubes arreboladas, consideradas en China de buen agüero, rodeaban al sol. Un aura de sigilo pululaba por la Ciudad Prohibida. La muerte del viejo eunuco pesaba como una losa sobre todas las concubinas y damas de honor, que se miraban como si un peligro de lo más inquietante se cerniera sobre ellas mismas.

El silencio sobrevolaba la atmósfera del gineceo, que volvió a la normalidad. La normalidad del miedo.

—El nuevo reinado del emperador se ha cobrado la primera víctima entre los cortesanos, concubinas y eunucos —dijo Miao al oído de Shui—. Pero pronto todo se olvidará.

Shui se paró un instante y detuvo del brazo a su amiga.

—No, la segunda, querida Miao. Mi hermana Xiaomei fue la primera, aunque pareciera un sacrificio ceremonial.

Miao se quedó sorprendida.

Sin duda su amiga desvariaba atormentada por el dolor.

Shui tomó un té que le preparó su sirvienta y se acomodó en el diván con ella a sus pies. Tras los cristales del palacete las ramas de las magnolias se doblaban violentadas por un viento impetuoso. Al poco, unas gotas densas cayeron sobre las tejas amarillas y luego resbalaron por los ventanales como riachuelos.

Pero su ruido no podía acallar la voz interior de Shui.

En la Pagoda del Sueño Eterno

*Pekín, primavera del año 1723,
primero del emperador Yongzheng*

Shui meditaba en la penumbra del tranquilo Xianhuasi, el Templo de las Flores Sagradas de palacio, mientras respiraba el incitante aroma del ámbar gris y el sándalo de los pebeteros.

Desde el asesinato del castrado, un aire enrarecido de desconfianza dominaba la vida de la Ciudad Púrpura.

—El emperador está persuadido de que es víctima de una conspiración criminal —le había dicho Miao—. Por eso ha redoblado la guardia y no nos llama a su lecho. Teme por su seguridad.

En medio de aquel ambiente de temor, Shui prefirió buscar su paz interior en la religión, de la que hasta entonces había sido una tibia practicante. La promesa de armonía interior que le ofrecía el credo budista y la unión con la naturaleza de la doctrina *tao* sirvieron a la concubina para atenuar sus sospechas y sobresaltos. Y como la doctrina de Buda no era discriminatoria con la mujer como el confucionismo, se entregó a la meditación y se hizo también devota de la diosa de la Misericordia, Kuan-yin.

Desde que entrara en palacio siendo una niña, Shui había entendido que los chinos no creían en una única divinidad como los cristianos o los musulmanes, sino en unos dioses grotescos muy unidos a los mitos del pueblo, y que imitaban al cielo en todas las manifestaciones de su vida, e incluso en el gobierno.

Y por eso al emperador se le llamaba Hijo del Cielo, Dios del Viento, o Pájaro Rojo del Sol. E Soberano de los Cielos o Augusto de Jade, la divinidad suprema china, no recibía ofrendas ni sacrificios, y únicamente se mostraba sensible con los mortales a través de las peticiones de los antepasados, los intermediarios con las potencias divinas.

Por eso no había día en el que no rezara al espíritu de Xiaomei y de sus padres. Asistía como dama de la corte a las ceremonias de los chamanes en los ritos propiciatorios celebrados en las orillas de los ríos sagrados de China, el Hoang-ho y el Yang-tse, uno hijo del cielo, y el otro, del divino sol, pero no percibía en su corazón ninguna conmoción religiosa.

El emperador y los nuevos cortesanos manchúes los presenciaban como un ritual más, pero no estaban muy convencidos de que las crecidas de las aguas fueran debidas a la irritación de las deidades de la naturaleza, molestas con los actos execrables de los humanos.

Shui, como la mayoría de los supersticiosos chinos, se resistía a creer en el infierno, o *Ti-yu*, con sus diez estancias de tormentos, o en el paraíso, o *Kung-lun*, donde concluían su camino las almas

más admirables y solo creía en el auxilio ultraterreno de sus familiares fallecidos.

La joven profundizó también en el libro Tao, guiada por un sacerdote taoísta que dedicaba su vida a la contemplación. Se llamaba a sí mismo «el pobre seguidor de Lao Tse», quien hacía casi dos mil años había unido el culto de la naturaleza al de los héroes nacionales chinos. «El ser humano es una imagen del Universo y está animado por el soplo del Ying y del Yang, lo masculino y lo femenino, lo bueno y lo malo, la Tierra y el Cielo», le solía decir a la concubina.

Miao, su confidente amiga, era en cambio muy devota del antiguo panteón chino, y encendía velas de Siam a Cang-O, la elegante diosa lunar, y a Cang, el que se conocía como el bello Dios Sabio. Del budismo solo le interesaban los «guardianes del Cielo» que moraban en un monte del centro de la tierra, desde donde vigilaban la bóveda celeste. En la puerta de su cámara había colgado una máscara monstruosa, una *tao-tie*, para mantener alejados de su entorno a los demonios.

Shui depositó su corazón en las enseñanzas del maestro *zen* de palacio, un virtuoso *bhikkhu*, un monje limosnero que sufría con paciencia atroces dolores artríticos y en el que destacaba una expresión de paternal candidez en su rostro y una mirada perdida. Tenía la piel arrugada y las barbas blancas y desaliñadas. De nombre Sabio Errante, había llegado años atrás del cenobio del Caballo Blanco, el primer monasterio budista erigido en China. Lo reverenciaba porque era compasivo, hablaba con la voz pausada, aunque siseaba por la falta de algunos dientes, y sus ademanes eran parsimoniosos y dulces.

Armonizaba los preceptos de la secta Chan, o Escuela de la Meditación, con las creencias taoístas y budistas. Shui adoptó al sabio anciano como guía espiritual.

Sabio Errante, era además Maestro Imperial en la Academia Kuo-tzu-Chien de Pekín, y poseía el más alto grado de erudición: el de *Chin-shih*, o «maestro perfecto». Frugal en sus comidas, dormía en una esterilla y se ataviaba con una remendada túnica de algodón color azafrán. Tenía un discípulo, de nombre Calma Estival, un joven de finos modales, esbelto, de piel sonrosada, memoria prodigiosa para las sentencias de Buda y Confucio, discreto, ingenioso y enormemente culto. Pero eran sus ojos grises y penetrantes los que magnetizaban a la joven concubina.

Para Shui era como una proyección del anciano maestro.

Y desde aquel día el consejo del docto monje y de su asistente se convirtió en un ideal de vida para la concubina, que así mitigaba su soledad. Shui, frágil como una copa de cristal, aprendió los nombres de los diez Budas, aunque le profesaba un especial fervor al del Gran Amor.

Solía meditar ante su imagen de Amithaba, el Buda de la Luz Infinita, que se veneraba en el templo de la Ciudad Prohibida, y se ejercitaba en la autodisciplina, aunque le costaba rechazar la vida regalada que llevaba en el harén imperial.

Y aunque no aspiraba a conseguir el Nirvana —el estado de «la nada», o del «no ser»—, con la práctica consiguió atenuar su sufrimiento y la dependencia del recuerdo de Xiaomei. Era la única rutina que aliviaba su espíritu dentro de las rejas de oro de palacio.

Meditaba acompañada de Miao, una muchacha de rostro risueño y cuerpo sensual, de la misma edad que Shui. Desde que entraran en el harén imperial, Miao se había convertido en su *laotong*, su confidente íntima, o alma semejante.

Ambas habían nacido en el mismo signo, la Cabra, y en el mismo mes, el cuarto, y su amistad y cercanía seguían constituyendo un bastión sin hendiduras, que las preservaba de las insidias de la

casa real. Shui, que había cumplido los dieciocho años, aún esperaba la llamada del emperador y sufría por sentirse relegada, como otras tantas.

Junto a Miao espiaba el ir y venir de los eunucos a través de las celosías, y solían bañarse y perfumarse en el mismo tocador, mientras se hacían partícipes de sus sueños.

A Shui le fascinaban las túnicas bordadas de nubes, peces o pájaros exóticos que solía lucir Miao, junto a unos moños espectaculares que eran famosos en el serrallo imperial. Miao le había proporcionado serenidad a su ánimo torturado; pero a veces ni su amistad le servía para relegar su soledad.

Shui le pidió ayuda a su maestro Sabio Errante, para mitigar su ansiedad y la pérdida de Xiaomei.

—No has superado la muerte de tu hermana. ¿No es así? Aparte de la meditación y la oración, deberías visitar a las videntes de palacio. Son unas mujeres sagradas que intiman con el más allá. Te podrán confirmar su reposo eterno y tal vez te ayuden.

—Seguiré vuestro consejo, maestro —dijo, decidida a hacerlo.

Shui no esperaba aquella sugerencia, pues eran muy temidas. Solo podían solicitar sus favores los miembros del *Neiting*, el círculo más próximo al emperador, o sea los príncipes, las esposas, las emperatrices y las concubinas. Las vaticinadoras moraban en una apartada estancia de la Ciudad Prohibida, y usaban los símbolos geométricos del emperador Fu-Hsi con sus temibles prácticas adivinatorias, que solo ellas conocían y que se transmitían de madres a hijas desde tiempos inmemoriales. Las *wu* tenían una edad indefinida y aseguraban desplazarse al mundo de los espíritus y vivir una muerte transitoria.

—No debes tentar lo oculto. No vayas, Shui. Me causan estremecimiento esas mujerucas repulsivas —le aconsejó Miao—. Deja a tu hermana en el lado oscuro, que seguro que ya habrá encontrado la reconciliación con el cielo. Era un alma prodigiosa y sensible.

—He de acudir, Miao. A pesar del tiempo transcurrido me atormenta su recuerdo. Su muerte fue terrible y no deseada, y seguro que su espíritu vaga por las tinieblas. Debo ayudarla. Iré, aunque no lo desee.

A Shui le gustaba el riesgo y sentía atracción por lo enigmático, pero antes debía solicitar el permiso de la gobernadora del harén, la emperatriz viuda, que aquella mañana lucía una esplendorosa túnica dorada y un precioso peinado adornado de cintas, jade y perlas de Ceilán. La adoraba.

El nuevo día nació con un intenso olor a hierba mojada, llenando de aromas los sentidos de la concubina. La atronadora tormenta caída durante el amanecer había plateado con miríadas de gotas las copas de los árboles de la Ciudad Prohibida.

Shui conversó plácidamente con la emperatriz.

—El recuerdo de Xiaomei me conduce a las pesadillas más angustiosas, Alteza Imperial. Mi alma necesita el bálsamo de la ayuda de las *wu*, y deseaba rogaros permiso para visitarlas.

—Sufres demasiado con la pérdida de tu hermana, Shui, que sabes era íntima amiga mía. Su acción fue muy meritoria. —E intentó disuadirla de la consulta—. ¿No es preferible su sagrada muerte a vivir durante tres años junto a las tumbas de sus maridos como hacen las campesinas de China? Deja las cosas como están. Solo así recuperarás la felicidad.

—Estábamos muy unidas —insistió—. Necesito saber, señora.

—¿Has oído quizás algún rumor en el harén que te induzca a algún tipo de duda sobre su inmolación? —le soltó enigmática.

—¿Qué rumor, Madre Imperial? —se interesó ingenua.

—No sé —balbució—. En la Ciudad Prohibida se cuentan historias de esposas que entraron en la cámara mortuoria real y meses después se las vio en otro lugar. Los dioses siempre tienen la última palabra, y el palacio es un lodazal de chismorreos.

Intentaba parecer que no estaba impresionada.

—¿Qué queréis decir, Alteza? —dijo Shui confusa.

En la voz de la gran dama había un ademán de sigilo.

—Que la vida y la muerte forman parte de una misma certeza y que a veces lo celestial baja a lo terrenal —replicó aún más misteriosa—. Pero bien, Shui, accedo a tu petición de acudir a las *wu*. Pero ten cuidado, te pueden llenar de más incertidumbres.

Pero Shui era un espíritu inquieto e insumiso y determinó presentarse en la casa de las *wu* a pesar de las advertencias. Las enigmáticas insinuaciones de Xiaogongren la habían sumido en un mar de dudas y misterios, que prefirió guardar en su alma.

En la Ciudad Púrpura llamaban al santuario de adivinación de las *wu*, El Sueño Eterno. Se hallaba medio escondido en el exuberante jardín de los Seis Palacios Occidentales, y estaba pintado de color rojo. En sus muros relucían los exornos de unos dragones dorados y de grotescas quimeras. Olía a incienso y sándalo y una música deliciosa surgía de su interior.

La recibieron dos ancianas despeinadas y astrosas que hablaban entre sí, murmurando frases ininteligibles. Una de ellas era una inválida y se apoyaba en una muleta, y la otra tenía unos dientes negruzcos que espantaban. Aquel lugar indescifrable intimidó a la joven concubina. Notó escalofríos, pero entró decidida, tras ofrecerles unas velas perfumadas de Siam.

Miraron fijamente a Shui, que parecía haber violado su intimidad. Les recordó a las sacerdotisas el episodio de la inmolación ritual de Xiaomei y las instó a que descifrarán si su camino a la otra vida había concluido y su espíritu se hallaba en paz.

—Nobles madres, recuerdo el Panteón Real como un lugar mil veces maldito en mi memoria —les dijo, recordando su espantosa muerte—. Utilizad vuestros dones, os lo ruego por la diosa de la Misericordia. ¿Duerme en armonía el espíritu de mi hermana?

Las *wu* la escucharon y luego se cerraron sobre sí mismas. No hablaron durante largo rato, como si meditaran el caso concienzudamente. La concubina empezó a mostrarse molesta, incluso preocupada. ¿Ocurría algo de índole infamante que no se atrevían a pronunciar? De forma imprevista una de ellas gritó, llenándola de estupor y turbando su espíritu.

La anciana *wu* perdió el equilibrio y estuvo a punto de extraviar la consciencia, inmersa en estado de trance. Los ojos se le habían vuelto y balbuceaba incoherencias. Shui estaba espantada. Luego con la larga uña de su dedo índice señaló un libro de antiguas adivinaciones hecho de amarillentas y carcomidas varillas de bambú, que habían estado analizando sus compañeras. La vieja miró a Shui y le reveló impasible:

—Señora Shui, escuchad. El espíritu de vuestra hermana aún no ha recibido las ofrendas de la muerte, ni se ha mirado en el espejo donde las almas de los muertos examinan sus pecados. Debería

seguir errante en el Gran Vacío, pero ha robado el elixir de la inmortalidad a los dioses y ahora los venera en un templo de la Luna. Allí es donde se nos ha revelado. Es la palabra cierta de Kin-Kue, el dios del futuro y la adivinación —le aseguró la *wu* de forma desconcertante, agravando su desconsuelo.

—¿Queréis decir que su alma aún vaga por el infinito?

Una de las videntes trató de explicarse.

—No hemos logrado verla entre los espectros de la muerte, sino vagamente en uno de esos santuarios de la Luna ataviada con los distintivos de una actriz del teatro sagrado. Nada más. Quizás aún no ha sido llamada a ser probada en el juicio definitivo, tras morir junto a su señor, el *Bixia* emperador Kangxi.

—¿Qué lugar es ese templo de la Luna?

—No sabemos si es divino o material —contestó otra.

Shui notó un gran malestar. Otra vez la consabida ambigüedad que nada aclaraba. Quería salir de allí.

Al despedirse con una inclinación de cabeza y darles la espalda, se preguntaba qué habían querido descubrirle en verdad las *wu*. ¿Habían asegurado que su muerte no había sido honrada por el Padre del Cielo y que no había aceptado su sacrificio con agrado? ¿Por qué estaba caracterizada de intérprete teatral?

La revelación la había sumido en una intensa turbación y más aún recordando las inquietantes palabras de Su Alteza la Emperatriz, que venían a corroborar sus temores. ¿Peregrinaba aún Xiaomei por el mundo de los espíritus por haber irritado a los dioses vengativos al inmolarsse voluntariamente, contradiciendo los preceptos de la vida? ¿Qué eran los templos de la Luna?

Apenas si había comprendido nada y guardó la respuesta en los pliegues más profundos de su alma. No se lo comentó ni tan siquiera a Miao. Se reiría de ella. Los meses anteriores Shui había sentido congoja por Xiaomei; ahora, tal como le había pronosticado la emperatriz madre, las dudas la devoraban aún más incluyendo un nuevo ingrediente perturbador: los santuarios de la Luna y la máscara de teatro.

Y no sabía lo que era peor.

Al abandonar la recoleta pagoda de las *wu*, una figura que había estado observando la escena tras el biombo que ocultaba la estatua de Han Cungli, un anciano barbudo, padre de los Ocho Eternos y dios de la Inmortalidad, se escabulló sin ser visto. No había perdido detalle de cuanto allí se había dicho, y ocultando su rostro bajo el sombrero cónico de sirviente, se dirigió a grandes zancadas al cercano Palacio Occidental, residencia de la emperatriz viuda, Xiaogongren.

Al cabo de una hora, el mismo sirviente, con no menos sigilo y diligencia, dio un largo rodeo para despistar a un posible soplón palatino, o a algunos de los irritantes eunucos que todo lo curioseaban. Se entretuvo en un bancal de rosas y cruzó ante el Palacio de la Paz y la Longevidad. Sin dilación rodeó las dependencias próximas a la Puerta del Viento Apacible, esquivando la presencia de los castrados con sus risitas femeninas.

Compareció ante la residencia imperial, y tras fisgonear entre los guardias y criados, hizo una señal convenida a un viejo palaciego que se le acercó sin ser advertido por nadie. El mensajero, sin decir palabra, puso distraídamente en su mano un trozo de papel que decía: EN LOS TEMPLOS D

LA LUNA.

Después desapareció tal como había llegado.

Shui regresó a las dependencias de las concubinas imperiales. Estaba desolada. Intentó relajarse y dirigió su mirada hacia el verde cidra de las cortinas y a las hojas de los ciruelos acariciando las ventanas. Luego reposó sus pupilas en el estanque del jardín y en su agua apacible, salpicada del amarillo de los lotos y los nenúfares, y se ensimismó en su quietud.

Pensó que su destino no era otro que vivir perezosamente en la abundancia, envejecer y morir en aquella prisión dorada.

Al día siguiente, enfundada en una elegante capa de armiño, paseó ante las umbrías del oratorio palatino de las Flores Sagradas. Deseaba estar sola y reparaba en las ramas resacas cubiertas de escarcha, cuando de forma imprevista se encontró frente al afable discípulo de su maestro, Calma Estival. Su franca sonrisa y su indulgente bondad la fascinaban. El religioso le preguntó por su experiencia, sonriéndole con cercanía:

—¿Han respondido a vuestros deseos las *wu*, dama Shui? Mi maestro me aseguró que pensabais visitar su santuario.

—Se han agravado mis dudas —dijo decepcionada—. Parece que Xiaomei aún no ha encontrado la senda del reposo eterno.

—¿Y no os han aportado ningún nuevo testimonio?

—Sí, aseguran que su espíritu, disfrazado de personaje de teatro, vaga por unas pagodas o templos que han llamado de la Luna, pero que ignoran si es un paraje celestial o mundano.

El joven monje frunció el entrecejo, miró a su discípula, y se sumió en una reflexión profunda.

—Conozco varios templos llamados «de la Luna», pero son de ladrillo y mármol, y reales como este —dijo, señalando el santuario—. Uno se halla en Zhujiang, el Río de la Plata, en el territorio de Guangdong. Otros están fuera de la Gran Muralla, la que nos separa de los pueblos bárbaros. Quizás un centenar. En ellos suelen convivir los monjes *Lanzo*, sabios ermitaños ciegos y grandes curadores, con las llamadas *pan-hoei*, mujeres sabias, y las *paiyou*, las actrices que ejecutan las danzas sagradas.

—Jamás oí esos nombres —aseguró confundida.

—Se trata de damas que sirven de vínculo entre los humanos y el cielo a través de la interpretación teatral —la ilustró.

—¿Una comediente puede intimar con los dioses, maestro? —preguntó la joven.

—Así es. Es uno de los caminos para comunicarnos con los seres ocultos —respondió—. Unos, los *Lanzo*, y otras, las *paiyou*, son intocables y muy temidas por el pueblo tártaro y el manchú, y también por los chinos de la estirpe *han*.

La concubina meditó las palabras del gentil lego.

—Si el espíritu de mi hermana sirve a los dioses en sus sagradas moradas es que ha sido aceptado por ellos —argumentó la concubina—. Me confortáis, Calma Estival.

Al monje se le notaba intranquilo, pues la revelación concernía a temas muy cercanos a lo arcano y apreciaba a Shui.

—No deja de ser sorprendente la confianza de las videntes, os lo aseguro. Meditaré sobre ella,

y os responderé cuando halle alguna interpretación. Debe tenerla, señora.

—Gracias, sois un hombre de luz, como vuestro maestro Sabio Errante —contestó, mientras pensaba que después de todo no había sido estéril la cita con las *wu*.

Shui siguió caminando mientras reflexionaba sobre la versión de Calma Estival, que la atraía como el imán al hierro, aunque fuera un sentimiento que debía ocultar en los dobleces más hondos de su corazón. Un simple desliz, y le costaría el tormento de los azotes, la señal marcada en su piel de ser una mujer perdida, y la infamante expulsión de palacio.

Se sentía turbada, pero a partir de aquel día se comportaría con el aire apropiado de distancia y cortesía palatina que concernía a su rango.

De repente detuvo sus pasos. No se trataba de una vaga impresión, sino de una certeza. Había notado que era seguida y que sus actos eran espiados. Sus años en el harén, llenos de oídos indiscretos, miradas furtivas y murmuraciones envidiosas, habían desarrollado sus sentidos hasta percibir el más mínimo acecho de sus actos. Miró y no vio a nadie, pero advirtió una túnica azul de sirviente que desaparecía por una esquina.

Lo olvidó. Era la pauta habitual en la Ciudad Prohibida.

Los arbustos de gardenia y los ciruelos estaban en flor y una bandada de ánades sobrevoló ruidosa por encima de su cabeza. Una sonrisa asomó en su rostro. La primavera se acercaba. Cada día que pasaba, Shui mostraba más decisión y autodisciplina, y se sentía mejor de su ansiedad.

Desde hacía días Shui tenía problemas de insomnio, pero aquella noche, tras pensar un rato en los misteriosos monjes ciegos *Lanzo* que también habían participado en el rito del enterramiento de Xiaomei, en los no menos enigmáticos santuarios de la Luna y en las *paiyou*, las extrañas mujeres del teatro sagrado, se durmió profundamente.

Una luz de serenidad se había instalado en su corazón. Estaba más resignada con su sino.

Muerte en las espesuras de Jehol

Pekín, principios del verano del año 1723

El tiempo parecía detenido, y las agujas del reloj europeo que decoraba la Sala de la Paz Imperial no daban la sensación de girar para Shui.

La primavera había superado fugazmente su monótona vida y un verano sofocante y húmedo se había adueñado de la ciudad. En la agitación de la espera, la concubina aguardaba el regreso del resto de la corte del bosque de Jehol, donde se hallaba el *Bixia* emperador, disfrutando de las umbrías y las aguas termales de las tierras de sus ancestros.

Y sumida en sus reflexiones se dirigió con una de sus siervas, que le sostenía un parasol de seda, a la orilla del río de las Aguas de Oro. El sol abrasaba las paredes agrietadas de los muros de la Ciudad Prohibida, cubriéndolos con un polvillo seco. Pájaros pintos y pequeñas avecillas blancas se protegían en los árboles del ardor del estío. La residencia real estaba casi vacía, pues Yongzheng, acompañado por gran parte de sus cortesanos, se hallaba desde la primera luna del sexto mes, más allá de la Gran Muralla, disfrutando de las benignidades de Jehol, el valle de caza de los emperadores del Reino del Centro.

Jehol era el lugar predilecto del Hijo del Cielo desde que era un niño. En él intimaba con los espíritus de sus antepasados, los bárbaros manchúes que habían vivido durante siglos a lomos de sus caballos; y en sus altares de piedra rendía culto al Dios Caballo y a las fuerzas de la naturaleza, ofrendándoles incienso, frutos de la tierra y las vísceras de los animales cazados.

La cortesana, que se protegía del bochorno de la canícula con una sombrilla anaranjada y un abanico de bambú, se sobresaltó al escuchar una suerte de aullido salvaje y gritos estrepitosos de los soldados imperiales. Sonó muy cercano el estruendo del cuerno del heraldo, los fragores de los cascos de los caballos, el arrastre de las cureñas de los cañones y las órdenes invectivas de los Guardias de Brocado. ¿No volvía el *Bixia* emperador al concluir la luna nueva? ¿Qué ocurría para haber precipitado su regreso? ¿Por qué se rompía de aquella manera tan tumultuosa la paz de palacio? Shui pensó que algo grave ocurría.

La cortesana suspiró preocupada por aquella imprevista irrupción de estruendos. El chasquido del látigo manchú que hacía sonar el enviado del emperador anunciando la presencia del *Bixia* resonó contra los aleros de los palacetes.

Shui se dirigió hacia la Puerta del Poder Divino, donde vio a Yongzheng descender de la litera con el gesto contrariado. Escuchó las suelas de las botas de los oficiales percutir sobre el mármol de las escalinatas y los distinguió apostarse en los pasillos por donde iba a transitar el monarca, que caminaba cabizbajo y bufando como una res camino del matadero.

Tras los carromatos de la familia imperial, iban los de las concubinas, eunucos, médicos y sirvientes, Shui puso su mirada en algo infrecuente en la comitiva real: un arcón que transportaba un ataúd de plomo, al que escoltaban seis guardias en medio de un remolino de polvo. ¿Quién había perdido la vida en la reserva de caza?, se preguntó llevándose la mano a sus labios.

Un estremecimiento de preocupación le recorrió el cuerpo. ¿Sería el segundo acto de esa alarmante serie de asesinatos dentro del seno del séquito de Su Majestad? Esperó serena, sin que asomara un gesto de preocupación en su rostro acicalado de color perla, que contrastaba con el cielo nacarado y caliente.

Miao, que formaba parte de la orquestina que había acompañado al emperador al retiro de Jehol, se separó del grupo de cortesanas y se acercó apresuradamente hacia su amiga, que en su expresión esperaba una más que deseada explicación. Inclinaron sus cabezas y juntaron sus manos con amistad.

—¿Qué ha ocurrido, Miao? ¿Quién es el difunto?

Miao se acercó al oído de su amiga. Con temor.

—El asesino de las agujas ha vuelto a actuar, Shui. Y otra vez muy cerca de la persona del *Bixia*, nuestro señor, por lo que parece que era el blanco del asesinato.

—Por la diosa de la Misericordia, ¡otra vez no! —se lamentó—. ¿Y quién ha sido la víctima accidental esta vez?

—Uno de los capitanes de la guardia imperial, el honorable Tung Chih. ¿Lo conoces? Era un soldado con experiencia y de leal confianza del *Bixia* anterior, el padre de nuestro emperador

—¡Claro! Asistía a todas las fiestas de palacio.

—Pues el pánico ha cundido entre los cortesanos.

—¿Y por qué él precisamente?

—Te lo explicaré, Shui —dijo, y bajó el tono de su voz—. Su Majestad, para evitar un nuevo atentado, solía intercambiar desde el primer día que llegó al campamento, lecho y ropas con uno de sus seis capitanes más leales. Y esa noche le correspondía a Tung Chih dormir en su tienda de campaña. El asesino no debía de saberlo, y el soldado pagó con la vida su fidelidad.

—Mala suerte la de ese infortunado guerrero. Los reyes y los príncipes se matan entre sí. Es la práctica habitual en el trono del dragón —comentó Shui.

—Y lo peor es que ahora comenzará la caza de brujas de siempre —siguió Miao—. Algún príncipe, algún magistrado de lealtad tibia, o algún señor ambicioso, serán acusados de urdir el asesinato, y morirán. Se acercan tiempos de desdicha.

—¡Qué horror, Miao! —exclamó aterrada Shui.

—Yongzheng lo desea todo para sí —opinó la afable Miao—. Es ambicioso y un déspota sanguinario, y eso atrae el puñal de cualquier asesino desconocido, que evidentemente deseaba por segunda vez quitarle la vida. Esto no es bueno para la apetecida quietud de palacio. Esperaremos acontecimientos.

—Nuestro Señor es cruel, pero no estúpido. Acabará atrapando a ese escurridizo criminal —respondió Shui.

—El emperador se comportó como un tigre hambriento y lleno de furor en el campamento de Jehol, y exhibió toda la cólera de la que es capaz. Los guardias de la puerta fueron decapitados en el acto, y Nian, su valido, mandó dar tormento a algunos siervos. Todo en vano. Es un inexplicable

misterio.

—En esta corte cada atrocidad es contestada con una atrocidad aún peor y más perversa — manifestó la agobiada Shui.

Las dos cortesanas sabían que una muerte cercana al *Bixia* solía acarrear funestas consecuencias: interrogatorios, tormentos, prisión y desgracia para inocentes. Era el método rutinario de Yongzheng.

Shui se alisó su túnica celeste adornada de bordados verdes de lotos y pavos reales, y preguntó a Miao:

—¿Y cómo murió ese infeliz soldado?

—Otra vez de forma súbita y con idéntico método. Yo había asistido junto a otras concubinas a una fiesta en la tienda real, que como siempre acabó en una bacanal donde los grandes señores nos poseyeron y donde corrió el vino a raudales. Y cuando todos yacían en los divanes, embriagados, drogados por los elixires, o simplemente dormidos o borrachos, al parecer el asesino entró sin ser visto en el pabellón imperial. ¿Sabes?

—O ya se hallaba dentro —intervino Shui.

—Cierto —dijo, y prosiguió—. El caso es que debió de encaminarse al lecho que creía ocupado por Su Majestad, y según el cirujano real, le hundió la aguja de punta de flecha desde la clavícula y a través de las costillas, directa al corazón de Tung Chih. Expiró en el acto, como el Gran Eunuco.

—¡Qué frialdad la de ese sicario para matar!

—El capitán murió en cuestión de instantes, sin sentir sufrimiento y de forma expeditiva — informó Miao.

Shui movió su cabeza con gesto de perplejidad.

—¿Y realmente esa aguja letal iba dirigida al *Bixia*? Tung Chih siempre tuvo mucho poder en palacio. ¡Quién sabe!

—Lo cierto es que han comenzado las investigaciones, y hasta a las concubinas nos han investigado. El pánico se adueñó de mí, y desde hace cinco días apenas si como ni duermo, Shui — se lamentó—. Esta situación es enervante.

—No tienes por qué preocuparte, Miao. Se sobreentiende que somos mujeres estúpidas, bellos floreros que ni pensamos ni hacemos daño a nadie. No nos consideran, por lo que nos dejarán tranquilas —respondió relajándola—. ¿Y Su Majestad, cómo se encuentra? Enfurecido, supongo.

Miao negó con la cabeza y frunció el entrecejo.

—El carácter del Hijo del Cielo se ha vuelto más agrio y parece no fiarse de nadie, y menos de sus hermanos, pero se muestra firme y seguro de sí mismo. El *noveno* príncipe, Yinsi, está en el punto de mira y ha incrementado su vigilancia, pues cree que está detrás de estos intentos de asesinato.

—El harén será nuestro mejor refugio y nuestra salvación ante ese asesino solitario —dijo Shui, tomándole las manos.

El ambiente en la Ciudad Púrpura, días después, seguía enrarecido. Reinaba un clima de nerviosismo dentro de sus paredes y todos desconfiaban de todos, mientras sus mentes intentaban intuir quién sería el próximo. Los Guardias de Brocado no habían hallado ninguna huella sobre el asesino misterioso y los interrogatorios habían cesado al fin. Una calma tensa reinaba dentro de los muros de palacio.

Shui reanudó sus meditaciones, el gran consuelo de su alma inquieta. Al abandonar días después el santuario, el anciano sacerdote, Sabio Errante, la detuvo y le aconsejó:

—Señora Shui, no debes dedicarte solo a la meditación y a la plegaria. Has de aliarte con alguna de las artes místicas que elevan el espíritu. Solo así el desorden de tu ánimo se equilibrará. Te propongo el ejercicio de alguna actividad estética.

Shui, en un tono distendido, se interesó cautivada.

—¿Y a qué artes os referís, maestro?

—Pues a dos habilidades espirituales, la pintura y la escritura, hija mía —replicó convincente—.

Explora su ejercicio diario.

Habitualmente replegada sobre sí misma, Shui le transmitió al sacerdote que probaría a sumergirse en las destrezas de la pintura. Desde que llegara a palacio había practicado el uso de la punta de bambú, de la caña y del pincel, coloreando con tintas aguadas, sedas, abanicos y mantones. Pero jamás la pintura.

Rogó el permiso de la emperatriz madre, y decidió asistir a la escuela palatina de pintura, donde acudían los miembros de la realeza y los hijos e hijas de los cortesanos, mandarines, gobernadores y generales. Y en menos de una luna, el místico pasatiempo de pintar se convirtió en una fascinación para Shui. Con una juiciosa combinación entre la meditación y el estudio, la concubina fue atrapada por el arte del pincel. Y desde entonces su ingenio comenzó a nutrirse de misteriosas armonías.

—Señora LinShui, poseéis un asombroso don para la pintura, y esta Academia se siente honrada con vuestra presencia —le aseguró el maestro pintor, observando sus meritorias cualidades.

La cortesana era un recipiente de erudición que empapaba cuanto veía, desarrollando unas destrezas innatas que ignoraba poseer. Y la aridez de su existencia se fue mitigando. Aprendió toda la gama de las pinceladas: «la cabeza de ratón», «la cola de serpiente», «la pequeña hacha», o «el cáñamo desatado», empleándolas con una excelencia inconcebible para una mujer.

Comenzó pintando en trazos sugerentes y líneas quebradas, conforme requerían los preceptos de su fe budista; y de sus manos surgieron paisajes remotos de su tierra que pintaba en rollos horizontales, para luego seguir con los verticales, propios de los artistas consagrados.

Observada por encorvados instructores de semblante grave y excelentes modales, y por los fascinados perfiles de los alumnos de palacio, brotaban de sus ágiles dedos líneas estilizadas, ramilletes de flores y paisajes amarfilados, muy poco vistos en la Academia Imperial de la Ciudad Prohibida. Los pintaba con sutiles trazos de tinta negra y ocre, consiguiendo el beneplácito de sus preceptores. En una actitud admirable aprendió a componer escenas en sedas y cartones, diminutas figuras y perspectivas bellísimas en colores tan elegantes que emocionaban a quienes los contemplaban.

Se acostumbró al acre olor a tinta y a los oscuros destellos de las letras, esbozando bellísimas analogías de templos, océanos bonancibles y exóticos pájaros. Imitó a los grandes maestros del pasado, como el Gran Loco, y se inspiró en los pintores de las Cinco Dinastías, expertos de la profundidad y la atmósfera etérea del aire. Los brillos aterciopelados brotaron en una fervorosa marea de colores tratados con una delicadeza primorosa.

Ideó un nuevo modelo de adornos de flores para sus pinturas, que despertó sensación en el taller. El crisantemo pasó a convertirse en la flor que acompañaba a los retratos del silencioso retiro, del

filósofo, del místico y del poeta, y los solía colorear en sus cuadros con una perfección insólita. Y cuando bosquejaba figuras principescas, solía acompañarlas de peonías: las flores imperiales, por su ardiente color rojo.

Shui solo usaba pinceles ligeros, tinta líquida y brillantes aceites para dibujar las montañas, el agua, los torrentes, las cascadas, las brumas y pagodas, inmersas siempre en la armonía de la madre naturaleza.

Llegó a valerse de colores nuevos, los verdes oliva, el oro de arena y el gema brillante, que en la escuela palaciega constituían una rareza. Sus pinturas daban una sensación de serenidad y los maestros aprobaban cuanto innovaba, pues no se salía de los cánones establecidos, que hubieran supuesto para la concubina una fatal acusación por «grave falta de gusto estético», que hubiera acabado con su incipiente carrera de pintora.

Y la laboriosidad, la perseverancia y el talento de LinShui consiguieron muy pronto sus frutos.

Con la pintura recobró la natural ilación de ideas, las ganas de vivir y la capacidad de reír. Y cuando creyó estar preparada, pintó un cuadro llamado: *El paseo de otoño de Su Alteza Imperial Xiaogongren*, donde escenificó el recorrido de la emperatriz viuda, entre un camino de sauces, moreras y álamos blancos.

Destacaban conocidos parajes de la Ciudad Prohibida, o Púrpura, así llamada, no por el color de la muralla, sino porque el Mirto Púrpura, la Estrella Polar, gira sobre la bóveda celeste y protege el palacio imperial, su espejo en la tierra y centro del mundo. Los Pabellones de la Perfecta y de la Protegida Armonía también aparecían de fondo finamente trazados.

Los maestros adjudicaron al cuadro la virtud de la perfección; y fue tal el éxito cosechado, que recibió del maestro de la Academia Imperial de Pintura los dos distintivos que la reconocían como pintora de mérito: el «cinturón de oro» y la «túnica violeta bordada en jade», solo usada por los maestros pintores más reconocidos de China.

Shui se había atrevido a pintar a un personaje intocable: la emperatriz madre, y había conseguido plasmar la belleza de la madurez serena de Xiaogongren, amiga de Xiaomei, por la que había alcanzado un sentimiento de espontánea admiración, quizá porque sus orígenes eran idénticos a los suyos.

La gran dama aparecía dibujada con un traje de seda amarilla, con una sombrilla en su mano, y adornada con el collar de jade, el afamado *Heshi Bi*, el aderezo más valioso del mundo, según los orfebres hindúes. Tocada con la corona Ave Fénix, y con una flor de peonía en la mano, se asemejaba a una diosa.

La pintura fue expuesta en el Salón Perfecto, rodeada de flores doradas y con los estandartes imperiales guarneciéndola. Ilustres cortesanos, mandarines y damas pasaron a contemplar el retrato de la *huánghou*, la Emperatriz Madre de la Nación, y hasta el emperador, entusiasta de la pintura y apasionado por el detalle, la alabó. En el Reino del Centro —China— se consideraba una actividad sagrada, y el *Bixia* lo admiró conmovido, interesándose por el autor.

—Posee la armonía del orden divino —enjuició Yongzheng—. ¿Y quién lo ha pintado? ¿Conozco a su maestro ejecutor?

—Ejecutora, Hijo del Cielo —replicó el valido Nian—. Es una obra de la señora LinShui concubina que fue de vuestro padre emperador del cielo, y ahora de vos.

—¿De una mujer, dices?! Supera con creces a muchos maestros consagrados —opinó Su Majestad fascinado.

Y aquella laudatoria opinión se extendió por todos los rincones de la Ciudad Púrpura. La suerte de Shui comenzaba a cambiar. Ella sabía que a veces el caprichoso destino suele desbaratar los proyectos de los humanos, pero en su mente se había operado una colosal mutación, como un torbellino surgido del fondo de su alma, del que desconocía su propia fuerza. Pero también había atraído el frío cuchillo de la envidia de los eunucos y de algunas esposas imperiales.

Shui se proponía emplear aquel sesgo a su favor.

La habitación roja

Yongzheng, el Hijo del Cielo, respiraba pausadamente mientras meditaba en su alcoba del Palacio de Verano, donde le agradaba sestear en la canícula entre el frescor de los lagos del Norte, del Sur y del Centro, y disfrutar del fastuoso Jardín de las Claras Aguas, sembrado de orquídeas, gardenias y lotos.

La boca entrecerrada, los ojos vencidos y los párpados entreabiertos sumían su interior en la serenidad, después de un día de controversias con sus ministros, que temían sus accesos de cólera. Se mantenía inmóvil, sin percatarse de cuanto lo rodeaba y sin escuchar los rumorosos sonidos de palacio. Nadie ignoraba que se sentía amenazado, pero también que controlaba hasta la respiración del más humilde de sus cortesanos.

Tanto la Ciudad Púrpura como el palacio estival se habían convertido en unos cuarteles, porque así convenía a sus deseos de poder absoluto. Del sillón donde estaba sentado escapaba un hilo de los aromas que se quemaban bajo él. Descansaba en el cojín de seda y su cuerpo, embutido en una túnica dorada, se difuminaba con la luz que se filtraba por las celosías en haces de luz ambarina.

Y más que sentirlo, Yongzheng presintió que alguien se acercaba. El detestable eunuco Yan Yan, su espía y confidente, y terror de las concubinas, arrastraba por el piso sus pasos felinos y pausados. Cuidadosamente lo despertó con su voz anodina.

—¿Os ha alterado mi presencia, Majestad? —susurró el castrado en un tono indisciplinado, de esos que por atrevidos no admiten retroceso alguno.

Yongzheng no se sorprendió. Estaba acostumbrado a sus insolencias. Pero lo necesitaba. Era sus oídos en palacio.

—Me escuchaba a mí mismo y me relajaba de mi tormenta del alma con el recogimiento —señaló al eunuco con aspereza.

El Gran Eunuco de palacio, *ohuanguan*, Yan Yan —«elegante»—, destacaba sobre los otros castrados por su mirada calculadora, la piel verdosa de la bilis y su filosa estatura. Mostraba un rostro congestionado por la bebida, y sus orejas puntiagudas, cubiertas de vello, se asemejaban a las de un duende. El cráneo abombado y rasurado era casi traslúcido, y tenía los ojos de un verde desvaído que taladraba. Su barbilla hundida, su trenza gris y el rostro lampiño y engordado por la glotonería, le conferían un aspecto siniestro.

Todos lo temían y sabían que tiranizaba la vida de los sirvientes de las cocinas, jardines, cobertizos o establos y nadie se oponía a sus deseos.

Decenas de criados y esclavos le debían obediencia ciega, que él empleaba en su exclusivo provecho. Su desmedida ambición lo había conducido a una posición de riqueza y autoridad con las

que jamás había soñado. Dormía cerca del emperador, estimulaba sus placeres más inconfesables, le conseguía púberes para sus orgías en el Palacio de Verano y pasaba por ser su adúlador y su hombro complaciente.

Con sus ojillos de rata inspeccionaba el harén diariamente, mientras investigaba con severidad la vida de las concubinas con la femenina rivalidad de la que solo es capaz un castrado. Las cortesanas imperiales lo detestaban, pues su lengua era un muladar y su mente, un cenagal de maldad. Y Yongzheng lo sabía. Pero necesitaba un perro fiero, brutal y astuto a su lado.

—¿Te desasosiega algo, Yan Yan? Noto en tu voz impaciencia —dijo el *Bixia*, mirándolo con desatención.

El emasculado se inclinó ante su imperial amo, con una mirada cargada de rastrera arrogancia.

—Perdonad, mi Emperador a Caballo, pero quiero abordar con Vuestra Majestad un tema doméstico que me preocupa. Vuestra casa anda alterada y en el harén aletea una paloma que parece querer volar en solitario —manifestó enigmático.

—¿De quién me hablas? Sabes que no me gustan las adivinanzas —dijo sin mostrar interés en el caso.

El castrado se apretó los nudillos con falsa cólera.

—Se trata de la señora Shui, la concubina pintora —comentó irritado—. ¿Sabíais, Majestad, que ha solicitado licencia a vuestra madre para visitar a las sabias *wu*? Es una desfachatez para una mujer que solo debe pensar en el placer de su amo. Posee un carácter decidido y es capaz de imponerse siendo una inferior a los deseos de los hombres. Presume en el harén de haber sido protegida por el general Yue, y eso no se puede permitir, *Bixia*.

—¿Está probado lo que me dices? —preguntó grave.

—Me lo ha comunicado sin reservas quien mejor la conoce, la señora Kumiko, la Maestra de Concubinas —ratificó.

El monarca intentó calmarlo, conociendo la soterrada guerra entre los eunucos y las concubinas de palacio. Era un asunto baladí para él.

—Es una joven sensible que agrada a mi alma con sus dibujos. La pintura es un don divino vedado a la mayoría de los mortales. En cuanto al general Yue, aunque sea un *han*, me es leal.

—Su presencia y la de la señora Miao incomodan en la corte. Junto a la favorita Xiaomei, su hermana, poseía mucho poder en tiempos de vuestro padre, y digamos que perturban la paz de vuestra casa, Majestad. Así me lo confiesan sus compañeras —insistió con inquina—. Sus encuentros con la emperatriz y con el maestro Sabio Errante son al menos oscuros.

—Nada importante que deba ser castigado —insistió.

—Es que además se pavonea por haber pintado a vuestra madre, irritando a sus preceptores. Por mucho menos en la Ciudad Prohibida se ha sacrificado a una cortesana imprudente. Es solo una mujer, Majestad, y carece de importancia. Creo que debemos administrarle acónito turco en el té y desembarazarnos de ella, y si es posible también de la señora Miao. Así no sospechará nadie y evitaremos escándalos y desobediencias en el futuro, mi *Bixia*. Su presencia resulta irritante.

En la mirada del avisado soberano, afloró una duda.

—¿Saben algo que no debieran saber, Yan Yan?

El emperador le dedicó una mirada de indiferencia, pero aguardaba su respuesta, aunque pensaba

que era un cotilleo más del harén imperial y un desvarío de celos del gran eunuco.

—No lo creo, pero Shui y su hermana estuvieron muy cerca del corazón de vuestro egregio padre, y le fueron regaladas por el general, que siempre ha mantenido una actitud altanera.

—¿Y esa es causa suficiente para que deban morir? Muchas concubinas calentaron sus sábanas y no por eso deben morir.

Yan Yan, con una expresión torva y glacial, replicó:

—Según el testimonio de la señora Kumiko, no son disciplinadas y dan muestras de una insumisión impropias de una mujer, un ser inferior, como vos sabéis. Morirán sin sentirlo. Nadie recelará y mucho menos lo lamentarán. Eliminarlas sería la mejor decisión de Vuestra Majestad.

Los ojos del *Bixia*, apenas dos ranuras oscuras, se abrieron de par en par. Era refractario a la rudeza con las mujeres, a pesar de su carácter despiadado. El eunuco sabía que al subir al trono había incomunicado a su hermano mayor Yinreng, y que los *octavo* y *noveno* príncipes permanecían encadenados de pies y manos, literalmente enclaustrados tras una pared. No aguantaba ningún rival, ni ninguna nota discordante en su casa, y de su brutalidad se aprovechaba el Gran Eunuco.

—Me preocupas, Yan Yan, aunque sus vidas tengan escaso valor para mí —se pronunció sin interés.

—Las constantes preguntas de Shui sobre el entierro de vuestro padre y el destino final de su hermana, la señora Xiaomei, sobrepasan lo adecuado en una doncella del harén imperial. No es dócil, Majestad.

El rencoroso eunuco, que vestía una túnica parda y un chaleco azul que cubría su enjuta figura, bajó la vista y permaneció de rodillas, hasta que el emperador le indicó con un gesto que se incorporara. Dio con su trenza en el suelo y aguardó la orden que hacía tiempo deseaba: ver desaparecida a Shui, que se había atrevido a elevarse demasiado alto y no rendirle acatamiento como las demás concubinas. La despreciaba y no aguantaba que una cortesana sobresaliera sobre las demás y sobre todo que gozara del favor de la emperatriz madre, que a él lo trataba con la punta del pie. Unos celos mujeriles pretendían precipitar a la joven a la más funesta de las desgracias.

—Yan Yan, quiero meditarlo por razón de sus méritos y por ser un regalo personal del más capaz de mis generales —objetó Yongzheng—. Así que hablaré con esa concubina inquieta. Llévala a mi alcoba mañana. Después decidiré. Ahora déjame con mi meditación hasta la hora de la *cabra*, de una a tres de la tarde. Preciso pensar en asuntos del gobierno. Y redobla la guardia esta noche ante mi cámara. Hoy dormiré en la décima.

—Así se hará. Que el Fénix del Cielo y el Dragón de Jade os concedan sosiego. —Y se retiró sumisamente.

El ruin eunuco había lanzado la flecha alentado por Kumiko y parecía haber atinado en el blanco. Era cuestión de tiempo. El emperador no soportaba la menor alteración de las ordenanzas de palacio, del que él era el garante y único mandatario, como reflejo terrenal de la armonía del cielo.

Yan Yan cruzó la puerta y sonrió malévolamente, con perversidad. El fin de Shui y Miao estaba cerca.

Al día siguiente, la tradicional ceremonia de Acción de Gracias a la naturaleza había concluido en la Terraza del Océano. Después del mediodía, un sol liviano jugueteaba con las nubes, bañando con su luz azulada el impenetrable gineceo imperial. La fiesta le agradaba a Shui, pues recordaba la

peregrinación anual de su familia al hermoso Shangri-La, un bosque de verdor escondido en el corazón del Himalaya, donde sus padres solían visitar las Grutas Sagradas para honrar a sus antepasados y rogarles fortuna. Aspiró complacida. Todo olía a perfume de flores.

Cuando se adentró en el harén para descansar, un bálsamo a emanaciones vaporosas aromatizó su nariz. Las concubinas paseaban sus cuerpos voluptuosos por los pasillos, camino de los baños o de las salas de peinado y maquillaje, susurrando entre ellas. Shui se alarmó. Ocurría algo extraño.

Las demás la miraban y la señalaban con caras de resentimiento y envidia. Al llegar a su habitación vio en su puerta a Kumiko con la «lámpara roja de la elección» y su nombre escrito en una tablilla. Atenuaba sus repentinos sofocos con su deslustrado abanico de seda. Shui ahogó un grito de sorpresa, llevándose la mano a la boca. Al fin había sido convocada.

—Habéis sido elegida, señora Shui, para dormir esta noche con el *Bixia* —balbuceó Kumiko—. Extremad vuestros cuidados.

—Sí claro, señora. Supone un extraordinario honor para mí —dijo mirando a la atrabiliaria maestra, a quien odiaba.

Kumiko era una mujer de unos cuarenta años, celosa de todas y cada una de las concubinas. Para Shui era una auténtica zorra, gruñona y malencarada. Había odiado a su hermana Xiaomei, envidiosa de su belleza, y ahora también a ella. Todo en ella emanaba mala voluntad, y poseía los movimientos sigilosos de las víboras. Las hembras del harén la detestaban, pero la soportaban por su inmenso poder en palacio. Nadie ignoraba su secreta inclinación a los jóvenes hermosos, y su audacia y astucia para buscarse la complacencia de los guardias y criados que llevaba a su lecho.

Y sus soterradas relaciones amorosas eran objeto de comentarios entre las cortesanas. Kumiko solía hablar en privado de sus relaciones eróticas, contando a sus favoritas los más íntimos detalles de sus encuentros amorosos que harían sonrojar a la puta más desvergonzada de un burdel de Cantón.

Ella, al estar fuera del círculo privado de las esposas y favoritas del *Bixia*, podía permitirse aquellos excesos secretos sin ser castigada, pues pertenecía a la casta elegida de los «señores de palacio». Semejantes actos no estaban permitidos a las concubinas o favoritas, quienes de ser cogidas en algún desliz o en acto contra el recto proceder y las buenas prácticas, podían ser expulsadas de la Ciudad Prohibida y vendidas como esclavas.

Los modales de la resabiada Kumiko, cuyo nombre significaba «niña de eterna belleza», eran atrevidos y poseía unos ojos centelleantes, con los que vigilaba día y noche la vida del encierro femenino. Su otrora delgada figura se había convertido en una gordura que se manifestaba en una papada de color rosado que le ocultaba el cuello, un trasero orondo y unos pesados pechos que escondía en sus amplios *quipaos* y su sempiterno abanico, con el que mitigaba sus acaloramientos.

Kumiko usaba una gran profusión de afeites en la cara y de anillos, broches, peinetas de jade y ajorcas de oro, para aminorar su falta de encanto personal. No había concubina que no fuera el blanco de sus maledicencias, de sus órdenes insufribles, de su pérfido genio y de sus continuas objeciones.

Shui la odiaba, pero le sonrió fríamente.

No podía creerlo. Suponía un indiscutible milagro que el emperador la convocara a la privacidad de sus habitaciones, y ahora comprendía las ojeadas resentidas de las otras cortesanas y de Kumiko. Se agitó nerviosa y llamó a su criada. Debía acicalarse y estar dispuesta. En unas horas debía

demostrar al Hijo del Cielo su prestigio personal y su embrujo en el tálamo, conforme había aprendido.

Las camareras la relajaron con piedras calientes de basalto, mientras unas siervas ahuyentaban el calor con plumeros. Luego le untaron el cuerpo con lichí para suavizar su piel, y la aromatizaron con esencia de «agua de salud», una fragancia de rosas, algalia y jazmín, y le colorearon los pezones con alheña rosada.

Shui poseía un gran atractivo personal. Su cintura era flexible como un junco, su semblante, como un suave pañuelo, sus cejas, dos hojas de sauce, y la boca, una cereza madura. Se atavió con una túnica lila bordada con patos mandarines, símbolo del amor, y hojas de bambú, alegoría de la conducta recta, y un tul de gasa que apenas si le ocultaba los chapines rojos. Le arreglaron un peinado con una peineta de jade en forma de arco, que aumentaba su estatura, exornándolo con un capullo bermellón de loto.

Acopló en sus dedos protectores de jade para sus delicadas uñas, y se perfumó con agua de jacintos y rosas. Tras una última mirada de satisfacción ante el espejo, abandonó el harén para entregarse al protocolo de palacio y al tratamiento ceremonial que requería su posición de dama convocada por su amo al tálamo real. Y por insignificante que fuera cualquier acto ordenado por el emperador, unos Guardias de Brocado uniformados ante el pasillo, y dispuestos a dar su vida por la de su señor, conferían al encuentro un dramatismo que intimidaba.

Dos eunucos percutieron el suelo con varillas de bambú indicando que Yongzheng iba a recibir una visita en su cámara de la Isla del Lago Sur. La corte debía ser un destello invariable del Cielo que aquella noche brillaba como el carbunclo.

Yongzheng estaba solo, sentado en un sitial dorado con la novela de *Los Tres Reinos* en su mano rolliza. Sus palabras solían ser provocativas como pedradas, y la violencia gratuita con los débiles y su arbitraria crueldad eran sus deméritos más conocidos. Por eso Shui entró con desconfianza, acobardada.

Un ambiente de languidez saturaba el encierro íntimo del emperador Yongzheng, que nunca visitaba a sus concubinas, ni en el refugio veraniego, ni en la Ciudad Prohibida.

La crisis que se vivía con los asesinatos había empañado la alegría habitual de la corte y profanado la animada vida de palacio. A Shui le pareció más alto y poderoso, y en su mirada adivinó arrogancia, frialdad, altivez y repulsión. Era un individuo cuelllicorto, de faz anodina y carácter desabrido, que parecía que de un momento a otro iba a lanzarse sobre ella.

Entregado a los asuntos de gobierno sin descanso, se apoyaba en el inteligente primer ministro o *neige* Nian, un personaje sutil y recto, hermano de su favorita, Zhen Huan. Los rigores del mando se notaban en su faz crispada, y se aseguraba que controlaba personalmente los Seis Ministerios del Reino. Era un rey absoluto. Y por su omnímodo poder, Su Majestad contaba con la soterrada ayuda de los eunucos y de la insidiosa Kumiko para controlar también el palacio y a sus cortesanos.

Shui paseó recatadamente la mirada por la cámara imperial. Todo era de un intenso color dorado. Hasta el lecho real. Se hincó de hinojos, sosteniendo el laúd en la mano y aguardó la orden de su señor, quien sin disimular su hosca expresión, le ordenó seco:

- Señora Shui, levantaos. Deseo escuchar vuestro canto, antes de conversar. Os oiré complacido.
- Como dispongáis, Hijo del Cielo —contestó sumisa, y sin levantar la mirada—. Mi obligació

es suavizar las asperezas de vuestro gobierno, dulcificar vuestro ocio.

Con expresión gentil le entonó la «Canción del Sufrimiento Perpetuo», un poema antiquísimo de Bay Juvi, que narraba el desgraciado amor de un emperador *han* por la muerte de su esposa. La concubina tañía el laúd con sus pequeños dedos, como si un pájaro rozara con sus alas el agua de una fuente.

Yongzheng, que la observaba con atención, comprobó al verla tan cerca de él que era una joven de gran belleza, versada además en el arte de la pintura y la música. Luego la invitó a que danzara en su presencia, y Shui bailó la melodía del «Vestido de Pluma y del Arco Iris», con una delicadeza que lo impresionó. La vigilia parecía marchar bien, pero conforme avanzaba, la cortesana advirtió que Yongzheng no deseaba ser estimulado sexualmente y yacer con ella. Solo pretendía disfrutar de su canto y conversar. Ella tampoco sentía pasión alguna por aquel hombre, pero había sido educada para incitar su placer.

La supremacía masculina estaba sostenida por centenares de normas palaciegas, y a ella, como mujer, solo le correspondía obedecer. Al concluir el canto, Shui le sirvió *sage*, el licor de arroz fabricado en Tonkín para la casa real, y unos pastelillos de canela, arroz y almendras. El emperador le expresó que se sentía honrado por sus habilidades, y le preguntó:

—¿Creéis que vuestra vida en palacio es aburrida?

Confundida, Shui esbozó una turbada sonrisa.

—En modo alguno, Majestad. Esta insignificante sierva, aparte de velar por vuestro contento, solo procura formarse en los clásicos del dibujo, en los Cuatro Libros sagrados y en el Vasto Espejo de la Historia, para acercarse a la verdad.

—Pero también buscáis otros medios para pacificar vuestro espíritu, ¿no es verdad? —dijo extrañamente misterioso.

Shui se extrañó de palabras tan enigmáticas, aunque afables. ¿Dónde estaba el ser implacable y brutal?

—Procuro tranquilizarlo con la meditación *zen*, mi señor.

El monarca meneó la cabeza y la miró a los ojos. Luego hizo una reflexión, que a ella le pareció cortés, aunque no se fiaba de su interés.

—Ese apaciguamiento del alma es el que yo preciso ahora. ¿Creéis que la vida de palacio se halla alterada, señora Shui?

—Así lo creemos todas vuestras siervas, Majestad —replicó mansa tras pensar un instante—. Sois un soberano turbado que merecéis el sosiego interior que os hurtan algunas mentes malévolas —dijo en alusión a los asesinatos.

—¿Os referís a esas muertes que alteran la calma de la Ciudad Prohibida? Nada conocemos aú de su inductor y de quien mueve esos hilos de muerte. Pero no debéis inquietaros. Mis ministros controlan cada uno de mis pasos y será desenmascarado.

Le pareció escasamente preocupado por la gravedad que escondían los sucesos, como si los controlara.

—Asegura Confucio que ningún semejante sin motivos es sospechoso, y por eso la justicia no puede basarse en la venganza, mi señor —afirmó la concubina con la mirada sumisa.

—Tendré en cuenta esa máxima, señora Shui.

Shui se dio cuenta de que se había expresado con demasiado apasionamiento y quiso atemperar su comentario con la adulación. Elevó su tenue voz y se expresó con mesura.

—En palacio se comenta con admiración vuestra orden de reabrir la Academia Tunghin, donde los eruditos del reino puedan discutir de poesía, geografía, política, literatura y religión. El Cielo os lo premiará, mi piadoso señor.

El emperador le sonrió. Cambió el sesgo de la charla y soltó sus palabras liberadoras.

—A propósito, ¿os interesa la vida del más allá?

Shui ignoraba el sentido de la duda, y se alarmó.

—No demasiado, Majestad —recló.

—Kumiko, la maestra, me asegura que habéis visitado a las sacerdotisas *wu*, ¿no es así? —preguntó el monarca con ironía—. No es habitual en las concubinas.

Shui reparó en que la sangre le palpitaba en las venas con fuerza y que los latidos eran tan atronadores que debían de resonar en las paredes del aposento real. Sus ojos miraron hacia abajo y las arrugas que surcaban sus labios se hicieron más profundas. Se sentía vulnerable. ¿Había sido llamada allí para ser deshonrada y quizá castigada severamente? Se defendió.

—Pues... sí, mi amo y señor. Sinceramente no sabría deciros qué me impulsó a solicitar su ayuda... quizás el aburrimiento, o el placer de lo prohibido. Fue un deseo de curiosidad, nada más —balbuceó abochornada, viendo el duro brillo de su mirada.

Yongzheng frunció sus espesas cejas y Shui pensó en lo peor. Había sido llevada allí para ser acusada. Tenía pavor.

—No os sonrojéis, señora —la tranquilizó.

Shui tomó el camino de la sumisión.

—Yo no soy nada, mi *Bixia*, solo una torpe mujer. Corregidme —prorrumpió con un tenue hilo de voz.

Shui seguía aterrada. Su imprudente acción podía costarle la vida o un correctivo público. Ya se veía azotada, aunque contara con el permiso de la reina madre. Pondría a contribución de su salvación el poder de atracción del que era capaz.

—Castigadme por mi acción si así lo creéis, Majestad —dijo, y entre sollozos abrió su túnica dejando parte de sus senos al aire la señal habitual de sometimiento ante un hombre superior.

El emperador intervino para matizar sus palabras.

—¿Que sancione la curiosidad de una dama tan cultivada? Sosegaos. Solamente sucumbisteis a la tentación de lo prohibido, dama LinShui.

En Shui, el temor se suavizó. Había estado a punto de desfallecer. Pero aquella ansia imperdonable le podía haber acarreado fatales consecuencias. El emperador se removió en su sitial y bebió un sorbo de *sage*. Después se interesó:

—¿Y puedo saber qué os llevó a pedir el consejo de las *wu*? No es bueno invocar a las fuerzas de la oscuridad, señora.

Shui contuvo la respiración. ¿Debía revelarle la verdad y las palabras de Sabio Errante y la emperatriz? Pensó que era mejor pasar de puntillas por el asunto y no preocupar a su señor. La tensión se había disipado y la calma dominaba su pecho. La joven inhaló las delicadas fragancias del cuarto, y refirió:

—Deseaba interpretar un sueño que me atribula desde hace tiempo, mi *Bixia*. Mi hermana Xiaomei, concubina predilecta de vuestro padre, se presenta constantemente en mis sueños con no sé qué intención. Eso es todo, y mi torpeza me llevó a preocuparme.

—Veo entonces que estáis atrapada en sentimientos contradictorios. Según Buda, se demuestra inteligencia estando en el presente. Cuanto más regreséis al pasado, o temáis el futuro, menos inteligente y feliz seréis. Si su aliento se ha extinguido, ¿por qué tanto misterio a su alrededor, señora? ¡Vivid el hoy!

—Majestad, esos sueños están cargados de malos presagios —contestó dócil—. Por eso busqué el consejo de las *wu*, que a la postre nada me aclararon.

El emperador parecía querer saber más.

—Supongo que sabéis que ciento ocho son los arrepentimientos de las almas errantes tras la muerte. Quizás aún no haya consumado esa penitencia. Os sugiero que encendáis ciento ocho varillas de incienso tibetano y tal vez vuestras pesadillas cesen. Observo que el recuerdo de vuestra hermana es un filtro en vuestro cerebro que os impide estar satisfecha.

—Así es, mi *Bixia*. Pero ese es mi destino. Lo asumiré.

—Y vuestra hermana Xiaomei, favorita de mi recordado padre, ¿no os hizo nunca ninguna confidencia referente a asuntos del reino? Era su alma más cercana.

Ignoraba adónde quería conducirla y tomó precauciones. La había cogido con la guardia baja y anulado la capacidad de respuesta. Aquella era una cuestión peliaguda y sus labios se abrieron perplejos.

—Recordaréis, Majestad, como príncipe predilecto que erais de vuestro padre, que mi hermana vivió el último año de su vida con la familia imperial y que le estaban vedadas las familiaridades con las concubinas. Apenas si hablé con ella alguna vez.

Después de una larga pausa, la interrogó severo.

—¿Incluso con su amiga, la señora Miao?

Tras unos instantes de reflexión, y luchando contra el miedo que sentía en su médula, afirmó:

—Con las dos, Majestad. No la tratamos apenas en un año.

En aquel momento pensó que era el más frío, detestable, cobarde y repulsivo ser que había conocido jamás. Y que la había traído allí para interrogarla y humillarla. El *Bixia* mantenía su halo de autoridad, y un error o una vacilación podían costarle la vida. Y más en aquel momento en el que en palacio todo eran dilemas, prejuicios y sospechas.

—En mis años de dama de la corte, y tanto en el feliz reinado de vuestro padre, como del vuestro, de mi boca o de las de Xiaomei o Miao, jamás salió una opinión de asuntos que ni nos conciernen, ni entendemos de ellos. Creedme, mi señor.

Un silencio largo y denso planeó por la habitación roja. Un silencio vacío, pero lleno de sospechas.

—Os creo —le aseveró con ademán áspero—. Pero en estos momentos de conspiraciones, cualquier rumor puede parecer una traición, señora Shui. De vuestra bellísima hermana se enamoró perdida y apremiantemente mi padre y pudo intimar con secretos de Estado de capital gravedad. ¿Comprendéis?

Shui abría y cerraba la boca como un pez huidizo. Podía salir malparada si no contestaba lo

oportuno. No podía disimular su zozobra y estaba pálida y temerosa.

—Claro que lo entiendo, Majestad, pero en palacio hemos sido educadas para velar por los intereses de la familia imperial. Nada opinamos de tareas del Reino del Centro y callamos.

El soberano adoptó un ademán curioso, e indagó:

—¿Recordáis aún al honorable general Yue? Creo que os protegió y luego os encomendó a la seguridad de palacio.

Shui hizo una recordación retrospectiva y lo alabó:

—Desde aquel día que nos rescató de la barbarie de sus tropas, nunca volvimos a verlo, pero siempre agradecemos su acción y veneramos su memoria, mi *Bixia* emperador.

—Eso os encomia, dama Shui. Es un hombre de honor.

Shui conocía su faceta despiadada, y el susto la oprimía.

—Prefiero creerlo, pero si en algo valoráis vuestro bienestar en este edén de regalo y capricho, olvidad el pasado y todo lo concerniente a Xiaomei —se expresó el monarca—. Palacio es un refugio seguro como no hallaréis otro igual. ¿Entendéis?

—Al pie de la letra, mi señor. Sois muy compasivo con vuestra sierva —mintió.

—Y aún lo seré más —expresó sorprendiéndola—. No os conocía lo suficiente y deseo protegeros. Para mí unas manos que pintan son las elegidas del cielo. Veo que atesoráis todas las virtudes necesarias para ser considerada una mujer sabia.

Shui palideció y lo miró de hito en hito.

—¿Yo una mujer sabia? Es demasiado mérito el que me atribuí, Majestad. No merezco honor alguno.

—No os mostréis modesta conmigo —la cortó—. Así que dejad que me ejercite en la magnanimidad. Desde hoy os nombro *Dama Guifei*, o sea, concubina imperial de alta jerarquía. Me acompañaréis en los actos y ceremonias, junto a mi familia. Es mi obligación preservaros, o los dioses y la naturaleza me lo reclamarán algún día. Y claro, debéis seguir pintando para mí.

El rostro de la concubina se había iluminado.

—Como gustéis, magnífica Majestad.

—En la próxima fiesta del Chong Yang, «del crisantemo», deseo que cantéis para mis invitados. Antes besaré vuestros labios y vuestras mejillas —dijo, y la atrajo hacia sí con violencia y libidinosa pasión.

Después rasgó su túnica y la tiró al suelo en medio de gemidos ávidos, y de una furia salvaje que redoblaba en cada envite. Trató de hacerla suya en medio de asperezas que le dolían de forma lacerante, mientras ella miraba los adornos del techo, ajena a aquella marea violenta e insensible. La arañó y le mordió su tersa piel, mientras se revolcaba sobre la mansa concubina sin requerir ninguna caricia de la muchacha. No la penetró sino que empapó de semen sus vestidos revueltos.

Shui nunca olvidaría aquel cuerpo recio apretado contra su carne pasiva, ni su final estallido triunfante, ni el acoso sexual propio de una bestia, que apenas si duró unos minutos.

Shui había encontrado el refugio en su indiferencia.

El emperador había sido su carcelero y ella la cautiva. Al salir le pesaban los ojos, sus labios estaban sedientos y un sabor agrio penetraba en su garganta. Shui hizo la postración del *Ketou*, la máxima reverencia ritual, con tres suaves golpes de su cabeza en el suelo, y salió de la estancia, con

los cabellos enmarañados, tapada con los jirones de su túnica, y los brazos con moratones.

¿Podría decirse que su real capricho la había indultado por el momento tras tan lastimoso acto erótico? ¿Era una moratoria de su fatal sino?

Al alcanzar su dormitorio extendió la esterilla y mirando al levante elevó una silenciosa plegaria al Buda de la Luz Compasiva y a la diosa Kuan-yin. Pensó luego en las personas aludidas por Yongzheng. ¿Realmente le había regalado el título de *Dama Guifei*, o deseaba tenerla más cerca para espiarla? ¿Por qué aquel interés en saber si Xiaomei y Miao conocían algún secreto?

El *Bixia* había callado más de lo que sabía y era evidente que Miao y ella estaban en el punto de mira de sus dudas. ¿Pero por qué? ¿Qué inconfesable misterio deberían conocer?

El palacio era para ella un rincón de alarmas. No se derrumbó, sino que redobló sus precauciones. Aquella noche, en sus sueños la persiguió una sombra oscura, como un árbol muerto de ramas calcinadas que la ahogaban y no la dejaban respirar.

Miao, la Prodigiosa

*Palacio de Verano y Ciudad Prohibida de Pekín.
Fin del verano del año 1723, primero del reinado
del emperador Yongzheng*

Era una noche sofocante, quizá la más calurosa del año de la Rata. Los vergeles del Palacio de Verano regalaban una olorosa floración, con cientos de insectos libando en los estambres de las flores. Shui apenas si salía de sus aposentos, donde criaba gusanos de seda y pintaba paisajes de las islas Ryukyu y Annam.

No se oían rumores en la alcoba de Shui y un aroma a ámbar escalaba los muros hasta alcanzar el ventanal del harén imperial, que parecía una enorme lámpara de papel alumbrada por centenares de ascuas.

A Shui le agradaba la temporada en la que la corte se trasladaba al palacio estival y paseaba en barca junto a Miao y otras damas por los mansos lagos, llenos de peces y patos malvasía. En el Jardín de las Claras Aguas Onduladas y en la Terraza del Océano, llena de peonías y orquídeas, solía meditar sola.

Cuando se acercaba el crepúsculo solía visitar el oratorio de la diosa del panteón budista, la deidad de la Misericordia, Kuan-yin, a la que ofrecía incienso y flores. A veces pintaba junto a un bancal de tulipanes amarillos, en medio de la armonía de las fuentes y arboledas, donde hallaba la paz más absoluta.

Comía alimentos sencillos, como las sopas de soja, pato agridulce, brotes de bambú, hojitas de pulpa de caracol, pastelillos de arroz y pescados al vapor. Paseaba con Miao, su amiga de mirada inocente y maravillosamente tranquila, en una clandestinidad sosegadora, y en medio de silencios llenos de significado.

Yacía la concubina sobre el lecho revuelto olvidada por su señor Yongzheng, que no la había vuelto a convocar después de aquella noche tumultuosa. Su nuevo estado de *Dama Guifei* le había reportado más consideración en la corte y una perezosa inactividad, pero se sentía pagada al caminar casi a diario junto a la familia imperial.

En vigilia tan calurosa, su voluptuoso cuerpo, apenas cubierto con una túnica carmesí, se enroscaba entre las sábanas de Samarcanda. Deslizaba sus piernas entre sus pliegues, y oprimía contra los almohadones sus delicados hombros y senos. Sus pies estaban cubiertos con unas delicadas zapatillas rojas, bordadas con minúsculos pececillos.

La cortesana se reclinó en el mullido lecho y se durmió plácidamente. Aquella noche advirtió

algunos sobresaltos producidos por un apasionado sueño erótico, hasta que el rumor de las hojas la despertó poco después del amanecer.

Se desmereció y se puso en manos de su doméstica, que la arregló para acudir a su meditación matutina. La criada le sirvió una taza de té y una bandeja con *jinju* —«naranjas de oro»—, con las que refrescó sus labios. Al salir de la habitación, tocó con los dedos un ramito de flor de cornejo contra el mal de ojo. Los astrónomos de palacio avisaban de la llegada de la hora de la *serpiente* —las nueve—, tañendo los címbalos y campanillas, mientras rogaban larga vida para el Gran Señor, el enclaustrado emperador Yongzheng, el Hijo del Cielo.

La adormecida luz matinal se coló en el santuario del Palacio de Verano, rasgando el polvo suspendido en el aire inmóvil. Aquella mañana meditaba que su mundo no era un mundo de grandeza, y que las camarillas y la femenina injerencia de Kumiko la exasperaban. Desconfiaba de sus más íntimas esperanzas y percibía que ya tenía pocas ilusiones que cumplir.

Además, le parecía que las gotas de agua de la clepsidra que marcaban su existencia no caían según su deseo, haciéndola viscosa, como si estuviera envuelta en las alas pegajosas de un insecto gigantesco.

Shui se entregaba al ocioso mecanismo de sus costumbres. Paseaba entre los manantiales con la emperatriz madre y la favorita real, visitaba el taller de costura, donde seleccionaba elegantes túnicas de flores y seductoras alhajas de la India, y asistía a la Academia de Pintura, donde era un referente para los nuevos alumnos. La indolencia, los chismes del harén, la música y los interminables acicalamientos ante el espejo, eran los jalones más relajantes de su existencia.

Vivía con ostentación, sí, pero en una «prisión de oro» de la que no escaparía nunca y donde moriría de vieja.

Tal deterioro de sus sueños había hecho que se envolviera en su música interior y viviera consciente de que Su Sagrada Majestad recelaba algo de ella y también de Miao, a quien no le había referido una palabra para no preocuparla.

Yongzheng, una persona dominada por el instinto de la venganza, pasaba en la residencia estival la mayor parte del tiempo con Yan Yan y los *huanguan*, los pervertidos eunucos de palacio, entregado a sus placeres, apostando grandes sumas con tahúres degenerados y astrólogos embaucadores en las carreras de grillos y yaciendo con experimentadas cortesanas de Da Luqiu —Taiwán—, que le proporcionaba la malévola Kumiko.

En la búsqueda de las causas de la inexplicable decisión de Xiaomei de autoinmolarse y morir bajo una losa, aún poseía dudas, y más tras las suspicacias del monarca. Pero no se resignaba a desconocer la verdad completa. Algún día sabría por qué lo hizo, pues el cielo envía señales ineluctables, y a veces un factor casual suele cambiarlo todo.

Transcurrieron las horas plácidamente, hasta que los vigilantes comenzaron a encender los faroles de palacio, tras una jornada anodina. Como todas las demás. Para ella era la hora mágica del encuentro con Miao en el baño diario y de la comunicación con las otras cortesanas amigas, que ahora inclinaban la cabeza cuando se la encontraban.

Era una *Dama Guifei*, ensalzada por el mismísimo *Bixia*.

Shui era una mujer de intimidaciones, pero había recobrado la facultad para reírse. Sin embargo, tan solo en las artesas, con la sensual cercanía y las caricias de Miao, lograba evadirse a otra dimensión.

Aquella tarde las tinas del harén estaban envueltas en una atmósfera densa de vaho perfumado. Shui y Miao se desprendieron de sus sargas y de las sandalias bordadas, quedándose solo con las alhajas y cintas de perlas que embellecían sus melenas azabache, el cuello y los tobillos. Entregaron sus cuerpos desnudos al cuidado de las masajistas, mientras iban de un estanque a otro entre los vapores cálidos. Únicamente Miao conseguía extraer de su naturaleza los más extravagantes placeres.

—¿Por qué nos encierran los hombres en estas cárceles, Miao? —le preguntó indolente la tibetana.

—¿Porque desconfían de nuestra inteligencia? Nos han educado para ser sumisas, y saben que de dejarnos elegir nuestra pareja, muchos se quedarían solos. Somos esclavas de seres egoístas —le decía Miao mientras la rozaba con sus dedos.

Las dos jóvenes se entregaron al mutuo placer de explorar su piel entre excitantes abluciones. Y con la mirada perdida en el vacío se sometieron a su pasión, mientras las lámparas jugaban con los brillos de sus cuerpos. Shui recordó el violento asedio amoroso al que la sometió el emperador, y sintió pena por él, pues de haberla dejado actuar, hubiera alcanzado el éxtasis más placentero. Lo olvidó. No merecía sus pensamientos.

En las pilas calientes, aromatizadas con exóticos aceites, ambas exploraban sus sexos húmedos con plumas de ave, penes fabricados con azófar y bolas de nácar. El encuentro erótico entre semejantes era común entre las concubinas imperiales, que veían en él la quintaesencia del cielo, concediéndole el respeto que merecía.

Shui y Miao disfrutaban aquel atardecer del goce en juegos de sensual pasión. Miao la animó a tomar un afrodisíaco y luego tomó del cestillo algunas frutas que se intercambiaron con sus bocas anhelantes, en tanto contemplaban sus carnes sensibles a la luz de los candelabros.

Miao vio que la ansiedad atenazaba a Shui y le frotó el clítoris con plumas de cisne, y entre el efluvio ardiente de los sahumerios, consiguió un estado de placidez adormecedora. Después rozaron sus bocas perezosamente y sus pechos palpitaron como dos tórtolas que desearan escapar; y con un candor impúdico besaron el terciopelo de sus ingles, y sus labios inflamados buscaron sus vientres y mordieron sus senos hasta que el éxtasis se leyó en sus pupilas.

Emitieron quejidos de gozo, abandonadas al vacío de la sensualidad, en medio de una complaciente dulzura. Las concubinas, vencidas por la concupiscencia, relajaron sus pupilas, que adoptaron la tonalidad de la ceguera. Para Shui, Miao se había convertido en su único e íntimo refugio.

Antes de marcharse del baño, Shui tomó la suave mano de su amiga, y le confesó:

—Te profeso un gran afecto.

—Y yo también, querida Shui —sonrió Miao.

Las concubinas se mostraban impacientes ante la llegada de la embajada del Estado de Shan¹.

La ágil maquinaria de palacio se había puesto en marcha. La corte había regresado a la Ciudad Prohibida, donde no se hablaba de otra cosa que de la presencia de los enviados de la aliada dinastía de los Toungoo, que gobernaba el país desde la ciudad real de Taunggyi, instaurando una paz

duradera con China. Y como tributarios del emperador chino solían enviar cada año a sus dignatarios para rendir pleitesía al Hijo Divino Sobre la Tierra y Sostén de la Prosperidad del Mundo. Era la forma de mantener satisfecho al dragón dormido y eludir el vaho incendiario de su furor.

Los ilustres invitados irrumpieron por la Wu-men, la Puerta Meridional de Pekín, coronada por un pabellón de tejas amarillas, verdes y azules. Fueron anunciados por las tubas de guerra al pasar ante la Torre de los Tambores, cuando el día nacía en medio de una tonalidad plateada. El húmedo *smog*, la sempiterna neblina de Pekín, envolvía las ajetreadas *hutongs*, las bulliciosas callejuelas de la urbe imperial.

Los cortesanos chinos, avisados por los eunucos, comparecieron en el recinto exterior para contemplar uno de los regalos traídos por los mandatarios birmanos, que había conmocionado la metódica vida de la Ciudad Prohibida: una jirafa, animal sagrado para los chinos, que lo consideraban de favorable augurio. Pekín tenía fama de ser la ciudad más hospitalaria de Oriente, y los recibió el *neige* Nian, Gran Secretario y Gran Maestro Imperial, que los acompañó al palacete de invitados escoltado por la guardia, mientras un heraldo proclamaba en voz alta que estaba castigado con la muerte comunicarse con ellos y que era deseo del emperador que fueran tratados con respeto.

Mantos de flores y arboledas rodeaban el pabellón, que asombró a los emisarios del Triángulo Dorado, como designaban en China a los territorios birmanos.

Los astrólogos de palacio manifestaron que el primer día de luna llena era el adecuado para la recepción del emisario de Shan, el *Saofas* o príncipe, llamado U Suu. Ascendió las escalinatas de mármol blanco del Palacio de la Suprema Armonía, donde se alzaba el trono imperial.

Iba ataviado con un lujoso *sarong*, una falda anudada a la cintura, una chaqueta bordada y un gorro de seda de color azafranado con bandas que le caían por los hombros. Era un varón de mediana edad y de aspecto bravo, y su rostro tostado por los aires de sus planicies, imponía por su gravedad. El chambelán proclamó:

—¡Ante nuestro Señor el Hijo del Cielo, el celeste Yongzheng, comparece el egregio príncipe U Suu, primo y enviado del rey de Shan!

En el grandioso salón reinaba el silencio a pesar de estar repleto de magistrados, eunucos, mandarines, gobernadores, damas y capitanes imperiales embutidos en túnicas de seda multicolores y estrambóticos gorros de seda negra. Pebeteros labrados con figuras de «los Ocho Inmortales», o de las «Ocho Verdades Preciosas de Buda», exhalaban aromas a ámbar gris.

Los legados se prosternaron despaciosamente hasta que dieron con sus frentes en el suelo, y cuando las levantaron, vieron que los observaba la inmutable efigie del Hijo del Cielo, el emperador Yongzheng, que parecía una figura tallada en cedro. En la grandiosidad de su potestad nada parecía perturbarle.

Sus hombros estaban cubiertos por un manto áureo y su testa la cubría la gorra roja ceremonial con una pluma de pavo real, bordada con dos dragones incrustados de perlas preciosas. Los enviados recobraron el aplomo ante tan fastuosa representación del poder, aunque el monarca chino ya no era el tirano insaciable de tributos y tierras de la época Ming, en las que eran frecuentes las guerras devastadoras en la frontera que los separaba. Los rencores antiguos se habían difuminado y Su Majestad dejaba traslucir un cordial sentimiento de amistad.

Yongzheng los saludó con una máxima de Lao Tse: «No hace falta recurrir a las armas, porque

donde antes acamparon las tropas de nuestras naciones ahora solo crecen los espinos y el hambre. Pureza y concordia son las normas del mundo que nos une.»

U Suu asintió con la cabeza. La salutación lo había complacido. El soberano se mostraba a los embajadores, no como un déspota, sino como un gobernante indulgente. Yongzheng le presentó a su esposa y a su madre, la emperatriz madre. Ambas iban ataviadas con sedas doradas, el color de la realeza.

El emperador, cuya barbilla se le hundía en la grasa del cuello, los observó con amistad. Y para pregonar su sabiduría, hizo una glosa de las bondades de las ciudades de Shan. Declamó un discurso aprendido de memoria sin inflexiones ni emociones, alabando la esplendidez de la plata de las minas de Ba Wdwin, y que tan necesaria era para la felicidad y bienestar de ambos pueblos, y divulgó la fama de sus legendarios «cazadores de cabezas» y de sus bellas mujeres, las *padaung*, las de los cuellos de jirafa, el animal totémico de Shan, tan valoradas en los gineceos de Oriente. E interpretó como buen augurio de amistad el que profesaran el credo budista de Theravada, el más puro, que tantas similitudes poseía con su propia fe.

U Suu, animado por las alabanzas, declaró:

—Mi gran emperador Yongzheng, el Cielo os ha concedido la lucidez de la palabra, la perfección en el equilibrio y la sabiduría. Nos sentimos dichosos por ser aliados de tan gran señor. —Y al concluir, le ofreció un costosísimo manto de tela de asbesto², que parecía estar hecho de cristales y que tenía la propiedad de no arder.

Inmediatamente levantó un murmullo de asombro entre los cortesanos al hacer una demostración ante la corte.

—Os ofrecemos, *Bixia* Celestial, esta saya de salamandra que rechaza el fuego.

Yongzheng sonrió por vez primera. Estaba entusiasmado con el regalo, y luego tras platicar con él, lo invitó a una fiesta nocturna en el Pabellón de las Cien Flores.

Con la mirada pensativa Yongzheng se incorporó del trono, y apoyándose en la mano de la emperatriz esposa, acompañó a sus invitados a la terraza que dominaba la gran explanada y los invitó a presenciar una majestuosa parada militar, donde los legados pudieron constatar el poderío militar del Reino del Centro, en caballos, carros, armamento de fuego y soldados. El gigante seguía siendo el gigante tan temido de antaño y los birmanos se intercambiaron miradas de temor.

Convenía tener a China como aliada y protectora.

Shui, que se hallaba junto a Miao en la balaustrada, notó el frío cuchillo de una mirada indiscreta que la observaba. Avizó con sutileza la cabeza y vio a Kumiko y a Yan Yan que conversaban secretamente y que las miraban con pupilas de desprecio. Luego se sonreían malévolamente puesta la mirada en ellas.

Un escalofrío le corrió por la espalda, y se agitó.

«¿Será alguna de esas dos hienas malnacidas el asesino de palacio? ¿Estarán en complot?», caviló Shui.

Aquella tarde apenas si se escuchaban murmullos en el harén imperial, excitado con la llegada de los embajadores.

Shui aspiraba la mezquina brisa del crepúsculo antes de comparecer con la estirpe imperial y los Grandes Maestros en el Pabellón de las Cien Flores, que lucía como un ascua inflamada.

El aire destilaba arrebatadores aromas, y la luna brillaba más que nunca. Sonaron las campanillas a la hora del *perro* —las siete de la tarde—, y una treintena de concubinas, admirablemente acicaladas y arregladas salieron del serrallo con el secreto deseo de que el *Bixia* regalara a alguna al príncipe y poder salir de allí.

Se celebraba la vigilia de la Fiesta del Medio Otoño en la que los súbditos de toda China contemplaban la luna llena y comían tortas en forma del astro de la noche. Así rogaban a las divinidades pródigas cosechas, y hasta los soberanos solían interpretar odas musicales a la luna, que se enseñoreaba del firmamento aquella noche del mes octavo.

El hábito de regalar y comer tortas se dilataba hasta el tiempo de la dinastía mongol Yuan, que solo permitía a cada diez familias usar un cuchillo en su vida cotidiana, para disuadirlos de alzarse en rebelión. Los mongoles Dazi perpetraban tropelías y maldades, y los chinos, hartos de tantas tiranías e impuestos afrentosos, decidieron sublevarse regalándose tortas de luna en vísperas de la fiesta de otoño. Dentro de los dulces escondieron una pequeña octavilla alentando al levantamiento. Desde entonces era costumbre obsequiar tortas de la felicidad y de la alegría a los seres queridos.

Los eunucos habían preparado un festín suntuoso para impresionar al príncipe U Suu. La sofisticada cocina imperial había dispuesto ingredientes exóticos que se sirvieron mezclando alimentos populares, monásticos y palaciegos. Los cerca de cien comensales vestidos con sus mejores galas, se acomodaron en divanes alrededor de la familia real, que permanecía en el estrado imperial. Las mesas bajas estaban repletas de vasos y platos de un intenso azul turquesa. Las traslúcidas porcelanas estaban esmaltadas con peonías, duraznos, grullas, tortugas y dragones.

Se sirvieron exquisitas carnes y pescados adobados con hongos, queso de soja, pasteles con semillas de frijoles de Aiwowo y carpas de Sichuan escabechadas. Se degustaron después néctares digestivos de caña, delicias de pasta de Shaomei, patos con salsas dulces, empanadas de cerdo de Guobuli con poria, cordero con condimentos de Suzhou, y deleitosas bolitas de arroces al sabor de Cantón, que los invitados comían con palillos de cedro perfumado. En los postres, el trinchador imperial sirvió los licores y una torta lunar rellena de pasta de azufaifa, nuez moscada, crema de soya, azúcar, cacao y sésamo, que fue alabada por la emperatriz viuda, quien le regaló uno de sus anillos.

A Shui, la noche le parecía embriagadora. Primorosamente engalanada con un artístico peinado

recogido con peinetas de carey y jade, estaba ataviada con vestidos superpuestos de seda de tonalidades índigo y carmesí. A veces levantaba levemente su mirada y observaba discretamente al emperador, quien la ignoraba, aunque la honrara por su entusiasmo por la pintura.

Acabados los postres, el eunuco chambelán golpeó con su varal el suelo. Los criados cambiaron el escenario del salón, para iniciar una representación teatral, la pieza bufa: *La concubina borracha*, y luego una sesión de música y danzas.

Una veintena de damas habían sido elegidas para formar la orquestina, entre ellas Shui y su amiga Miao, que además danzaría ante los invitados. Aquella tarde, Shui había tatuado una camelia en las manos de su amiga, que la lucía con orgullo. Ocuparon un estrado equipadas con violines *chin*, delicados *hu*, caramillos que emitían sonidos apagados y graves, y cítaras o *ku-cheng*.

Shui era una virtuosa del *kung-hou*, un instrumento de veintitrés cuerdas que emitía notas gratas, aunque también tañía el laúd bajo, o *chin*, el *pi-pa* o laúd chino, y el violín de dos cuerdas, o *hu-chin*. Miao solía tocar el *pai-hsiao* y el *ti*, flautas de caña de bambú, de las que extraía bellísimos registros, gracias a que poseían una membrana vibratoria que ella misma fabricaba con mica. Shui cantó una canción a su compás ante un silencio augusto y la concurrencia aplaudió sonoramente al concluir. El emperador le sonrió con complacencia y Kumiko, que se hallaba cerca del trono, la atravesó con una mirada llena de rencor.

La velada no podía discurrir más excitante. El teatro y las canciones entretenían a los soberanos, a los embajadores y cortesanos, que disfrutaban arrellanados en los divanes de las más lujuriantes delicias, al tiempo que eran asistidos por las más jóvenes concubinas, expertas en el arte de amar y en satisfacer al hombre de gustos más refinados.

U Suu siguió bebiendo *moutari* y vino almizclado de Shiraf y paladeando azufaifas en arrope y pasteles de membrillo sin cesar; y embriagado por los efluvios de las bebidas, comenzó a fijarse con ojos libidinosos en las integrantes del conjunto musical, en especial en la dulce Miao, a las que dedicaba miradas tiernas. A Miao se le notaba el rubor ante el lujurioso interés del enviado. Alcanzada la medianoche, cuando transcurría la hora de *larata* —entre las once y la una de la madrugada—, la familia imperial abandonó el salón.

Shui se quedó sola en el estrado e interpretó, con una arpa dorada o *su*, un madrigal amoroso que rememoraba los amores prohibidos entre una princesa y un paje palaciego. La canción alentó a los varones, a los que paulatinamente se les acercaban las concubinas, abrazándose entre caricias y arrumacos. Los chinos se jactaban de ser el pueblo más permisivo del mundo en asuntos de sexo, ya que a diferencia de los cristianos, musulmanes o hinduistas, el acto sexual se consideraba el camino más directo hacia el cielo, y el predilecto de las divinidades.

Los invitados se fueron reclinando en los divanes a platicar con las concubinas. Algunas aguardaban a que el vanidoso U Suu se les acercara con el vago deseo de emprender una nueva vida lejos del tedioso harén y de la peligrosa atmósfera que reinaba en la Ciudad Prohibida. Hasta Shui en medio de una desazón nerviosa, lanzó miradas de ternura al lugarteniente del embajador, un adolescente de rasgos finos y ojos grandes y negros.

Pero el extranjero se acercó a una hermosísima concubina del Turkeistán de formas estatuarias que le sonreía, y se olvidó de Shui, que bajó la mirada decepcionada.

Con el paso de las horas el banquete se convirtió en una bacanal. El salón se llenó de risotadas

estridentes acompañadas de sonoras palmadas sobre los muslos y glúteos de algunas concubinas. Y como cada profesión posee su grado de experiencia, las cortesanas imperiales se afanaban en despertar los instintos más viriles de los huéspedes, que ante la ausencia de la familia imperial, no se lo pensaron y se abalanzaron sobre las concubinas, que se movían con los delicados pasos de panteras en celo.

Exquisitas y frágiles se pegaban a los caballeros, y los sirvientes seguían sirviendo néctares, mientras escuchaban la música erótica. El Gran Chambelán dispuso que consumaran la noche en sus habitaciones privadas, visto el desenfreno.

Y a tal efecto mandó a eso de la medianoche que los criados trajeran las «lámparas rojas de la elección» y se las entregaran a las cinco señoras elegidas por los invitados. Estas se alzaron de sus asientos y se dirigieron a sus aposentos, en el ala oeste del palacio. Al alcanzar la puerta, las concubinas colgaban el farolillo en un trípode delante de su puerta, para escarnio de las demás, que otra vez veían que no habían sido elegidas, sino relegadas por los asistentes al festín.

Y Shui había sido rechazada una vez más.

Coleccionaba «rechazos», una vez tras otra. Una más que apuntar en su larga lista de decepciones. Y la inundó el desaliento aún mayor cuando el poderoso príncipe U Suu se apartó del grupo de amantes y eligió a Miao para que calentara sus sábanas aquella noche. Shui advirtió que el birmano estaba prendado de su amiga, a quien devoraba con sus ojos arrobados.

Miao, *la Prodigiosa*, vestía al día siguiente una túnica esmeralda pintada con hojas de bambú, y se la veía pletórica. Shui advirtió que a su amiga le había ocurrido algo anormal en su pasional encuentro con el príncipe U Suu, cuya inminente partida había sido anunciada por los heraldos del emperador para la luna nueva, día fasto para emprender el regreso al país de Shan.

Había percibido en Miao una alarmante inquietud y un extraño fulgor en sus pupilas. ¿Qué le había ocurrido en el tálamo?

Al regresar a su cámara observó que una cinta de seda roja sobresalía de la almohada, como una lengüecilla de gato que se burlara de su sorpresa. Metió la mano y vio que ocultaba un papel atado. Lo desplegó y adivinó la letra atormentada de Miao.

Shui: Desde la muerte de tu hermana la felicidad me es insignificante, pero en este momento mis sentimientos se han desbocado. Preciso de un hombro amistoso y más en este momento en el que mi vida va a cambiar drásticamente. No puedo contarte más. Rezo a la diosa Gupo para que nunca extinga nuestra amistad, única alegría con la que disfruto. Te aguardo a la hora del crepúsculo en el Baño del Lirio Blanco, donde podremos hablar lejos de oídos indiscretos.

Miao, tu alma gemela

Los tocadores y pilas de la terraza del Lirio Blanco tenían apostados dos perros *foo* de jaspe en la puerta, para espantar a los diablos. Olía a rosas, jazmín y azucenas, y Miao, al mirar a su amiga, se entristeció. Las cortinas tornasoladas conferían al lugar una tonalidad muy adecuada para las confidencias.

Miao deseaba desahogarse. Se desnudó, se despojó de las zapatillas de dormir, lo más sagrado para una mujer china, y se introdujo en la cuba de agua caldeada. Shui tiró su túnica malva y soltó su pelo, que cayó como una cascada azabache sobre la espalda desnuda. Quería saber cuál era la serpiente venenosa que agriaba el corazón de Miao.

—¿Qué te atormenta? —preguntó cerca de su cara.

No contestó, sino que lloró amargamente.

—He dejado de ser una concubina imperial y me he convertido en *Dama Elegida* —afirmó Miao—. Dejo el harén imperial.

Hasta entonces Shui había seguido sus testimonios sin hacer comentarios y sin que en su cara apareciera ningún signo de incomodidad. Pero ahora estaba evidentemente molesta.

—¿Qué? Nada sabía, querida —dijo impresionada—. Nada se ha comentado en palacio.

—Pues sí. Me marcho a tierras muy lejanas —dijo entre sollozos—. El príncipe U Suu me ha pedido al *Bixia* emperador, que me ha regalado como si fuera una silla de montar, o una babucha persa. Ya no nos veremos nunca más, Shui.

El cepillo del pelo que Shui asía en su mano cayó al suelo con estrépito. Shui estaba conmovida. El brillo de su mirada era de exagerada aflicción. Su voz sonó con confusión:

—¿Es cierto lo que me dices? —contestó trémula y con la faz pálida—. Todas las personas a las que amo os vais de una forma u otra de mi vida. Mi abuela, mi madre, mi hermana, y ahora tú. Ahora únicamente la soledad será la medida de mi vida. Pero me alegro por ti. Ya no es agradable vivir en este edén de horrores.

Miao apretó los labios en un malestar abrumador.

—Me llevan a la fuerza, querida LinShui —suspiró—. Solo soy una mujer y he de aceptar mi *karma*. ¿Me comprendes? Pero no te olvidaré jamás. Ignoro si mi tratamiento será de esposa o de concubina, o si es un capricho pasajero del príncipe U Suu.

Shui le pasó la mano por el pelo, intentando tranquilizarla. Conocidas las opiniones del *Bixia*, era lo mejor para ella. Miao era de la despreciable etnia *yao*, y había sido entregada al emperador Kangxi como botín de guerra, como ella. No podía quejarse de su suerte tras vivir regaladamente entre aquellas murallas, haberse educado de forma exquisita y ahora ser libre de las acechanzas del harén imperial, cada vez con más crudezas.

Pero le causaba pena su marcha. Shui carecía de argumentos para consolarla y su desconsuelo era infinitamente mayor que el de su amiga, que seguía arrasada en lágrimas.

De repente un relámpago llenó de luz el baño y luego resonó el trueno distante. Las jóvenes se abrazaron y lloraron pegadas, como un solo cuerpo asustado. La tormenta se fue alejando, y se sonrieron. Shui la consoló con ternura.

—Este cambio radical en tu vida no debería entristecerte. Yo me cambiaría por ti sin pensarlo. Si el señor U Suu te ha elegido, deberías sentirte dichosa. Es el sueño codiciado por todas nosotras. Serás amada, tendrás servidores y podrás pasear por las calles de la capital. Y aunque siento que nos separemos, pienso en tu felicidad ante todo.

Miao se hincó las uñas en el brazo, en un gesto de rabia.

—Hay algo que me entristece de todo esto —dijo.

—¿Qué, Miao?

—Kumiko ha hecho lo imposible para que el príncipe me aceptara. Parece como si deseara desembarazarse de mí —se lamentó—. Insistió hasta convencerlo. ¿Por qué?

—Miao, son figuraciones tuyas. Has prendido el corazón del príncipe. Todas lo vimos —mintió.

—El maestro Calma Estival suele visitar los monasterios budistas de Shan en verano, envíame noticias a través de él, o por los correos imperiales. No tardan más de diez días —la animó—. No debemos separar nuestras vidas.

Shui recordó las palabras del *Bixia* en la habitación roja. Era mejor que Miao pusiera tierra de por medio, que seguir en aquella ciudad de perversión y maldad.

—Protégete, mi querida Shui. Desde hace tiempo, todas las que fuimos amigas de tu hermana Xiaomei estamos siendo observadas y parece que seamos el punto de mira de los eunucos y espías de palacio.

Aquella frase llena de secretismo y ambigüedad, y dicha ahora que se marchaba, manchaba su íntima relación. ¿Por qué no lo había dicho antes? Alertada por la insinuación de Miao le preguntó:

—¿A qué te refieres? —Y su faz se arrugó.

—A lo que envuelve el recuerdo de Xiaomei —insistió grave—. Quien se acerca a su halo, entra en el terreno de la desconfianza de esos infames «medio hombres» y de la rencorosa Kumiko. Nunca te lo había confesado para no añadir más tristeza a tu corazón, pero para muchas concubinas está claro que un secreto desconocido sobrevuela la memoria de Xiaomei y de su inconcebible autoinmolación. Y cuantos estuvimos cerca de ella vivimos bajo sospecha.

Conocía a otras concubinas a las que les agradaba inventar expectativas o ser portadoras de noticias novedosas poco fiables que luego solían ser mentiras. Shui estaba desconcertada. Miao no era de esa clase de personas, pero también había callado algo que sabía. La miró con preocupación.

—¿Tú conoces algo de mi hermana que yo deba saber? —le preguntó, evocando al emperador.

—Solo rumores. —E instintivamente se llevó la mano a la boca—. No debía hablar, pero un enigma envenena su muerte.

—¿Lo crees así, Miao? Me asustas.

—Sí, pero ignoro de qué naturaleza es, y por qué lo ocultan, Shui. Pero los rumores se suceder hace meses. No te decía nada para no acrecentar tu tormento. Pregunta a la emperatriz madre.

Ahora era Miao quien consolaba a la decaída Shui.

—Tanto tú como yo vimos cómo tu hermana descendía las escalinatas del sepulcro y una pesada lápida la ocultaba para siempre y la conducía junto al emperador por toda la eternidad. ¿Por qué imaginas algo imposible? No sospeches absurdos.

Aquellas palabras dichas en un tono tan cálido la reconfortaron. Pero Miao observó en su amiga un bullir de pupilas temerosas y frágiles. Sentía una gran compasión por ella, que ahora sí, se quedaba sola y vulnerable en aquel harén perverso.

—Es posible que sea como dices, pero un día la emperatriz madre, en un raptó de sinceridad me dijo que sobre la muerte de mi hermana no todo era lo que parecía. Tal vez deba hablar con ella. Pero a veces es tan inaccesible.

Miao la veía tan indefensa que insistió:

—No debemos engañarnos. Tú y yo sabemos cómo era tu hermana, Xiaomei. Un ángel con algunos defectos que me sublevaban, superficial, terca y a veces ingrata.

—Las tres estábamos unidas por un lazo invisible de fervor, pero era una concubina favorita y muy envidiada en palacio, y puede que muchos quieran difamarla, aun después de su terrible muerte —dijo Shui, que trajo a su memoria a su hermana.

—Ejercítate en la esperanza para poder sobrevivir, y no te fies de nada ni de nadie. Prométemelo, y que Calma Estival sea nuestro mensajero de noticias. Ese aprendiz de monje es de fiar.

Las dos cortesanas se abandonaron al sopor juntando sus cabezas en el borde de la artesa. El calor del agua perfumada y la suavidad de sus cuerpos convirtieron el momento en una sensual delectación. Miao acarició la delicada piel de Shui, que no ofreció resistencia a sus halagos. En la penumbra de la sauna, el rubor cubrió sus mejillas al juntar sus cuerpos húmedos y palpitantes. Pasaron el rato languidecidas por la proximidad de la declinación del sol y la paz porosa que reinaba en el lugar.

—Tu piel parece el plumón de una paloma —le susurró Miao, que le besó el cuello con ternura—. Nos prometimos fidelidad eterna, ¿lo recuerdas? Si algún día me necesitas, con mi nueva posición de privilegio podré ayudarte —le recordó Miao—. Y no te ahogues en tu propia indecisión. Sé fuerte.

Cuando Shui volvió a hablar su tono fue de rabia rebelde.

—Gracias, espero que en la lejanía no me olvides. No temas por mí, hace tiempo que me convertí en una mujer resolutiva —y le sonrió—. Cantemos entonces una canción a la diosa de la Compasión. ¿Quieres, Miao? Será nuestra despedida.

—Sí, y olvidemos nuestras tristezas —opinó afable.

Consolaron sus ansiedades por última vez, aliviaron sus penas y se susurraron palabras de apoyo, mientras surcaban con sus labios el mapa de sus cuerpos, que pasaron de la indolencia al deleite y la embriaguez.

—Somos dos rosas del mismo jardín, no ramas inútiles que nos cortan y nos tiran al fuego, Miao. Que sigan unidos nuestros espíritus. Engendra muchos hijos y sé dichosa. —Y la besó.

Las dos concubinas sabían que extraviaban el refugio de sus aflicciones, y que sus puertas se cerraban para siempre. Shui sonrió para ocultar sus temores. Después, cuando llegaron al harén, le regaló a su amiga una túnica pintada por ella misma, y con los dos distintivos pictóricos por los que era conocida: Un *wolong*, un dragón de la suerte tendido sobre unas nubes, y en las solapas dos *fénix gemelos*, signo de la prosperidad, que bien parecía iban a echar a volar de un momento a otro.

Y los bordes aparecían pincelados de decenas de diminutos murciélagos, signo de la inmortalidad y distintivo de Shui, que nadie coloreaba como ella en tonos plateados y marrones.

—Gracias, querida, será mi túnica predilecta.

Miao la obsequió con una piedra preciosa, regalo del padre del emperador, Kangxi. Sellaron su separación con un sentido abrazo, que evidenciaba su dilatada amistad. Ya no se verían nunca más, y ellas lo sabían. Shui ocultó cualquier tipo de desesperanza y contrariedad en su gesto.

Cerró su puerta con el cerrojo y con suavidad, sin sonido que alertara su presencia. Aquella noche en un continuo duermevela, Shui oía desde su lecho pisadas, siseos de eunucos y presentía más allá de la puerta una confabulación contra ella.

Incomprensiblemente volvió a sentir pavor.

El Templo Azul del Cielo

Los preludios de la celebración del solsticio de invierno se iban observando según la ancestral liturgia heredada del principio de los tiempos, cuando la dinastía Shang gobernaba China. Hacía un frío húmedo que calaba los huesos y amorataba los rostros.

El sol seguía desapareciendo a intervalos, perdido en la desnudez de un cielo plomizo. Yongzheng cumplía el primer año de su reinado en medio de profundas reformas, pero también de desconfianzas y de muertes oscuras.

El gobierno de calma y de silencio implantado por el Hijo del Cielo, que separaba la civilización de la barbarie, iba a implorar en el Templo del Cielo la ayuda del Augusto de Jade, del Genio del Otoño, Tuo-Weng, y del dios del Fin del Tiempo.

Yongzheng, abrigado con una capa de armiño y tocado con el gorro rojo manchú, compareció al atardecer en la puerta del santuario para realizar el oficio nocturno, con la Flecha Dorada en la mano, el distintivo de su realeza. Imponía respeto su figura recubierta de oro y la vistosa comitiva palatina de maestros, concubinas, eunucos y guardias de la caballería imperial, con sus banderines distintivos, que irrumpieron en la explanada, con el pueblo inclinado, sin atreverse a mirar a su amo y señor.

Salieron a recibir al *Bixia* y Vicario del Cielo en la Tierra, el gran sacerdote *tao* y su comunidad de religiosos. Se levantó un viento impetuoso que derribó un estandarte real. Mal presagio.

—¡Honor al Hijo del Cielo, el Emperador a Caballo, el Divino Geógrafo. Bienvenido, Majestad—alzó la voz un sacerdote *tao*.

Yongzheng ascendió por la escalinata de la Sala de Oraciones Estacionales con el paso arrogante, y penetró en su santo interior acompañado por el viejo maestro budista Sabio Errante, que lo acompañaría en las oraciones nocturnas. Shui observó a su consejero, dos pasos tras el monarca, con su andar sereno y su humilde figura vestida de color azafrán.

Allí debían permanecer los dos hasta que despuntara el sol, implorando al cielo por la prosperidad de su pueblo, arrodillados frente al altar y rodeados de los cuatro trípodes sagrados, donde se consumían las ofrendas presentadas al Venerable Celeste de la Aurora de Jade. Dentro reinaba un conmovedor silencio, solo roto por las salmodias de los monjes *tao*.

Fuera, el astro de la noche cabalgaba por un cielo cubierto de nublados negros.

El rey y el maestro permanecieron prosternados durante horas, envueltos en la magia del recinto sagrado de color azul. Yongzheng apenas si movía un músculo, amedrentado por la opacidad del templo, en tanto que Sabio Errante rezaba junto a él. Su mirada permanecía fija en el guía budista.

intentando ahuyentar sus demonios interiores. Pidió a los tres Seres Puros, o San-Ching, que acompañasen las decisiones de su reinado.

—Os ruego paz para mi Reino y bienestar para mis súbditos; y no olvidéis preservar con vuestro auxilio la grandeza de nuestra nación, Gran Augusto de Jade —oró reverente.

Emperador y maestro dieron varias vueltas por el santuario, rezando bajo las imágenes de los dioses, a los que imploraban felicidad y abundancia para el Reino del Centro. Descansaban, y cerca de la amanecida, se quedaron adormecidos uno junto al otro en el diván para el descanso, aletargados por el vaho del incienso y la serena quietud del oratorio, solo rota por algún monje que entraba a encender las velas decaídas, despabilar las lamparillas del venerable dios Cang, el rey sabio representado por un anciano con corona y manto real, y abastecer los recipientes de granos perfumados.

Al florecer el alba entró el chambelán, anunciándoles que el sol germinaba por el este. Se escuchó una música de clarines y atabales y concluyó el oficio religioso que traería prosperidad al pueblo y armonía entre el *Bixia* y sus súbditos. Yongzheng se incorporó del asiento, pero inexplicablemente el viejo maestro se quedó inclinado. Sentía una terrible punzada en su vientre, y a pesar de los braseros estaba aterido. No se encontraba bien.

El príncipe lo dejó al cuidado de otros religiosos, aunque preocupado por su repentino estado, y salió al exterior. Todos notaron en su severo rostro las marcas de la vigilia. Solemnemente ascendió las gradas del altar, alzado entre las Cuatro Puertas Triunfantes, o *pai-lou*, orientadas hacia los puntos cardinales. Yongzheng alzó las manos al cielo y rogó sin entusiasmo la protección de la divinidad para su pueblo.

Shui, que tenía los ojos cansados por la falta de sueño, advirtió algo que la hizo enmudecer. Vio salir a su maestro del santuario ayudado por su discípulo Calma Estival, que lo sujetaba por las axilas, pues no podía caminar. Cosa rara en él había perdido la compostura y separaba con contundencia a los guardias. Tartamudeaba de preocupación y sacudía los brazos. «¿Qué le ocurre?», pensó Shui. Su maestro tenía la mirada vidriosa y llevaba la parte delantera del hábito sucia de vómitos.

Seguramente la larga vigilia lo había fatigado, y vio cómo se retiraba con pasos torpes, alcanzaba un carruaje, y acompañado por el médico imperial, se dirigía con urgencia a palacio. Shui lo lamentó y rogó a la deidad de la Misericordia por su recuperación. Luego dirigió sus ojos hacia Yongzheng, que no parecía transformado precisamente por el misterio de la divinidad, como algunos aseguraban, sino más altanero que de costumbre.

El eco de los timbales y campanas anunció el fin del rito, y al poco el Santuario Azul se quedó vacío, pero el isócrono rumor de los cantos y mantras de los monjes *tao* y budistas se adueñó de la ciudad entera. Tras la solemnidad el orden cósmico seguiría inmutable en la China gobernada por los manchúes.

Comenzó a llover y se oyó el trueno lejano.

Dos días después la noticia corrió como la niebla que en invierno envolvía la Ciudad Púrpura. Volvía la pesadilla. Sabio Errante había muerto echando la vida por la boca, y en cuestión de horas, desangrado por dentro y expulsando cuajarones de sangre. ¿Otra vez había actuado el enigmático y solitario asesino de las agujas? ¿Y en un lugar tan sagrado?

Los guardias del Templo Azul del Cielo fueron sometidos a tormento, al sacerdote *tao* que velaba el sueño del emperador lo castraron y lo desorejaron, mientras al capitán que guardaba la puerta le cosieron los párpados y los labios, y metiéndolo en un saco junto a dos perros alanos, lo lanzaron al río Yangzi. Volvía el horror, la inquietud, el tormento y el recelo.

Nadie había visto nada, salvo a los monjes sacristanes.

Los eunucos trajeron al anciano sobre unas parihuelas y la corte asistió al entierro con gestos taciturnos y rencorosos. Las sentencias fueron llevadas a cabo en un silencio mudo y penoso, solo contenido por los cuchicheos de los eunucos y los lloros de las damas de la corte. Otra vez el enigmático homicida había actuado cerca del Hijo del Cielo. Pero había hundido la aguja medicinal en el vientre del anciano budista, traspasándole el hígado.

Una muerte atroz, pero inequívoca y segura.

Los macabros espectáculos proseguían dentro de los muros de palacio, y Shui y las demás concubinas y esposas se resistían a reintegrarse a las ocupaciones de palacio. Sentían pánico.

En un ambiente gélido, la meditación que siguió al entierro del maestro sirvió para que su entristecido discípulo, Calma Estival, hablara a los oyentes de lo efímero de la vida, de la cobardía de un asesino que se servía de las sombras y de la confianza para segar vidas de inocentes y de la perversidad de los codiciosos. Nunca se había visto a los orantes del Templo de las Flores tan fatigados y nerviosos.

El joven monje, con los ojos enrojecidos, movía constantemente sus dedos manchados de cera de las velas, mientras lamentaba la muerte injusta de un varón desprendido y sabio. La dureza y la reserva se reflejaban en su mirada.

No podía asimilar la muerte de Sabio Errante, a quien las concubinas habían construido una torre de flores en su memoria con un perro *foo* a sus pies, para ahuyentar a los demonios. Shui se encargó de perfumar sus ropas para el tránsito a la Eternidad y lloró su muerte.

Las damas del harén nunca habían visto a Calma Estival tan enojado y abatido. Con rostro severo les anunció que dejaba la ciudad imperial, donde la iniquidad campaba a sus anchas, y que en su calidad de monje limosnero y de buscador de la verdad, marchaba hacia el sur y al país de Shan, persiguiendo la paz que ansiaba su espíritu y que no hallaba en palacio.

A la mañana siguiente, Shui se sentó en un banco del jardín, envuelta en un chal de marta. Aguardaba a que apareciera Calma Estival, que pronto partiría para Jinan y Tengzhou, siguiendo la peligrosa calzada del sur. El esbelto monje tardó una hora en aparecer, pero al verla la saludó con afabilidad y apego. Entre ambos se había establecido una confianza afectuosa, aunque a la joven le remordía la conciencia por su atracción.

—¡Qué honor que la *Dama Guifei*, Shui, me visite!

La cortesana vaciló, pero se adelantó reverente.

—Esta humilde mujer viene a imploraros que si visitáis el país de Shan, entreguéis esta carta a la señora Miao, que como sabéis vive con el príncipe U Suu en la ciudad real de Taunggyi. ¿Lo haréis, por caridad, maestro? —le rogó respetuosa.

El joven aprendiz de monje la había escuchado con atención vibrante y receptiva, como si escuchara la melodía de un canto. Shui ocupaba su pensamiento durante muchas horas.

—Claro está —le sonrió cordial, pero cortés—. Cumpliré vuestro deseo, señora. La próxima primavera visitaré los monasterios de Shan donde se practica el budismo más puro de estos territorios. Regresaré a Pekín el próximo otoño, y ya os contaré.

—Gracias, maestro —dijo, presta a dejar el lugar.

Calma Estival no deseaba dejarla ir. Así que miró de soslayo a la concubina, por la que sentía una inefable atracción, que dominaba con la meditación interior, pues amarla era el más inalcanzable de sus sentimientos. Veía que la joven mostraba una palidez mortal y que movía sus manos con inquietud.

—No deseo ahondar en vuestra tristeza, pero ¿os sucede algo, señora Shui? —se interesó preocupado.

En medio de un arrebato de temblores y sospechas habló.

—Mi alma se halla cerca del incendio personal, maestro. Las humillaciones a las que me somete la dama Kumiko me enferman. No soporto sus desprecios, arrogancias y miradas altaneras —le confesó, y sentados en el banco bajo un viejo cedro le abrió su corazón y le confesó sus últimas amarguras, la sospecha de ser asesinada por su cercanía con Xiaomei, y sus dudas sobre su horrenda muerte, enterrada viva junto a su amo Kangxi.

El monje le mostró una complicidad sin límites que la joven no esperaba, y que la conmovió. Una extraña y peligrosa intimidad se había instalado entre ellos.

—Esperaba que un día me abrierais vuestro corazón, señora Shui. Entremos en el templo, y mientras encendemos unas velas al Buda Dorado, os haré una confesión sorprendente y os formularé una hipótesis sobre las desgracias que se vienen sucediendo en palacio. Pero os prevengo que pueden producir una revolución en vuestro interior. Este humilde siervo de la paz solo desea salvaros de la iniquidad. Pasad.

Calma Estival creía poseer fundamentos para confortarla y a ella le sobraban razones para el desconsuelo. El erudito religioso fue dando rienda suelta a sus sentimientos y a la joven le palpitaba el corazón. A Shui le atraían sus ojos acuosos, su bondadosa sinceridad, su gallardía y su cara delgada y finos labios. Y su voz le parecía un coro de cítaras. No podía ocultar sus temores y anhelaba el bálsamo de su palabra. Lo siguió ansiosa.

Platicaron de pie, para no levantar suspicacias, bajo la estatua del Buda Sedente, mientras unas damas oraban.

—Mirad, señora —dijo en voz baja—. He visto el cuerpo inerte de mi maestro en la losa, con su rostro tan blanco como el mármol y parecía rogarme una reparación. Ha muerto como un pingajo doliente, echando sus vísceras por la boca. Su cuerpo era una piltrafa ensangrentada, y no merecía una muerte así.

—Indudablemente, pero nuestras vidas son un juego de fortuna y azar. Estoy desolada, Calma Estival. Hace tiempo que pienso que algunos cortesanos son objeto de una cacería.

El sabio novicio deseaba decir algo que de salir de su boca ya no tendría marcha atrás por su gravedad. Shui lo escuchó.

—¿Vos pensáis como yo, señora, que el *Bixia* no es el blanco de los asesinatos y que todo es una farsa? La venganza no se improvisa, precisa de premeditación y obedece a una causa.

Le extrañó el tono y la naturaleza de la plática, pero dijo:

—No lo puedo asegurar, maestro, pero desde que mi hermana se encerró en aquella tumba eterna, creo que un plan oscuro ronda entre estos muros contra algunos cortesanos, aunque ignoro el motivo.

—Creo, dama Shui —y bajó la voz—, que el desconocido vengador aún no ha acabado con todas sus víctimas, y también pienso que quien no tiene motivos, no es sospechoso.

—¿Presuponéis entonces que estos asesinatos esconden una confabulación de Estado? —se expresó la cortesana

—Estoy firmemente persuadido de ello —confirmó el monje—. Alguien está limpiando el campo de testigos —reveló, bajando aún más el tono de voz—. En palacio se huele el nauseabundo hedor de la venganza y el ansia desmedida de poder. Cualquiera puede morir si se encuadra en medio de esa mezcla incendiaria, señora. Mi maestro, a quien amaba como un padre, estaba en la diana de los asesinatos que se han perpetrado. Veo en todo esto un sucio juego de intereses cuyo origen exacto yo tampoco llego a comprender, aunque lo intuyo.

Shui siguió oyéndolo con atención, y terció:

—Solo soy una mujer y nada sé de estas cosas.

—Escuchad —adujo, y la invitó a seguirle para componer los floreros y encender el pebetero de sándalo, para así alejarse de oídos indiscretos—. Os voy a invitar a un juego de observación retrospectiva, vos que sois una consumada pintora y apreciáis los detalles de un cuadro de la vida misma. Prestadme atención.

—Os oigo, maestro —apuntó Shui impresionada.

Sus palabras se fueron haciendo más balbuceantes.

—Recuerdo como si fuera ayer la noche de la agonía de Kangxi, el padre de nuestro emperador. Nevaba profusamente sobre el Palacio del Jardín de Changchúm, donde Kangxi vivía sus últimas horas. Esta era la escena. Imagináosla, señora.

—Lo haré con todo detalle. Proseguid —lo animó.

—A los pies del lecho lo velaban vuestra hermana Xiaomei, a la que nunca había visto, la emperatriz madre, el Gran Eunuco imperial Su, y el capitán de su guardia y comandante de la guarnición Fengtai que protege la corte, Tung Chih, un leal y esforzado soldado. Junto a la cabecera se hallaban mi maestro Sabio Errante, que entonaba los mantras de la Buena Muerte, y el actual médico del *Bixia*, Ling Wang, anciano tan sabio como intrigante que ahora aguarda la muerte en su camastro, hecho un vegetal. Jamás olvidaré lo que se ofrecía a mi visión.

—¿Y vos, dónde os hallabais para saberlo, maestro?

—Fuera de la habitación, en el pasillo, rezando y quemando incienso. Pero cada vez que un siervo abría la puerta veía la trágica escena, como el momento en el que el fallecido Kangxi escribía su testamento de sucesión, se desprendía del Rosario de Rezos y de la Flecha Dorada Imperial, los dos símbolos que debían pasar al heredero al trono. No perdí un detalle del trance.

—¿Y no había ningún príncipe entre ellos?

—No, pero llegaron al poco en tropel, azorados, nerviosos y empujándose unos a otros: Yinsi, el *noveno*; Yinxiang, el *decimotercero*; y Yinti, el *decimocuarto*, al que todos creían el favorecido sucesor. Todos deseaban ser el legatario del reino. El primero en entrar fue nuestro actual emperador Yongzheng, y después compareció el *decimocuarto*, el que ceñiría la corona del Reino del Centro, según la corte. Después se oyeron voces, descalificaciones de lo más grosero, amenazas, órdenes

invectivas y susurros. La Princesa de la Modestia y la Princesa de la Regularidad lloraban como plañideras, no sé si de pena o de espanto.

—Qué poco edificante el proceder de los príncipes.

—El caso es que Yongzheng se quedó a solas con su padre durante un rato. Al poco, vivamente aturdido, compareció en el vestíbulo anunciando que su regio padre había dejado el mundo de los vivos, y que él había sido el elegido para reinar en China, según el testamento firmado de puño y letra por su padre, que acababa de expirar en sus brazos.

»«¡El Dragón Sagrado ha emigrado al Cielo!», pregonó.

»De inmediato —prosiguió el clérigo—, el general Longkodo, actual jefe de la guardia imperial, y leal a Yongzheng para medrar junto a él, se presentó con el cofre color amarillo que había recogido del retablo de la Justicia y Franqueza del Palacio Quianqing, como prescribe el protocolo palatino Solemnemente leyó al pie de la letra la última decisión del fallecido Kangxi, tal como Yongzheng había proclamado hacía solo unos instantes:

»«¡Según mi soberana voluntad!, mi sucesor en el trono es: Yongzheng, el príncipe *cuarto*», proclamó con voz tonante.

Shui se mantuvo impasible, atando los cabos de su reciente memoria. Sus pupilas titilaban. Estaba impresionada, inerme ante la astucia de unos enemigos invisibles que se habían hecho con el poder y ocultaban algo. Cada vez detestaba más la careta de maldad bajo la que se ocultaban los poderosos y la refinada apariencia de sus buenas maneras cortesanas.

—¿Y cuántos quedan vivos de esa escena, señora?

Shui se agitó nerviosa. Sus pupilas cambiaron de color y su cuerpo se tensó. Emitió una mueca de asombro y también de comprensión. Era un sabio.

—Pues la emperatriz viuda y el médico regio —recordó.

—Ese, que también conspiró a favor de Yongzheng no cuenta, pues está muerto en vida y ya nunca hablará, ni a favor, ni en contra. Los demás ya no están en el mundo de los vivos. Han ido desapareciendo uno a uno. ¿No lo veis claro, señora?

—Y entre ellos mi desventurada hermana Xiaomei —se lamentó Shui.

Se produjo un largo silencio. Luego, el clérigo prosiguió.

—Según mi teoría, todos conocían un secreto infamante que se llevó a la tumba el emperador Kangxi. La emperatriz, al ser la madre imperial y sangre de la sangre de Yongzheng, callará para siempre. Los demás han muerto. ¿No os parece chocante?

Shui se tomó unos segundos para reflexionar.

—Vuestras cualidades de observación y deducción son extraordinarias, maestro —dijo al fin, absorta y deslumbrada.

—Nuestro imperial embustero y el asesino duermen en la misma cámara, muy cerca del Hijo del Cielo. Estoy seguro. Pero ignoro el porqué, y quién maneja los hilos desde arriba —reveló el monje.

Se iban emparejando motivos, venganzas y sucesos.

—Todo encaja como un jeroglífico dislocado —refirió la concubina, estupefacta—. Pero no deja de ser una hipótesis.

El monje paladeó sus palabras antes de contestar.

—Ciertamente, pero también una herida sangrienta, un misterio infamante que rodea la muerte del

anterior emperador. Una sospecha cuyo motivo ignoro, planea sobre la subida al trono de Yongzheng. Ya no me cabe duda alguna, señora Shui.

Shui compuso un gesto de desaliento. Se la veía incrédula, con los ojos inyectados de asombro y la respiración tensa.

—¿Creéis también, Calma Estival, que mi hermana formaba parte de esta confabulación que pretendía no dejar vivo a ningún testigo de ese momento tan crucial para la sucesión al trono como fue la redacción última del testamento?

—Es posible, aunque estimo que la muerte de Xiaomei se incardina en una inmolación ritual, que nada tiene que ver con una conjura de Estado. No sé..., no sé qué deciros. Lo ignoro.

—Todavía siento el peso de esa duda, maestro, pero yo siempre he supuesto que su sacrificio fue inducido —insistió Shui—. Ella amaba demasiado la vida y presiento algo turbio en su inmolación. Por eso pienso que algunos seguimos tan indefensos como un conejo en campo abierto. ¿Creéis que corro peligro?

El monje dudó, se rascó la frente y dijo vacilante:

—Solo por vuestra relación con Xiaomei. Pero la mente que maquina estos asesinatos aún no ha decidido lanzar su halcón sobre tan plumosa víctima, como vos. Sois una mujer educada solo para el placer y eso os ayuda a seguir viva. Un objeto selecto y delicado. Las mujeres en China no valen un grano de arroz, y las concubinas de palacio menos que un florero Ming. Perdonad mi rudeza, señora.

La perspicaz observación del monje hizo mella en la concubina. Pero la expresión de la mirada de Shui era de máxima preocupación. Sus facciones casi angélicas se habían transformado en las de una estatua de arcilla, pues no comprendía aquellas muertes malditas. Shui arrojó una maldición entre murmullos:

—Perversos reyes, déspotas y egoístas.

Calma Estival quiso aplacar la tormenta que había producido. Mirándola a los ojos, le expresó afable:

—Temo por vos, sí. Son maquiavélicos. Extremad vuestros cuidados, y si podéis, como ha hecho la señora Miao, procurad escapar de esta reclusión de satenes, joyas e hipócritas cortesías encubiertas, en cuanto tengáis la menor ocasión. Ofreceos como garantía de un pacto, o simplemente como un inelegante regalo.

La boca de Shui estaba creada para besar, recitar y cantar, pero ahora se movía crispada, y el matiz rosáceo de sus mejillas había adoptado el viso de la cera. Se sinceró con el monje, a quien tanto admiraba.

—Tenéis razón, no puedo soportar más esta enojosa vida de dama. Detesto la corte. Tengo que salir de aquí. ¿Pero cómo? Es poco menos que imposible. Además soporto tras de mí, como un vaho en el cuello, la truculenta mirada de Kumiko, una mujer con exorbitante autoridad en palacio, y a la que la primera esposa y el mismo emperador escuchan. ¿Sabéis?

El monje miró hacia uno y otro lado. Estaba firmemente decidido a hacerse accesible a Shui. Iba a confesarle una confidencia que la dejaría desconcertada.

—Creo que ha llegado el momento de revelaros algo capital de mi vida, y que solo lo saben dos personas en el reino.

Shui lo observó con ojos de una rara transparencia. ¿Se trataba de otro secreto más que le helaría

el alma? Aguardó serena, aunque con algo de escepticismo. Confiaba en él.

—No debería descubrirnos lo que vais a oír, dama Shui, y tal vez mañana me arrepienta. Pero confío en vos y mi afecto es fuerte, franco y puro hacia vuestra persona. Por eso prometed ante el Buda Dorado que jamás saldrá de vuestra boca lo que mi alma va a descubrirnos. Me va la vida.

—Lo prometo por Kuan-yin, venerable maestro —balbució, sabiendo que una confidencia así podía tapar un mundo ya estéril y abrir otro nuevo para ella.

—Venid y arrodillémonos en estos reclinatorios. Si entra alguien no debe leer en mis labios. Oíd con atención, no fingiré. Os costará creer lo que os voy a decir, pero es tan cierto como que el Iluminado nos observa con su compasiva mirada.

En la mirada de Calma Estival brillaba un fulgor desconocido, como si fuera a desnudar un capítulo ignorado de su impenetrable vida. El diálogo se había animado hasta tal punto, que ocasionó un revuelo de fascinación en la cándida y azorada concubina.

Un rayo de impaciencia brillaba en la cara de Shui.

—Escuchad —le susurró Calma Estival—. Por nombramiento directo del *neige* Nian, el valido del emperador, habréis de saber que pertenezco al servicio de agentes que se ha creado recientemente para servir al Estado. Os estoy hablando de la llamada *DuchayuanXitong*, o Sociedad de Censores, que actúa secretamente en todo el reino.

Shui agigantó en su semblante una expresión de asombro.

—¿Vos, un hombre espiritual, reservado, tan místico y devoto, un espía imperial? ¿Bromeáis con esta inofensiva mujer? Los cortesanos y damas hablan de ella con temor y también con respeto.

—Lo sé. Se nos conoce en el país por el sigilo de nuestros métodos y por los informes que realizamos sobre los burócratas y generales deshonestos. Denunciamos a quienes se enriquecen por medio de la extorsión y la corrupción, en un año en el que las hambrunas, las inundaciones y la plaga de langosta ha hecho estragos entre el pueblo. Nuestro nombre cifrado es el de los *chayuan*, o los «Camaleones de Nian», el primer ministro. Constituimos una impenetrable red de confidentes que nos infiltramos en todas las instancias del reino, investigando al señor de la guerra perverso e indigno y al funcionario corrupto.

La tensión había paralizado a la dulce Shui, quien sitiada por la sorpresa lo miraba de hito en hito y sin pestañear. No se mostraba ni distante, ni superior. Pero perpleja, le preguntó:

—¿Entonces no sois un monje budista? —balbuceó.

—¿Guardaréis este secreto en vuestro corazón?

—Sabéis que sí, pero contestadme, os lo ruego.

El religioso, seguro de sí mismo, le confesó:

—No lo soy, y si me hago pasar por monje es solo para ejercer mi labor, aunque con un respeto y devoción profundos, pues creo firmemente en las verdades del Iluminado. Se me conoce como un *bhikkhu*, un lego limosnero. Otras veces me hago pasar por un comerciante, buhonero, o también caravanero. Viajo de incógnito por las trece prefecturas y distritos del Reino del Centro, y por los países fronterizos, donde denuncio el proceder de los magistrados inmorales, convirtiéndome en los ojos y en los oídos de *neige* Nian, mi amigo y mi superior, al que sirvo con lealtad y honestidad.

Shui se agitó desmañadamente. Le costaba trabajo aceptar tan impensable revelación. Era una mujer confundida.

—Me habéis dejado sin habla, Calma Estival, ¿u os llamáis de otro modo?

Su respuesta fue inmediata y lo hizo con deferencia.

—Ese es mi seudónimo. Mi verdadero nombre es Xu Jun, y provengo de Shantung, de una aristocrática familia de inspectores de la sal. Hace tres años alcancé el grado académico máximo: el

Chin-shih, o Maestro Imperial. Lo coseché en la Academia Kuo-tzu-chien de Pekín, tras ocho años de arduos estudios. El ministro Nian me captó para formar parte del grupo de agentes contra la depravación que impera en el reino. Me formé en los clásicos de los Tres Caracteres y los Cuatro Libros de la Piedad Filial, en poesía, arte, matemáticas, caligrafía, ética, astronomía, tributación y artes militares, así como el tiro al arco, la equitación y la estrategia militar, con el ánimo de ocupar un cargo público, o enseñar en una Academia, pero jamás pensé que serviría a mi emperador de esta forma.

—¿Y por qué con vuestro docto rango auxiliabais a Sabio Errante? —se interesó la joven boquiabierta.

—Mi maestro fallecido estaba al tanto y también de acuerdo con mi labor de limpieza de la moral pública. A su lado ahondaba en la meditación y en las enseñanzas de Buda, y a veces viajábamos juntos de monasterio en monasterio y de ciudad en ciudad. La honestidad, la ley justa y la armonía nos unían.

—Por eso invariablemente regresáis siempre a palacio.

El imaginario monje confirmó cortés con la cabeza.

—Así es, señora. Es mi deber informar a Nian de los manejos de los intendentes, prefectos y cabecillas de la guerra, de su torpeza en dirigir a las tropas en las fronteras, de la indisciplina que se vive en las *Wei so*, o Banderas Militares, y de su voracidad en recibir prebendas, en los impuestos excesivos que cobran a los campesinos y en los ultrajes con los que los humillan. Son todos iguales: ávidos, arrogantes, intrigantes y vanidosos.

La cortesana lo miró con aprensión recelosa.

—Porque os conozco os creo, pero vuestra actividad es tan admirable como peligrosa. Parecéis en verdad un varón de Dios y de paz. Al menos así lo creemos las damas del harén.

—Y lo soy, señora Shui. De conocimiento y de orden.

—¿Y por qué no investigáis las muertes de palacio?

—Eso concierne a los Guardias de Brocado, señora. Se trata de un asunto interno de palacio, e intocable —la ilustró.

Shui llevó el diálogo a su terreno. Le interesaba.

—Antes me hablabais de la exigencia de abandonar la Ciudad Prohibida, pero vos sabéis que en mi condición de concubina imperial, eso no es posible.

Xu Jun esbozó una mueca irónica.

—He estudiado en la Academia algunos casos de concubinas juzgadas en palacio por las más fútiles faltas. Desde sonreírse en una ceremonia sagrada, hasta seducir a un guardia real, y conozco una solución. Para escapar de estos muros existen tres fórmulas legales, según los usos de palacio. Escuchad bien. Una es que el *Bixia* os traspase como presente a un embajador, o a un miembro de una casa real aliada.

—Un caso extremadamente difícil y aleatorio, pues depende del capricho del demandante —dijo Shui—. No es muy fiable.

—Efectivamente podría no producirse nunca —explicó—. Otro es cometer una falta grave y ser condenada a muerte, que al ejecutarse fuera de palacio, puede considerarse la posibilidad de comprar a los sayones. Pero es muy arriesgado. Ocurrió una vez, en tiempos del emperador Ming.

Wanli. La desechamos.

La mirada de Shui poseía la nitidez de la inocencia y lo miró con una ansiedad que la hacía suspirar.

—Jamás ofreceré mi cuello al verdugo por gusto. ¿Y la tercera? —Y abrió los ojos con desmesura.

Durante unos instantes calló. Le era difícil hablar.

—Tampoco sería sencillo para vos y es incluso ignominiosa, pero es la única salida —dijo reservado.

—¡Hablad por el Buda Santo, me tenéis en ascuas!

—Veréis, hace dos siglos, durante el reinado del emperador Longqing, su primer ministro Wang Chung Ku, persona versada en leyes, se vio obligado a castigar a una concubina casquivana que visitaba con asiduidad y en secreto a un escriba de la corte, sin llegar a consumar el acto amorio, y sin mediar conducta inmoral espinosa. Es un caso habitual en el serrallo real.

—¿Y bien? —lo incitó a hablar con la mirada.

—Os cuento —dijo y tragó saliva—. La concubina en cuestión fue sentenciada a abandonar la Ciudad Prohibida vestida con unos andrajos, tras ser vendida por dos mil *taels* a un conocido prostíbulo de la capital, del que con el tiempo se hizo la dueña. Esa prescripción real, ahora en desuso, es conocida como la «Ley Ku», y a ella os debéis acoger, si es que elegís ese recurso. Perdonad mi crudeza. Sé que vos la consideraréis monstruosa e inadmisibles, pero no hay otra, creedme.

Calma Estival adivinó que sin desearlo la había ultrajado.

La luz deficiente de las candelas que iluminaba el Buda alumbraba las facciones de Shui con una tonalidad amarillenta. Se la veía impresionada, zaherida, afrentada e injuriada, aunque no desechaba aquella posibilidad que le ofrecía, y que ella ya había sopesado también en su soledad.

Hacía tiempo que se sentía desamparada y seguía pensando que a pesar de la crudeza de sus palabras, todo era hermoso y limpio alrededor de Calma Estival. Se incorporó del reclinatorio, y por toda respuesta le dedicó una mirada desoladora, dándole la espalda. Lo meditaría.

Por sus pómulos resbalaba una lágrima solitaria.

Con el frescor de la mañana, Shui se despertó avergonzada por la conversación con Calma Estival, c Xu Jun. Hacía frío y amenazaba tormenta. La oferta del falso monje se le había colado al descuido en su mente, y no hacía sino darle vueltas.

Aliviada pero triste, miró a través del ventanal y comprobó que los estanques de palacio estaban silenciosos, y que a ratos, el ceño impreciso del sol se reflejaba en el agua helada. El ambiente le pareció más impalpable, la claridad del día, más gris y las nubes, menos algodonosas. ¿Cómo había engañado a todos el piadoso, gentil y prudente Calma Estival? Pero estaba sujeta a un voto sagrado y no podía desvelar su secreto.

En tanto se desperezaba, se acercó al tocador y se aclaró con un elixir lechoso los afeites de su rostro, mientras reflexionaba sobre la sugerencia del fingido religioso. No, no podía ni tan siquiera pensar en ella, aunque la tantearía en los largos ratos de su vacía soledad. Era alejarse de una prisión para ingresar en otra más execrable y vil. Juguetó con una joya de jade y oro que brillaba en el

peinador.

La meditación, la libertad de Miao y la pintura poseían el valor de la renovación para ella, y a esos pensamientos debía acogerse. Pero el consejo del falso monje la había conmocionado. Siguió pensando en él, en Xu Jun, que revolvía su corazón.

Sin apenas hacer ruido, su sierva entró en la cámara con la cabeza inclinada, llamando la atención con la intemperancia de sus torpes pasos. Portaba un envoltorio en sus manos trémulas.

—¿Qué te pasa? Te veo sofocada —insinuó la concubina—. ¿Qué es eso?

—Mi señora, un criado de la emperatriz madre ha traído este paquete —replicó, depositándolo en la mesita.

—Bien, puedes retirarte —le ordenó mientras olía el delicado perfume a algalia que exhalaba el bulto anudado con la cinta amarilla de la casa imperial.

La concubina apreció sobresaltada un estremecimiento interior. Posiblemente se trataba de una carta de cortesía agradeciéndole su retrato, cuya perfección había corrido de boca en boca por palacio, o porque había sido designada *Dama Guifei*, uno de los más altos pedestales del favor imperial. ¿Pero no se había cruzado con la madre del Hijo del Cielo y le había sonreído con amabilidad? Bastaba con eso. ¿Un simple escrito requería tan estrambótico rebujo de sedas y papeles de colores?

Shui sabía que Xiaogongren, *la Madre de la Nación*, había sido amiga de su hermana Xiaomei, y que la había confortado antes de su muerte, razón por la que había tenido el detalle de inmortalizarla con sus pinceles. Dudó unos instantes conjeturando sobre su enigmático contenido y finalmente abrió la carta. La esquila de papel azulado cubría otro envoltorio cubierto con una tela de seda malva.

A la señora Shui —leyó entre dientes—. Que *Tián*, el Padre Cielo, y *Ti*, la Madre Tierra, armonicen vuestra vida y que sea iluminada por el sol.

Como agradecimiento a vuestro obsequioso gesto de inmortalizarme en una pintura que preside el Salón del Trono, deseo corresponderos regalándoos un objeto que desde la muerte de mi esposo he tenido junto a mí, sin saber por qué, y que perteneció a vuestra hermana, la bondadosa señora Xiaomei.

Y como sé que aún no habéis conseguido eliminar de vuestro corazón la pena de su ausencia, os notificaré una revelación sometida a juramento sagrado que mitigará vuestra congoja y que a buen seguro cambiará vuestra existencia.

A tal efecto os ruego que cuando finalice la próxima fiesta del Solsticio de Invierno, me aguardéis en el mirador de la Fuente de los Sauces, único lugar donde ni los perversos eunucos ni los interesados cortesanos que rodean a mi hijo podrán escuchar nuestras palabras.

No os puedo explicar más, pero esta revelación debe quedar clausurada con el secreto cerrojo del sigilo y la reserva, pues su difusión podría acarrearos perjuicios indecibles en la corte. Quedad en la paz del Cielo y que la armonía del *Bixia* Su Majestad Imperial —mi hijo— perdure eternamente.

En vano quiso buscar algún tipo de lógica a aquellas palabras. Volvió a su lecho revuelto, se abrigó con una bata de pelo, y se acomodó entre los cojines. La emperatriz Xiaogongren ocultaba más misterios de los que aclaraba, envolviéndolos en un velo de incógnitas.

Shui, impaciente, destapó el regalo de la reina madre disimulado en el fondo de la caja. Y cuando reparó en lo que contenía, sintió en su pecho una punzada. Su corazón galopaba como el de un potro asustado. Sorprendida, apenas si pudo balbucear una frase entrecortada, que ahogó en su garganta.

—Por la sangre de mis antepasados. ¡No puede ser!

Tenía ante sí la máscara de teatro de Xiaomei, la que llevara en sus manos el día de su inmolación ritual y la misma que había empleado en su última actuación: *Tumultos en el Palacio Celestial*, la protagonizada por el Rey Momo, el héroe más popular de China. Aún recordaba su elegante interpretación.

—¿Qué significa esto? —musitó perpleja.

La respiración entrecortada delataba su sorpresa. La tomó en sus manos nerviosas y al tomar contacto con el fulgor de la luz matutina emitió un destello encarnado. Se incorporó tensa como un arco mongol.

—¡La máscara de teatro de Xiaomei!

Volvió a su corazón el triste recordatorio de su terrible muerte, como si fuera una maldición, o una de esas cicatrices de la vida que jamás pueden cerrarse y mucho menos desvanecerlas de la memoria. Shui no poseía ningún objeto de su hermana que le otorgara consuelo. Los vestidos y sus enseres personales habían sido arrebatados del harén real y quemados fuera de palacio, cuando eligió morir viva en la tumba imperial de Kangxi. No le había quedado ningún recuerdo palpable de ella, y en el último año de su vida, apenas si habían cruzado unas palabras.

E inmediatamente trajo a su recuerdo la última de sus representaciones, donde, ataviada con aquella misma máscara escarlata, ofreció su más portentosa representación. La emotividad en sus miradas y la arrobada actitud de sus movimientos había hecho llorar al Hijo del Cielo, y a su madre la emperatriz. Aquella admirable actuación aún era recordada en la corte.

La confusa joven, con la máscara en las manos, conjeturó una retahíla de preguntas que no obtuvieron respuesta. ¿Por qué razón la soberana madre la tenía en su poder? ¿No la llevaba en sus manos en el momento de enterrarse en vida? Shui se quedó pensativa por la desconcertante imagen de la máscara roja, que creía sepultada en la tumba del emperador Kangxi.

La admiró de diversas formas por si contenía algún recuerdo olvidado, y comprobó que el borde superior estaba deshilachado, como si hubiera sido rasgado y luego cosido precipitadamente. Aquella contundente presencia del pasado trocó sus apacibles facciones.

No comprendía las intenciones de la madre del emperador al ofrecerle tan querido regalo. Ya no le cabía duda de que algo de índole inquietante se fraguaba a su alrededor y que estaba relacionado con Xiaomei. Conocía sobradamente los movimientos de palacio y le dedicó al hecho toda la trascendencia que poseía.

«La maldad y la vileza se ocultan en los regalos de los reyes. ¿Me ofrece su ayuda? ¿Me tiende una trampa?», caviló, y pensó en guardarla en un cofre bajo llave, quemando en el vaso de esencias la enigmática misiva de Xiaogongren.

«¿Podré sobrevivir en este enredo de enigmas?»

Transcurridos unos instantes en que los eunucos anunciaban la hora de la *serpiente* —las nueve—, una amenazadora impaciencia la alarmó.

«Xiaomei está muerta. Esa es la única certeza.»

Estaba tan sobrecogida que hundió la cabeza en las almohadas. Sin darse cuenta, una suave somnolencia la venció asida a la máscara de teatro. Pronto, una pesadilla le reportó un espantoso sueño: se colocaba la careta y esta le oprimía la piel y luego devoraba sus ojos, su boca y sus mejillas.

En medio de la agitación se despertó empapada en sudor.

Confidencias en la Fuente de los Sauces

Fiesta del Solsticio de Invierno.

Fin del primer año del reinado del emperador Yongzheng.

Año de 1723 d.C.

Shui cumplía aquel mismo día diecinueve años.

Sin dejarlo traslucir se notaba inquieta por la inminente conversación con la emperatriz madre, quien le aclararía el misterio del regalo de la máscara de teatro de Xiaomei. La concubina estaba deseando que concluyera el cruento ritual de la Fiesta de los Sacrificios que se celebraba en el luminoso Templo de los Antepasados. No soportaba el olor de la sangre sacrificada.

Engalanado con grímpolas amarillas y laureas de flores, el santuario refulgía en el ángulo sudoeste de la ciudad imperial, la de las nueve mil novecientas noventa y nueve moradas, el gran palacio dentro del colosal cascarón de la metrópoli tártara, Pekín, donde cada estación, los monjes ciegos *Lanzo* sacrificaban bueyes y corderos para pacificar los espíritus de los reyes difuntos, en especial del último, Kangxi, de infausta memoria para Shui, pues nunca la había convocado para calentarle las sábanas y, además, había arrastrado a su hermana a una muerte inhumana.

En medio del tedioso fasto, la joven se sentía aturdida con las salvas de la pólvora, los bufidos de la caballería imperial y las carreras de los eunucos que transportaban a Yongzheng en el sillón imperial bajo el palio de seda frisada, y luciendo el gorro rojo manchú y la pluma de pavo real de doble ojo.

Un acre hedor a bestias muertas y a sangre coagulada convertían el acto en un tormento para el delicado espíritu de Shui, que deseaba pasar desapercibida entre el barullo de cortesanos, que aquel día lucían amplios gorros de tafetán, esplendorosos collares de jade, túnicas damasquinadas y amuletos de oro.

Las gradas alrededor del altar, cubiertas con tapices de Samarcanda, estaban atestadas de concubinas, princesas, mandarines, gobernadores, generales y los miembros del Consejo del Clar Manchú, que seguían con recato la ceremonia, que Shui detestaba. Corría un viento frío, y el acuoso *smog*, la peculiar humedad de la capital, se colaba hasta los huesos.

El crepúsculo teñía de tonos cárdenos la explanada y las copas de los árboles, y al fin concluyó el tedioso ritual. Al compás de los címbalos, la procesión imperial regresó al Palacio de la Sagrada Longevidad, protegida por las lanzas de la guardia imperial, en medio de la misma serenidad que imponía el gélido y húmedo anochecer.

Nadie había relegado al olvido los recientes asesinatos, y aunque emergía una aparente calma, en cualquier momento el *Bixia* Yongzheng podría sufrir otro atentado, y todo el mundo recelaba. Y

podía ser el definitivo y desatarse una guerra entre príncipes que llevara al desastre a la dinastía del norte.

La emperatriz madre Xiaogongren y su séquito abandonaron el cortejo, dirigiéndose al Palacio de la Quietud, su residencia oficial. Se recogió en su cámara, y sin perder un instante se desnudó, se deshizo de su túnica dorada y del artificioso peinado tachonado de peinetas de oro, jade y ámbar, que remataba con una gema estrellada, heredada de la dinastía Ming. Se limpió el maquillaje, se cubrió con una túnica de lana y una capa parda y salió encapuchada por la puerta del jardín.

De haberse tropezado con algún eunuco la hubiera confundido con una sierva. Desanduvo sus pasos en compañía de una servidora en dirección a la desierta Fuente de los Sauces.

Entretanto, Shui, tal como había convenido con la emperatriz, y también envuelta en un mantón burdo y oscuro, se escabulló por entre los bancales de violetas mientras escuchaba el rumor de los surtidores. Al cabo de un rato la joven escuchó ruidos de vestidos que quebraban las hojas secas.

Se volvió y vio ante sí a Su Alteza Imperial Xiaogongren, la Emperatriz de China, Madre de S Sagrada Majestad y Soberana de los Palacios Occidentales. Con ceremoniosa lentitud se inclinó y bajó la vista. La expresión de su rostro era inescrutable. El lugar estaba en silencio y oscuro, pero la sirvienta sostenía un farolillo de papel con el que iluminaría el secreto encuentro. Antes de abrir sus labios, Xiaogongren depositó en la fuente una flor, como respeto a Ho-po, el genio protector de las aguas. La emperatriz viuda, que antes había sido concubina, vio que Shui se mantenía humillada en señal de respeto. No le gustaba.

—Alzaos, señora Shui —le ordenó afable.

La *Huánghou* —la reina madre— era un espejo de refinamiento y belleza, a pesar de su casi sexagenaria edad. Tenía la frente amplia y la barbilla puntiaguda. Sus ojos melosos dejaban entrever una almibarada mirada que armonizaba un rostro ovalado. Era una delicada y madura mujer que poseía el don del embrujo para los hombres, aunque las intrigas de la corte la habían convertido en una persona solitaria.

Habituada desde niña a someterse a los eunucos y a los caprichos de su soberano esposo, Kangxi, ignoraba el término insumisión, aunque tras la muerte del emperador se había vuelto distante y avisada, pues no deseaba una cruenta guerra entre hermanos, si su hijo Yongzheng no se mostraba firme.

No obstante, había ejercido sabiamente de «reina madre», y se rumoreaba dentro de los muros prohibidos que los despóticos Guardias de Brocado, la policía secreta de palacio, solo obedecían sus órdenes y de nadie más. Y por eso era tan temida.

Xiaogongren estudió detenidamente a Shui, y no pronunció palabra alguna. Shui se incomodó pues le pareció que mostraba poco interés por hacerse accesible. Pero la emperatriz cambió de actitud y le mostró una efusión de inesperada intimidad.

—¿Os gustó mi regalo, señora LinShui?

—Me sorprendió, Alteza —contestó—. Habéis llenado mi ánimo de alegría al regalarme un objeto tan querido por mi hermana; pero me vais a permitir que os diga que no alcanzo a comprender vuestra generosidad, y menos aún sabiendo, como vos, que esa máscara debería hallarse en la tumba del *Bixia* Kangxi, vuestro esposo. ¿Cómo es posible explicar tal incoherencia?

—Yo también lo ignoro, creedme, pero esa es la inmensidad de la bondad divina —dijo con

resignación contenida—. Se lo debía a ella. Vuestra hermana parecía nacida de la espuma de un dragón. No era una mortal. ¿Sabéis que siempre fue mi modelo a seguir? He de deciros también que vuestro dibujo me emocionó. Sois un portento de sensibilidad y despertáis entre la familia imperial un profundo respeto como solo provocan los muy sabios, o los tocados por los dioses.

Shui la miró sin comprender, pero se lo agradeció.

—Gracias, *Huánghou*. Desde hoy la máscara de teatro se convertirá en mi posesión más preciada. Pero me cuesta encontrar el significado de vuestro regalo —insistió.

Xiaogongren eligió su conocida faceta despiadada con la que alguien podía salir malparado.

—¿Y con vuestro talento no lo habéis comprendido, Shui? Recordad que en el vestuario teatral, los tocados y las máscaras simbolizan verdades que los espectadores ignoran, pero no vos, que sois una dama culta. ¿No habéis reparado en su color? —preguntó la regia viuda de forma enigmática.

Se produjo un silencio digno, como el del reo ante el juez. Shui respondió sintiendo su menosprecio.

—Claro que sí, Honorable Alteza. Es roja como la sangre —dijo entre una esgrima de miradas.

—El rojo encendido de las máscaras es sobre todo el signo de la inmortalidad —indicó reservada la soberana.

A Shui se le quebró la voz. ¿La inmortalidad? No comprendía dónde quería llegar a parar con sus disquisiciones. ¿Existía alguna sospecha sobre Xiaomei que ella no conocía? Su decisión de enterrarse viva había sido un enigma para ella, y la emperatriz parecía ocultar algo. La joven concubina, que no sentía amenaza del mundo y menos aún de la estirpe imperial, se armó de valor, aunque su alma estaba confusa.

—Alteza Imperial, ¿deseáis revelarme algún hecho del pasado concerniente a Xiaomei que os preocupa? Podéis liberar vuestro gran corazón en mí, si así lo queréis —le rogó bajando la mirada, pues sabía que significaba un intolerable atrevimiento, que en público no se hubiera atrevido a formularle.

La lucidez terrible del remordimiento pareció estimular a Xiaogongren, quien en un tono estirado apostilló:

—Esta noche deseo hacerme accesible a ti, señora Shui, y reivindicar en el tiempo una verdad oculta y muy peligrosa para las dos. No merecéis sufrir, y aunque no somos iguales, existe un enigma que nos une.

Xiaogongren, a pesar de su arrogancia, había dejado entrever que disponía de cierta información referente a su hermana que afectaba a su vida, y ella poseía una indudable habilidad para sonsacar secretos.

—Honorable Madre, ¿existe soledad más injusta que la desconfianza? Os oigo con humildad.

—Arriesgáis vuestra cabeza si conocéis ese secreto, LinShui, y yo corro un gran riesgo —descubrió contundente—. Pero lo compartiré con vos y lo haré una sola vez, y ya jamás oiréis una palabra salida de mi boca. Y si lo pregonáis en la Ciudad Prohibida yo lo negaré, y si indagáis sobre mi revelación, podéis correr un serio peligro. ¿Entendéis?

La concubina no sospechaba el auténtico significado de aquellas palabras. Todo esto era una contradicción flagrante que la estaba irritando. ¿Qué conspiración se había cernido sobre su hermana? Shui derribó su artificiosa fachada:

—Vos habéis destapado esa caja de truenos, no yo, mi emperatriz. No os pido piedad, sino la veracidad que todo ser humano precisa de un semejante, cuando atañe a sus sentimientos más amados. No os traicionaré. Sé guardar los secretos por muy comprometidos que estos sean.

La certera puntería de la observación dejó sin habla a la emperatriz. La franqueza de aquella hermosa mujer era desarmante. En un tono inusualmente cálido, la Madre Imperial le habló como si quisiera compartir con ella el secreto mejor guardado de palacio.

—Escuchad entonces —refirió, sintiéndose aliviada—. Xiaomei se engrandeció en un tiempo demasiado corto, y yo sentí celos, os lo confieso. Era mucho más joven que yo y creí que con su dulzura y distinción me arrebataría el puesto de primera esposa. Sucumbí a la tentación del mal de los celos, he de reconocerlo. Pero ella no me hurtó ni el menor espacio del que me correspondía, y cuando mi esposo, el emperador, decidió que Xiaomei lo acompañara al más allá, mi alma destiló amargura. Yo la admiraba, os lo aseguro.

Shui, en contra de lo ordenado en la etiqueta, alzó la vista furiosa y se comportó intencionadamente ofensiva con Xiaogongren. Su orgullo y su rabia no toleraban dejarse tiranizar por otra mujer, aunque esta fuera la emperatriz madre.

—Xiaomei no mereció tan cruel fin, mi señora.

—Te has ganado el derecho a despreciarme, lo sé —reconoció—. Mi esposo la idolatraba y nunca le hubiera solicitado semejante sacrificio. Pero si lo hizo fue por una razón que nadie conocía salvo su sagrada persona. Lo hizo para salvarla, porque sabía algo que las demás esposas ignorábamos.

—¿Qué podía saber, Alteza?

Movió los labios y su voz sonó con opacidad:

—No lo sé, pues este asunto no deja de ser un laberinto para mí. Habréis de saber que el día del entierro ocurrió algo inexplicable. Escuchadme, quizá lo podáis comprender, dama Shui.

El diálogo proseguía entre silencios tensos.

—Al entrar en la tumba, Xiaomei llevaba en su mano la máscara sagrada —expuso la emperatriz—. Lo recordáis, ¿verdad?

—Lo revivo cada día y cabalmente —dijo Shui.

—Pues bien, los más cercanos a mi esposo fallecido acompañamos el féretro hasta la puerta del panteón, en el momento en el que los monjes *Lanzo* y las *juibas*, las sacerdotisas sacrificadoras, salían del sepulcro, una vez realizados los sacrificios protocolarios. Nadie les prestó atención. Eran parte del ceremonial. De pronto, una de ellas, con su túnica manchada de sangre y el rostro bajo, se interpuso ante mí y me entregó la máscara de Xiaomei, sin decir una sola palabra.

—¿Por qué hizo eso, Alteza?

—Lo ignoro. Miré a la *juiba*, con su pelo desaliñado y repulsivo aspecto, y un rayo me taladró el alma. Parecía decirme que la señora Xiaomei había eludido la muerte por decisión del Augusto de Jade. Cuando quise seguirla había desaparecido.

Cayó un mutismo densísimo sobre las dos hembras. La concubina no aceptaba aquel sesgo del destino, y dijo:

—Qué conducta más extraña, Venerable Madre.

—Pues aún hay más.

Xiaogongren deseaba mantener la sensación de autoridad y regalarle cierta esperanza a Shui.

—Uno de los monjes *Lanzo* que visita una vez al año a mi hijo el *Bixia* emperador me reveló en conversación privada, que solo él y yo conocemos, que vuestra hermana había sido vista en uno de los templos de la Luna, donde además era reconocida como una *dama oráculo*. El problema es que en China hay más de un millar, y que esas mujeres sabias son itinerantes. ¿Lo sabíais?

En el brillo de los ojos de Shui había un halo de esperanza.

—Jamás me dijo nada, y si lo era, me lo ocultó.

—Pues Xiaomei, en la hora de su supuesto sacrificio, era considerada entre los Cuatro Maestros Imperiales Grandes del Tao como una mujer sagrada. Me aseguró el *Lanzo* que Xiaomei atraía con sus danzas y mimos a los espíritus celestes y que propiciaba la longevidad de quienes la rodeaban. En definitiva, que era una mujer sagrada, una *paiyou*, y por ende intocable.

Shui se notaba cada vez más confusa y conmovida.

—Mi hermana había desarrollado el sentido de la puesta en escena y era una excelente actriz, pero no se hubiera atrevido a tanto y a ser considerada una intermediaria con los dioses.

—Pues según el monje *Lanzo*, lo es —afirmó la emperatriz.

Se sucedió un larguísimo espacio de silencio.

—Distinguida *Huánghou*, llenáis mi corazón de una insoportable aflicción, pero también de ilusión, os lo aseguro.

—Creí que debíais saberlo, señora Shui, aunque os parezca inadmisibile y lejos de toda razón. Pero esa no es toda la verdad —corroboró, añadiendo más ocultación.

Fijó levemente sus ojos en la emperatriz madre, como si hubieran vulnerado una parte recóndita de su alma. ¿Qué papel representaban los monjes *Lanzo*, aquellos clérigos ciegos y descalzos, que ella apenas si conocía y cuyo templo estaba vedado al mundo? ¿Tendrían algo que ver con su hermana muerta?

El enigma se acrecentaba hasta el infinito, y el velo del entresijo se volvía más tupido e incomprensible para ella. Tan patentes muestras de sinceridad arrasaron la voluntad de Shui, agravando la hiel de sus sospechas. Y entre una sensación agridulce de desconcierto y esperanza, tomó conciencia de la soledad y el oscurantismo en el que vivía en la Ciudad Prohibida. ¿Podía considerar la revelación de la emperatriz como una definitiva evidencia de la magnitud de su vulnerabilidad y una esperanza de que Xiaomei viviera? ¿Le ocultaba algún secreto más?

Shui notaba un incendio interior, una alteración en el alma y un escándalo en su sereno espíritu. Pero habían vuelto al punto de partida y Shui aspiró profundamente.

—Sigo sin comprenderos totalmente, Alteza Imperial.

La actitud de la Madre de la Nación se había suavizado, hasta hacerse aún más accesible.

—Espero que vuestra sagacidad adivine el resto, pues estoy obligada a callar por un juramento que hice ante las tumbas de mis antepasados. Pero ha sido la pintura de mi imagen que me hicisteis la que ha roto en mil pedazos esa promesa. Así que escuchad, el tiempo apremia.

En aquel instante el grupo de eunucos pregonaba a los cuatro vientos que la hora del *cerdo* —entre las nueve y las once de la noche— se adueñaba del tiempo en la Ciudad Púrpura. En menos de una hora comenzaría un gran banquete en el Palacio de la Longevidad, y la presencia de la emperatriz resultaba inexcusable. Abreviaría.

—La vida es un camino lleno de vericuetos, Shui —le explicó enigmática—. Posiblemente no todo acabara para Xiaomei aquel día en el que inhumamos los restos de mi esposo, el emperador. Fue el gran maestro *Lanzo* quien me hizo recapacitar. Xiaomei no era solo una hermosa mujer, sino una respetable *paiyou*, intérprete teatral sagrada. Y pensé que mi esposo había deseado protegerla de la muerte en el último momento.

Shui no entendía nada. Aquello parecía un desquiciado juego de adivinanzas. La concubina no disimuló su orgullo y le sostuvo la mirada a Xiaogongren, quien pensó que Shui no se amilanaba ante su poder, mientras un torbellino de dilemas asaltaba a la joven.

—Ahora me viene a la memoria que en nuestro país de origen, Nepal, y en el valle de Katmandú, mis antepasados fueron sacerdotes de Harasiddhi, aquellos de los que se decía que entraban en trance y recibían en sus cuerpos a la Diosa Madre. Solían beber del elixir *ayla*, el que transporta a los mortales a mundos sobrenaturales. Tal vez Xiaomei heredó tales capacidades, pues no olvidéis que mis padres nacieron en la ciudad santa de Bhaktapur, y que mi hermana y yo pertenecemos a una estirpe de reyes y sacerdotes del tiempo antiguo.

Xiaogongren era un monumento a la perplejidad.

—Pues habéis de saber que Xiaomei está en relación con la armonía eterna. Os aseguro que yo nada sabía de esas notables facultades, pero el maestro *Lanzo* me retiró el velo de la ignorancia: «La señora Xiaomei estaba en contacto con el más allá, y el Cielo vivía en ella misteriosamente.»

«Un destino por otro», pensó Shui.

El ritmo de los pulsos de la joven iba en aumento y aquellas revelaciones ocultas bajo un manto de vaguedades la estaban conduciendo a una inquietud insufrible.

—¿Queréis decirme, Gran Madre, que no se consumó el enterramiento de Xiaomei en vida? Yo la vi entrar en el panteón, desaparecer por el laberinto y luego cómo quedaba clausurada hasta la eternidad bajo una mole de granito cuyo polvo aún huelo —declaró, y una lágrima resbaló cara abajo—. No juguéis con mis sentimientos, mi señora. Resulta demasiado cruel.

La emperatriz hizo gala de la mejor de sus simpatías, que acrecentó un tono de franqueza.

—No osaría contestaros a eso con concluyente rotundidad. Solo os diré, y serán mis últimas palabras sobre este asunto, que la vida no es sino un sinuoso viaje con muchas estaciones. Y a veces sufrimos espejismos que nos confunden. Pero ¿qué es ilusión y qué es realidad?

Una rebelión muda se gestaba en el interior de Shui, mientras los rasgados ojos de la emperatriz se mostraban como un muro impenetrable. Ya no diría una palabra más. La conocía lo suficiente. Tenía ante sí a una mujer bella y refinada, que además poseía una sonrisa altiva. La joven había comprendido que la dejaba sumida en la mayor de las dudas, pero en el camino de una confianza esperanzadora.

—Ahora viene a mi memoria lo que vieron las venerables *wu*, cuando les pregunté por su alma: los Templos de la Luna.

La Gran Madre le habló con la mayor de las honestidades.

—Esas falsarias no vieron nada. No seáis ingenua, señora Shui. Hasta el más lerdo en este país sabe que en esos Santuarios de la Luna viven enclaustradas y en celibato las venerables *pan-hoei*, o mujeres sabias de China, y las sagradas *paiyou*. En su clausura, danzan, actúan y cantan los «Nueve cantos», o *jiuge*. Son indispensables para el beneficioso funcionamiento del reino, pues sus oráculos

son escuchados por el *Bixia* emperador y sus consejeros, antes de decidir sobre cuestiones capitales de Estado, además de sus cientos de devotos. El dilema es saber si Xiaomei es una de ellas en verdad.

—Lo ignoraba, Honorable Madre —aseguró la joven.

—Pues los espíritus sublimes, como Xiaomei, deben estar rodeados de armonías, no de seres retorcidos y deshonestos, y menos aún se las puede tocar o inmolar. He de callar y no puedo deciros ni una palabra más. Pero medita las en vuestra soledad y os aliviarán.

—Aunque no le hayáis devuelto la vida, gracias mi Reina por el consuelo y ánimo que me regaláis —balbució—. Tal vez un día encuentre la senda que me habéis descubierto y vea la luz.

—Y ya sabéis, solo vos podéis dar con la respuesta. «No esperéis, no deseéis, no os impacientéis, y vendrá», asegura el maestro Lao Tse. Usad la inteligencia y no abandonéis el territorio conquistado —le expresó—. A veces el corazón sustituye a la razón y obra portentosa, pero la posibilidad de sobrevivir yace en vuestro silencio, señora Shui. No lo olvidéis. Perseverad, pues es posible que un día sepamos algo más que desvele la nube de oscuridades que ahora nos envuelve.

—Que la armonía del Cielo os llene de sosiego, mi señora.

—Expresad vuestros deseos y un día se cumplirán, dama Shui. Os lo aseguro —concluyó Xiaogongren sonriendo.

Shui empezó a sentir el elixir de la ilusión filtrándose en su cerebro. La emperatriz madre desapareció entre la penumbra del jardín y se hizo invisible bajo su capa. Shui sabía que el palacio imperial poseía una historia de abundantes dramas y misterios. Entretanto, dos eunucos sirvientes vigilaban el fin de la escena desde la esquina del Palacio de la Luz Resplandeciente, sin ser vistos. Era su forma de actuar. Cuando la emperatriz Xiaogongren, con su habitual dignidad inaccesible, le volvió la espalda a la concubina pintora, aceleraron el paso y se dirigieron al pabellón Wu-men de la Puerta Meridional, donde los aguardaban Kumiko y su amo, el prepotente eunuco Yan Yan, el alcahuete del emperador, que al conocer el secreto encuentro, opinó despreciativo a la maestra:

—¿Encuentro sin protocolos ni reglas? No me gusta nada. Habrá que vigilarla más de cerca.

Kumiko entornó sus ojillos y se inclinó hacia delante.

—No es habitual esa entrevista de incógnito, y menos en lugar tan apartado —opinó—. Va contra el orden de palacio. Que nadie sepa de esto, ¿entendido? ¡Retiraos! —ordenó a los castrados.

Shui sentía que había hallado un rumbo que creía perdido. Pero Xiaomei seguía constituyendo un gran misterio para ella, una esperanza tachonada de interrogantes, una vida a medio vivir, un enigma que al parecer tenía su término y aclaración en un Templo de la Luna. ¿Pero dónde?

Las palabras de Xiaogongren no dejaban de ser un inquietante jeroglífico, pero las agradecía en los pliegues de su corazón. Mas, ¿cómo podría averiguar si vivía aún, si estaba condenada a no traspasar los muros de la Ciudad Prohibida?

En aquel momento cobró vida el consejo de Xu Jun, que hasta entonces había languidecido de forma difusa en su mente. Shui se notó confortada, aunque no menos preocupada, y de repente tomó una determinación arriesgada: llevaría a cabo la estratagema que le había sugerido su apreciado «falso monje», Xu Jun, y que hacía semanas había creído un dislate irrealizable.

Estaba decidida. No concebía vivir sin su principal seña de identidad: la insumisión. Precipitaría su salida de palacio, aunque fuera a parar al burdel más infesto de Pekín.

Significaba su libertad para hallar la verdad sobre Xiaomei.

Habían transcurrido dos semanas de la atormentada conversación con Calma Estival —o Xu Jun—, y de la entrevista secreta con la emperatriz madre, y la cabeza de la concubina era una marmita en ebullición. Ignoraba si la suya era una causa perdida y si se dejaba llevar por una ráfaga de inconsciencia.

Shui estaba firmemente dispuesta a cambiar el *Nei* —el mundo femenino de palacio—, por el desconocido *Wai* —el universo exterior de relaciones entre hombres y mujeres libres—. Pensando en Xu Jun, que ya había emprendido su viaje de falso monje limosnero, retiró la cortina de su lecho y se despezó. La amanecida había sido lluviosa y miríadas de gotas heladas estaban prendidas en los vidrios. Sus zapatillas granas de dormir se deslizaban indolentes por el tibio y rugoso suelo de cedro.

Había resuelto en todos sus detalles cómo llevaría a cabo su arriesgado plan de abandonar palacio sin contar con la ayuda directa de Xu Jun, un semejante tan digno y confiado. Pero las dudas la atemorizaban.

Una cosa sí tenía clara. Debería tasar con justeza y habilidad su infracción, pues tan perverso era atravesar la línea entre falta grave y leve, como no conseguir su propósito y recibir tan solo un castigo ejemplar que la hundiría para siempre en aquella cautividad de magnificencias; y además dependía mucho de quién presidiera el Tribunal Palatino de Castigos Cautelosos. Pero un pensamiento martilleaba su mente, debía precipitar cuanto antes su «huida» de la Ciudad Prohibida. «O huir, o morir», se decía una y otra vez.

LinShui estaba firmemente persuadida de que no se equivocaba. Había decidido investigar por cuenta propia el enigma de su hermana. Su reacción sobrepasaba el sentido común, pero se trataba de una decisión de riesgo.

Aquella mañana una medrosa luz pugnaba por escapar entre unas nubes negras de tormenta. Se cubrió con el chal de lana y, amparada en un paraguas de seda blanca, se dirigió a la escuela budista de la Ciudad Prohibida. Se trataba de un idílico lugar de maderas verdes y tejas doradas que contaba con una abastecida biblioteca, un oratorio de meditación, una imprenta y la Casa de los Antepasados Espirituales, donde se veneraban los anales de los maestros difuntos, y el libro impreso más antiguo del mundo: *El Sutra del Diamante*.

Iba con la idea de encontrar algún escrito que la ilustrara sobre los enigmáticos monjes *Lanzo*. Al llegar encendió una lamparilla ante las imágenes de Felo, el legendario descubridor de la sal, de Feng-Po-po, la Vieja Señora de los Vientos, de Pussa, el dios de la Porcelana, y de Sang-Ti, la deidad del Cielo. Shui no creía en ellos, pero la tradición obligaba a venerarlos, pues encerraban

resonancias arcanas, de las que no se podía pronunciar ni su nombre.

En el dintel de la puerta del templete de la biblioteca pendía un letrero dorado donde podía leerse: UNA CASA SIN LIBROS ES UNA CASA SIN ALMA.

Una larga tira de papel ocre apuntaba además una máxima de Confucio que la muchacha se sabía de memoria: «Los libros son la riqueza del mundo, la herencia de nuestros antepasados, nuestro placer y nuestra salvación. Sus autores son la aristocracia del universo, y ejercen en sus semejantes una influencia mayor que la de los dioses, los profetas o los emperadores.»

La concubina meditó la sentencia unos instantes y leyó después las etiquetas de varios libros de poesía erótica, prohibidos por las dinastías Tang, Song y Ming. Luego tomó en sus manos el libro *Las Mutaciones*, o *I-Ching*, y posó su mirada en un manual que era muy deseado por los lectores de palacio: *Las Palabras de los Cinco Ancianos*, donde otros tantos maestros revelaban desde la Montaña Sagrada el devenir de la humanidad en los siguientes dos mil años. Estaba lacrado y guardado en una cánula de cuero, y prefirió no tocarlo. Era tabú posar la mirada en sus letras.

Buscó y rebuscó en los anaqueles de madera de ébano, pero no halló ni un solo papel sobre la rancia orden de monjes ciegos y descalzos que tanta sabiduría atesoraban. Pero su misterio llegaba hasta el punto de no encontrar información alguna. Únicamente algunas alusiones en libros de medicina y horóscopos de emperadores, y poco más. Estaba decepcionada.

Al poco llegaron varios miembros de la estirpe imperial para ojear algunos papiros y donar una hojuela de oro a la imagen sedente de Buda. El ritual consistía en estampar una delgada lámina en la anatomía del Iluminado, por lo que en muchos lugares de la estatua, en especial en las caderas y piernas, presentaba unos abultamientos antiestéticos motivados por tan piadosa costumbre.

Pero aquel día Shui tenía una obsesión: saber algo más de los enigmáticos *Lanzo*, los invidentes y sabios clérigos, a quienes todos respetaban, aunque le costara una amonestación de los eunucos del harén y las suspicaces miradas de los agentes secretos de la Ciudad Prohibida. Esperó a que el maestro bibliotecario concluyera con los ejercicios *zen* y se acercó cortés.

—Maestro *zen*. He leído en algunos libros sagrados alusiones veladas y cortas sobre los monjes *Lanzo*, pocas en verdad. Aseguran ser los ascetas más inaccesibles, pero también los más sabios de China. ¿Tan reservados son que no escriben?

El anciano se sorprendió con la consulta.

—¿Realmente deseáis saberlo, dama Shui? —le preguntó—. Antes de contestaros os recordaré que China, en contra de lo que parece, es un país habitado por incrédulos y gobernado por filósofos, y que los sacerdotes *Lanzo* son temidos como los mismos demonios, y efectivamente su ciencia y su saber lo transmiten de generación en generación, boca a boca. Por esa razón se hacen muy poco accesibles y las gentes los evitan. En palacio viven algunos, no más de tres o cuatro, al servicio directo del *Bixia* emperador, pero no se les puede tratar sin permiso.

—¿Y por qué se les teme tanto, venerable *zen*?

—Porque profetizan el futuro, distinguida Shui. Por eso causan pavor, pues las más de las veces no es grato. Los súbditos de nuestro emperador Yongzheng se sobrecogen con su presencia; pero ya conocéis que el pueblo posee su propia sabiduría. Los chinos somos gentes pacíficas, respetamos a los antepasados, los *ti*, las tradiciones y a los mayores, y nos sometemos al racionalismo de Confucio, a la unión con la naturaleza de Tao y a la serenidad del divino Buda, pero en una

amalgama de credos que a veces nos confunde y también se teme, hija.

—Pero yo he visto, maestro, cómo los humildes campesinos de las orillas del Yang-tse y del Hoang-ho, están más inclinados a creer en los demonios y en las divinidades de la naturaleza que en Buda. ¿Es que el Iluminado no significa nada para ellos?

—Creedme, LinShui, el pueblo fanatiza con la divinidad suprema del cielo, el Emperador de Jade del Cielo, y Buda solo significa un consuelo para su penosa vida.

Shui precisaba de la complicidad del sacerdote.

—¿Y esos monjes *Lanzo* son budistas? —se interesó.

—No, solo practican la religión antigua y ejercen como videntes allá donde alzan sus escasos templos, que ellos llaman «de la Luna». La gente sencilla los llama *Lanzo*, pero en verdad es una congregación religiosa ancestral conocida como los *Tay-Bu*. Su monasterio madre se halla en Tonkín, pero peregrinan a muchos santuarios del reino y fuera de él, para predecir el futuro. En ellos conviven con las mujeres oráculos que nos conectan con la divinidad. Y poseen una señal más singular que incita al espanto y a la superstición. Yo mismo me atemorizo por su sabiduría y por sus poderes, que son asombrosos.

—¿Cuál es esa señal que os sobrecoge, maestro?

El monje budista contestó con suspicacia:

—Todos son ciegos de nacimiento, caminan descalzos y poseen el don de la profecía. Nuestro divino emperador les consulta en secretos de Estado y medicina, pues son muy eruditos. Además, como son invidentes, los mandarines les confían la guarda de tesoros y documentos secretos. Con frecuencia, un *tay-buroní*, monje lego, y un *tay-bu-de-lis*, monje consagrado, suelen frecuentar la Ciudad Prohibida para hacerlos depositarios de algún secreto. Antes de partir suelen ofrendar incienso a Buda. Son muy extraños y callados y yo prefiero rehuir su trato.

La concubina llevó la conversación a su terreno.

—¿Y esas mujeres sabias a las que os habéis referido son las que además ritualizan el teatro sagrado?

El monje del hábito azafranado afirmó:

—Estáis en lo cierto, señora Shui. *Lanzos* y mujeres sabias de la vieja religión, las *paiyou*, están inseparablemente conectados a los arcaicos ritos de nuestro pueblo.

El místico conocía el eterno conflicto de la concubina y se preocupó. Movi6 contrariado la cabeza, pues sabía que Shui era una mujer obstinada.

—A esos monjes *Lanzo* se les puede ver, pero no hablar con ellos, salvo el emperador. Como huéspedes, suelen residir en la Pagoda Jian Ting, templo que suele estar cerrado casi todo el año. Para la Fiesta de las Brisas, de los Pájaros y del Año Nuevo, abre sus puertas. En la solemnidad Danu de los Yao, bailaban las danzas antiguas al son de los tambores de bronce.

Shui se hundió en una profunda reflexión. Deseaba saber la localización de los Templos de la Luna, ya que formaba parte de su futura maniobra, si es que la fortuna le era favorable y no concluía en un fiasco.

—¿Y sabéis, por ventura, sabio maestro, donde se encuentran esos santuarios? Me incita la curiosidad.

El maestro *zen* pareció recordar con delectación.

—En mi juventud tuve la ocasión de visitar alguno, y a ellos acuden devotos tanto de China, como de la India, de las estepas de los mongoles y de Manchuria. Son lugares donde se manifiesta la gloria de la divinidad. Sitios mágicos que sobrecogen el alma cuando suenan los cantos sagrados o intervienen en sus representaciones las mujeres sabias. Fue una experiencia insustituible para mi alma, pues tomé contacto con antepasados míos ya fallecidos, os lo aseguro.

—¡Cómo agradecería mi espíritu visitarlos, maestro!

—No os quepa duda, dama Shui, pero el destino os ha concedido una grata labor: ser deseable al *Bixia*.

—Cierto —mintió—. Gracias, maestro *zen*. Sois un maestro instruido, accesible y prudente. Que Buda os guarde.

No había manifestado torpeza en sus preguntas y sus intenciones ocultas habían permanecido disimuladas en todo momento. Además, había acopiado datos que le servirían en el futuro. Un olor a humedad y a hierbas cortadas aromatizaba el aire, cuando se dirigió parsimoniosamente a los Palacios Occidentales.

El emperador celebraba aquel día una fiesta en el Salón Baohe, el de la Armonía Perfecta, y Shu debía cantar y bailar en su presencia. Las peinadoras y doncellas del harén masajearon su cuerpo contraído, la perfumaron y la cubrieron de ropajes sedosos, confeccionándole un monumental peinado rematado con una peineta de oro.

Su vida se reducía desde la marcha de Miao y de Xu Jun al silencio, la alerta, la maduración de su plan y la esperanza de que un alto dignatario la eligiera como esposa, como a Miao, y así abandonar el serrallo imperial, que la agobiaba con sus grilletes de plata. ¿Podía ser aquella noche?

A Miao le había enviado dos cartas, una por medio de Xu Jun y otra por el correo imperial que unía las provincias del sur, aunque extrañamente no había recibido respuesta alguna. ¿Estaba tan feliz que había olvidado a su más cercana amiga? ¿Le ocurría algo que le impedía contestar?

Shui se sumió en sus reflexiones, y caviló que de no ocurrir nada a su favor, pondría en práctica prestamente el temerario plan que se gestaba en su cabeza. Estaba resuelta a llevarlo a cabo sin ambigüedades y con toda la audacia y teatralidad de la que era capaz.

Unos cadíes del reino amigo de Yemen, en la lejana Arabia, rendían visita a Yongzheng. Podía convertirse en la noche de su liberación, si alguno de los legados ponía sus ojos en ella, aunque pensaba que era cambiar una jaula por otra. Compuso su mejor gesto y salió con las concubinas y *Damas Guifei* hacia el Palacio Exterior, pletórica de belleza e ilusión. Al cruzar el Salón Amarillo, con las diez estatuas que simbolizaban el Cielo, un cometa cruzó en zigzag el firmamento, juzgándolo de buen agüero.

—Esta noche me esforzaré para estimular a la fortuna —musitó—. Algo me dice que cambiaré mi estrella.

Pero al fin y a la postre, el festín resultó un fiasco para las intenciones de Shui, que se había dado a sí misma la última oportunidad para intentar abandonar el palacio. Los embajadores aplaudieron sus canciones y danzas y alabaron su belleza, pero ninguno pidió la gracia de su compañía al emperador. Salió del salón con las lágrimas en los ojos.

Shui, decepcionada y desconsolada, no pudo conciliar el sueño. Pero su activa mente comenzó a

tramar un minucioso ardid para abandonar aquella jaula edén. Al día siguiente iniciaría su maniobra con un movimiento que no pasaría desapercibido a los pérfidos eunucos. Después solo cabía esperar a que la ley y el rígido protocolo de palacio se cumplieran a rajatabla. Y rezó a sus antepasados para que se consumara sin fisuras. Pero también sabía que aquel salto al vacío, cuyos efectos ignoraba con certeza, podía guiarla a la muerte.

Los primeros rayos del sol rozaban las techumbres rojas de la residencia imperial, que cobraban vida con su luminosidad. Shui, seria y decidida, salió del complejo de los Seis Palacios Occidentales sin la compañía de su sierva, en dirección a la Botica y Herbolario Imperial. Era la primera norma que transgredía, y estaba segura de que muy pronto la infame Kumiko lo sabría.

Se abrigaba con una capa con capucha de color violeta, y suspiró, no sabía si de turbación o de valor. Pero ya no había marcha atrás. Había dado el primer giro hacia su liberación. Mas un paso en falso y todo se iría al traste.

Desde el barandal del Salón de la Armonía Suprema se pregonaba la hora del *dragón* —entre siete y nueve de la mañana—. Comenzaba una ajetreada actividad en cocinas, cobertizos, cuarteles y jardines, y un tropel de criados, uniformados de azul y rojo, se desperdigaban como un mudo ejército de laboriosas hormigas, prestos a cumplir con sus quehaceres.

A ambos lados del herbolario real, lugar donde se preparaban las tisanas, hierbas medicinales, ungüentos, medicinas y elixires para la familia real y la corte, se alzaban dos gigantescos árboles *ginkgo*, cuyas hojas tenían forma de alas de pájaros de una tonalidad granate. Un bancal, exquisitamente cuidado de plantas curativas, exhalaba un aroma que atraía. El pabellón, situado cerca de las dependencias de los eunucos, era de piedra carmesí veteada de azulejos azules. La concubina rozó la puerta con su mano menuda, y al instante se abrió una rendija, y apareció un rostro huesudo y una mano artrítica de largas uñas.

La concubina se estremeció.

—Sois la señora LinShui, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —replicó la cortesana sin dejar de mirarlo—. Busco al maestro Hsiang. Avisadlo, os lo ruego.

Una bocanada de aire almizclado y caliente salió del laboratorio interior. Compareció el maestro Hsiang. Tenía el rostro avejentado, se vestía con una túnica roja y se calzaba con sandalias de esparto. El cráneo rasurado y un cuerpo encorvado y deforme evidenciaban largas horas de trabajo inclinado en las mesas. Apenas si tenía dientes, y un bigote escaso y una perilla lacia y gris, le conferían un aspecto casi demoníaco.

—¿Y qué os trae por aquí? No es usual ver por esta botica a una *Dama Guifei*. Podríais haber enviado a un sirviente y no molestaros, señora. Pasad y decidme lo que deseáis, por favor.

Le ofreció una taza de té y canela, en señal de hospitalidad, que Shui rechazó cortésmente.

En el interior de la farmacia real reinaba el orden, la homogeneidad y la armonía en el millar de albarelos, redomas, tarros, vasijas, artesas, cajas y sacas que abarrotaban sus estantes. Olía a chocolate, té, azufaiña, alheña, romero, tomillo. Y el aroma era indescriptiblemente aromático en su mezcla.

—Entre estos muros gobierna la inmutabilidad de la ciencia, señora Shui —proclamó el boticario

con una voz que se asemejaba al sonido de una campana.

—Preciso de vuestro saber, prudente maestro Hsiang —le dijo Shui, amagando una reverencia con su cabeza—, recordaréis que hace años padecí la «tos de los cien días», la tos ferina que dicen los occidentales. Pues bien, padezco ataques muy fuertes durante el sueño desde hace unos días. Preciso de vuestro saber.

El boticario se encogió de hombros mostrando su impotencia. No era el método habitual, pero debía respeto a la *Dama Guifei*. Calibró sus consecuencias e hizo un gesto de asentimiento.

—Bien, señora Shui, os prepararé una tisana de nébeda con semillas y flores rojas de loto. Pero antes debéis ayunar y cumplir con el Ritual de la Purificación de vuestro cuerpo. Para ello elaboraré un jarabe para que ese mal no progrese. Sanaréis, os lo aseguro —se expresó con suma lentitud.

—En vuestras manos dispongo mi salud —contestó mientras miraba a su alrededor, como si buscara a alguien.

Shui no improvisaba nada, y sin componer la más mínima contracción en su semblante, le preguntó al herborista:

—¿Podría prepararme esas tisanas en mis habitaciones vuestro hijo Weng? Prefiero no salir fuera, no sea que esa tos insufrible prospere. La emperatriz habla de sus meritorias aptitudes para la farmacopea. Lo espero en mis aposentos.

El boticario estaba más afectado de lo que había supuesto.

—No es lo usual, mi señora —se extrañó el herbolario sin mirarla a la cara—. Pero mañana estará mi hijo Weng en vuestra residencia como me pedís. ¿Os parece bien a la hora del *caballo* —de once a una del mediodía—, señora?

—Sí, y gracias, maestro Hsiang. —E inclinó la cabeza.

El portón de la farmacia real se cerró con un ruido seco. Shui volvió sobre sus pasos, y un eunuco espía que observaba la escena escondido tras una celosía, recogió con gesto femenino los bordes de su túnica, y corrió dispuesto a contar cuanto había visto a Kumiko, que le ofrecería alguna recompensa. Era un bocado muy exquisito como para despreciarlo. Y para el propósito de Shui resultaba óptimo.

Shui recompuso su respiración. Tranquilidad. Había doblado una esquina de su vida y ya jamás podría regresar.

El hielo que flotaba sobre las fuentes, frágil y delgado, se estaba fundiendo, como las antiguas e insobornables creencias de la decidida y valerosa Shui. Ya no podía arrepentirse. Había tirado la primera piedra, y ahora aguardaba su eco.

Con el ocaso, un denso aguacero dio paso a una pródiga y silenciosa nevada que ocultó las ramas de los gigantescos sauces, magnolias y moreras, dejando desierta la Ciudad Púrpura.

Los «hombres de sabiduría»

*Invierno del año 1724, segundo del reinado
del emperador Yongzheng*

El invierno de Pekín siempre era frío y húmedo para Shui. El viento del norte, inclemente y helado, batía tempestuoso contra las puertas y ventanas de su aposento y un cielo ceniciento competía con un retraído sol, apenas perceptible.

Los eunucos y sirvientes atizaban el fuego de los braseros de carbón y leña de madera de sándalo y un cálido aroma reinaba en el harén imperial. Shui dejó sus bordados y una pintura que había iniciado, se aplicó crema de té verde y diente de león en las mejillas y se embutió en una bata de terciopelo.

Con objeto de impresionar al joven boticario Weng, la concubina eligió unos vistosos pendientes y collares, pidió a sus sirvientas que adornaran su melena azabache con peines, agujas y cintas perfumadas, y se compuso un atrevido peinado en el que lucía una brillante tablilla de jade. Bajo el *chipao* largo hasta el tobillo, solo llevaba una camisa de seda transparente, y si se lo abría disimuladamente, se podían adivinar sus contorneadas piernas. Se calzó los coturnos manchúes que la elevaban sobre el suelo, y aguardó la llegada del aprendiz de herborista.

El atento muchacho llegó medroso, con una caja de cedro en sus manos, algunas redomas y varillas de bambú. Shui lo había elegido porque era un mancebo agraciado, de nariz recta, ojos risueños y rostro mofletudo. Saludó y pidió a la sierva que calentara agua para elaborar sus pócimas, pero no se atrevía a elevar su mirada. Se le veía nervioso e intranquilo, pero sonreía.

Entretanto, Shui, según su plan, se hizo accesible al mocetón, que apenas si hablaba y permanecía asustadizo, aunque no perdía la ocasión de contemplar las exquisiteces de la concubina. Shui se reía estruendosamente para que los eunucos lo percibieran, y hasta le preguntó a Weng si tenía prometida y si había llevado a cabo con ella experiencias sexuales o en algún burdel, instante en el que boticario se ruborizó, mostrando a la concubina la atracción que le provocaba.

Aquella conversación —pensó Weng— era impropia de una dama imperial, y se agitó desazonado, y más aún cuando Shui se le acercaba y podía intuir sus sedosos senos y sus tobillos perfectos. El herbolario estaba prendado de la cortesana y en los días siguientes acudía cada vez más pletórico y jovial con cualquier excusa. Permanecía más tiempo con ella, para desconcierto de siervas, concubinas y castrados, sonreía y dilataba el tiempo de su estancia. Sabía que transgredía las normas. Era su plan, y había tenido el efecto que deseaba.

El escándalo en el harén estaba servido.

La escena se repitió durante seis días seguidos, y en cada uno de ellos, la cortesana se mostraba

cada vez más atrevida, incluso tomándole las manos al excitado aprendiz, que tachó de prodigiosas, y acariciando su cara, que calificó de hermosa. El tercer día le regaló un pañuelo personal de seda y el cuarto tomó té a solas con el aprendiz de herborista. Insólito.

La sirvienta de la concubina no salía de su asombro, creyendo que la señora Shui había extraviado el seso y su proverbial comedimiento. Pero el deseo de Shui se había cumplido según su minucioso objetivo. Aunque en palacio se vivían tiempos convulsos y había que andar con cautela. Los omnipresentes y escurridizos eunucos, que merodeaban por todas partes, dieron cuenta inmediata a Kumiko de la «depravada» conducta de la *Dama Guifei*.

Kumiko esgrimió una triunfal sonrisa.

—Esa mujer ha cavado su propia fosa, por muy señora de primer rango que se crea. ¡Es reo de muerte! Lo pondré en conocimiento del Tribunal de Castigos Cautelosos, e incluso del mismo *Bixia* y del Gran Eunuco —reaccionó sin inmutarse.

Era lo que la todopoderosa Kumiko necesitaba para denigrarla definitivamente ante Su Majestad y sellar su perdición definitiva. Pero la Maestra de Concubinas ignoraba que ella también lo pretendía. Era el punto final de su plan, que aunque le había suscitado ciertos titubeos, escrúpulos y dudas, ya era un hecho consumado. Kumiko, a pesar de su perversidad, no podía ni imaginar la treta urdida por la dama, a pesar de su maldad, se había convertido en su principal e ignorante cómplice. Su objetivo se había precipitado definitivamente, aunque Shui no ignoraba que también podía tener un aciago desenlace.

Una semana después, la blanda luz del sol disipaba la niebla, compitiendo con las nubes por apuntar en un firmamento gélido. Nubes sombrías atravesaban la Ciudad Púrpura, haciendo que el día malgastara su fuerza en una lucha que tenía perdida de antemano.

Shui cuidaba de unas gardenias que florecían en un tiesto, cuando escuchó unos golpes conminatorios en la puerta y cómo abría la sirvienta. Se acercó rauda.

Un eunuco barrigón de piernas cortas, estrecha frente y cara grosera inclinó la cabeza ante Shui. Era el subalterno de Kumiko, un personaje grotesco, execrable e ineducado para la corte. Pensó que los bárbaros manchúes eran poco respetuosos con las damas de la corte y también con sus mujeres. Los *han* y los *ming* eran mucho más considerados.

—¿Qué deseas? —le preguntó con desprecio.

—Dejad cuanto estéis haciendo, señora, adcentaos y acompañadme —contestó con una risita femenina—. Os aguardan en la Sala de la Preservación de la Armonía.

—¿Quién lo ordena?

—La señora Kumiko —informó terminante.

—¿Solo ella me espera?

—No, señora, la acompañan los Ming-shih, los Hombres de Sabiduría de palacio y el Gran Eunuco.

—¿Y sabes para qué? —preguntó.

—No, *Dama Guifei*, pero apresuraos.

Shui tenía la certeza de que no sospechaban nada de su treta, o de lo contrario, ni se habría reunido el tribunal y seguramente la habrían envenenado, y asunto finiquitado. Así se obraba en

palacio con una concubina, que era considerada menos que un caballo. «Esta gentuza sin redaños suficientes para obrar de frente son unos bergantes que solo sirven para satisfacer sus placeres más ocultos. Son carroña», caviló.

Shui estaba envalentonada. Era su forma de rebelarse contra la justicia de los hombres y contra una suerte tiránica adornada de oro que sufría desde que era una niña. El primer paso estaba dado, después pensaría en los demás.

Al rato, cinco siluetas abandonaron el harén. La enrevesada burocracia imperial se ponía en marcha.

La acompañaban su sirvienta, que temblaba de pavor, un capitán de la Guardia de Brocado y el eunuco obeso. Caminaron en silencio por el sendero de la Pagoda de Yuhuage de la aletargada Ciudad Prohibida, y en la semioscuridad de la alborada, apenas si se perfilaban los rasgos asustados de Shui.

Solo se escuchaba el paso marcial del soldado, el golpeo de su sable en la armadura y el murmullo de las fuentes. Se deslizaron por las escalinatas del palacete de Yangxin, donde los centinelas armados les franquearon el paso, inclinando sus cabezas.

—¡Que pasen solo la señora Kumiko y la sirvienta! —ordenó un oficial—. Y vos, dama Shui, aguardad en esta otra sala.

La azorada joven asintió. Entró en el habitáculo que se hallaba en la penumbra y se acomodó en el suelo en la posición del loto. La estancia olía a incienso tibetano, un olor que le recordaba su niñez. En aquella sala se celebraban los exámenes de los que iban a convertirse en Maestros Imperiales, bajo la supervisión del mismísimo emperador. La suya también era la prueba más arriesgada de su vida, pero desconocía su término. Le vino una fuerte sacudida, como un presentimiento de haberse metido en un barranco de donde podría muy bien no salir indemne.

Un reloj de pared europeo emitía su isócrono tictac. El rico mobiliario se aliaba con el delicado fulgor matutino, y vio que las paredes estaban decoradas con tortugas y dragones tan propios del Reino del Centro. Los bastones aromáticos y los braseros exhalaban un aroma penetrante y Shui comenzó a transpirar.

Detuvo su mirada en una mesa taraceada en cuyo extremo había una tetera con tazas decoradas con jirafas diminutas. Destacaban varios tinteros de plata, plumas de sandárac, pinceles y rollos de papel. Unos vitrales de colores con sales de cobalto filtraban una luz ocre que invitaba al sosiego.

Así pasó las primeras horas de espera, hasta que la llegada de las primeras luces fue despejando la lóbreguez y dando paso a un caudal de luz dorada. Pasaba el tiempo y no escuchaba ni un solo ruido, ni un paso, ni un rumor, ni una voz, y comenzó a sentir un desesperante vacío. ¿La estarían espionando? El lugar se hallaba sumido en el silencio.

A media mañana escuchó pisadas y murmullos, e inmediatamente entraron en la habitación cuatro ancianos venerables, entre ellos un monje, y la Maestra de Concubinas, Kumiko, que se acomodó en un rincón tras dedicarle a la concubina una sonrisa arrogante. No conocía a nadie más abominable, cruel, repugnante, engreído y detestable que ella, y la repudió con una mirada de desprecio.

Conocía a los tres palaciegos, pero no al último que entró apoyado en un bastón y con su mirada vacía y vidriosa perdida en el infinito. Tenía una tos seca, vestía con una túnica púrpura con ribetes azafranados, iba descalzo, lucía el cráneo rapado y unos largos y lacios bigotes casi blancos.

Era un monje *Lanzo*, y se estremeció. ¿Qué hacía allí?

Los tres ancianos eran funcionarios imperiales de aspecto venerable y componían la curia de sabios de la audiencia de Castigos Cautelosos. Lo presidía el letrado Ling Gong, un viejo de piel de lagarto y barbas plateadas, miembros anchos, tensa barriga, cejijunto, ensimismado y huraño. Tenía fama de ser severísimo con cualquier insubordinación en el orden de palacio, y la miraba sereno, con un toque irónico en la comisura de sus resecos labios.

Lo acompañaba uno de los doctores en leyes de palacio que examinaban a los aspirantes a maestros, al que llamaban por su sabiduría «el viejo Confucio», y ambos eran asistidos por el Escriba Imperial Zhou, un individuo escuálido de dientes prominentes, semblante amarillento, ralos cabellos, bolsas bajo los ojos y pómulos abultados. El último miembro era el clérigo ciego, un personaje de baja estatura y callado hasta la hosquedad, que transmitía desasosiego.

Los cuatro formaban el llamado Tribunal de Hombres de Sabiduría, que dirimía los asuntos internos de palacio. Shui sabía que en alguna ocasión habían llevado al cadalso a alguna concubina imperial, y que eran fieles a la máxima de Confucio: «La tardanza de la ley es un suplicio innecesario para el culpable.»

Así que antes de que acabara el día habrían dictado la sentencia, ya que la brevedad era para ellos señal de talento. Se incorporó del suelo, y aguardó serena, pero con recelo.

Depositaron sus bonetes en unos pomos que resaltaban en la mesa, y un criado les sirvió té. El doctor en leyes encendió con una varilla su pipa de caña y un hilo de humo ascendió hasta el techo. El Escriba Relator, que lucía un reloj de bolsillo, desenrolló la tira de papel de arroz que contenía los cargos y comenzó a leer ávidamente. La falta de algunos dientes cargaba sus frases de leves silbidos. Shui, que estaba de pie y ataviada con una túnica de satén púrpura, grababa en su cabeza dato tras dato.

—Este Tribunal da por válidas y legítimas las declaraciones de la instructora de concubinas, señora Kumiko, de la criada del harén, del Gran Eunuco Yan Yan y del boticario Weng, recogidas bajo la autoridad del honorable Ling Gong. Se instruye y se juzga el procedimiento contra Lin Shui *Dama Guifei* de primer rango, conforme a las leyes de palacio de Las Tres Dinastías y al Gran Código Qing, por conducta impúdica e impropia de una concubina real, contraria al buen decoro de la familia del Hijo del Cielo.

»En el segundo año del reinado del *Bixia Yongzheng*, *el de la Justicia Armoniosa*.

Los jueces le resultaban tan inquietantes a Shui, como los dos dragones rampantes que adornaban sus sitiales de alto respaldo. Llevaban bordadas en su pecho, salvo el monje, unas grullas que señalaban su alta dignidad en la administración del reino. Sus miradas no le anunciaban nada bueno, y se inquietó.

Ling Gong, envanecido, glacial y tieso como un palo, se dirigió a la concubina con un gesto malcarado y conminatorio:

—Hemos escuchado a los testigos, dama Shui, y aunque vuestra conducta nos parece un hecho aislado, aunque deplorable, creemos que es propia de una mujer que ha perdido la razón, que es perversa por naturaleza, o bien que se ha dejado llevar por el pecado de la lujuria, olvidando su respetabilidad. Espero que vuestro testimonio no difiera del de los declarantes, escandalizados con vuestro comportamiento. Hablad, os escuchamos.

La concubina relató detalle a detalle su desviado proceder, que coincidió con lo relatado por los testigos presenciales. Shui achacó su insolente conducta a su tristeza, al estado de nerviosismo, al aburrimiento y la pérdida de sus dos mejores apoyos en palacio, las señoras Xiaomei y Miao.

Con el temor metido en el cuerpo, concluyó grave:

—Reconozco mi culpa y me acojo a la misericordia del Hijo del Cielo, al que creo no haber ofendido gravemente, aunque sí disgustado, ya que me debo a él, a su placer y a su complacencia personal. Estoy arrepentida de mis acciones.

Viendo el desasosiego en la cara de Shui, el viejo de la pipa dijo en un tono desabrido y descortés y lanzándole una mirada feroz.

—No creáis que vuestra negligencia ha sido tan baladí. Con vuestro incalificable ejemplo lleno de lascivia, habéis ocasionado una agitación que ha quebrado la quietud del harén. Habéis comprometido además a un muchacho inocente, y deshonorado al boticario real, ¿lo sabéis?

—Esta insignificante mujer lo lamenta, señor —lo deploró—. Dispenso de cualquier falta al herbolario Weng y a su padre. El muchacho justificó la cortesía y buenos modales que corresponden a un buen siervo del *Bixia*. En todo momento me mostró respeto y deferencia —reconoció llena de serenidad—. El desliz ha sido solo mío, excelencia.

—Apreciamos vuestra sinceridad, señora —dijo el anciano Gong—. El aprendiz ha sido exculpado.

—No merecía castigo alguno. Él no me tocó.

El doctor en leyes insistió con contumacia:

—Es evidente que los malos espíritus son sabios en la tentación, pero los seres humanos sabios deben ser dueños de sus pasiones, y más una dama imperial.

La suavidad de sus palabras concedían templanza a su discurso, pero Shui no se fiaba, y se excusó:

—Soy un espíritu atormentado, señorías, y mi culpa no ha sido sino el arrebató de una mente inquieta, que no pasó de unas frases atrevidas. No deshonoré a la Casa de mi Señor.

El anciano de barba nívea, que de vez en cuando dejaba ver unas encías blanquecinas desprovistas de dientes, dijo:

—El tesoro más importante de una concubina real debe ser su honestidad y su recato, y vos los habéis vilipendiado, bien es verdad que no en forma grave.

Algo de gran envergadura preparaban. El que ejercía de presidente, Gong, tenía los ojos claros y su tez, aunque arrugada, era tan lechosa como la de un niño. Habló con desparpajo, y sus gestos eran arrebatados.

—No he de recordaros, señora, que las cinco virtudes que os enseñaron para servir al *Bixia* en su gineceo, son la benevolencia, la rectitud, el decoro, la sabiduría y la sinceridad. Pues bien, en menor o mayor grado las habéis transgredido todas, aunque está probado que no le regalasteis ningún favor corporal.

La muchacha rehízo su quietud alterada e intentó que su rostro no denotara temor. O mucho se temía, o se había excedido en su falta, con lo que sus perspectivas de salir con vida de allí iban menguando. Compuso un gesto de humildad y sumisión, y se expresó:

—Solo fue un coqueteo absurdo, una falta inapreciable, eso sí, insensata e impropia de una Dama.

Me avergüenzo de mí misma.

—¡Una *Dama Guifei* debe ser un modelo de vida para las demás doncellas de palacio, no un alma contaminada! —vociferó Gong fuera de sí—. Las semillas podridas engendran indecencia generalizada.

Gong era un juez hábil y su sola presencia amedrentaba a cualquier acusado. Shui se abismó en un silencio reverente, acentuando su gran contrariedad. Había extraviado el aliento, y se sentía frustrada. Cada vez estaba más segura de que saldría de aquel lugar con una sentencia demoledora. Pero no podía flaquear y no podía manifestar perturbación y debilidad.

Se produjo una espera interminable. Luego, los ancianos acercaron las cabezas e intercambiaron opiniones, negando ostensiblemente, como si rechazaran cualquier tipo de clemencia. El monje *Lanzo* permanecía apartado y no hablaba. ¿No era extraño? Pasaron unos minutos que a la concubina le parecieron una infinitud. Gong hizo una señal al relator, que tomó en sus manos otro papel. La condena estaba decidida de antemano, y solo cabía hacerla pública. Shui temblaba.

—*Dama Guifei*, consultada Su Majestad, que lamenta lo sucedido, pero que no desea que en su casa reinen las malas costumbres y la molicie, y a pesar de que os profesa una altísima consideración por vuestras cualidades pictóricas, conmuta la pena a ser decapitada a la que os habéis hecho acreedora —al oír esto, Shui casi se desmayó— por la del castigo del «enrojecimiento de la sangre», o *zang*, que se os aplicará hoy mismo. Después, cuando os podáis valer por vos misma, seréis expulsada de la ciudad imperial y abandonada a vuestra suerte en las cercanías del Templo del Dios Caballo, lugar de mendigos y pordioseros, donde pagaréis vuestra execrable culpa de por vida.

La terrible sentencia resonó en la cabeza de Shui, como una lápida cuando cae seca y sonora sobre su tumba. Torció el gesto como si le hubiera hecho tragar un trozo de cristal.

Había visto a un guardia real expulsado de palacio después del suplicio *zang*, y recordaba cómo aquel caballero, antes fuerte y temido, se arrastraba sobre su cuerpo imposibilitado para andar y tenerse sobre sus piernas, condenado hasta su muerte a ser un inválido, y mendigar el pan por las callejas de Pekín.

La concubina no se resignaba. Recordaba cuando iba a alguna celebración fuera de palacio, cómo en las calles aledañas al santuario, la de la Cortina Abierta, o del Pozo de los Tres Ojos, las lisiadas malvivían tiradas en jergones de paja podrida, envueltas en sus propias inmundicias y seguramente violadas de noche por otros mendigos. Así disipaban los últimos días de su existencia en carne viva, cubiertas de llagas e implorando la piedad del mundo, que nunca les llegaba. No. Lucharía.

Cuando el escriba se disponía a pronunciar la fatídica frase: «Es la decisión irrevocable de Su Majestad y cúmplase el castigo», Shui, comprobando que las flechas dirigidas de su plan no habían dado en el blanco previsto, recordó el subterfugio que le había explicado Xu Jun, o Calma Estival.

Entonces decidió echar el resto en un último intento. Izó la mirada por vez primera, secó unas lágrimas que se escurrían por su faz, y se enfrentó al pavoroso dictamen, sacando fuerzas de su escaso ánimo y con una serenidad que los hizo detenerse. Shui se empinó ligeramente para darle mayor énfasis a sus palabras. No suplicó, sino que defendió sus derechos.

—Humildemente, esta modesta mujer desea recordar al Tribunal que aún detento el título de *Dama Guifei* de alto rango. Que soy descendiente, además, de una estirpe de reyes. Que he sido distinguida con el Cinturón de Oro y la Túnica de Jade por la Academia Imperial de Pintura, y que

fui un presente del general Yue Zhongqi, sostén del Imperio y de los Ejércitos del Sur. Por todo ello, y amparándome en la indulgencia del *Bixia* y en la magnanimidad de este honorable Tribunal, deseo amarme a la sagrada Ley Ku —manifestó calmosa.

Su perorata parecía haber producido su efecto. ¿Los habría dejado indiferentes? Su conocimiento de las leyes los hacía conocedores del decreto. Reaccionaron tras unos instantes.

—¡Ya no es posible, señora! —enfaticó el médico real—. La sentencia ha de cumplirse inexorablemente.

Pero un fulgor de duda surgió en sus miradas, momento en el que una voz ronca y profunda emergió de entre las cabezas cenicientas y blancas del estrado. Era la primera vez que el monje *Lanzo* se pronunciaba. A Shui le impresionó su aura sombría y dos arrugas profundas que surcaban su frente.

—Si una dama imperial desea apoyarse en un código ancestral, pero aún en vigor, posee todo su derecho, maestro Gong. La ley es el sostén del reino —la respaldó el monje *Lanzo*, que movió su cabeza, aunque sus intimidantes y conmovedores ojos blancos permanecían quietos en el mismo punto.

Su inesperada intervención los había paralizado. El escribano anotó escrupulosamente la petición de Shui.

—Retirémonos a discutir el asunto —ordenó Gong, el inflexible y viejo burócrata que salió con gesto altivo de la sala.

Shui aspiró el aire viciado con ansia. Estaba a punto de perder el conocimiento y tenía la boca seca, pero estaba envalentonada. La oportuna mediación del ermitaño invidente le había concedido una prórroga a su adverso destino. «Más dilaciones, más suspicacia, pero con otro rumbo, con un argumento que los va a hacer recapacitar», pensó.

El sol había cambiado las sombras de la habitación en su recorrido. Tardaron más de tres horas en regresar, y los eunucos ya habían anunciado la hora del *mono* —entre las tres y las cinco de la tarde—. Seguramente habían consultado al emperador, y esa era la causa de la tardanza. Pensaba que haber dejado caer el nombre del general Yue Zhongqi había sido un atino.

O al menos eso pensaba con su habitual confianza.

La concubina observó el rostro de sus acusadores esperando una muestra de condescendencia. En vano. La cara de Gong estaba tan impávida como una máscara de cera, y además poseía la rígida impasibilidad de los que tienen el poder en sus manos: «Estos personajes no conocen la piedad, y yo soy una mujer indefensa.»

Shui levantó discretamente la cabeza, dispuesta a escuchar lo peor. La mirada de Gong era dura como el pedernal. Conocía su obstinación pero, aunque impaciente, estaba preparada para cualquier veredicto. El jurisconsulto real se pronunció:

—Se cierra este sumario con una nueva e inapelable decisión, a la luz del decreto real del *Bixia* Longqing, de la imperial dinastía Ming, propuesta por su primer ministro Wang Chung Ku. No obstante, señora, os advertimos que su rigor no es menos oneroso y severo que el anterior. Que el cielo os proteja, pero vos lo habéis querido así.

Shui no había tasado su acción con ponderación.

—Leed la sentencia definitiva, señor Zhou.

—De inmediato, señoría —obedeció el escribano.
Un gélido escalofrío le subió a Shui por la espalda.

Shui observaba con angustiada expectación al escribiente, que abrió su boca desdentada; y con imperiosa precipitación, declaró atropellando las palabras:

—Señora Shui, desde hoy os convertiréis en una despreciable *ji*, prostituta, con lo que perderéis todos los derechos de *Dama Guifei* e iniciaréis una nueva y miserable vida. Se ha ordenado a la señora Kumiko que os busque un burdel donde ejerceréis la prostitución. No se os permite ejercer de *guangji*, o meretriz de funcionarios reales, ni tampoco de generales o capitanes, *yingji*, sino que seréis vendida como una vulgar *siji*, para ejercer la prostitución privada en locales de baja estofa.

Shui emitió un leve quejido, que lo interrumpió.

—Y para que la indignidad y el oprobio os acompañen toda vuestra vida —prosiguió—, seréis marcada en el hombro con el signo «JI», y no en la cara como prescriben las ordenanzas, por deseo expreso del emperador y la Gran Madre. Abandonaréis la Ciudad Prohibida en cuanto se os venda en subasta pública.

«Menos mal que no me han condenado a ser una vulgar *biaozi*, puta de mercado, o de puerto. No viviría ni un año», pensó Shui anonadada.

—Este Tribunal ha cumplido con el código *Dan qing li lü*, y aplicado la justicia de Su Majestad Yongzheng, el Hijo del Cielo. ¡Ejecútese! —concluyó el relator, quien hizo una señal para que entrara un lacayo con un brasero y un hierro al rojo vivo.

Ignoraba qué le depararía su nuevo destino, pero se esforzó en recuperar su deshecha compostura y acató la decisión del tribunal inclinando la cabeza. Le habían aplicado una sentencia ejemplar, e iba a ser separada de una vida de lujo y boato.

De momento había salvado la vida, tal como había planeado, y había conseguido escapar de aquellos muros dorados, aunque sabía que el terrible castigo también podía acercarla a la muerte. La exconcubina había recibido la contundente condena con una mezcla agria de triunfo y de angustia.

Era dura y cruel como la anterior, pero si conseguía superar la crudeza de su nuevo estado los dos primeros años, se las ingeniaría para comprar su libertad. Los miembros del tribunal se pusieron en pie. El verdugo extrajo el pincho candente y se acercó a Shui, que lo miró aterrada, e incluso dio un paso hacia atrás.

—¡Vos lo habéis querido, pervertida mujer! —Gong exclamó—. ¡Adelante!

La Maestra de Concubinas la abrazó fuertemente, mientras le desnudaba el hombro. El momento era tenso. El esbirro empapó de agua la piel que le ofrecía la muchacha, que miraba al frente, sin rechistar. Luego le aplicó con pericia la pequeña punta ardiente con el signo «JI» al rojo, y de inmediato un humillo con olor a carne chamuscada se elevó al techo.

Shui emitió un ronco quejido de pesar que concluyó cuando, desmadejada, perdió el sentido y se sumió en una negra noche, cayendo al suelo como un fardo. Se despertó agotada al cabo de un rato, y al tomar conciencia de su situación lloró silenciosamente. No oía más que los latidos de su corazón y las contracciones de su dolor en el hombro.

Los miembros del tribunal y el sayón ya no estaban.

La maestra le curaba con mixtura de aloe la herida enrojecida y se la vendaba con un trozo de lino. Callaban las dos. Shui no le habló. No era una situación cómoda. Se había transformado en una insignificante *siji* y muy pronto vendería su cuerpo por unas monedas. Portaría en su cuerpo aquella ignominiosa marca de por vida y daba gracias a la emperatriz madre de no pregonar el estigma ante el mundo llevándolo en la cara, lo que hubiera acentuado su amargura.

Estaba retenida en la misma habitación donde había aguardado el juicio. Dominaba una opaca penumbra, no ardía ninguna lámpara y únicamente se colaba un haz de luz precario.

Fue una especie de relámpago vaporoso, sorprendente.

Había transcurrido una semana y alguien se acercaba sin hacer ruido. Su Alteza la Emperatriz Madre, conocida también en palacio como *Dama De-Fei*, entró en el habitáculo, donde llevaba dos días recluida sin hablar ni comunicarse con nadie. Desconocidos y mudos sirvientes le traían comida, le vaciaban el vaso de noche, le cambiaban el agua de la palangana. Pero nadie hablaba con ella. Parecía muerta.

Xiaogongren no osaba mirarla. Shui estaba llorando en silencio. Se secó las lágrimas y se sonó su nariz. Detrás de todo su orgullo, le mostraba su debilidad más extenuada. Al principio se hizo un silencio engorroso, confuso.

—No he venido a juzgarte, Shui —la tuteó por vez primera. Tenía que poner distancia entre una emperatriz y una insignificante *siji*—. ¿Sabes que te vas a enfrentar a una complicación que tal vez no puedas superar? Te espera una prueba terrible —le dijo.

—Afrontaré con coraje ese problema, Gran Madre, y os agradezco vuestra intervención. Llevaré mi señal de infamia oculta gracias a vos. Siempre fuisteis generosa conmigo.

La emperatriz no podía liberarse de su mirada.

—No sé por qué lo has hecho —se sinceró—. Claro está que como mujer sé que no eres ninguna depravada y que lo que deseabas era salir de aquí, y cambiar un edén por el infierno, a fin de buscar la verdad sobre el fin de Xiaomei. ¿Estoy en lo cierto? Y como me siento culpable, pues fui yo quien te abrió el portillo de la certeza, deseo ayudarte.

—Ya lo estáis haciendo, honorable Xiaogongren.

—¿Pero acaso yo te aseguré que estuviera viva? Deseo poner las cosas en su sitio, o me lo demandaré toda mi vida —se expresó grave—. No dije eso.

—Nunca, Alteza Imperial. Tan solo me quitasteis un velo de los ojos y me abristeis un halo de creencia de que algo de naturaleza misteriosa e inconfesable rondaba sobre la muerte de Xiaomei. Nada más —repuso sincera.

—Me reconfortas, Shui —suspiró la emperatriz—. No quisiera ser la causante de tu desgracia.

Otra vez el ánimo doblado por una palabra atroz.

—¿Desgracia, mi señora? —dijo afectada.

—¿Qué si no? ¿Tú sabes con quién vas a convivir? Con crápulas, licenciosos, borrachos, sifilíticos, pervertidos, proxenetas y degenerados que te buscarán para saciar su inmoralidad en un cuerpo tan agraciado y candoroso como el tuyo. Suerte tendrás si superas el primer año con vida —manifestó con dureza.

—¿Tan despiadado es lo que me aguarda, Alteza?

—Así es —ratificó—. Y podía haber sido peor aún.

La condenada la miró fijamente, y la interpeló interesada:

—No os comprendo.

El diálogo no languidecía, al contrario, se animaba.

—Escucha —habló—. Esa detestable Kumiko te había vendido a uno de los lupanares flotantes que pululan por las costas del Este. Parece que te odia y deseaba que en un año murieras de tisis, con el cuello cortado, a golpes, o de una enfermedad venérea de las que contagian los marineros y piratas del Mar de la China. Pues bien, yo no podía permitir eso, así que la llamé, y como me profesa un espantoso temor, la he obligado a que rompiera el trato y te vendiera a una casa de té. Algo mucho más llevadero y de más clase, donde según la ley podrás comprar tu libertad. Allí tu vida será infame, pero tolerable, estoy segura.

Shui la miró con lágrimas en los ojos, queriendo creerla, por lo que sonrió débilmente.

—Mi gratitud será eterna hacia vos, señora.

—En parte me siento responsable de tu decisión. Como sabes, adoraba a Xiaomei. Procura endurecerte, sé astuta, cuida tu cuerpo y tu alma y procura comprar tu libertad en un plazo razonable. Tienes inteligencia para eso. Después podrás entregarte a la búsqueda del enigma de tu hermana, si es que tu sueño es real y vive, cosa que dudo, a pesar de la aparición de aquella máscara roja y de otros indicios.

—Lo sé, y quizá todo sea una ilusión. Lo veo como una utopía, pero mi alma desea alimentar ese deseo.

—Ciertamente nada seguro sabemos de ese asunto, pero la fortuna te asiste y el cielo suele ayudar a los perseverantes. Pero antes debes superar la tragedia que te espera.

En Shui se mezclaban la esperanza y la duda.

—Ese es mi propósito, si el cielo me concede la vida suficiente. Deseo ver el mundo exterior con mis propios ojos y sentirlo con mi corazón. Esta no es ya mi casa, mi señora, solo he vivido en ella, un prostíbulo exquisito y distinguido, pero un burdel al fin y al cabo.

La emperatriz sonrió y volvió a recuperar su altivo aplomo, que le hacía engallar su pecho, gesto tan conocido por Shui.

—Supongo que tienes razón, no lo sé. Yo he perdido esa perspectiva al ser madre y esposa del *Bixia*, y no solo concubina.

—Excelsa emperatriz. Todas os admiramos. Sois una mujer admirable, y nada deshonesto os contamina, creedme.

Xiaogongren soslayó el cumplido, miró a su alrededor y bajó la voz. A Shui le parecía grato que la reina madre se sincerara de aquella forma tan dadivosa.

—Es bien poco lo que sé, y solo puede tratarse de una intuición, un presentimiento, una sospecha propia de una mujer acostumbrada a oír y callar, ver y no decir nada —dijo misteriosa—. Préstame

oídos. En tiempos de mi esposo, el *Bixia Kangxi*, en palacio se toleraban asuntos de índole secreta y poco edificante que solo conocemos los que estamos muy próximos al poder.

La garantía de su mediación le agradaba a Shui y estaba segura de que deseaba referirle algo más. Aguardó.

—Os oigo, Madre, si es que deseáis descargaros conmigo.

—Verás —se sinceró—. En nuestra conversación en la Fuente de los Sauces, no te dije lo que se planeó sobre la muerte de Xiaomei, porque lo creí irrelevante, pero después he juzgado tras meditarlo que puede constituir una pista importante.

—Si así lo creéis, así será, Alteza. Admiro vuestra capacidad de deducción e inteligencia —la animó, adulándola.

—Habrás advertido, Shui, que en la máscara roja que te regalé, se advertía una fisura en su parte superior.

—Sí, me fijé y me extrañó. Xiaomei era muy cuidadosa.

—Tu hermana había hecho esa abertura e introducido un pequeño papel de arroz, un anónimo —dijo, y sacándolo de su bocamanga se lo colocó ante los ojos—: «Preguntad a Wuhang, el mercader» —leyó en la inconfundible letra de Xiaomei.

Shui tenía la boca abierta y la expresión congelada. Era una pequeña carta metida en una bolsita de seda. Sus letras eran redondeadas y de trazo amplio. Su delicado olor a rosas se le metió por la nariz.

—¿Quién es ese hombre y qué relación tenía con ella?

Shui tenía la sensación de que el mundo se iluminaba.

—Escucha —dijo la emperatriz—. Conocí a ese Wuhang hace años, cuando aún vivía mi esposo. Es el tipo que poseía la clave de todo este secreto. Era un mercader de té, natural de Lanzhou, conocido como el Estrellero por su afición a la astrología. Era leal a la casa real y acostumbraba hacer «favores especiales» a mi real esposo Kangxi, pero murió hace dos años y ya nada nos puede revelar. Se prestaba a llevar a cabo asuntos turbios por una buena recompensa y sobre todo hacía desaparecer personas que molestaban al imperio, ¿sabes?

—Las concubinas entendemos poco de esas cosas.

—Era —prosiguió— un caravanero venal e interesado, un bribón necesario para la corona. Y algo me dice que conocía más sobre la suerte corrida por tu hermana. Sé que días antes de la muerte de mi real esposo Kangxi, habló con él en secreto. Lo vi salir de su cámara con un pagaré de papel, seguramente por un servicio que iba a realizar.

A la joven comenzaron a temblarle las piernas. Lo que le aguardaba la desalentaba y frunció los labios.

—Resulta de un valor inestimable lo que me reveláis, Alteza —respondió y le brillaron los ojos—. ¿Hay algo más?

—Es únicamente un presentimiento pero un punto de partida, que bien puede no tener sentido alguno, o ser la punta del ovillo de lo que buscas con tanto denuedo. No volví a ver a Wuhang tras la muerte de Kangxi, pero la máscara roja y la ocultación de Xiaomei seguían quitándome el sueño. Así que cuando abandoné el luto blanco por mi esposo, decidí investigar por mi cuenta. Había algo que no me encajaba en su muerte.

Shui sospechaba que ocultaba algo muy grave.

—¿Vos hicisteis eso? Os pudo perjudicar.

—Mi hijo me brinda gran respeto, y de llegar a sus oídos, nada objetaría. Lo sé —le confió—. Escucha. Hace un año, aprovechando una recepción de gobernadores en palacio, invité a mi residencia privada de la Tranquilidad Terrestre al *Linxidao* o intendente de las fronteras occidentales, un amigo antiguo y muy leal, pues me debe el cargo. Le pedí que me procurara un informe del tal Wuhang y de sus actividades tras el fallecimiento de mi marido. Sin que nada sospechara, le solicité también que de forma confidencial indagara si en el primer viaje que realizó por la Ruta de la Seda inmediatamente después del funeral, iba acompañado de alguna mujer.

Aquella dama exquisita merecía su gratitud.

—Siempre tuvisteis un alma tenaz, Gran Madre.

El elogio la enorgulleció y siguió profundizando en el tema con más datos sorprendentes.

—Atiende, Shui —dijo con aire enigmático—. En menos de un mes recibí el informe del intendente, junto al diario de ruta de Wuhang, quien a su regreso a su ciudad natal había muerto repentinamente de una apoplejía fulminante. Solo había hecho un viaje, luego tan solo había que fijarse en ese único rastro.

—Qué fatalidad —se lamentó la joven.

—El registro personal no era gran cosa, créeme, solo una retahíla de distancias entre caravasar y caravasar, productos vendidos, asnos muertos, camellos, números, cuentas, dineros, salvoconductos y las paradas obligadas en las ciudades de la Ruta: Xian, Lanzhou, Zhangye, Dunhuang, Turfan y Kucha, fin de sus trayectos. El *Linxidao* había preguntado en todos los puestos de vigilancia de la frontera oeste, y en especial en el fortín del Primer Paso bajo el Cielo, y en la Puerta de Jade. Pero no una sola pista sobre una mujer que viajara de incógnito en la caravana de Wuhang.

—Decepcionante, pero lógico —lo asumió Shui.

Las confesiones de la emperatriz eran cada vez más intrigantes y Shui, algo inquieta, ni pestañeaba.

—Aún hay más, no te desencantes tan pronto —recalcó—. Cuando ya me disponía a archivar aquel fárrago de papeles acopiados en un cartapacio gofrado, se desprendió, como una hoja en otoño, esta cuartilla amarillenta escrita en papel de arroz por Wuhang. Estaba pegada a un folio con resina de ámbar.

Y entresacándola de la otra bocamanga de la túnica, le entregó un rugoso pliego escrito con presurosos dibujos y garabatos que parecía haber estado lacrada. Lo examinó a la exigua luz del ventanal, y distinguió el bosquejo de un dragón que tenía señalados los nombres de unos templos en su dorso, y lo que parecía un itinerario que recorría el cuerpo del animal fabuloso, algunos puntos unidos por líneas y algunos nombres desperdigados por el papel. Pero no comprendió qué indicaba, ni qué representaba.

—¿De qué se trata todo esto, honorable Xiaogongren? ¿Creéis que tiene algo que ver con Xiaomei? Es muy extraño.

—Ignoro si está relacionado con tu hermana, pero puede ser. Lo que parece evidente es que señala el derrotero de un mercader o de un peregrino por los templos que nombra y que ves escritos sobre el dragón. En el reverso, si se usa una lente de aumento, puede leerse: «Wuhang y la Escuela

del Diamante», que como debes saber es una congregación budista conocida por su tolerancia y porque adopta también dogmas del *tao*.

Shui esbozó un gesto de estupor. Todo era tan raro y misterioso. Luego exclamó sin salir de su asombro:

—A esa doctrina pertenecía mi hermana Xiaomei.

—Como también mi recordado esposo, el emperador Kangxi. Ese detalle me ha desconcertado, pero no he conseguido saber la razón. ¿No es realmente indescifrable este papel?

Shui miró sin comprender, pero con paciencia y asombro.

—Resulta extraordinariamente inusual, Madre —repuso.

—Por eso he creído que te interesaría, si es que en verdad esta nota personal quiere apuntar algo sobre Xiaomei, en verdad. La clave puede que esté en las palabras, pero estas no dicen nada. Tal vez sean los nombres de los santuarios.

—Es un jeroglífico dislocado —intervino Shui—. Pero trataré de interpretar si tiene algo que ver con Xiaomei. No lo creo, pues no se aprecia nada referente a su persona..., pero, ¿quién sabe?

—No olvides este escrito, que aunque extravagante, puede serte de alguna utilidad. Ahora he de irme. Fortuna y mucho valor, hija mía. Desconfía de todos, que la desconfianza echa dientes para defenderse —le deseó con los ojos empañados.

—Un sueño y una voluntad unidos suelen conducir al triunfo, Alteza. Perseveraré y tendré en cuenta vuestro consejo.

Shui volvió al mundo real. Estaba agradecida e introdujo los dos papeles dentro de su seno.

—Gracias, Alteza Imperial —le manifestó con gratitud.

La revelación había sido tan interesante como imprecisa, vaga e inexplicable, como si se tratara de un intercambio entre rivales, con alusiones vacilantes, miradas cargadas de significado, indicios velados e insinuaciones. Pero era algo desde donde empezar, si es que algún día alcanzaba la libertad y la ocasión para llevarlo a cabo. Shui inclinó la cabeza y le besó la mano. Xiaogongren la miró unos segundos a los ojos en silencio, como preguntándose qué sería de ella. La emperatriz había tenido un raptó de humanidad y de complicidad en un momento en que su amistad podía perjudicarla.

Y desapareció, luciendo su belleza madura y aposentada.

Shui se preparó aquella noche para su nueva y terrorífica vida de coima de una casa de té. Un capítulo inquietante en la trágica existencia que le esperaba.

—Antepasados míos, otorgadme valor —imploró.

Shui pensó que se había equivocado. Pero era demasiado tarde para lamentarse. Lloró, y no durmió. Aquella noche sus pensamientos le venían de los mismísimos infiernos y la cicatriz producida por el hierro al rojo le punzaba con malestar.

Antes del amanecer, cuando aún no habían anunciado en palacio la hora del *conejo* —las cinco de la madrugada—, se abrió un portillo y por él salieron Shui y la altiva Kumiko, que saboreaba su triunfo con delectación. Todo era silencio, y para su asombro, cuando la miró a los ojos no pudo precisar si le imploraba perdón o se alegraba de su marcha. Ella, que solo había visto el mundo a través de unas celosías, iba a conocerlo de golpe y en toda su crudeza.

El resplandor de la hoz de una luna apagada se filtraba a través de los arcos de la Ciudad

Prohibida, que contempló por última vez. Ya no era su refugio, ni su casa.

No regresaría nunca más al lugar de oropel que la había acogido cuando solo sentía pavor tras la muerte de sus padres, el paraíso de suntuosidad donde había vivido una existencia de princesa, el palacio donde la sumisión era la virtud más preciada, y donde había sido considerada tan solo como un objeto delicado y selecto que se podía romper sin más, pues carecía de alma y de sentimientos. No lo echaría de menos.

Kumiko la acosó durante unos instantes con una sonrisa pérfida e inquietante que la llenó de angustia.

—Pronto estarás con tu nueva ama, puta —dijo.

Shui la observó con una mirada mezcla de repulsión e ira.

—¿Cuál será tu siguiente víctima, loba lasciva? —le espetó.

—Señora —dijo Kumiko con ironía—. Las bubas y la sífilis te devorarán en menos de diez lunas, y entonces te acordarás de la bondad de tu señor. Una mujer libidinosa y entrometida como vos es la rama más inútil de un árbol y viviréis sometida a la apetencia de los varones más impúdicos.

Se calló un momento, pero alzó su puño enfurecida.

—No contemplar tu obscena cara cada día será un bálsamo para mí, zorra —dijo, y le escupió a la cara con violencia.

Shui despreciaba a aquella mujer vil, vulgar, ignorante, sin coherencia intelectual, oscurecida para la bondad, confusa de ideas, pero una maestra en atropellar a sus semejantes, en especial a las mujeres.

Dio la espalda al palacio con el corazón acelerado y la satisfacción de al menos haber salvado la vida, pues estaba segura de que los asesinatos, políticos o interesados, seguirían en la Ciudad Púrpura. Unos desconocidos la tomaron del brazo y la condujeron a un carro tirado por mulas. Se dejó llevar sin oposición.

Por vez primera se sintió expuesta a las miradas extrañas.

Ahora, encontrar una pista sobre el impenetrable fin de Xiaomei era cosa suya y de la veleidosa fortuna. Shui, que iba vestida como una campesina y con una bolsa que atesoraba la máscara roja y algunas de sus pertenencias más queridas, había perdido el desaliento a morir, pero observó que el áspid venenoso de la fatalidad ascendía por sus zapatillas rojas. Pero al fin se liberaba de la enojosa presión de la Ciudad Púrpura.

Según Kumiko había sido vendida a dama Gardenia de Taiyuan, en la región de Shaanxi, limítrofe con la Gran Muralla del Oeste, dueña de un tugurio de juego, bebida y prostitución, cuyo prosaico nombre era La Casa de Té de las Cien Lámparas.

—Tu ama ha pagado por ti cinco *taels* de plata, o sea cinco mil *cash* —monedas con agujero—. Pero ni abriéndote de piernas durante tres años, de día y de noche, podrás comprar tu libertad, puta indecente. —Le refirió la maestra mientras se dirigían hacia la puerta.

—No puede apreciar la pureza del alma quien no la posee —replicó Shui—. Sobreviviré, bastarda.

—¿Sobrevivir? Antes de dos años habrás muerto.

Al parecer los clientes habituales del prostíbulo eran los comerciantes que jalonaban la Ruta de la Seda, camino de Xian, o de la esteparia Mongolia, al oeste, los propietarios de las minas y los

aristócratas del valle.

Los sirvientes de su nueva ama, dos zafios mocetones de espaldas anchas y narices romas, que hablaban el confuso dialecto *jinyü*, no tuvieron ningún miramiento con ella. Apenas si le dijeron una palabra de ánimo, salvo que tardarían una semana en llegar, que permaneciera callada y quieta, y que si intentaba escapar le atarían las manos y los pies y le taparían la boca con una mordaza. ¿Y adónde iría si lograba escapar? «Estúpidos.»

Era un día de frío intenso próximo a la festividad de Año Nuevo, y la nevisca revoloteaba en el aire grisáceo de Pekín. Un poniente gélido descendía de las montañas haciendo que la joven se arrebujara entre su capa en el fondo del carromato, donde iba una niña a la que embargaba un miedo irracional. Lloraba sin cesar, y dijo llamarse LiYing, «Belleza Silenciosa». La consoló colocándole la cabeza en su hombro. La carreta estaba cubierta con una lona y las mujeres se juntaron para abrigarse del viento.

Y en la vaguedad de la madrugada, un par de ojos interesados acechaban desde un rincón la partida de Shui y su conversación con Kumiko, así como dónde se dirigía el carromato. Se trataba de un eunuco escuchimizado ajeno a la camarilla del Gran Eunuco, que tomaba buena cuenta de la salida de la concubina insolente, para luego informar a quien lo había enviado.

—De puta de palacio, a puta de burdel —masculló el observador, que soltó una risita maliciosa mientras regresaba al silencioso Palacio de la Pureza Celestial.

Shui, al abandonar Pekín junto a otros carros y palanquines, y a la zaga de un regimiento de soldados imperiales que se dirigía al puesto fronterizo, cobró conciencia de que un tigre imaginario la acechaba entre los árboles. Su vida había sido hasta entonces de lo más predecible y de golpe se había vuelto absolutamente imprevisible. Comenzaba para ella otro tiempo, otra vida, cuyas medidas serían regidas por la degradación a la que sería sometida, el desconsuelo por el recuerdo y la repugnancia por sus deshonrosos actos.

Confiaba en su tenacidad y capacidad de decisión, pero se sentía sola, desamparada y vulnerable.

La Casa de Té de las Cien Lámparas

Taiyuan, año de 1724, tras la fiesta de Año Nuevo.

Segundo del reinado de Yongzheng

El corazón de Shui se había convertido en un trozo de hielo y su candor había sido sepultado sin piedad y para siempre.

Con alivio vio aproximarse el fin del viaje, y animó a la aterrorizada jovencita LiYing a que aceptara su sino. Shui pudo comprobar lo que le había manifestado su maestro Sabio Errante, que bandas de malhechores infestaban los caminos y atacaban a los viajeros indefensos que cometían la imprudencia de ponerse en marcha sin escolta; y que los aldeanos, los más hambrientos, huían precipitadamente cuando veían la oriflama imperial y las cimbras de los soldados, pues pensaban que les quitarían hasta el último grano de arroz que poseían.

La caravana, sin haber sufrido ningún incidente, llegó al valle de Taiyuan, cubierto por un manto de escarcha azulada. A través de una rendija Shui, que tenía los labios pegados y la lengua viscosa por el polvo, divisó, esculpido en la montaña, el gigantesco Buda de Tutang, a quien se encomendó con fervor.

Brumas mustias y carámbanos relucientes se encaramaban en los aleros y cornisas de la ciudad amurallada. El carro se detuvo en una casa pintada enteramente de rojo, con ventanas cubiertas de celosías, decenas de lámparas multicolores, y cintas de seda a modo de cortina en la puerta, donde apareció una mujer, dama Gardenia, la dueña del prostíbulo, que estudió detenidamente a sus dos recientes adquisiciones y recibió las aclaraciones de los dos hombres sobre el viaje.

La luz exigua del sol iluminó el marbete que colgaba de la puerta: CASA DE TÉ DE LAS CIE
LÁMPARAS.

Dama Gardenia era una mujer entrada en años, de belleza fría, asexuada y de mucho carácter, a tenor de las órdenes conminatorias que impartía sin cesar. Vestía una túnica profusamente bordada, se tocaba con un peinado vulgar y se calzaba con unas babuchas turcas. Sus pupilas eran calientes y negras como la pez, tenía las cejas marcadas con bistre, y su rostro huesudo estaba desprovisto de cualquier huella de ternura.

La dama se comportó intencionadamente desdeñosa.

Shui la estudió, evaluando sus gestos e indagando sobre sus intenciones. No parecía pertenecer al género femenino, pues a pesar de sus afeites y joyeles, era hombruna, andrógina, de caderas escurridas, amplias espaldas, y desapegada de afecto hacia sus doce pupilas, que salieron al instante a recibirlas.

Shui, que desde su infancia se había ejercitado en ocultar sus sentimientos, compuso una máscara

de impasibilidad para protegerse, y subió las escaleras con la cabeza gacha. Y a pesar de que le costaría trabajo salir de allí indemne, desde el primer instante se rodeó de un sentimiento de provisionalidad.

—Esta es una casa de diversión, pero no para vosotras, mis florecitas queridas. ¡Tú, «la distinguida»! —dijo la dama dirigiéndose a Shui—. Me has costado una fortuna y tendrás que resarcirme con creces, así que espabila. Y tú, niña, procura seguir siendo virgen o lo lamentarás.

—Lo soy, señora —masculló LiYing con turbación.

—¡Eh, palomitas! Aquí solo se recibe a parroquianos distinguidos y os ganaréis cada grano de arroz que os comáis —les advirtió, refunfuñando como una gata en celo—. Estaréis vigiladas constantemente por mis criados, y espero de vosotras que os dejéis de remilgos y os comportéis como unas zorras en el lecho.

—Sí, dama Gardenia —volvió a balbucir la niña.

—Tú, Peonía, enséñales sus cuartos, proporciónales vestidos y que se asean. ¡Apestan a cabra! —exclamó desdeñosa.

Aquella era una afrenta intolerable y Shui notó una sensación de impotente inferioridad frente a aquella mujer dominadora y con aire de desafío, y fue incapaz de dominar los latidos de su corazón acelerado y su ilimitada angustia. ¿Qué sería de ella en aquel lugar de degradación, ruindad, bajeza y excesos? Y tomó conciencia de que se había convertido en una esclava sexual.

—¡Ah!, se me olvidaba. Olvidad vuestro nombre —gritó—. Tú, «la distinguida», te llamarás desde hoy Orquídea, y esa «niña», Magnolia. Aquí todas llevamos nombres de flores.

El sol declinaba tras las cimas que custodiaban el inmenso valle donde se alzaba Taiyuan, tiñendo de arrebol los tejados y las galerías de las dos fastuosas pagodas del santuario de Yongzuo, muy cercanas a la casa de citas. A Shui le pareció que, lejos de la humedad porosa de Pekín, allí oreaba una extraña luminosidad añil y un aire límpido, y lo aspiró para calmarse.

Luego en la soledad de su cuarto emitió un llanto desgarrador. Se sentía como un péndulo inerte al capricho del destino.

Los primeros fueron meses intensos, heroicos, demoledores, de agitada inquietud, humillaciones y entrega a individuos detestables, en los que bien pudo quitarse la vida, pues la desesperación se convirtió en la única dimensión de su existencia. El estado general de negligencia y la lentitud, descuido, mal gusto y torpeza con los que gobernaba dama Gardenia la casa de citas encendían a Shui. La ciudad era acogedora, pero inyectivas tormentas batían las ventanas y saturaban de polvo seco la casa.

Y para la tos periódica de Shui resultaba muy intenso, por lo que su situación era cada vez más enojosa.

A Shui le costaba trabajo adaptarse a su nuevo cometido. Pero ella, que había sido educada para llevar a cabo placeres exquisitos, tuvo que acomodarse a una vida de deleites groseros, de depravación ruin, donde debía enardecer a sus soeces clientes con ungüentos, lubricantes y afrodisíacos, atarse de pies y manos a un dosel para ser forzada, yacer mirando dibujos eróticos y oliendo perfumes empalagosos, practicar el acto sexual en un columpio de flores, introducirse falos de marfil en su sexo, consumir felaciones mientras sorbía licor de sus miembros viriles y ombligos,

o masturbar a algunos feligreses con panes blancos, en medio de la sempiterna luz roja de las habitaciones, que la aturdió. Era la vida de una vulgar coima de burdel.

Se esforzó en extraer lo bueno de su detestable vida, y a veces empleaba con comedimiento los métodos amatorios que había aprendido en el harén imperial. Utilizaba las eróticas bolas chinas, del tamaño de las avellanas, que con estudiados movimientos implantaba debajo de la piel del órgano masculino de sus parroquianos, con el fin de producirles más placer.

Los clientes se sorprendían por la dimensión de sus conocimientos eróticos. Shui no se comportaba rígida e impersonal como las otras, sino que el acto sexual lo convertía en algo palpitante, adquiriendo fama de cortesana que conocía su oficio.

A los asiduos que veía susceptibles de contagio les colocaba en su órgano viril un preservativo de piel de cordero no nato untado con jalea de *agar*. Los embaucaba asegurándoles que eran juguetes amatorios de los que manejaban las concubinas de la Ciudad Prohibida. Además, las prostitutas eran atendidas por un anciano y risueño médico de Taiyuan, que a Shui le recordaba a Sabio Errante. Era un cirujano militar retirado y solo sabía coser puñaladas, extraer puntas de flecha, componer huesos fracturados y trepanar cráneos, pero mantenía a raya las enfermedades infectas propias del oficio.

Puso en práctica todas sus artes eróticas y amatorias conocidas a fin de evitar el contacto directo con clientes indeseables, y su conocimiento hizo que salieran satisfechos y que le reportara por cada uno cinco monedas —o *cash*—, que guardaba en una larga media de seda, y dentro de su cofre personal, donde también conservaba el extraño jeroglífico del mercader Wuhang. Pero no era suficiente para conseguir su emancipación. Había calculado que tardaría cuatro años en juntar la cantidad necesaria para comprar su libertad:

«Excesivo tiempo, excesivo suplicio y excesivo riesgo.»

Bajo la luz traslúcida de las lámparas de papel, Shui ejercitaba su oficio de prostituta selecta con atenta pulcritud, aunque con repugnancia interna. Pero su exquisitez y el alto precio hacían que los encuentros con hombres fueran esporádicos y preferentemente con amantes aristócratas y adinerados, más educados y corteses.

Apretaba su cintura al cuerpo de los tipos más variopintos, a los que excitaba con un ardor furioso, a pesar de su aversión, que disimulaba con sus fingidas habilidades. Cosechó cierta ascendencia entre los ricos varones que visitaban la Casa de Té, que aseguraban al concluir que por sus venas corría un flujo de fuego, y que dama Orquídea era un demonio en la cama con cautivadores poderes y una entusiasta sensualidad.

Y dama Gardenia aumentó sus beneficios notablemente.

Pero cada día que pasaba Shui estaba más menoscabada e intensamente apenada. Para animarse y darse valor a sí misma, examinaba el papel que le había entregado la emperatriz y pasaba largas horas intentando interpretarlo, aunque siempre en vano. «Jamás hallaré una evidencia de que Xiaomei vive», se repetía, cansada de cavilar.

Aborrecía su situación y disimulaba las ojeras con antimonio, y sus huesos, cada vez más acusados, con vaporosos tules. No aguantaría mucho tiempo con aquella degradación y únicamente el recuerdo de Xiaomei, de Miao, de la que no tenía noticias, y de Xu Jun, la rescataba de cometer un error irreparable.

«El destino contradice y desbarata los proyectos de los humanos. No desesperes si te envuelve la

oscuridad, pues el cielo siempre abre una puerta a la esperanza», recordaba las palabras de Sabio Errante, su sencillo y paternal maestro, asesinado por la maldad de los poderosos.

Con dama Gardenia, una mujer superficial, orgullosa, egoísta y testaruda, mantenía un pulso feroz. Pero no se la debía infravalorar. Era difícil de soportar y era aún más incómoda que el calor húmedo que oreaba en la ciudad. La dueña del burdel poseía una capacidad selectiva muy desarrollada y un natural refinamiento a causa de su avaricia por el *qián*, el dinero fácil ganado con el sudor de sus pupilas, que la toleraban a su pesar y trabajaban como esclavas sin recibir más que desprecios de ella.

La niña LiYing, que pronto cumpliría los catorce años, fue acogida por Shui bajo su protección, observando el desdén con el que la trataba la dueña. Le impresionaba su dulzura y su asombrosa capacidad para sobrevivir.

LiYing era una exótica criatura, tímida e impresionable, que se ruborizaba por cualquier burla. No tenía conciencia de la ruindad del género humano, no poseía fingimiento alguno y de su mirada emanaba una cándida bondad. Sus padres, que pertenecían a la etnia inferior *yao*, la habían vendido a dama Gardenia por cien monedas de cobre, a pesar de poseer una belleza inocente, una piel tersa y pálida como la porcelana y una inteligencia estimable. Pero para su pesar, tenía conciencia de esclava.

Era la muchacha más transparente e incontaminada con la que jamás se había encontrado Shui, y la protegió desde el primer instante, dejándoles claro a las demás prostitutas y a dama Gardenia que no permitiría que la vejaran o maltrataran. Y entre ellas nació una amistad sin fisuras, que significó el apoyo que precisaban. La niña solía adivinar el futuro en las semillas de sandía, y más de una vez le pronosticó que de allí saldrían juntas y libres. Shui se reía y le acariciaba el pelo con ternura, para después tatuarle su conocida camelia en el dorso de sus manos.

Shui, que no participaba en los juegos con las demás, comprobó que las muchachas cambiaban de vez en cuando. O eran vendidas, o eran intercambiadas con las de otras casas de trato del territorio, sin que nadie percibiera el cambio, ni presenciara ninguna partida. Era la forma de proceder de la dama.

La compra y venta de aquellas desgraciadas le parecía a Shui detestable. Pero debía aceptarlo y dar gracias al cielo de que ella no fuera una esclava, sino una mujer pública sometida a contrato, con el que podía presentarse ante un juez, gracias a la intervención de la emperatriz madre.

En la clandestinidad de su soledad, Shui pensaba en su suerte, y también en Xu Jun, al que ya no vería en vida. Entonces su corazón sentía una tibia añoranza del falso monje, como si un maravilloso sueño se hubiera desvanecido antes de comenzar. En las tardes que estaba libre paseaba con Magnolia, una perla que el destino había depositado en su mano. Deambulaban por el campo, donde las peonías convertían el valle de Taiyuan en un estallido de colores rosa y blanco.

Era un clarín de luz y belleza que la confortaba.

Magnolia perdió su castidad con un alto funcionario de la capital por una cantidad exorbitada que cubrió los gastos de casi un año de la mancebía. No fue cuidadoso con la niña, pues la poseyó salvajemente en una mesa repleta de frutas, jarras de vino, cuencos y candelabros, según le narró. Y cuando la desfloró, soltó una carcajada bestial, de triunfo, que la sobrecogió.

Pero Shui la confortó como una madre. Acomodó dulcemente la cabeza de LiYing en su regazo y

la consoló, enseñándole a procurar en los hombres estremecimientos perturbadores y despreciarlos al mismo tiempo. Si era imprescindible para la casa sería más querida y entonces sufriría menos.

Al final del verano, Shui se aisló física y emocionalmente, carente de voluntad propia. Se sentía extenuada, pero no dijo una palabra y ni un quejido salió de su boca. Estaba estigmatizada con las bajezas que soportaba. Aguantaba a ricos caravaneros achispados, a funcionarios y a tenderos opulentos, pero viciosos, únicos que podían pagar su elevado precio.

Una mañana del séptimo mes, cuando el otoño cubría los campos de tonos rojos, ocres y carmesíes, Magnolia se despertó con unos golpes de tos angustiosos que provenían del cuarto de Shui —Orquídea—. Abandonó su lecho preocupada y se acercó a su protectora. Tenía fiebre, un agudo deseo de vomitar y temblaba. Había sufrido desmayos en días anteriores y estaba pálida.

—No es nada. Es la «tos de los cien días», nada más. Con descanso, vapores y tisanas, mejoraré. LiYing.

Pero Shui entró en un sopor que la preocupó. Apenas si balbucía, cerró los párpados de color púrpura, se le agrietaron los labios, la fiebre la devoraba, no comía y perdía con frecuencia la conciencia. Dama Gardenia temió por su vida y ordenó a Magnolia, y a una sirvienta que velaran por su salud.

Era el principal reclamo del burdel. Y aunque ya había recuperado la mayor parte de lo que había pagado por ella, la necesitaba para el invierno, estación en la que llegaban las caravanas del sur con los clientes más adinerados.

Magnolia, cuando no la solicitaban, se echaba a sus pies y velaba sus sueños frágiles. Le llenó el cuarto de flores, y para evitar que muriera de inanición le introducía una cañita por la boca y la alimentaba con devoción filial día tras día. Y su fraterna atención la salvó. Pasadas cinco semanas de preocupación y desconsuelo, un amanecer, demacrada, ojerosa y extremadamente lívida, dama Orquídea se esforzó en incorporarse del lecho y llamó a su amiga con voz tenue.

—Tengo sed, mucha sed —musitó sin fuerzas.

Magnolia sollozó de alegría, y a los pocos días, con los cuidados de su compañera y del médico, recuperó el aliento y comenzó a ingerir té, infusiones de plantas curativas y sopas de mijo. Magnolia le preparaba con sus manos pastelillos de arroz envueltos en hojas *tao*, pato con jengibre y alubias rojas con miel, y la asistía para que recobrar las fuerzas.

—Sin tu ayuda, no hubiera vuelto a la vida, mi niña LiYing. Era mi alma la que se resistía a vivir —le confesó.

—Y en sueños rogabas al Augusto de Jade que te llevara junto al espíritu de Xiaomei, o te dejara salir de este mundo. ¿Quién es esa mujer? ¿Tu madre? La nombrabas mucho.

—Mi hermana, querida LiYing. Pero murió, y su recuerdo me atormenta como si aún estuviera viva, pues murió en unas circunstancias excepcionales y pasmosas, que un día te relataré, pues parecen una leyenda antigua —reconoció con apenas un hilo de voz y una sonrisa inconmensurable.

Cuando dama Orquídea recobró el brío, visitaron el Templo de las Diosas, donde ofrendaron a las divinidades flores, cera y sándalo, en reconocimiento a las Madres por su favor, y a su diosa protectora de la Misericordia, Kuan-yin. Paseaba cada tarde en un palanquín por las orillas del río Fenhe en la compañía amable de LiYing, y la convaleciente aspiraba el aire puro y perfumado que oreaba los lagos.

Uno de los ocasos, cuando regresaban en las sillas de manos a la Casa de Té, Shui percibió que un hombretón corpulento, picado de viruela, embozado en una capa y camuflado frente a la esquina del burdel, miraba en dirección a su habitación. De repente, volvió la cabeza, y al verla, escondió el rostro y desapareció entre la gente, camino de una posada del final de la calle.

Shui no le concedió trascendencia, pero no lo borró de su memoria, y meditó quién podía ser y por qué la espiaba.

Ya en franca mejoría, Shui le pidió a Magnolia que le procurara en secreto pinceles y tinturas de colores, con las que pintó en la clandestinidad de su habitación una larga estola de seda con los dibujos que la habían hecho única en palacio: un dragón risueño sentado sobre las nubes —un *wolong* de la suerte—, dos fénix gemelos y algunos murciélagos en tonos azabaches, animales sagrados de la mitología china.

La niña rio de alegría al regalárselo para la fiesta del Rey Pan. Jamás la habían obsequiado con prenda tan suntuosa.

—Eres prodigiosa, Orquídea, gracias de corazón.

—Y tú, mi niña, una luz generosa en mi oscuridad —dijo Shui.

Shui adoptó un tono serio, pues no deseaba que Gardenia supiera de aquella habilidad suya.

—No reveles a nadie que lo he pintado yo. Dile a dama Gardenia que es un regalo de un admirador.

—Haré lo que tú me digas —dijo, besándole la frente.

La dueña del burdel, una mujer interesada que le gustaba enfondarse en el lado más obscuro de la avaricia, humillar a sus pupilas y moverse en el cieno de la maldad, ponderó no obstante la situación. Había llegado el momento de preservar a su joya más valiosa y aprovecharse del talento y la procedencia de Shui.

Tenía que recuperar lo que había pagado y sacarle rendimiento. Después podía morir, y en paz, y satisfacer su bolsa y a su proveedora y amiga Kumiko. Dama Gardenia no era estúpida y Shui era una provechosa inversión. La había comprado porque sabía que las concubinas imperiales eran virtuosas con los instrumentos musicales, y sabían cantar y bailar las atávicas danzas *han*, que tanto agradaban a los hombres.

Así que decidió preservarla un tiempo del contacto directo con los clientes y extraerle otro beneficio, tanto o más fructífero que el anterior. Ya llegaría el momento en el que volviera a los cuartos de placer y cumplir el deseo de la maestra Kumiko: saberla muerta. Sabía que no había en el territorio una Casa de Té que contara con cortesanas cantoras de su calidad. Y su decisión supuso la salvación de Orquídea, que abandonó por un tiempo su lecho de citas, para dedicarse a amenizar las veladas del prostíbulo, recuperando así su precaria salud.

Por las noches ocupaba un estrado donde había cuatro instrumentos comprados por la dueña: una cítara de *Cheng*, un *kung-hou* de cuerdas, el *ti*, una flauta de caña de bambú, y un violín *chin*, que tanto gustaba Shui tañer. Al poco, la recuperada dama Orquídea, se sintió otra mujer. Y no había una noche que el local no estuviera a rebosar para escuchar a dama Orquídea tocar y cantar. Era la sensación de Taiyuan.

En Shui, que cumplía un año en la Casa de Té, se experimentó una súbita transformación. Se había propuesto evitar sucumbir ante la adversidad y a un trabajo que abominaba. Orquídea

precisaba saber que lo hacía por alguien o por algo, y que debía seguir con obstinación su sueño de saber de Xiaomei. Había vivido las últimas semanas de una forma febril y agitada, pero ahora estaba tranquila y hasta había recuperado su libido.

«Soy consciente de que pertenezco a una clase inferior. Pero recuperaré la libertad que nunca he tenido.»

Shui comprendió que su voluntad personal, más fuerte que el mismo instinto, triunfaría, y que aunque su vida no fuera nada gratificante, su destino cambiaría. Tras la enfermedad en la que había creído morir, se notaba como una tigresa de uñas afiladas, dispuesta incluso a matar por seguir conservando la vida. Había descubierto un tesoro inagotable: su tesón, con el que conseguiría subsistir y llegar a ser libre.

Y eso le infundía confianza. Estaba decidida a que su futuro fuera grandioso. Desbordaba fe, y se reforzaba pensando en su quimera personal: saber si su hermana estaba viva.

Una de las noches en la que abandonó su estrado de canto, Shui, cansada pero satisfecha de su trabajo con el que era mejor remunerada, subió a su habitación al final de la galería; y antes de cerrar los postigos miró a la calle, desierta a aquella hora. Y cuál no fue su sorpresa al distinguir entre las sombras al mismo individuo robusto que viera el día del paseo. Y como la otra vez, tenía su mirada fija en su ventanal, a pesar de la lobreguez de la noche. Le resultó fastidioso.

Pronto, al verla, volvió a desaparecer como un trago.

¿Era un cliente o un admirador que la espiaba deslumbrado por sus encantos? ¿Obedecía aquel fisgoneo a la misma vigilancia a la que había sido sometida en la Ciudad Prohibida? ¿Era un eslabón más de los ya olvidados asesinatos de palacio?

No quiso darle importancia, pero se intranquilizó.

—Puerco mirón —musitó entre dientes.

Dos yuanbaos de oro

Primavera y verano de 1725.

Segundo año del reinado de Yongzheng

El destello del sol naciente aún no había iluminado la ciudad, cuando Shui, dama Orquídea, se despertó sobresaltada. Abandonó su lecho y abrió la ventana. Con el débil esplendor del día distinguió desde la ventana a unos mozos que introducían en un carruaje a su amiga del alma LiYing, Magnolia, que portaba en sus manos el hato de sus pertenencias.

Abandonaba la Casa de Té sin poder despedirse.

La niña LiYing alzó la mirada y se encontró con las aturcidas pupilas de Shui, que no podía creer lo que veía. Otra despedida, otro trozo descarnado de su corazón. Dama Gardenia la habría vendido a otro lupanar sin dar tiempo a un adiós, a un abrazo, o a un consejo amistoso. Esa era su infame vida, una más de las crueles decepciones de aquel mundo desnaturalizado de la prostitución. Se intercambiaron una triste mirada de despedida y unas lágrimas sellaron una separación, ya para siempre. Rápidamente Shui recogió su cepillo de carey para tatuar, lo envolvió en una bolsa de raso, y se lo lanzó por la ventana. LiYing lo recogió, lo besó y lo guardó dentro de su pecho.

Era cuanto podían regalarse.

El carruaje echó a andar tirado por dos mulas ambladoras. Las peonías blanqueaban las colinas y el valle, y un aire seco recorría las modestas callejuelas cubiertas de fango helado. Un olor a tortas fritas de mijo y arroz irrumpía de la calle como un vapor oloroso que despertaba los sentidos. Posiblemente ya no se verían más, y de nuevo el desconsuelo se apoderó de Shui, que soltó unas lágrimas de reniego.

Sonó el gong, y las coimas de la Casa de Té bajaron al salón donde humeaban una tetera y unos pastelillos de canela. Se había creado un vacío de decepción, pena y añoranza, y nadie hablaba. Si acaso se oían murmullos entre ellas comentando la salida inesperada de Magnolia.

Una vez más, una marcha sin calor, sin afecto, sin calidez.

Con aire provocador, dama Gardenia intervino:

—¡Qué demonios murmuras, Orquídea! —se dirigió a Shui.

La protesta no se hizo esperar.

—Debíais saberlo, señora —dijo Shui indignada—. Las mujeres amamos más conscientemente que los hombres, y las ausencias nos duelen en el alma. Esa chiquilla es un ser frágil e indefenso, y temo por ella. Aún conservo mis sentimientos, ¿sabéis?

Dama Gardenia era la insidia personificada y su odio y saña solían mostrarse acompañados de un volcán de desprecios. Todas esperaban una violenta reacción, pero respondió comedida, incluso con consideración hacia Orquídea.

—La insumisión no es una buena virtud en esta casa, dama Orquídea. Recuérdalo. Y no tengo que dar cuenta a nadie sobre mis arreglos comerciales —adujo, volcando su natural inquina.

—Al menos nos podríais decir cuál es su destino —insistió Shui—. Tenemos clientes comerciantes que podrían llevarle una carta o un regalo, y saber de ella, ¿comprendéis?

Gardenia se volvió hacia Shui. Se la veía calmada.

—Bueno —dudó incómoda—, no preciso inventar nada, solo corroborar que marcha a la casa del señor Zhuan, su nuevo amo, el dueño del salón El Descanso del Alma en la ciudad de Xian. Viviré como una princesa y no voy a decir nada más. No debes preocuparte por ella.

Shui, aunque era una mujer con redaños, no estaba dispuesta a afrontar una guerra cara a cara con la dueña del burdel, que de enojarse la sacaría del estrado musical y la devolvería al catre a soportar a clientes empalagosos y disolutos. Y no soportaría otra amarga indignidad como la anterior. Y para no hundirse en el vacío de la pesadumbre y despreciarse a sí misma, apretó los dientes y maldijo su suerte.

El negocio realizado con la niña Magnolia no podía haber sido más rentable para dama Gardenia. No había sino que observar sus satisfechos gestos. La detestaba profundamente.

Shui siguió en su encierro en el que cada noche debía contentar con sus tonadas y danzas a clientes libidinosos y a los soldados borrachos que la devoraban con los ojos. Se volvió más melancólica que de costumbre, viendo que el tiempo no se acertaba y que tres años podrían convertirse en una eternidad. Comprar su libertad seguía siendo su gran obsesión.

Había recibido carta de LiYing, que leyó a todas las coimas, y su ánimo se alegró. Magnolia vivía en Xian con agrado. Era un espíritu puro y repartía felicidad a su alrededor. La añoraba.

Con la llegada de las caravanas arribaron a la Casa de Té nuevos parroquianos, desenfrenados varones que creían a pies juntillas en la inferioridad de las hembras, como en toda China, como si ellos fueran los únicos que entendían el mundo que les rodeaba. Shui era para los varones que frecuentaban Las Cien Lámparas el paradigma de la belleza, la gracia, la coquetería y la futilidad, y ellos, del honor, el coraje y la inteligencia.

Y se dejó llevar, mientras pasaba el tiempo e incrementaba la suma para comprar su libertad. Shui se aprovechó en su favor obteniendo gratificaciones y dádivas de los clientes que la escuchaban, que aumentaron copiosamente sus ahorros. Se estaba convirtiendo en una *siji*, una puta con recursos.

Se reveló el verano con un radiante fulgor y un calor sofocante. Día a día la cálida luz del sol fue reemplazando las brumas y sacudiendo el polvo amarillo que los había mortificado en la primavera. El calor era bochornoso, tórrido. El jardín tapiado del burdel, íntimo y cuidado, servía cada mañana al sosiego de Shui, quien recordaba en su frescor la marcha de Magnolia y su patético y particular destino. LiYing le había escrito de nuevo testimoniándole que era bien tratada y mejor querida por sus nuevas compañeras y su amo, el señor Zhuan. Lo merecía.

Los rutilantes azulejos azules contrastaban con las paredes de color ocre y con los limoneros que crecían junto a una fuente de chorros que borboteaban en los canalillos. Meditaba aquella mañana sentada en un banco de piedra y examinaba por enésima vez el «mapa del dragón» y los enigmáticos papeles del diario del mercader que le regalara la emperatriz madre, por si hallaba una pista que lo interpretara. Pero todo era en vano. Para ella era un galimatías sin sentido.

Iba descalza para que las frías baldosas aliviaran sus pies cansados, mientras aspiraba el perfume de las peonías. A veces cuidaba a uno de los niños de una de las cocineras. Un niño huraño de esos a los que solo sus madres pueden amar, pero que con Shui se sentía especialmente atraído por su dulzura.

La Casa de Té era un lugar ruidoso, pero nunca por la mañana. ¿Qué ocurría entonces que todo era confusión? Una criada vino a pedirle que acudiera a la alcoba de la dama Gardenia. Se alarmó. Algo grave y excepcional ocurría, pues nunca la llamaba a su estudio, ni recibía de ella elogio alguno. Siempre reparos.

—Dama Gardenia os aguarda. Acompañadme.

Shui entró alarmada en la pieza, pero dignamente, fingiendo la mayor de las indiferencias, con el semblante arrogante y el gesto de desapego hacia a la dama. El cuarto estaba decorado lujosamente con muebles de caoba y de las paredes colgaban lámparas de jade y papel rojo. Dos biombos y algunos baúles de *nanmú* exhalaban un perfumado aroma a sándalo.

Dama Gardenia, cosa insólita, la invitó a acomodarse en un diván frente a una mesita decorada con flores de loto. Una criada sirvió en unos cuencos azules unas sabrosas *pan* —bolas de carne con arroz y mijo—, té, *sage*, helados de vainilla y almendras y salmón almizclado. Shui no entendía nada. Su malhumor se trocó en una mezcla de estupor e intranquilidad. ¿Aguardaban a alguien? ¿La comida era en su honor? Esperó impasible, pues no acertaba a comprender qué deseaba de ella.

«Nada bueno, seguro», pensó asustada.

—Dama Orquídea —dijo—. La dueña del más afamado prostíbulo de Xian está aquí y desea comprar tu contrato. Pero según sus estipulaciones no puedo traspasarlo a alguien que no pague los cinco *taels* que desembolsé, más los gastos ocasionados en esta casa por tu cuidado, vestido y manutención. ¿Comprendes?

Shui acentuó su rebeldía. Tenía que jugar fuerte. No aceptaría una venta si no persistía su derecho a adquirir su libertad por los *taels* estipulados. Debía ser astuta y a la vez cuidadosa, pues aquellas damas de burdel se las sabían todas. Y Gardenia más.

—¿Y voy en condición de cantora, de danzarina, o de acompañante de catre? —preguntó fríamente.

De dama Gardenia emanaba un perverso entusiasmo, señal de que veía en la venta un buen negocio.

—Lo ignoro. Eso no está en mi mano. A esa señora le han llegado a sus oídos tus habilidades musicales, según me ha confirmado. Por eso está aquí. Así que está dispuesta a pagar tu rescate.

Había detectado en Gardenia una inquieta excitación, que solo le provocaba el tintineo del dinero. Iba a partir de un prostíbulo para recalar en otro y recelaba de un futuro más que incierto. Allí había sobrevivido mal que bien, pero desconfiaba de su nuevo destino.

—¿Y acepta las condiciones de la transacción que firmasteis con la Maestra de Concubinas, la

señora Kumiko? —preguntó.

—Para ser una *siji*, una buscona vulgar, eres muy insolente. ¿Quién te has creído que eres? Yo pagué por tu vida y me perteneces, así que acepta tu condición no sea que pierda la paciencia y despida a esa rica señora —la amenazó airada.

Shui reculó. La creía capaz de la peor ruindad.

—Puedo presentarme ante cualquier magistrado y exigir su cumplimiento —se envalentonó Shui en vano.

—¡No me hagas reír! —se carcajeó Gardenia—. Y también aparecer en el arroyo una noche con el cuello partido. No serías la primera, y nadie lo lamentaría, insensata.

—Os escucho —simuló aceptar su posición.

—Esa dama me ha confirmado hace solo unos instantes que lo asumirá. Pero no sé si luego lo cumplirá. Su salón es el más selecto y fastuoso de Xian, y lo conocen como La Casa Dorada —aseguró—. Además, en esa ciudad podrás encontrarte con esa insulsa de Magnolia.

—Esa posibilidad mitigará mis desconsuelos —dijo Shui.

La pérfida había olido el tufo del dinero y la advirtió de las consecuencias de una intromisión inoportuna.

—¡Bien, dejémonos de charlas inútiles! —profirió exasperada—. La haré entrar y ella misma te descubrirá sus intenciones. Pero no olvides lo que eres, una prostituta. Sé considerada, y si es su deseo pagar por tu escritura, no lo malogres con tus disquisiciones estúpidas, o lo lamentarás, te lo aseguro —la advirtió.

Había estado atrapada casi dos años en un mundo sórdido del que era poco menos que imposible evadirse, y parecía que con el cambio las cosas no mejorarían. Una y otra dama se valdrían de los subterfugios más despreciables para no dejarla marchar nunca. Al fin Kumiko se saldría con la suya. Aquel enredo de las dos furcias por la posesión de su cuerpo la perjudicaría irremediabilmente. Lo maliciaba en la esencia de su ser.

Había creído erróneamente que ser vendida como mujer pública era un camino infalible para alcanzar la liberación, pero cada día lo veía más inaccesible. Suspiró por su suerte futura, y aguardó trastornada. En silencio rezó devota a Kuan-yin.

De repente Shui oyó el bisbiseo de unos chapines deslizándose tras su espalda con andar altivo y elegante. No volvió la cabeza, como requería la cortesía, hasta que la tuvo ante sí. Venía sola, se movía con apacibles ademanes y sus ojos se quedaron fijos en su rostro.

Shui se incorporó del diván como impelida por un resorte oculto. Incluyó la cabeza en señal de acato y se quedó inmóvil como una estatua de mármol. Su corazón latía agitado. La dama en cuestión, que estaba de perfil, lucía un portentoso peinado adornado con peinecillos de jade y una túnica azul plata exquisitamente bordada. Su mirada estaba llena de dulzura y de entereza y era del color de la canela. Sus pupilas se movían entre lo suspicaz y lo candoroso, y sus labios pintados de carmín denotaban una excitante mezcla de sensualidad y reciedumbre.

La inspeccionó meticulosamente, como si examinara un objeto valioso, y el mundo pareció detenerse por un momento.

Tenía ante sí a Miao, *la Prodigiosa*, su *laotong*, su confidente íntima, o alma semejante, su amiga, quien le hizo un gesto de complicidad, que ella interpretó de inmediato, aunque por su mente se

despeñaban mil intrigantes preguntas. ¿Qué hacía en aquel burdel repugnante la concubina del príncipe U Suu, próximo soberano de Birmania? ¿Cómo había sabido que se hallaba allí? ¿Se había convertido como ella en una *siji*? ¿Qué pirueta del destino la había transformado en la dueña de La Casa Dorada de Xian? ¿Era todo una simulación, o respondía a un plan premeditado?

No comprendía nada y la observaba con ansiedad.

Shui estaba visiblemente desconcertada y aguardó a que abriera la boca, aunque tuvo que hacer un esfuerzo por guardar la compostura y seguir aquel juego diabólico, que la había dejado petrificada y sin habla. La pérfida Gardenia no había notado nada. Era imposible. Ambas habían sido entrenadas en palacio.

—Es bella, ciertamente, y me aseguran, dama Gardenia, que es una experta con el laúd y la flauta. Pero no parece gran cosa, en verdad —dijo, mientras la miraba como a un cebú a punto de ser comprado.

—Orquídea, que ese es su nombre en esta Casa de Té, es mujer de gran sensualidad y cantora inigualable formada en el mismísimo harén de la Ciudad Prohibida, y la joya de mi establecimiento, señora.

Miao reaccionó con desinterés e indiferencia.

—Eso lo he escuchado en muchas compraventas de cortesanas y resultó luego ser una falsedad. ¿Me lo aseguráis en verdad? No he venido desde Xian para ser embaucada. Quiero garantías, señora.

Dama Gardenia le extendió con orgullo triunfal los dos pliegos en papel de arroz escrito en *kaishu*, la caligrafía utilizada por el pueblo, y firmados en la residencia imperial, que Miao leyó con peyorativo desinterés.

—Bien, parece que estáis en lo cierto, y que he de satisfacer una cantidad muy apreciable. ¿No es así?

—Aún no estoy decidida a confirmar la venta, y francamente, comenzaría a negociar a partir de veinte *taels*, más los gastos de su estancia. Padeció además una costosa enfermedad que casi me arruina, pues los gastos médicos superaron lo que yo podía pagar —mintió, y le dedicó una mirada de hielo a Shui, que seguía con los ojos fijos en Miao—. A esta casa acuden muchos clientes atraídos por su ingenio musical, gracias al cual subsistimos. No podéis imaginaros la admiración que suscita a su alrededor. Vuestra oferta debería ser muy alta, pues me será muy ruinoso desprenderme de ella. Comprendedlo, señora.

Miao la miró con osadía y quiso comprometerla.

—¿Rehusáis entonces a que debatamos sobre su precio?

Dama Gardenia simuló querer levantarse y despedir a Miao sin más explicaciones. Shui estaba aterrada.

—Desprenderme de ella significaría la quiebra de esta Casa de Té —exageró para subir la oferta, y tomó un sorbo de té—. Yo no os he llamado, señora Miao. Sois vos quien habéis acudido a mí. Orquídea no tiene precio. Quizás en otra ocasión.

Deseaba disparar el precio, era evidente, de modo que jugaría fuerte y sin contemplaciones. Shui, que seguía sin intuir la naturaleza de aquella desquiciada situación, aunque llena de esperanzas, comenzaba a temer que la puerta que se le abría a la felicidad se cerrara sin remisión y se fuera al traste por la contumacia de dama Gardenia, mujer imprevisible, ambiciosa y especuladora. Shui no

lo deseaba y le temblaban los labios de ansiedad. Pero confiaba en la sutileza de Miao.

—La verdad —afirmó Miao con moderado sarcasmo, tratando de atraer su atención y ansia de dinero— es que lo hago por necesidad, os lo confieso, pues carezco de una cantante prestigiosa. Pero me da igual que Orquídea haya pertenecido al harén del Hijo del Cielo, o no. Quiero una mujer músico en mi establecimiento.

Se produjo un silencio oscuro, denso, interesado.

Miao había reconducido la situación hacia el lugar que deseaba, y con el tono firme del que había hecho gala, tomó una bolsa pequeña que colgaba de su brazo, y con el encanto del que solo ella era capaz, extrajo un paño rojo que colocó sobre la mesa. Lo abrió y, lamidos por el fulgor del sol, resplandecieron como ópalos dos *yuanbaos*, unas piezas de oro en forma de barco, que solo los ricos banqueros y mercaderes usaban en sus transacciones comerciales. Miao se quedó con los ojos fijos en dama Gardenia, y arriesgó serena con un enérgico movimiento:

—Es cuanto estoy dispuesta a pagar por esta cortesana. Vos decidís. No os acuciaré, pensadlo —dijo con desconfianza—. Si lo rechazáis, me iré.

Se produjo un incómodo momento, y el semblante de la dueña de la Casa de Té resultaba ilegible. Miao extendió su brazo izquierdo agitando levemente su mano sobre el brazo del diván. Se tomaba su tiempo. Era su juego y deseaba saborearlo. Una mueca de incredulidad escapó de los labios tensos de la dama.

—¿Habláis en serio, señora Miao? —preguntó Gardenia, dedicándole una mirada recelosa y dura.

Shui y Miao permanecían inmóviles, absortas; y dama Gardenia se sumió en una enigmática reflexión. ¿Le permitiría el acuerdo secreto firmado con Kumiko revenderla a otra dama de un burdel distinto? ¿Prevalecería su avaricia sobre su palabra dada de no dejarla salir de allí con vida?

Shui cavilaba inquieta, y sus dudas renacían.

Sobre la mesa, los trozos de hielo que enfriaban un licor de *sage* se diluían en la vasija de cristal. Pero las dos amigas, que no habían intercambiado ni un gesto de connivencia para no entorpecer el trato, recelaban de aquella varonil y maliciosa mujer.

En la sala se hizo un mutismo indefinible.

Una plegaria a la diosa Mazu

Unas erráticas esencias de sándalo ascendían hasta el techo, mientras dama Gardenia deliberaba. El silencio era total.

Finalmente exteriorizó su decisión, aunque parecía desconfiar de las intenciones de Miao. Fueron unos instantes de angustia para las dos antiguas concubinas. Pero tras suspirar ruidosamente, la dueña del burdel admitió la oferta tras un artificial gesto de aceptación forzada. Después escenificó un sentimiento de amor maternal hacia Shui, que la miró esquivamente.

La detestaba.

Miao había reconstruido su mundo que hacía tiempo se había desmoronado bajo sus pies, y era feliz después de mucho tiempo entregada a una lacerante esclavitud sexual. Y su júbilo no le cabía en el pecho.

Satisfecha, pero aún cavilosa, la señora Gardenia tomó entre sus manos ávidas las dos radiantes figuras de oro, y dando unos pasos resueltos envió a un mozo a casa del escriba del magistrado, un caballero de dientes escasos, bigotes lacios y unos ojos que apenas eran dos surcos en su cara huesuda, y que llegó deshaciéndose en ceremoniosos saludos.

Portaba bajo el brazo un recado de escritura y un sello de jade. Se acomodó y redactó y lacró el documento de intercambio con eficaz premura. Cuando el acuerdo se había firmado, y retribuido al escribano, la vendedora sonrió con delectación radiante. Había logrado sin gran esfuerzo el negocio de su vida. Estaba satisfecha consigo misma; y con la exorbitada cantidad pagada por la señora Miao, Shui jamás alcanzaría la libertad, condición con la que se había comprometido al comprarla.

—Orquídea, desde este momento perteneces a la señora Miao. Exprésale el mismo apego y lealtad que me mostraste a mí —le rogó con manifiesta hipocresía.

—Será hartó fácil, dama Gardenia, a vuestro lado he dejado de creer en la piedad y el afecto humano —rechazó sus palabras.

—No seas desconsiderada —la reprendió—. Recoge tus efectos personales, la señora Miao parte enseguida para Xian. Y nada de despedidas con las otras. No quiero plañideras en mi casa.

Shui lamentaba no poder besar y saludar a sus compañeras de prostíbulo, todas con nombres de flores e historias dramáticas disimuladas en sus corazones: Jazmín, Abelia, Anémona, Sauce, Loto, Lirio, Azahar, Peonía, Glicenia, Madreselva, Rosa, Crisantemo, o la hermosa Prímula, con las que había estrechado un afecto fraternal, unidas por la misma suerte.

Solo entonces una astuta serenidad inundó el fino rostro de Miao, que abrió su cerrada circunspección y sus labios exquisitos. Ya no había motivos para fingir y le pidió que tratara con respeto a Orquídea, cosa que sorprendió a Gardenia.

—Entre damas no debe haber reproches, señora Miao.

—Vos nunca seréis una dama —le contestó y abandonó con arrogancia la habitación—. Confundís la maldad con la misericordia y el descaro con la cortesía.

El tórrido sol del estío iluminó de pleno la escalinata por la que bajaban las tres satisfechas mujeres, cada una por un motivo bien distinto, aunque Gardenia descendía incómoda por la chocante reacción de la compradora. Para Shui, su antigua ama seguía siendo una mujer inquietante y odiosa, y no deseaba marcharse sin acallar una sospecha que le corroía el alma. Volviéndose hacia ella, le expresó:

—Os voy a formular una pregunta. ¿En el acuerdo que firmasteis con la señora Kumiko figuraba el deseo de que nunca saliera con vida de esta casa de prostitución? Contestadme os lo ruego.

La falsa sonrisa había desaparecido de su faz maquillada.

—Pides lo imposible, insolente *siji*, puta —le espetó con desprecio—. Es igual que mueras aquí o en La Casa Dorada. Jamás podrás satisfacer la cantidad de dos *yuanbaos* de oro, por lo que serás ramera toda tu vida. Qué más te da, ingenua muchacha.

Miao, que había ocultado sus sentimientos tras un muro de respetabilidad, perdió de golpe las inhibiciones y sus atentos modales, y se revolvió como una pantera, temible, con entereza, con furor. Su semblante normalmente risueño no denotaba en aquel momento ninguna expresión; y acercándose a menos de un palmo de la cara de Gardenia, le espetó:

—Habréis de saber una cosa, putón de burdel. Desde este instante, dama Orquídea, Shui, que ese es su verdadero nombre, es una persona libre. Ambas fuimos íntimas amigas en la Ciudad Púrpura y ambas concubinas predilectas de dos emperadores. ¡¿Os enteráis, sebosa cortesana de cloaca?! — declaró terminante.

Miao emanaba un perverso entusiasmo, y prosiguió resuelta ante el estupor de Gardenia, que abrió los ojos como un batracio y enrojeció de bochorno.

—Y os lo advierto —manifestó con una mirada cargada de menosprecio—. No deis cuenta de este compromiso a la Maestra de Concubinas, esa prostituta disipada, si en algo apreciáis vuestra astrosa existencia. Si llega a sus oídos de rata que le habéis fallado y que os han birlado a Shui ante vuestras narices por dinero, os cortará el cuello. Cerrad vuestros labios con un cerrojo, os lo prevengo, solo así conservaréis la fortuna que os he regalado..., y la vida.

—Os equivocáis conmigo, señora Miao, medid vuestras palabras —balbució la vieja ramera.

—Además pensáis que me habéis estafado, pero he sido yo quien os ha engañado —se carcajeó en su cara—. Shui vale, no dos, sino diez mil *yuanbaos*, puta de puerto. ¿Entendéis?

Dama Gardenia se quedó inmóvil y aferrada a su propio desconcierto. Había sido víctima de su ambición y de su ansia de oro, y tendría que sufrir y callar su gran decepción. Se le escapaba su presa y bufó de rabia viendo cómo las concubinas ascendían al carruaje y cómo Orquídea recuperaba un genio vitalista y una radiante jovialidad que jamás había exteriorizado en su prostíbulo. Y sin poder disimular su cólera, les gritó:

—¡Malditas seáis, mujerzuelas!

Eran los primeros momentos de libertad auténtica que disfrutaba Shui en su vida, y el fin de su servidumbre sexual, y pensaba que sus días de bajeza y desolación habían concluido. Las limitaciones del burdel, la ignorancia y la sumisión, quedaban atrás. En la Ciudad Prohibida había

tenido la sensación de vivir libre, pero, «estuve tan encadenada —pensó—. Y en este prostíbulo, tan envilecida».

Percibió el abrazo infinito y deleitable de su independencia y la separación de aquel despreciable lugar, y sonrió radiante.

—Vamos, tenemos que partir sin demora, Shui, y contarnos estos años de ocultación y olvido —le dijo—. Por nuestra seguridad hemos de incorporarnos a una caravana de comerciantes de seda que parten desde la muralla. Son amigos, y nos esperan.

Oleadas de frescor descendían de las montañas hacia el valle. Era una jornada de calor y se disponían a afrontar la distancia entre Taiyuan y Xian, en la que tendrían que cruzar el río Amarillo, la ciudad de Linfen y la parte norte de la región de Shaanxi. Pero no lo harían solas, sino en compañía.

Shui la abrazó hasta casi cortarle la respiración.

Ambas lloraban cara con cara, y lo hacían con consuelo.

—Cómo teje y desteje el destino nuestra vida, Miao. Es puro azar —insinuó Shui, aún incrédulo de su suerte.

—¿Pero qué es la existencia sino una cadena de avatares?

El carruaje de Miao estaba cubierto de lonas acolchadas y acuchillado con aberturas que dejaban pasar el aire. En un rincón, en una pequeña hornacina, lucía una imagen coloreada de Mazu, la deidad femenina del taoísmo, de la que era tan devota Miao, y a la que había ofrendado dádivas y limosnas desde que se enterara del paradero de Shui.

Y sus oraciones habían tenido su eco en el cielo.

—Gracias por tu auxilio inefable, diosa Mazu —oró Miao, y bajó la cabeza respetuosamente Shui—. Al fin mi amiga, mi hermana Shui, está conmigo como te rogué.

Oyeron el chasquido del látigo y los gritos de los carreteros que manejaban las mulas, así como de los dos mozos armados que viajaban en el pescante trasero con mosquetes portugueses, y que las defendían de posibles asaltos de bandoleros. Se unieron a la caravana de carros y camellos que ya iniciaba su marcha por el transitado camino, donde también marchaban algunos jinetes, viandantes con bultos, campesinos arreando a sus cebúes y asnos, correos imperiales y otros carretones de comerciantes, recaudadores y funcionarios.

Shui respiró el aroma de la libertad, ahora mezclado con el tufo de las caballerías, la bosta de los camellos y el cuero mojado de los arreos. Suspiró, y se acomodó junto a Miao.

Entretanto, y sin que nadie lo notara, un carromato desvencijado, y tirado por una acémila parda, siguió la estela de las concubinas a menos de un *li* de distancia —unos quinientos metros—. Lo conducía un criado robusto y encapuchado que lucía el pomo de un enorme cuchillo en su cintura. Llevaba las riendas sujetas férreamente e impartía las órdenes a la mula con duros chasquidos de su boca. No podía perderla de vista, y debía seguirla allá donde fuera sin ser advertido.

Eran las órdenes recibidas de palacio.

Ya de forma reposada, las dos amigas remitieron sus lágrimas de alegría, agradeciendo al destino que las hubiera unido de nuevo. ¿Pero cómo había ocurrido aquella caprichosa coincidencia? Mil conjeturas pasaban por sus mentes y no podían dar crédito al extraño albur de sus vidas. Shui le tomó las manos y le preguntó:

—No puedo creer que tú hayas sido mi libertadora, querida Miao, después de lo que he soportado. ¿Cómo sabías que estaba en ese burdel donde creí morir? ¿Quién eres tú en verdad?

—No sabes cuánto lo siento, Shui, pero quien debe relatarme primero los avatares de tu vida eres tú. ¿Cómo podía imaginar que habías abandonado las dulzuras de la Ciudad Púrpura? A ver, cuéntame todo paso a paso.

La recién liberada tragó saliva y le narró pormenorizadamente su odisea. Su conversación secreta con la emperatriz madre, sus dudas sobre la muerte de Xiaomei y la investigación posterior sobre el mercader Wuhang. Le habló del indescifrable documento que obraba en su poder, de la Hermandad Budista del Diamante, y de su plan para huir de palacio, los galanteos con el joven herbolario, el juicio ante los Sabios Maestros, la terrible sentencia, su marca como prostituta, y cómo por un error de cálculo, casi le cuesta la vida, ante la admiración y el estupor de Miao, que no podía imaginarlo.

—Me cuesta creerlo, pero conociendo tu alma insumisa todo encaja. Eres admirable, y en verdad el asunto de Xiaomei encierra un misterio difícil de resolver. Algunas esposas así lo aseguraban. Pero nadie poseía ninguna prueba.

—Estoy firmemente decidida a buscar esa pista sobre la verdad de mi hermana, ya que tú me has regalado mi manumisión. Yo la vi, como tú, entrar en la tumba del emperador. ¿Pero por qué tantos me aseguran que pudo no ser así?

—Algo se esconde tras su muerte, seguro. Pero medita bien lo que vayas a hacer. Estos lugares están llenos de peligros y puedes perder la vida en el intento, Shui. Olvida esa entelequia.

—Aunque sea lo último que emprenda, lo haré. Pero antes he de meditarlo y evaluarlo en toda su profundidad y justeza.

—Sé que lo cumplirás, y puedes contar conmigo.

A Shui le costaba aceptar la idea de que era libre.

—¿Y cómo te satisfaré el enorme dispendio que has hecho por mí? Ni en dos vidas que te sirviera podría pagártelo. He ahorrado tres *taels* de plata. Son tuyos, amiga del alma.

Miao negó con la cabeza reiteradamente.

—He comprado tu libertad, no a ti. Guárdatelos, que podrás necesitarlos. Eres libre como un pajarillo, como yo misma, y así lo haré constar ante un magistrado cuando arribemos a Xian. Me sobra el dinero.

Shui exhaló un hondo suspiro de gratitud, y le sonrió. Sabía que ella misma también hubiera dado la vida por verla libre.

Luego le habló de que los asesinatos habían cesado, al menos hasta el tiempo de su partida, y sobre todo de Calma Estival, el agente del primer ministro *oneige* Nian, a quien recordaba en el fondo de su corazón. Le refirió que él fue quien le abrió los ojos sobre los crímenes acaecidos en palacio, y de que tanto Xiaomei, como ellas mismas, y quienes estuvieron presentes en la agonía de Kangxi, iban siendo eliminados por un impávido homicida que seguramente aún estaba en circulación, por orden de muy altas esferas de la Ciudad Prohibida.

Miao la miró con desconfianza creyendo que era una chanza, tan habitual en ella.

—¿Qué me dices! Calma Estival es un *chayuan*, agente, del gobierno —se extrañó admirada—. ¿No es monje? ¿Por la diosa de la Misericordia, qué sorpresa, Shui!

—Es un funcionario del séptimo nivel. Se hace pasar por un *bhikkhu*, un monje limosnero, en este

caso falso, y recorre toda China indagando información confidencial para su superior. A mí me dejó helada su revelación.

Miao dio una palmada entre atónita e incrédula.

—Pues como tal religioso me entregó tu carta en la ciudad real de Taunggyi, en el país de Shan. Nada me confesó al respecto. Yo le di otra para ti, que obviamente no has recibido. Creo que regresaba esta primavera a palacio.

Miao negó con la cabeza, molesta y desilusionada.

—Pues será una decepción para él y se desconcertará. Aunque no creo que sospeche nada y menos aún que indague. Ya sabes cómo son esas cosas. Mi caso será tabú en palacio, como es costumbre. Le dirán que he muerto o que he sido regalada a un señor de Ceilán. ¡Qué sé yo! Me hiera no volver a verlo.

Miao dudó un segundo, pero se atrevió a hablar.

—Creo que al no hallarte, puede que indague, ¿no? —opinó.

Aquel era un tema delicado, y le preguntó a Miao:

—¿Por qué había de hacer eso?

—Sencillamente por los elogios que te brindó.

Miró a su salvadora a los ojos y se sinceró.

—¡¿Qué dices, Miao?! —y protestó ruborizada—. Seguramente ya se ha olvidado de que existo. Es un ser muy humano, noble y atento, pero inalcanzable. Nuestros caminos son paralelos e imposibles de cruzarse, y dudo de que mis oídos puedan escuchar más su cálida voz y mis ojos contemplen su figura gentil y deseada.

Se produjo un mutismo largo y Shui se interesó por el vuelo de los visillos que se agitaban con la brisa. Pensaba en Xu Jun.

Miao le ofreció un jarrillo con té y un cestillo lleno de *mantous*, panecillos dulces cocidos al vapor, y unos *mangou*, —mangos— frutas que sabía le encantaban a Shui, que agradeció la delicadeza de su amiga.

Cruzaron un luminoso campo de arroz. Olía a sementeras, a tierra mojada y al perfume de los huertos en flor. Los cultivadores se recuperaban de la dureza del tiempo que había asolado sus cosechas. El frío y las lluvias desaforadas del invierno habían dejado algunas aldeas desiertas y la inseguridad se respiraba en el ambiente, pero la vida renacía de nuevo en los arrozales, granjas y labrantías. Miraba la vida con ojos nuevos.

—Miao, se me va a salir el corazón por la boca, si no me relatas cómo te has convertido en la dueña de un burdel y cómo supiste de mi paradero. Me resulta asombroso e inconcebible.

Aquel fragmento del pasado, que desconocía Shui, empañó la mirada de su amiga, que no obstante dijo:

—El destino de cada persona es un mar sin orillas, y un incidente banal puede cambiarlo todo en un día, bien causándonos la desgracia, o cumpliendo plenamente nuestros deseos, querida Shui.

—A veces el albur desbarata por sí solo las previsiones de cien sabios, como nos ha ocurrido a las dos —corroboró Shui.

El tono de Miao se tornó de pronto seco y adusto.

—Mi drama ha sido menos trágico que el tuyo, pero también posee su intriga, su infortunio, sus

inquietudes y el sesgo ineluctable de la ventura.

A Miao le brillaron las pupilas, y se dispuso a narrarle su éxodo, no menos espectacular que el suyo:

—Escucha, Shui.

Fuera, una neblina lechosa cubría porosamente la orilla del río Amarillo y abrazaba las norias gigantescas que extraían agua sin cesar, y el millar de barcas, chalupas y juncos amarrados en sus animados muelles. El rumor ininterrumpido de la corriente que fluía hacia el Este, penetró en el carruaje junto a los extenuados rayos del ocaso. Y el sol, a medida que se hundía en el horizonte, resultaba más purpúreo, más grandioso.

Shui, cautivada, prestó oídos a su amiga.

Shui miraba a su valedora con la boca abierta.

A pesar de su extrema modestia, sabía que Miao poseía una reputación en el harén imperial de sosegar los espíritus de sus compañeras. Y por eso la apreciaba tanto.

Las manos juntas sobre sus rodillas y los ojos limpios como el cristal, la tranquilizaban. Las palabras de Miao comenzaron a sonar cálidas, veraces, entrañables. En Shui halló también una mirada tierna, de admiración, y desgranó la vida de sus últimos dos años sin desear esconderse y sus recuerdos más onerosos brotaron diáfanos con la luz de la verdad.

—Te contaré todo desde mi partida de Pekín, Shui, ya queda poco para detenernos, y hemos de pernoctar en el seguro caravasar del poblado cercano.

—Te escucho —le suplicó con la mirada pensativa.

—Verás, Shui, arribé a la capital de Shan un mes después de mi partida, un lugar bellissimo que significa «la Gran Montaña». El príncipe U Suu me trataba con respeto y deferencia, pero era evidente que no me amaba. Mi cuerpo, un regalo del emperador y de esa vil Kumiko, le había sido impuesto como yo había advertido. Desde el primer día percibí que era un obstáculo para él y un quebranto para la armonía de su casa. Sobraba en su mundo.

Se produjo una pausa por parte de las dos.

—Eso es difícil de soportar para una mujer.

Miao frunció el ceño al recordar aquel tiempo ruin.

—Pero no por ello me maltrató, Shui, sino que fui relegada como un trasto viejo e inservible —dijo—. Sus esposas y concubinas me despreciaban, y en las primeras semanas vacié el saco de mis lágrimas ante tanta desconsideración. Cuando creía haber hallado la libertad y un amor verdadero, había encontrado un mundo de rechazo e indiferencia que hería mi espíritu. Añoraba la Ciudad Prohibida, a ti, y a cuantos amaba allí.

A Shui le dio rabia aquel detalle, y reconoció:

—Sé cómo duele ese atroz sentimiento de rechazo, Miao.

—Sin embargo, un suceso imprevisto serenó mi espíritu alterado —prosiguió su relato—. Por aquellos días llegó a la ciudad de Taunggyi Calma Estival, el monje amable y amigo que traía tus deseadas nuevas de Pekín. Su sabiduría lo precedía y vi que era un personaje muy respetado en aquellos pagos, por ser insensible a los elogios, sabio y ecuánime con todos. Claro está que ignoraba que fuera un espía de palacio. Tus noticias constituyeron un bálsamo para mis pesares, te lo aseguro, y yo en reciprocidad te conté en otra carta mis desdichas y pesares, aunque envueltos en un velo de optimismo, para no preocuparte.

Shui le cogió una de sus manos, y la acarició.

—Tu corazón fue siempre pródigo, Miao.

—Pero lloraba deshecha, Shui —se sinceró—. Y como no estaba dispuesta a soportar más aquella aciaga situación, un día me armé de valor y hablé con el príncipe U Suu, que acudió al jardín donde sesteaban sus esposas, hijos y concubinas. «Pido perdón a Vuestra Alteza, pero debéis entender que no soy feliz en vuestra casa. No deseo oponerme a vuestros deseos, pues soy una ridícula mujer, pero os ruego que me dejéis libre y el cielo será magnánimo con vos y vuestra estirpe. Solo preciso de una carta vuestra de libertad y un *kanhe*, un salvoconducto real, para regresar a mi país y vivir con mi familia en Xian, ya que soy el único sostén de mi vieja madre y mis hermanas», le dije humillada en el suelo y con mi corazón abierto. ¡Y no sé cómo lo hice!

—Qué valor, querida. —Y la animó a seguir.

Miao la miró entre lágrimas, y conforme iba fraguando las palabras comprendía que tenía una vida paralela a la de Shui.

—U Suu me observó con su dura y fría mirada, que aún siento en mi alma, pues en aquel día se me mostró aún más gélida y temible. El silencio no pudo ser más elocuente. Se apartó y me dio de lado, lo que interpreté como una negativa. Así que no tenía más remedio que proseguir con mi vida y aguantar mi tortura. Era la concubina ultrajada de la sede principesca y sus esposas se reían a mis expensas. El indicador de mis fracasos estaba bajo mínimos, te lo aseguro, y también deseé quitarme la vida. Estaba ofendida en lo más hondo de mi ser.

—Te comprendo, Miao. Yo también lo sufrí.

—Sin embargo —y se le iluminaron las pupilas—, dos semanas después recibí la visita de su chambelán, un hombrecillo de bigote muy fino, modales esmerados y andar saltarín. Me aseguró venir en nombre del príncipe U Suu. Temblé de pavor, pues me esperaba lo peor. Como, por ejemplo, ser vendida a un burdel.

—¿Qué pretendía ese príncipe de ti?

Tras unos instantes de vacilación, Miao recordó:

—Verás, me traía una oferta de su amo: «Señora Miao», me dijo, «vos sois un regalo distinguido del Hijo del Cielo para mi señor, quien no puede permitir que seáis infeliz. De modo que os libera de vuestro compromiso, y para resarciros de vuestro tiempo malgastado en Shan, os ofrece de regalo diez *yuanbaos* de oro para que podáis ayudar a vuestra familia e iniciar una nueva vida en libertad en vuestra ciudad natal».

—¡Qué generosidad la suya! —opinó Shui.

Miao se sonó la nariz con delicadeza, y continuó:

—No paró ahí la cosa, Shui. Me expuso además: «Podéis llevaros vuestros vestidos, joyas y enseres personales, si así lo decidís, y podréis partir en una caravana de mercaderes de esmeraldas que sale para Pekín en tres días. Mi señor os ruega que redactéis una carta de vuestro puño y letra exponiéndole vuestros deseos y vuestra petición personal. No desea enemistarse con el poderoso *Bixia* emperador de China. Espera que lo excuséis y os pide vuestra comprensión. ¿Aceptáis la proposición, señora Miao?»

Un débil temblor removió la boca de Shui.

—¡Inaudito! Parece que temió la ira de Yongzheng.

—Eso creí entonces, pero salvó mi vida, querida. Me hice de rogar, pero no deseaba otra cosa

que salir de allí con un futuro más que halagüeño y la certeza de una vida regalada en libertad. Así que acepté su compensación jamás imaginada en mi mente, y dejé atrás las amarguras de Taunggyi. En menos de un mes, me hallaba en Xian con mi familia.

Todos sus datos iban encajando y se cerraba su historia.

—No sabes lo que me alegro por ti y por tu madre, Miao.

El gesto de Miao había cambiado. Estaba más jovial, y transmitía la ilusión de su gratificante existencia.

—¿Y cómo fue tu llegada a Xian?

—Una vez arribada como una dama casi principesca, y después de unos días de descanso y reflexión, me pregunté: ¿En qué podría invertir parte del dinero de U Suu? No me ofrecía ninguna duda, y me respondí sin demasiadas cavilaciones. Había sido entrenada para satisfacer a un solo mortal, el emperador, y no sabía hacer otra cosa que cantar, hacer el amor con maestría y sutilidad, bailar y tañer el laúd. Y lo hacía bien.

Shui lo reconoció. Decía la única verdad de sus vidas. Y recordando sus enseñanzas, adujo:

—Nos instruyeron para ser delicadas muñecas de placer.

—Tú lo has dicho —reconoció—. De modo que, aconsejada por mis hermanas y cuñados, compré por tres *yuanbaos* de oro una casa de citas de Xian que se hallaba en venta. En menos de dos meses La Casa Dorada se convirtió en la Casa de Té más acreditada de la ciudad y de sus contornos. Acudían clientes de todas partes. No teníamos rival, y a primeros de este año compré otros dos prostíbulos. En el día de hoy he duplicado lo que pagué por ellos. Me he enriquecido, sí, lo reconozco, pero mi alma no se ha transformado. Sigo siendo la misma que conociste en palacio.

Shui estaba reconfortada por la suerte de Miao.

—La diosa de la Fortuna te ama porque fuiste audaz, bondadosa y sincera. Pero una inmensa duda me sigue asaltando. ¿Cómo supiste de mí y de mi escondite en ese maloliente burdel? No era fácil saber de él.

Miao sonrió con su proverbial delicadeza. Poseía una gran capacidad descriptiva, y mimando sus gestos, graduando a veces su cálida voz, dramatizando algunos episodios o reconstruyéndolos con detalles íntimos, mantenía absorta a Shui.

—Nuestro maestro Sabio Errante, de grata memoria para las dos, solía decirnos que un hecho trivial, y a veces casual, puede cambiar la senda de la vida de un ser humano y luego la de otros. ¿Lo recuerdas?

—Claro que sí. Hoy se ha cumplido en mi persona.

—Pues bien. Hace solo unas semanas ocurrió ese prodigio, quizá propiciado por la diosa de la que soy devota y por el veleidoso azar que rige las vidas de los mortales. Era el día de la festividad de la Madre Tierra, acudí con varias de mis pupilas al altar de Mazu a dedicar unas ofrendas. Cuando estábamos arrodilladas, advertí que una de ellas se cubría los hombros con una estola en la que estaban dibujados un dragón alado entre nubes, dos fénix y los murciélagos de la suerte.

Shui ahogó una exclamación de estupor.

—Y esos grabados —prosiguió Miao— tenían muchas posibilidades de haber sido pintados por ti. Sónsaqué a la joven en cuestión, Li Ying es su nombre, que había comprado hacía solo unos días al eunuco Zhuan, propietario de El Descanso del Alma, quien, acuciado por sus acreedores, se había

deshecho de sus mejores coimas.

La miró atónita y Shui tardó en reaccionar.

—¡Magnolia, la dulce y voluptuosa LiYing! —exclamó, recordando a la niña que había protegido—. El cielo y el Iluminado favorecen a quienes procuran la felicidad de los más débiles. ¿Cómo iba a imaginarme que esa pintura obrara tal milagro?

—En efecto, ella me refirió que había sido pintada por una concubina imperial, de nombre Orquídea, a la que veneraba como una madre, y me enseñó el cepillo de carey con el que tú nos tatuabas exquisitas camelias. Creí morirme de estupor al contemplar un objeto tan conocido por mí. Me aseguró conmovida que, igual que ella, habías sido vendida a La Casa de las Cien Lámparas. Todos los detalles que me describió concurrían en ti, en especial el del canto y el dibujo, aunque ignoraba qué hacías recluida allí. Así que determiné que apostaría alto y compraría tu contrato, costara lo que costase. Nuestra amistad me obligaba. Conmigo habían sido magnánimas muchas personas, entre ellas tú y Xiaomei, y ahora era mi turno de corresponder con la misma moneda. Y ha sido posible gracias a la codiciosa avaricia de esa malnacida. Y esa es toda mi historia, mi querida amiga.

Shui no pudo reprimir un desahogo contenido.

—¡Qué dos años más espinosos!

—Y qué azares tan extraños se han confabulado a nuestro favor, Shui. Cuesta admitirlo, pero así sucedió. El azar unió nuestros destinos el mismo día que ingresamos en la Ciudad Prohibida, y él mismo decidió no romper ese vínculo.

La recién libertada se llenó de ternura, y dijo:

—Recuerdo el tiempo en el que llenabas mi vida, Miao, cuando eras mi *laotong*, mi cómplice y alma afín. Y doy gracias al cielo y a tu desprendida generosidad que me han devuelto la vida y regalado la libertad. Pudiste evitarte disgustos y sin embargo te sacrificaste por mí. Mi gratitud hacia ti será eterna.

Su mirada era de esas que animan el alma.

—Debía darle respuesta inmediata a aquella revelación. Tú lo sabes, Shui, tenía que saber por mí misma.

—Sé que eres así, benéfica por naturaleza.

—Y tú eres mi principal recuerdo —dijo Miao—. Cuando yo era una aspirante a concubina, bella pero pobre y de una raza inferior, tú y Xiaomei me defendisteis de aquellas arpías y me ofrecisteis vuestra amistad y auxilio. ¿Cómo podía olvidarlo?

—Miremos entonces al futuro con ánimo —dijo Shui.

Con los semblantes cansados, felices por su encuentro y su suerte, y con el cuerpo molido por el traqueteo del carruaje, llegaron con la noche a un caravasar que hacía las veces de hospedería: La Oca Risueña. El dueño atendió a las damas y a sus sirvientes obsequiosamente, tentado por la promesa de una bolsa suculenta.

Al poco otro carro destartado arribó al albergue, pero no se hospedó su único viajero, sino que se quedó fuera, al raso, junto a otros acemileros y arrieros de la caravana de seda. El encapuchado carretero soltó y trabó a la acémila y apoyó su grasienda humanidad en el tronco de una morera. Deseaba estar solo. Luego tomó de su zurrón un cuenco de arroz, unas almendras y un pellejo de

saqe, y comió y bebió apresuradamente.

Escuchaba el chirriar de los grillos y los maldijo, mientras observaba las estancias donde pernoctaba la concubina. Se propuso sestear y vigilar, pero al poco sus ronquidos evidenciaban su sueño profundo. Un búho solitario lo observaba inmutable con sus pupilas amarillas desde las ramas del árbol. Era una noche cálida y sin estrellas, donde una sobrecogedora bóveda celeste, del color del acero, intimidaba por su grandeza.

Y una luna pálida titilaba en su inmensidad.

Tras una semana de cabalgadas agotadoras y después de soportar el hastío de tanto grito, polvo y traqueteo, y de sufrir las carencias y falta de higiene de unos mesones malsanos y de otros albergues malolientes, arribaron a Xian, la Paz Occidental, la rica metrópoli de los ocho ríos, la antigua capital de las once dinastías, la legendaria y antes conocida como Changang, la de las feraces riberas del Wei y de los valles frondosos.

Desde el primer día, Shui, feliz en su nuevo acomodo, prefirió olvidar el beneficio recibido de Miao, pero no a su bienhechora, a la que estaría obligada de por vida. No obstante, Miao prefirió que el nombre de Shui no estuviera relacionado con el prostíbulo, que no fuera conocida por los clientes asiduos y la dedicó a otros menesteres entre biombos.

Como una tabla salvadora la había salvaguardado de su naufragio personal, y por eso había aceptado con sencillez y gratitud su generosa acción, ayudando en La Casa Dorada con lo que mejor sabía hacer: la música y la pintura.

Magnolia —LiYing— lloró de alegría al ver a Shui, que le pidió que no relatara su pasado a nadie. Juntas de nuevo.

—Deseo comenzar una nueva vida y olvidar mi pasado, LiYing. Lo acontecido no cuenta, ya pasé —le pidió.

—Descuida, ¿pero seguiremos siendo amigas? Aquí soy feliz con la señora Miao y me gusta mi trabajo.

—Seremos más amigas que antes. La señora Miao y yo te protegeremos, y nada debes temer desde ahora —le prometió.

LiYing era una joven resuelta, alegre y llena de diligencia.

La casa de citas era un suntuoso y apartado palacete campestre rodeado de cedros, moreras, magnolias y sauces, situado dentro de las murallas de la gran ciudad de la Ruta de la Seda.

El elegante burdel se alzaba en un altozano del arrabal de Yanta, en el sur, próximo a la gran pagoda piramidal del Ganso Salvaje, donde se guardaban los manuscritos del venerable monje Xuanzang, el que había traído desde la India las enseñanzas de Buda, y al que se tenía en China como el precursor de la ruta comercial más afamada del mundo.

El negocio de Miao era reputado por sus salones de música, los discretos pabellones de bebida y por sus reservados para el placer erótico. El prostíbulo constituía la cita obligada para los varones distinguidos de la ciudad y de sus alrededores, para los buscadores de placeres edénicos y para los amantes de las refinadas prostitutas persas, indias, siamesas y chinas, que Miao había formado según lo aprendido en el harén imperial, y a las que trataba como concubinas reales.

Una fragancia espesa a agua de rosas, agáloco y ámbar, a efluvios vaporosos de los baños, a las

adormecedoras esencias hindúes y a los sahumerios de mirra y sándalo constituía una delicia para el olfato. Una atmósfera de traslúcida indolencia y una grata quietud, realzada por la belleza de las cuarenta cortesanas que lo habitaban, hacían del refinado burdel, un nirvana.

Cuando las meretrices aguardaban a la clientela en los divanes, vestidas con tules etéreos, y acicaladas con exóticos afeites, artificiosos peinados y joyeles de ensueño, un sugestivo cuadro de sensualidad despertaba los más viriles instintos de los hombres. Aquel microcosmos de voluptuosidad, regalado y sensual, respondía a los gustos de los amantes más exigentes de los placeres del tálamo, que gastaban a manos llenas sus dineros y pagarés de papel moneda. Pero Shui no participaba. Todo lo veía a través de las celosías, por disposición de la desprendida Miao.

En todo aquel refinamiento se veía la mano exquisita de Miao, cuya preciada sensibilidad era proverbial en palacio.

Los grifos de las artesas eran dorados y pulidos, y en los cuartos de baño se arremolinaban las nubes de vapor perfumado. Las paredes estaban decoradas como una mansión aristocrática con sedas multicolores, lámparas de Kioto, tapices bizantinos con escenas voluptuosas, muebles repujados de madera y carey, suelos ajedrezados de mármol, columnas de jaspe y cortinajes de satén. Equiparar La Casa de las Cien Lámparas y La Casa Dorada era como comparar una casa de pescador con la Ciudad Púrpura. Y Shui era dichosa en aquel ambiente, aunque no participaba en las tareas habituales de la casa.

Aunque no olvidaba el gran empeño por el que había soportado dos años de angustias y desesperación: la aclaración del enigma de Xiaomei y la interpretación del dislocado jeroglífico regalado por la emperatriz madre, que mantenía en su seno como el tesoro máspreciado de su existencia.

Xian le recordaba a Shui a Pekín por su calor húmedo y su atmósfera porosa. En las primeras semanas visitó junto a Miao y Magnolia el Templo de la Gracia Maternal, donde recobró su costumbre de meditar en la quietud de su fe, e instruyó de paso a la joven en las esencias de la meditación.

Educó a LiYing en las sutilezas de la armonía para alejarla de los tálamos y cuartos privados; y aunque no alcanzó una refinada pureza, la incluyó en su nueva orquestina, junto a otras tres muchachas, Nube de Jade, Nube Púrpura y Nube Esmeralda, ya formadas en los fundamentos musicales. Con ellas formó el grupo Los Luceros Celestes, para audición exclusiva de los parroquianos de la casa de té xianesa, que llenaron las arcas del negocio de Miao.

En tan solo dos meses alcanzaron una gran sutileza y los más ricos artesanos, comerciantes, traficantes, oficiales, forasteros y funcionarios de Xian, acudían a La Casa Dorada por el solo placer de escucharlas, tras pagar cantidades exorbitadas. La voz prodigiosa de Nube Púrpura, una muchacha de Pekín, con excepcionales dotes para el canto y la interpretación musical, había sido formada por una excepcional maestra, Shui, y la viveza con la que tocaba los instrumentos de la nueva orquesta embelesaban a los asiduos con sus modulaciones, creando ambientes armoniosos, incitadores y sensuales.

Shui estaba satisfecha con su labor y les enseñó antiguas canciones *han* de amor y erotismo que enardecían de tal modo a los clientes, que llegaban a ofrecer muchos *taels* de plata por el deseo de pasar solo una hora a solas con ellas.

Compuso, además, para la casa de citas medio centenar de cuadros pintados con su mano maestra que representaban a damas que caminaban por paseos idílicos, sentadas en fuentes rumorosas, delante de un tocador, sesteando en tinas y baños delicados, o semidesnudas entre sábanas de satén, que Miao colocó en los salones y cuartos de esparcimiento, para deleite de los clientes. Y el erario de La Casa Dorada se duplicó.

Era la forma de Shui de mostrar su gratitud a Miao.

El otoño iba adelantando sus días con lúgubres nubarrones, y una lluvia neblinosa y continua anunciaba las grisuras del invierno. Tras varios meses en compañía de Miao y Magnolia, Shui ya no sentía ansiedad. Era una mujer nueva.

—Tu rostro delata felicidad, Shui —le soltó su amiga.

—Querida Miao, soy como una culebra que ha cambiado la piel. La misma carne y un dibujo diferente —dijo sonriéndole—. Ya ningún pensamiento del pasado me tiraniza.

Pintaba, meditaba y ensayaba por las mañanas con la orquestina de mujeres, su gran creación, y los sobresaltos irracionales padecidos en la Casa de Té se habían esfumado de su mente. Había cambiado, y su natural vanidoso con el que había abandonado el palacio imperial se había eclipsado de su alma para siempre. Además, había adquirido una virtud que anteriormente no poseía: antes de dar un nuevo paso, reflexionaba y evaluaba la situación para no errar. Era más prudente y toda su figura desprendía un aroma inconfundible a nobleza.

Y su sed de venganza hacia la maléfica Kumiko, o hacia dama Gardenia, se había consumido, como se consume una lamparilla de aceite ante la imagen de Buda. No eran nadie en su recuerdo.

Buscar las claves de la muerte de Xiaomei la martirizaba en menor medida. Lo haría, sí, pero sir que constituyera para ella una angustia paralizadora y apremiante. Había sufrido el horror del juicio y la miseria y la dependencia sexual en el prostíbulo de Las Cien Lámparas, y también la muerte le había susurrado desde cerca, pero ya no sufría de desesperanza.

Había recuperado la armonía extraviada y su paz interior la reconfortaba. Había alcanzado la sosegada felicidad que tanto había buscado. «Cuán cierto es que el cielo regenera a los mortales a través del corazón, y castiga sin cuchillo y sin látigo», se decía. Había contemplado el mundo con los ojos de un ser endiabrado y traspasado la frontera entre la locura, el envilecimiento y la libertad, pero en su nueva vida todo le resultaba baladí.

Una mañana fría y destemplada, tras las fiestas del Año Nuevo, una brisa cruda atizaba los braseros. Las ventiscas del norte habían transportado mantos de nieve que tupían los tejados y aleros. Un desvaído disco de luz salpicado de nubes negras daba paso a ráfagas heladas que ululaban por las rendijas.

Una sirvienta se aproximó a Shui y le susurró al oído unas palabras que solo ella escuchó. Cesó la música del ensayo en el salón, y la cantora compuso una mueca dubitativa.

Se incorporó del asiento, dejó el laúd y se dirigió a la puerta de la casa con pasos torpes y parsimoniosos, como si temiera algo de naturaleza desconocida. Miao y Magnolia se intercambiaron miradas de intranquilidad. ¿Qué le ocurría a Shui? ¿Qué fantasma del pasado la convocaba como un

espectro? Afloró en su cara una expresión indescriptible, mezcla de temor y júbilo.

Cuando vio al hombre frente a ella, aterido y envuelto en una túnica de color indefinible, le pareció otra persona. Fijó su mirada con apenada tensión. Se asemejaba a un pájaro viejo incapaz de volar hacia su nido. Su boca no parecía encontrar el aire, y estaba irreconocible. Sus ojos eran como dos bultos y la negrura de su cabello estaba recorrida por sucios hilos canos. Parecía como si el reloj del tiempo lo hubiera transfigurado en aquellos dos años.

Y su corazón le dictó que a partir de aquel momento su vida cambiaría indefectiblemente.

El monje del hábito azafrán

*Xian, 1726. Primer mes del tercer año del reinado
de Yongzheng*

Shui sabía que suele acontecer en la vida.

Cuando tras una gran adversidad la fortuna nos concede un atisbo de breve felicidad, seguidamente un suceso inesperado viene a romper ese efímero hechizo.

Se había inaugurado el tercer año del reinado de Yongzheng con diluvios torrenciales, vientos huracanados, crecidas de ríos y nubes grisáceas acompañadas de lentas amanecidas y soles sombríos.

Y allí, ante ella, estaba Calma Estival, Xu Jun, en un estado deplorable, con la cara huesuda débil y desesperanzado, ojeroso, dentro de una silueta tan esmirriada que se asemejaba a un mendigo de los que recorrían los caminos o levantaban sus platillos de peltre en los templos y mercados.

A Shui no le salía ninguna palabra de la boca, pero lo animó a entrar al zaguán. Aún le parecía un varón sensual, de mirada noble y acuosa, esbelto, pacífico y erudito, y deseó abrazarlo y besar sus finos labios a pesar de su aspecto lastimoso y depauperado.

—Sois otro, parecéis un filósofo errabundo.

—Que el Buda Dorado more en vuestra alma, señora Shui. Al fin os encontré —contesté susurrando—. En los límites de mi memoria recuerdo dos años de caminatas, sed, hambre, asaltos de bandidos que me robaban hasta el pan, propósitos truncados, angustias, tormento del cuerpo, asesinatos y espantos de corazón. Y todo para nada. Pero mi premio ha sido máximo.

—¿Cómo sabíais que me hallaba aquí, Xu Jun?

—Es largo de contar, pero sé que vos también habéis visitado los infiernos, y tal vez yo sea el causante.

—En modo alguno, cada cual compone su propio destino —le aseguró la joven, en el instante en el que compareció Miao—. La vida no es ni blanca, ni negra. Posee muchos tonos de gris.

Shui no deseaba juzgarlo severamente. Antes bien recordaba la suficiencia en su comportamiento, su independencia, su brillantez para explicar los preceptos de Buda y su desapego a lo material. Amaba a aquel hombre. El agua aún le corría por la cara, por la trenza desaliñada y su cráneo torpemente rasurado; y el barro le enlodaba su túnica azafrán y las sandalias de esparto. La sorprendida Miao dejó escapar una exclamación de incredulidad, a la vez que su rostro adoptaba una mueca pícara.

—¡Calma Estival!, ¿qué os ha ocurrido?

Xu Jun se quedó inmóvil y con la perplejidad en su semblante. No creía lo que veían sus ojos, y

miró a la dueña del burdel sin pronunciar palabra. Era el vivo espejo de la estupefacción. ¿Las damas Shui y Miao, juntas en un prostíbulo? ¿Qué diablo caprichoso lo confundía? Su mente no podía comprender.

Xu Jun no podía establecer una línea entre lo real y lo imaginario, entre la certeza y lo imposible. Se resistía a creer.

—¿Qué hacéis en este lugar, señora Miao? —balbució—. Os creía en las bondades de Shuan, donde os vi la última vez rodeada de princesas y de suntuosidades.

—Eso no importa ahora, maestro —lo cortó—. Ya lo sabréis a su debido tiempo. Ahora debéis bañaros, adecentaros y comer, acompañadme. ¡Parecéis una visión!

Aquel despojo de piel macilenta atrajo la compasión de los sirvientes que se preguntaban qué perverso diantre había maltratado tan severamente a aquel hombre, al que condujeron al baño y luego a las cocinas para que recuperara las fuerzas y el ánimo. Miao hizo un gesto para que su amiga la siguiera a un reservado. Debía sincerarse con ella, aunque dudó unos segundos. Pero se atrevió a hablarle con llaneza.

—Mira, Shui, yo siempre supe que Calma Estival, al no encontrarte en palacio, indagaría por su cuenta y te buscaría. Estaba segura de que no pararía hasta dar contigo, y no he andado desacertada.

Aquel era un tema delicado y preguntó:

—¿Tú lo creías así, Miao? ¿Pero por qué?

No podía ser más rotunda en su contestación.

—Qué ingenua eres. Sencillamente porque te ama —reveló reservada—. Está prendado de ti. Los cumplidos que te brindó en Shuan y la añoranza con la que habló de la señora Shui me descubrieron su enamoramiento. ¡Así es! Acéptalo.

Se notaba ridícula y aturdida, pero inmensamente feliz.

—Esto me conmueve y a la vez me agrada —afirmó ruborizada, y una leve sonrisa afloró en su boca.

—Ese sentimiento solo lo detectamos las mujeres. Además, si no es un monje verdadero tienes el camino libre para unirte a él, aunque no sé yo si después de...

Un amargo sesgo cruzó por su cabeza. Su vida anterior era un asco, un baldón difícil de ocultar, como su marca de puta.

—No deseará intimidades con una cortesana y una *siji*, aunque mis pensamientos siempre estaban con él. Y eso que intenté mil veces arrancarme de mi mente su recuerdo.

No sin esfuerzo, Miao curioseó con gesto íntimo:

—Entonces tú lo amas también, ¿no, Shui? Dime la verdad.

Miró a su salvadora a los ojos y se sinceró:

—Siento por él lo que no he sentido por mortal alguno. Cuando sufría mi castigo en ese prostíbulo pensaba en él para aminorar mi envilecimiento. Es un ser muy humano, compasivo y solícito, y ya lo amaba en la clandestinidad de mi alma en palacio. Cuando lo veía no entendía que tenía la felicidad tan cerca al estar deslumbrada por lo inalcanzable. Lo amo, sí.

Shui pensaba en Xu Jun y en el conflicto que supondría estar a su lado, ya que el devenir era tan incierto como cambiante. No se haría ilusiones.

Nueve días permaneció Xu Jun en el lecho, exhausto y anémico, bajo los cuidados de las

servientas del prostíbulo y de la perseverante Shui, que veló las pesadillas nocturnas que no lo abandonaron en aquellas vigili­as. El falso monje limosnero seguía amando a aquella mujer delicada e inasequible al desaliento. Pero pensaba que sus vidas eran incompatibles.

Al décimo amanecer, una alborada de debilitados murmullos en la que se respiraba el sosiego en la casa de lenocinio, Xu Jun creyó haber recuperado gran parte de su brío y decidió incorporarse del catre. No era el lugar adecuado para él. Debía agradecer a sus benefactoras los cuidados que habían precisado su alma y su cuerpo, pero decidió marcharse lejos y sin avisar.

No vio a nadie, pues las prostitutas dormían y los sirvientes se­steaban. La luz era exigua. Abandonó La Casa Dorada por el portillo trasero con el hatillo al hombro. Era lo mejor.

—Llegasteis a esta casa con el ánimo exhausto y el cuerpo gravemente debilitado. ¿No pensabais despediros de mí, maestro Xu Jun? —oyó una voz tras de él.

Se volvió avergonzado. Era Shui.

—Detesto la idea de ser un estorbo, un parásito —manifestó desenvuelto y en tono amable.

—No sois el único que va por la vida acarreado sus sueños incumplidos. Compartidlos conmigo —le pidió.

La joven no se había acicalado, aunque de ella emanaba una gran sensualidad. Lucía su larga melena azabache suelta sobre los hombros y únicamente se tapaba con un vaporoso camisón y un chal bordado sobre los hombros. Xu Jun aspiró el aroma perfumado de la joven que mostraba todo el esplendor de su madura belleza de veinte años.

Estaba prendado de ella, no podía negarlo, y le dolía tener que separarse de la única mujer que había amado, sin tan siquiera poder manifestárselo a la cara. Era discreto y atento y pensaba que merecía algo mejor que él. Shui se le acercó y lo tomó por el brazo. Había en su voz un matiz inusualmente acogedor y sus ojos rutilaban con tanta viveza, que seducía. Estaba enferma de amor, de afecto de ternura. Xu Jun no se resistió.

—Quedaos, os necesito —le dijo, pensando en Xiaomei y por tenerlo a su lado más tiempo—. Aún no estáis recuperado del todo, y Miao desea hablaros.

Un incómodo silencio se hizo entre ellos, y una sonrisa a medias, no se sabía si de apasionamiento o de confusión, se dibujó en el semblante de Xu Jun. Se miraron durante un largo rato, mientras sus sentimientos se adueñaban de sus corazones y la pasión espoleaba sus venas. Era como si hubieran despertado de golpe de un profundo sueño. Xu Jun se encontró con la tierna mirada de Shui, tan deseada, tan añorada. Duró solo un instante; todo lo que permitía la respetabilidad, pero el viajero se sintió conmovido. Era inevitable, y un ardor galopante los abocaba al deseo de sus cuerpos. El Maestro Imperial significaba para Shui el bálsamo que su espíritu precisaba en aquel momento.

—Los dos tenemos un ala rota por la vida. Tal vez tengáis razón, precisamos del consuelo de un alma amiga —dijo Xu Yun.

—¿Seguís vuestros sentimientos? Os pueden engañar.

—Nunca —respondió afectuoso—. Os amo desde que os vi por vez primera en los jardines de la Ciudad Prohibida.

El pasillo estaba desierto y hacía frío; y el ambiente, solitario, invitaba a las confidencias. Ambos comprendieron que necesitaban estar solos y que no debían negarse a experiencia tan

apetecible. Y se hallaban tan cercanos, que sus corazones los empujaron a fundirse en un abrazo. Lo hicieron con timidez, como temiendo un rechazo fatal, pero la atracción que sentían era de máximo fervor.

Shui tomó la iniciativa. La nostalgia de un afecto verdadero, su ternura y su atractivo irrumpieron en su mente haciéndola temblar de forma irracional. Y como un náufrago se aferra al leño salvador, rodeó instintivamente el cuerpo del hombre, que se dejó llevar hasta el lecho de la joven, aún caliente.

El cuarto de la cortesana oreaba un perfume refinado y estaba exornado con cuadros de damas durmiendo entre sedas, tocando instrumentos musicales o sesteando indolentemente entre flores y capullos rojos de loto. Era una invitación a la sensualidad y al contacto de los cuerpos.

El cuerpo de Xu Jun se negó a tocarla, aunque su alma lo deseaba. Aquellas caricias significaban para él un territorio inexplorado. Pero era tan abarcadora la pasión que sentía por ella, que por unos instantes especuló cuán torpe había sido al no participarle sus sentimientos. No se reprochaba caer en la tentación de la carne. Negada la estéril seguridad de palacio y del organismo al que pertenecía —cuyas puertas estaban cerradas para él—, intuía que al fin había hallado un refugio donde cobijarse.

El natural deseo por Shui que él había creído refrenar se le ofrecía como respuesta maravillosa a sus deseos. Se hallaba en la flor de la edad y lo dominaba la apetencia idealizada de percibir el abrazo de una mujer tan deliciosa, la compañía de una amante como Shui que resucitara su posibilidad de amar.

Tenía que ser ahora o marcharse para siempre. No le importaba su vida anterior de cortesana. «Shui es un espíritu puro.»

Xu Jun se atrevió y la besó con calidez.

—No deseo mostrarme como un intruso en vuestras emociones, pero ¿os sentís sola, señora Shui? —preguntó temblando.

—Como el lucero del alba en el firmamento —dijo.

Excitado por los besos y caricias de la cortesana, Xu Jun olvidó sus dudas y aprensiones. Su rostro se le iluminó y el raudal de ternura y amor que guardaba desde joven fluyó hacia Shui. Se despojó de su túnica limpia color azafrán y de sus sandalias y se abismó en la tersa y fresca piel de Shui, que lo aguardaba desnuda en el tálamo. Xu Jun observó la marca de la joven en el hombro que la proclamaba como una prostituta de burdel y la besó con compasiva ternura.

La hacía más sugerente, más real, más pasional.

—Es el corazón puro el que importa. Tu alma y tus sentimientos nunca fueron mancillados. Sigues siendo intacta de corazón —le susurró al oído.

Los dos amantes percibieron que los invadía una sensación de alivio, de ardiente pasión. Exploraron durante una hora sus honduras, saciaron su ardor sin prisas, con voracidad, y un arrebatado de lujuria los envolvió. Shui se dejó envolver por la fervorosa marea de caricias de su amante, y el maestro gozó de sus caderas insinuantes, de sus senos gráciles y de su vientre terso, hasta que confluyeron en un estrépito de delirio.

La cortesana se estremeció y gimió como nunca lo había hecho, con la cabellera derramada sobre la almohada. Sus formas eran rosadas como un amanecer. Un profundo suspiro salió de los labios de

Shui, quien exploró con avidez el cuerpo de su amante. El mundo que los rodeaba parecía haberse desvanecido y el tiempo se detuvo mientras se divertían con todos los juegos del amor que Shui conocía. Luego derramó un cálido perfume sobre su espalda que se deslizó en cien arroyuelos. Acariciaron sus sexos y entrelazaron sus piernas, para incendiarse, amarse, penetrarse, fundirse y moldearse en una misma naturaleza.

Quedaron exhaustos, pegados el uno al otro sobre el lienzo de las calientes sábanas de seda.

Cuando al rato Shui abrió sus sedosos párpados, Xu Jun la miraba. Y si antes desnuda lo embelesaba, ahora al volver a observarla, lo cegaba, lo fascinaba. Únicamente se tapaba con la toquilla de seda que le dejaba desnudos un pecho, los muslos y los pies. Sobre el cuello seguía suspendido un liviano collar de amatistas. Unos pendientes menudos de perlas destacaban en los suaves lóbulos de sus orejas.

Shui lo había amado en la clandestinidad de su alma pero ahora sabía que también era correspondida por él. La unión de sus labios había sido también la unión de sus almas.

—Siempre reinarás en mi corazón, Xu Jun —lo tuteó con una ternura indecible—. Has llenado de sentido mi vida.

—¿Puede existir alguien más hermosa que tú? No he amado nunca a una mujer —correspondió en el tratamiento—. Tú eres, has sido y serás mi único amor. Tú me haces olvidar todo.

Xu Jun la besó con una ternura que enardeció a la joven. Conocer a Shui era lo mejor que le había ocurrido en su vida y trataría de no perderla, ahora que se había hecho tan accesible a sus sentimientos.

—Y si tú lo deseas, uniré mi perdida vida a ti, LinShui —le contestó apretando su mano.

—¿Perdida? ¿Por qué? ¿Quién eres en realidad?

—Te diré lo que no soy —dijo reservado—. Ahora me encuentro desamparado, sin un norte que seguir, rechazado, y una terrible desazón me corroe las entrañas.

—Descarga tu corazón, Xu Jun —le suplicó.

—No desearía preocuparte. Pero cuán veleidosa puede ser la existencia de los humanos. Tan quieta en un momento y tan feroz y terrible de repente. Te he buscado y te he encontrado. ¿Qué más puedo desear? —se sinceró.

—Deseo saber todo de ti —le confesó la joven.

No había tensión en sus labios y aún destilaba dulzura.

—Pues escucha —respondió—. La Ciudad Prohibida ya no es como tú la conociste, Shui. Los acontecimientos se han precipitado, y claro está, nada ha trascendido al exterior —le explicó—. Yongzheng es un gobernante capaz y el imperio está seguro con él. Pero su casa la gobierna con mano de hierro y látigo de acero. El recelo, la crueldad y el desasosiego reinan dentro de sus muros.

Con la indiferencia dibujada en su mirada, se interesó:

—¿Ha habido más asesinatos de los que tú temías, de aquellos que presenciaron la agonía de su padre?

El Maestro Imperial contestó sin inmutarse:

—No, el médico murió en su lecho, pero Yongzheng ordenó asesinar hace ahora casi un año a su hermano mayor, el príncipe *primero* Yinreng, a quien mantenía recluido en un calabozo de Pekín. Y al *octavo* y al *noveno*, esos a los que llamaba «Gordo-como-un-cerdo» e «Insignificante-como-un-

perro», los ha eliminado, aunque han muerto oficialmente de disentería, cuando los tenía emparedados en una habitación diminuta y asfixiante.

Shui recordó al príncipe Yinsi, su compañero de la Academia de Pintura y gran devoto de sus dibujos.

—El hermano *noveno* era un gran pintor. Lo siento.

—Yongzheng, si intuye el menor atisbo de traición o deslealtad de sus cortesanos o familiares, los extermina despiadadamente. El próximo en caer será su hermano Yinti, el *decimocuarto* príncipe, al que todos deseaban ver como *Bixia*. El eterno aspirante al trono. Es la espina clavada en su imperial pie, y desconfía de él. Lo matará, a pesar de su prestigio y del apoyo del ejército.

—¡Qué horror!

Xu Jun admiró de nuevo la belleza fascinadora de Shui. La marca en su hombro era apenas una sombra que se diluía en su carne rosada. No podía creer que la hubiera poseído y hecho suya. Ni en sus sueños más íntimos lo hubiera imaginado.

Su garganta vibró. Deseaba hacerse más accesible.

—Pero lo peor no ha sido eso, mi querida Shui —le reveló, e hizo una pausa desconsolada—. Ya no soy un *chayuan*, un agente del Estado, ni un monje limosnero. No soy nada, solo un mendigo, un paria sin futuro. Únicamente soy un Maestro Imperial que carece de ocupación. Todo es confusión y caos para mí.

La muchacha lo miró atónita. No podía creerlo.

—¿Y cómo ha ocurrido ese contratiempo? —preguntó Shui, resistiéndose a que ese fuera su futuro, sabidas sus cualidades.

—Mi superior, el primer ministro Nian Gengyao, la garantía del orden y la sabiduría en su gobierno, fue invitado hace unos meses a suicidarse.

—¡No! —se extrañó Shui que lo tenía por un *neige* notable.

—Otra vez la crueldad de Yongzheng. Lo acusó de vanidoso y de enriquecerse a costa del tesoro imperial. Imputaciones infundadas, créeme. Aprovechó que su hermana, la favorita Zhen Huan, vuestra compañera de harén, fallecía de una enfermedad repentina, para librarse de él de forma ignominiosa. Le hacía sombra con su talento para los asuntos de gobierno.

—Desalmado canalla ese Yongzheng. Siento en mi alma el fallecimiento de Zhen Huan —se lamentó—. Tenía mi edad, y éramos amigas; y era tan apacible como el pétalo de una rosa. Espero que el cielo la haya acogido como merecía su espíritu selecto. ¿Y entonces?

Xu Jun negó con la cabeza, como si aún sufriera.

—Cuando regresé este pasado otoño, la Oficina de Asuntos Estatales me comunicó que nuestra misión secreta había sido suprimida por orden del emperador. Los Camaleones de Nian habíamos sido cesados, y pasábamos a funcionarios cesantes. ¡Una ruina, para el imperio y también para todos nosotros! Eso es cosa del nuevo primer ministro el *neige* Sichuan, un torpe funcionario que lamentará la decisión que ha tomado, o bien que desea que la corrupción se multiplique en el reino.

—Entonces, ¿es esa la causa de tu cambio de vida?

—En parte, pero te explicaré lo que sucedió después de mi llegada a palacio y de mi inesperada sorpresa. Una verdadera odisea, querida Shui —dijo, y sonrió.

La cortesana lo observó. Las líneas de su rostro conservaban la tersura de la juventud, y si estaba

algo ajada era por la tensión de la fatiga y los padecimientos, cuya naturaleza ignoraba Shui. Deseaba comunicarle sus planes de futuro, pero aguardaría a que estuviera repuesto de salud y de fuerzas. La cortesana había recobrado la alegría de vivir y la capacidad de reír.

—Descansa. Te prepararé un té. La señora Miao desea escucharte y también que oigas su relato personal.

—Ardo en deseos, pues por mucho que medito, no consigo atar los cabos de vuestras recientes vidas, y aún menos la de dama Miao. Me resulta inconcebible que se halle en este lugar, y que además sea su dueña y dama. ¡Es sorprendente!

A Shui le agradó su espontaneidad y su tono alegre.

—Te sorprenderá, no lo dudes, Xu Jun. No serán salvadas de palabras, ni de mentiras inventadas. Para sobrevivir tuve que enterrarme en un estercolero donde me metí voluntariamente para saber qué misterio encerró la muerte de mi hermana. Las circunstancias de nuestro encuentro rayan la fábula, y su crónica de los dos últimos años es tan inexplicable como la mía.

—Estoy deseando descubrir su verdad, y narraros la mía, de la que no os ocultaré ni un ápice. Un mundo intenso y penoso con personas despiadadas, con piel y nombre propio, que os sorprenderán por su perversidad —contestó Xu Jun.

Shui lo animó a vestirse, y no paraba de admirarlo. Si la fortuna la ayudaba, su vida vacía, y condenada a la añoranza y el tedio, había expirado. Aspiraba a una existencia junto a él. Xu Jun, sin poder disimular su desazón, le devolvió la mirada con sus pupilas reavivadas por la curiosidad. Ansiaba conocer los últimos pasos de la vida de aquellas dos cortesanas.

Fuera, una bruma cargada de humedad, presagiaba una mañana destemplada, y un cielo transparente y fresco transportaba en sus aires las fragancias germinales del río.

Una sensación de quietud, elegancia y refinamiento se percibía en el aposento de Miao cuando accedió a ella Xu Jun.

Un pequeño telar donde se bordaba un mantón ocupaba un rincón junto a un ventanal, por donde se filtraba la luz escasa del día. Muebles y arcones de ébano y cedro negro ocupaban los rincones, y de las paredes colgaban cuadros de cortesanas abanicándose entre sauces y cidros, pintados por Shui.

Sobre una mesa cuadrada destacaba un tablero de juego de ajedrez con estrías de ágatas y madera taraceada, donde se posaban las fichas blancas y bermellones. Sobre un diván cubierto de satenes lucían las imágenes de la diosa Mazu y un Buda tendido, a los que iluminaban dos lámparas de alabastro con aceite perfumado. En el centro de la habitación crujían las ascuas de un brasero que consumía ramas secas de morera.

Una mesita baja con tres cojines acogía a Miao, Shui y Xu Jun, que asistía imperturbable, aunque admirado, a las confesiones de las dos cortesanas que le relataron los amargos sucesos y avatares que habían vivido en sus dos últimos años, sin que por ni un momento las interrumpiera.

—Trágicas vuestras existencias, señoras mías, como no podía ser de otra manera, sabida la aversión que os profesaba el Gran Eunuco. Creo que a partir de ahora entre nosotros no deber levantarse fronteras de incomprensión y podremos entendernos mejor, pues la fatalidad ha regido nuestras vidas. De todas formas el azar ha hecho que se encuentren de nuevo y la fortuna os ha llenado de alegría, y también de bienes —dijo.

Miao hizo una reverencia con su cabeza, peinada elegantemente, y rogó al maestro que degustara una taza de vino de Qingxú, y comiera de un cuenco donde humeaba una sopa de calabaza con arroz y cerdo con soja y miel. Xu Jun se lo agradeció, y tras probar lo que le había ofrecido, se quedó como absorto, como si madurara lo que había acontecido tras ser cesado como agente imperial.

—Podéis hablar sin temor, Xu Jun —lo animó Miao.

—Te escuchamos. Deseo saber qué fue de tu vida —dijo Shui.

Con los brazos cruzados, las dos damas lo miraban expectantes. Deseaban saber por qué había aparecido tan extenuado y enflaquecido en La Casa Dorada, y qué suerte había corrido. Las dos mujeres lo observaban con incertidumbre e interés.

—Llegué la pasada primavera a la ciudad imperial, de regreso de mi viaje por tierras extranjeras y del imperio. Portaba varios informes para mi superior, el *neige* Nian, pero extrañamente se me prohibió la entrada en palacio, incluso cuando esgrimí mis títulos de Maestro Imperial, de funcionario del séptimo nivel, y de emisario de la Junta de Censores. Nian, pese a que había

intentado restaurar la moralidad de nuestro reino con medidas anticorrupción, había sido obligado a quitarse la vida, como después supe, acusado de noventa y dos cargos de malversación de caudales públicos. ¡Qué injusticia!

—Nuestro impulsivo soberano, siempre obra así.

—Ciertamente, Shui. Prefiere escuchar los cantos de sirena de Yan Yan, Kumiko y de unos ministros leales como perros, aunque poco inteligentes. Hoy China es simplemente una nación sometida a perpetuas vejaciones, cuya libertad sigue vigilada. Penoso.

—¿Cómo obrasteis ante la negativa de abriros las puertas de la Ciudad Prohibida? —lo animó a hablar Miao.

—Pues, decepcionado y preocupado por mi futuro me dirigí al monasterio que se alza entre la calle del Pozo de los Cuatro Ojos, junto el mercado de las Flores, la sede secreta de nuestra organización, donde solíamos recibir las órdenes de Nian y también nuestras recompensas de alimentos y la paga anual. Como ninguno teníamos familias a las que alimentar, solíamos regalar parte al cenobio, pues los monjes que nos atendían eran pobres como ratas.

—¿Entonces sois o no monje budista? —se interesó Miao, que nunca había dudado de su misión religiosa.

—No —dijo sonriente—. Tan solo era un disfraz para pasar inadvertido, como también usaba otros, como el de chamarilero, el de escribano o el de mercader de lanas, e incluso recitador de salmos contra el mal de ojo y los demonios. Era mi forma de servir a mi país, señora. Yo soy Maestro Imperial de alto grado.

—¡Sois toda una sorpresa! —señaló Miao estupefacta.

—Sin embargo, he de decir a mis señoras, que el tiempo que permanecí bajo la disciplina de Sabio Errante, sí me cultivaba en los dogmas del Iluminado, y estaba decidido a seguir la vida célibe y mística que tanto apaciguaba mi alma. Es la verdad.

—¿Os dolió su infamante fin? —preguntó Miao.

—Fue una muerte sucia, indigna, brutal e incomprensible.

A Xu Jun le había conmovido su recuerdo, pero continuó, aunque en su memoria había un poso de desazón.

—En el monasterio nadie se atrevía a hablar por no incomodar al nuevo *niege*. En Pekín las paredes oyen. Así que me fui a la taberna de Bianyifang, en la calle del Agua Dulce, la que suelen frecuentar los conspiradores, proscritos, espías, matones, asesinos a sueldo, funcionarios venales y sobre todo los viejos sirvientes de la casa real, a los que les gusta trasegar con cerveza y con vino de Xinhucchu. Y de inmediato se fueron de la lengua, contándome cuanto deseaba saber.

—Conocemos a esa caterva de chismosos y malhablados.

—Y algo más, señora Miao —dijo mordaz—. Por un cuenco de vino son capaces de contarte hasta cómo vinieron al mundo. Y claro, como traía conmigo vuestra carta para Shui, y no podía acceder a palacio, le solicité a uno de ellos, un viejo conocido mío con cara de pera e inclinado a empinar el codo, que entregara a la señora Shui una carta de la casa real de Shan.

—Se extrañaría el servidor, ¿no? —terció Shui.

—Más que eso. Se tapó la boca con su mano, como si la cubriera con un velo, y me susurró temeroso: «¿No lo sabéis, maestro?, dama Shui fue juzgada, condenada y vendida a un burdel, por

conducta inadecuada y lujuriosa. La marcaron como a una perdida.» Y después me narró con detalle tu contacto con el hijo del boticario, el juicio, la intervención de la emperatriz madre, y la transacción realizada por Kumiko, que se quedó con la mitad de la venta, hurtándome el lugar donde habías sido ofrecida. Estaba claro que para seguir hablando precisaba del estímulo del dinero, o de un regalo sustancioso.

—Son como mujerzuelas de mercado —dijo Shui.

—Quedamos al día siguiente, pero se hizo el remolón, y me evitó durante unos días. Parecía arrepentido de haber soltado la lengua. Pero una bolsa bien abastecida de monedas de cobre, con las que tendría para beber un mes, le hizo hablar por los codos. «Si llega a oídos de Yan Yan o de Kumiko que os doy esta información, me despelleja vivo. Sed cauteloso. *Lasiji*», así te llamó, «ha sido vendida al prostíbulo de Las Cien Lámparas de Taiyuan. Es carne de cloaca y no durará mucho, acostumbrada a las exquisiteces y mimos de palacio», me reveló el bastardo, al que estuve a punto de ahogar con mis manos.

—Kumiko quiso que muriera de forma lenta. Me detestaba porque la emperatriz madre me admiraba y porque el emperador había valorado mis pinturas públicamente en presencia de toda la corte —recordó Shui, que entró en un raro mutismo.

—¿Por qué nos aborrece tanto esa Kumiko? —dijo la dueña.

—Porque nos envidia, Miao. Tanto ella como Yan Yan, que desea ser como nosotras, con su instinto casi femenino. Medio mujer, medio hombre.

Xu Jun se detuvo y bajó el tono de su vozarrón.

—Pues habréis de saber que mi superior Nian, que el Augusto de Jade cubra con la quietud eterna, poseía un informe secreto y comprometido sobre ellos. En él se prueba la venta de cargos públicos por parte del Gran Eunuco, ganancias, que iban a parar a su bolsa personal, y sus salidas fuera de la Ciudad Púrpura, que están prohibidas a los eunucos. Sé dónde se halla ese documento confidencial y cómo depositarlo en las manos idóneas. El escándalo podría convertirse en el fin de ese depravado malnacido. A su tiempo veremos qué determinación tomo al respecto.

Miao se sonrió. Nadie como ella y Shui deseaban que Kumiko fuera señalada con el dedo acusador de la corrupción. Significaría su fin y su ruina, y quién sabe si su ejecución sumarísima.

—¿Y qué determinación tomaste, conocido mi degradante paradero? —le preguntó Shui.

No era afecto, era una profunda admiración la que sentía por Shui, y la miró con ojos de embeleso.

—Ya que has conocido mis sentimientos hacia ti, querida Shui, lo que hice fue partir hacia Taiyuan y tratar de rescatarte, o quién sabe si raptarte del burdel. Estaba dispuesto a todo. Así que regresé al monasterio, reuní cuanto poseía, cerca de cuatro *taels* de plata, y oculto bajo la personalidad de un escribano ambulante, me uní a una cuadrilla armada de peleteros con destino a Lanzhou —las informó.

La dueña de La Casa Dorada valoró la meritoria acción de Xu Jun. El amor era capaz del más señalado de los sacrificios, porque, o se hace todo por él, o no se hace nada. Y Xu Jun había obrado como una persona comprometida con quien amaba.

—Mi corazón se llena de alegría, Xu Jun. Nadie, salvo Miao, había hecho tanto por mí como tú —respondió Shui, y una lágrima se escurrió por su faz—. Gracias.

—Agradezco tus palabras, pero no hice nada, pues la señora Miao se había adelantado a mis propósitos. Pero os narraré qué me aconteció en Taiyuan.

Xu Jun sorbió del tazón del vino y siguió sereno.

—Una vez en Taiyuan, que me recibió con una tormenta de polvo y granizo, me instalé cerca del burdel Las Cien Lámparas, en una respetable posada de la misma calle. Nada más llegar dispuse el recado de tinta y papel en la puerta, y en el primer día recolecté quince monedas de agujero, alguna de plata. Pero fue a los seis días, y cuando ya me disponía a visitar el burdel en calidad de cliente para husmear, cuando me visitó una sirvienta del prostíbulo, una muchacha cojitranca y feúcha, que deseaba enviar una carta a sus padres de Guangdong.

Shui sonrió. Su nombre le traía gratos recuerdos.

—Se llama Xiu-Mei, «Ciruela.» Es una esclava adorable que sufría las iras de Gardenia en silencio.

—Pues Xiu-Mei, cuya confianza me gané con facilidad, fue la que en su pusilanimidad y con la promesa de no cobrarle nada mientras me diera conversación, me puso al día de quién era quién en la Casa de Té. Al fin me habló de Orquídea. «Concubina adiestrada en la Ciudad Prohibida en las artes amatorias y en la música», me dijo con orgullo. Creía haberte encontrado, y estaba firmemente decidido a sacarte de aquel pozo como fuera.

—Pero ya había pasado por allí mi ángel salvador —dijo Shui.

—Claro está, pues se refirió a ti en pasado. Primero divagó sobre tu enfermedad, de cómo socorrías a las demás coimas, y de tu espectacular venta a la dueña de La Casa Dorada de Xian, que yo, ni en mis sueños más febriles, podía imaginar que poseyera dama Miao. Y se fue muy agradecida.

—Ya veis, Xu Jun, el azar rige nuestras vidas —recordó Miao.

El Maestro Imperial fue alargando su narración con palabras generosas, algunas observaciones que hicieron sonreír a las cortesanas y una dispersión de pequeñas anécdotas vividas en aquellos días de búsqueda en la ciudad de Taiyuan.

—Y la cándida niña, Xiu-Mei, hasta me instó a visitar el burdel donde se servía un *saque* excelente y se oían las más atrevidas canciones eróticas de China.

—Digamos que chabacanas trovas —aseguró Shui.

—Pero decliné su invitación, pues yo ya organizaba en mi mente el viaje a Xian, ciudad a la que podía haber llegado en dos semanas, pero no cinco meses después. Ardía en deseos de partir, y eso constituyó mi perdición, que ahora os narraré.

—¿Y qué te ocurrió para dilatar tanto tu llegada?

—Digamos que sería mejor decir cómo pude salir con vida de la celada que me tejió la fatalidad. Estoy vivo de milagro y puedo aseguraros que visité el infierno con todos sus tormentos, pues padecí los más lacerantes suplicios.

—Os escuchamos, Xu Jun —dijo Miao interesada, mientras Shui fruncía el ceño. Fuera lo que fuese no iba a gustarle lo que iba a oír, pero estaba deseosa de conocer la veracidad de los hechos que habían estado a punto de rematarlo. No deseaba malograr su confesión, y lo animó a proseguir.

—Pues ocurrió que cuatro de los peleteros con los que había llegado a Taiyuan, tras unas ventas provechosas habían abandonado la caravana con objeto de dirigirse a Xian. Paraban en mi misma posada y me invitaron a acompañarlos. Mala decisión, pues había pensado esperar a una caravana de

Samarcanda, mejor guardada, que partía dos o tres días después. Me pudo la inquietud por verte cuanto antes, Shui. El caso es que accedí, y los cuatro, en nuestras cabalgaduras, iniciamos el camino, pensando que cuatro hombres armados disuadirían a cualquier ladrón.

—Esa calzada suele estar muy concurrida, Xu Yun —dijo Miao.

—Y lo estaba. Pero a la cuarta noche de camino, uno de los peleteros, por el temor de que le robaran las pieles, nos persuadió de no tomar posada pues no le gustaban los clientes que allí se hospedaban. La verdad es que eran de la más baja hez. Así que descansamos en un calvero próximo, fuera de la vista de los viandantes, pero no de los «habitantes de las espesuras».

—¿A qué habitantes te refieres? ¿A bestias salvajes? —se interesó Shui, muy preocupada.

—Más que eso, querida Shui, y peor aún. ¡Mujeres!

Las cortesanas, que se habían dejado arrastrar por su atractiva narración, saltaron casi al unísono. Les costaba creerlo.

—¿Mujeres?! —exclamaron.

—Hembras asilvestradas, y tan crueles como hermosas. Surgieron como espectros cuando el primer rayo de sol se filtraba por las copas de los árboles. Se trataba de la famosa y temible banda de la Mujer Esmeralda, una amazona que maneja con maestría una lanza tres veces mayor que ella. Cayeron sobre nosotros como panteras desde las ramas de los árboles. Eran al menos veinte, y después supimos que en aquella partida de bandoleras se había integrado la de la Mujer Jade, así llamada porque se cubre con una coraza de cuero de escamas de ese color. Maneja la espada como un capitán del ejército.

Parecía que Xu Jun buceaba en su mente y se dejaba arrastrar por un río de palabras que le concedían gran veracidad.

—Yo he hecho ese camino ajena a ese peligro. Es más, creía que era una leyenda inventada por campesinos ignorantes, una de esas historias que cuentan los viejos junto al fuego —dijo Miao.

Xu Jun advirtió en un tono reprobatorio:

—Pues no, señora. Son tan reales como que ahora nos hallamos los tres sentados aquí. Saltar sobre los árboles como monos, dominan el tiro de la ballesta y las armas de fuego a la perfección. Aparecen y desaparecen en las espesuras como si fueran apariciones y cabalgan a lomo de sus caballos con velocidad silbante. Y todo eso lo vi con mis propios ojos.

—¿Y qué las habrá conducido a convertirse en bandoleras y colocarse al otro lado de la ley? Cuesta creer que lleven esa vida siendo mujeres y, francamente, no veo nada inocente en sus acciones —opinó Shui—. ¿No tienen en cuenta la moral y la piedad?

—La maldad nunca marcha sola y atrae a otras formas de perversidad —opinó Miao.

Xu Jun compuso un gesto indefinible, como si estuviera sumido en un dilema o en un recuerdo infame.

—No las justifico, pues después de robarme, martirizarme y vejarme, pensaban quitarme la vida cuando ya no les sirviera. Pero en su favor he de decir que sus tierras les fueron arrebatadas, sus hijos, vendidos como esclavos, y sus familias padecían hambre y desesperación. Hace tres años dejaron sus aldeas abandonadas y se internaron en los bosques para poder sobrevivir, y de camino sembrar el terror sin mirar a quién.

—Eso es perversidad por perversidad.

—Claro —dijo el maestro—. Y hoy son un peligro a lo largo de las selvas del río Amarillo y el Shaanxi occidental. Atacan a pobres, ricos, caravaneros y desvalidos, y a todo aquel a quien puedan robar un mendrugo de pan. Los vigilantes las persiguen y les tienden celadas, pero no consiguen apresarlas, a pesar de la recompensa que han puesto por las dos capitanas.

—¿Y cómo son, Xu Jun? —se interesó Shui intrigada.

El maestro le mantuvo la mirada y agregó con fruición:

—Muy desdeñosas con los machos, muy masculinas, y poseen una destreza marcial que me impresionó. Carecen de gestos femeninos, y son nervudas, decididas, de tez oscura, y visten y se conducen como hombres. Poco deben envidiar a cualquier soldado real, y son tan crueles como ellos.

—¿Y qué os hicieron al apresaros? —preguntó Miao.

El maestro calló y pensó durante unos instantes. Parecía que odiaba recordar aquel oneroso episodio. Congeló su mueca jovial y amistosa y se sumió en un recuerdo enojoso.

—Pues en menos de un suspiro nos rodearon, nos paralizaron y nos maniataron, sin proferir un grito. Nos apuntaron con las flechas de sus ballestas, pero solo fue para intimidarnos. Nos robaron cuanto poseíamos, a mí mis *trestaels* y el asno, y a los peleteros, sus pieles, pertenencias, cabalgaduras y dinero de las ventas. Se reían, nos tildaban de ingenuas presas y decían que la pesca había sido magnífica, y que con las ganancias vivirían medio año las familias. ¡Malditas sean! —recordó enojado.

—Es raro que no os hubieran matado.

—Y lo hubieran hecho, señora Miao, si no nos tuvieran preparado otro destino más truculento y brutal.

Cauta y receptiva Shui se interesó acongojada:

—¿Cuál, Xu Jun?

Unos segundos más de duda. Le costaba hablar.

—Convertirnos en esclavos hasta que no resistiéramos en pie. Ese era su objetivo, señoras —explicó doliente y con mucha brusquedad—. Después nos matarían.

Xu Jun hizo otra pausa. Le costaba trabajo hablar.

—El caso es que caminamos durante un día entero, en dirección norte. Tres bandidas de edad más madura, pero de sentimientos viles, tiraban de un dogal que nos habían atado al cuello. Aún tengo la señal bajo la garganta. Las demás parecían haber desaparecido, momento en el que uno de los peleteros, el más joven, dio un tirón y se soltó de la soga. Corrió como un gamo por el sendero, pero de repente silbó una flecha desde las alturas que le entró por la parte blanda del cuello y le salió por el ojo. Cayó fulminado.

—Una advertencia pavorosa —dijo Shui.

—Así es. Estaríamos vigilados constantemente y moriríamos sin intentábamos escapar. Desolador. Éramos sus víctimas propiciatorias, y cuando lo desearan nos eliminarían.

Tras una ligera vacilación, el maestro recordó:

—Y al llegar a un oscuro recodo del río, lejos de toda civilización y de cualquier poblado habitado, con los pies en carne viva y los brazos y piernas magulladas, se montó el campamento de la errabunda banda de malhechoras. Entonces pude ver la cara a Mujer Esmeralda y Mujer Jade. Son hijas de *tankas* —campesinos— y apenas si poseen rasgos femeninos, salvo Mujer Jade, cuyo rostro

es agraciado y su figura, agradable. Era una hembra hecha de ambición, maldad, insolencia y lujuria, y de una agilidad para desaparecer elástica y vertiginosa.

—O sea, que os gustó —terció sonriente Miao.

—No, la odié con toda mi alma, pues era inhumana y déspota. Me amenazó varias veces con castrarme y colgarme por los pulgares de los pies, si no era más diligente en mis obligaciones. ¡Perversa mujer!

Shui suspiró con brusquedad. Sentía lo ocurrido.

—¿Y cuáles eran esas servidumbres, Xu Jun?

—Terribles, desde que salía el sol, hasta que se ponía. Nos levantaban al amanecer y debíamos acarrear del río los baldes de agua, cortar hojas y cañas de bambú para renovar las covachas donde dormían, desgranar las vainas de arroz, calentar comida, disponer los fuegos y servir de bestias de carga. Y todo ello con los pies trabados, para evitar que huyéramos. Cuando íbamos de un sitio a otro llevaban a sus niños colgados de las espaldas y se movían como la niebla: invisibles y fugaces.

—Detestables mujeres. ¡Cuánto debiste de sufrir!

—Siempre he envidiado la capacidad para sobrevivir y entender la vida de las mujeres, pero en aquellas ladronas todo era perversión. Inconcebible el suplicio al que éramos sometidos a diario. Y una noche nos avocaron a una humillación que solo podría calificar de degradante e incalificable. Fue un horror, os lo aseguro.

La cortesana lo miró a los ojos y estuvo así un rato hasta que lloró levemente. Al Maestro Imperial parecía que le costaba trabajo seguir con su narración, y como si recitase una sentida plegaria, tapó su rostro con las manos.

Luego alzó la cabeza y las dos cortesanas vieron que tenía los ojos inundados de lágrimas. Y se preguntaron qué había trasladado a su memoria tan oneroso que lloraba tan amargamente, pues lo que brotaba del cenagal de sus recuerdos, rezumaba sufrimiento por todos sus poros.

Xu Jun no hizo nada para limpiarse las lágrimas.

El sonido de las pisadas y risas de las cortesanas del prostíbulo, el bullicio de las sirvientas y las persianas batiendo con el viento, los distrajeron de la plática del Maestro Imperial. Shui y Miao le sonrieron tímidamente y lo animaron a que diera por concluida su narración, si no deseaba referirles algo que parecía agobiarlo.

—Ya acabaréis otro día el relato, maestro —dijo Miao.

—No, deseo dejar limpio el saco de mis recuerdos, aunque estos sean desagradables y ofensivos. Solo así lo olvidaré para siempre. Proseguiré —adujo.

Shui le escanció un cuenco de licor y lo saboreó.

—Cada día significaba una prueba más difícil y onerosa para nuestro valor. La mujeruca que nos vigilaba, una desdentada irritante, astuta y afanosa, nos fustigaba con una varilla de nogal, sin dejarnos resollar un instante. Por la mañana nos arrojaba frutas podridas, o las sobras de su cena, y por la noche, una bola de arroz, que teníamos que disputar a las ratas que merodeaban por unas celdas de caña donde nos encerraban al atardecer. Los piojos, los insectos y los escorpiones corrían por nuestros cuerpos, y creedme que deseé que alguno me picara para morir allí de espasmos, antes que seguir sirviendo a aquellas sanguinarias criaturas del infierno.

Miao, que también estaba afligida, preguntó:

—¿Ese recuerdo es el que tanto os perturba?

El maestro movió la cabeza negativamente.

—En cuanto a la veracidad de lo que os he contado, no dudéis ni un ápice, pero mi llanto irrefrenable obedece al recuerdo de una noche aciaga que desearía borrar de mi cabeza por indeseado —reanudó el relato—. Mujer Jade, cuya soberbia era pareja a su intrepidez, deseaba divertirse mientras sorbía *sage* junto al fuego, y dijo a la vieja que nos trajera a su presencia. Comparecimos y nos obligó, propinándonos golpes sin piedad, a que hiciéramos de blanco de sus flechas y luego a que lucháramos entre nosotros hasta la muerte en presencia de las mujeres de la banda. Nos negamos e imploramos, refiriendo que bastantes penalidades sufríamos ya para obligarnos a aquella ruindad. Fue en vano. Nos entregaron unos cuchillos mohosos, y peleamos.

Xu Jun tragó saliva. Se resistía a evocarlo, y Miao le ayudó mostrándose amistosa.

—Qué degradante puede llegar a ser el que decide sobre las vidas de sus semejantes. Qué vileza.

El maestro, que no deseaba ser desatento con su anfitriona, le respondió con su tono grave de voz:

—El ser humano es capaz de las mayores bellaquerías por sobrevivir. Mis camaradas de penalidades y yo lo aceptamos con vergüenza. ¡Qué remedio! Era eso, o morir. Así que entre los jadeos de las mujeres enardecidas al vernos luchar, y nuestros torpes movimientos, satisfacimos a la

truculenta turba, que no dejó de tirarnos frutas podridas y excrementos durante la pelea.

—¿Murió quizás alguno de tus compañeros?

—Así es, señora Miao. El más anciano. Intentamos hacer un simulacro de riña, pero nos amenazaron con arrojarnos a un nido de escorpiones. Así que tuvimos que esmerarnos. Recibí maliciosos golpes que poco a poco me fueron enardeciendo, y un feo corte. Yo que aborrezco la violencia extraje de mi interior lo más animalesco que poseo. Uno de nosotros, Yung Lu, quedó sin sentido y tuve que lidiar con el viejo, quien al primer empujón cayó con tan mala fortuna que se golpeó el cráneo con una piedra, y allí quedó exánime. Lloré como un niño, creedme.

—Por lo que contáis se trató de un accidente —dijo Miao.

—Maté a un semejante, señora, yo que lo considero el más execrable de los crímenes que se pueden cometer en esta tierra.

Shui se dio cuenta de que su amado Xu deseaba esconder su debilidad y su arrepentimiento en el silencio y se interesó:

—¿Y el que quedó desvanecido? —dijo Shui.

—Quisieron asaetearlo por cobarde. Pero supliqué a Mujer Jade que lo perdonara, pues era necesario para el trabajo diario. Y pude morir también por mi osadía. Espero que el tiempo disipe ese recuerdo de mi mente al que nos obligaron esas mujeres embrutecidas. Pero sobre mi alma pesará la muerte de aquel infeliz toda la vida. El otro me prometió gratitud eterna, y a partir de aquella noche se convirtió en un hermano para mí.

Shui y Miao ocultaron todo signo de jovialidad.

—Siento una gran pena por ti, querido Xu —reconoció Shui, que lo miró con su mirada entrañable—. Olvídalo y piensa que fuiste obligado. Nada debes reprocharte.

—Yo quedé con un ojo tumefacto y un brazo herido, del que aún me queda esta horrible cicatriz —dijo, y la mostró.

Miao, preocupada por su huésped, le preguntó:

—¿Cómo dijisteis que se llamaba vuestro cómplice de penas? Su compañía debió de ser un bálsamo para vuestro pesar.

El maestro pensó qué palabras resumían mejor su afecto.

—Yung Lu, y se comportó como un buen compañero de penalidades, casi como un hermano, aunque después de la pelea, apenas si hablaba y deseaba quitarse la vida, pues me aseguraba que tarde o temprano nos obligarían a matarnos, cuando la jefa estuviera bajo los efectos del *sage*. Me cuidó cuando me asaltó una fiebre abrasadora durante tres días, y él solo realizó el trabajo de los dos. De haberse negado, me hubieran matado. Yo también lo auxilié cuando contrajo una severa disentería y un cólico desgarrador que lo dejó postrado y sin ánimo.

—Los padecimientos mutuos unen —señaló Shui.

—Sufrimos juntos el tormento, nos ayudamos a soportarlo, y como teníamos mucho tiempo reflexionamos sobre nuestra situación. Así que un día, mientras cogíamos agua en el río, ideamos nuestra venganza y una posible huida.

—¿Venganza? ¿Huir los dos solos? —preguntó Miao.

Xu Jun estaba más conversador y contestó:

—Así es. Habíamos advertido que algunas barcas se adentraban en el paraje para echar las redes

durante la noche. Yung Lu me aseguró que era un gran nadador. Así que aprovechando cierta laxitud en la vigilancia y la negrura de la amanecida, comencé a extraer agua a toda prisa para que no advirtieran su falta. Mientras, él se echó a las aguas y llegó hasta una de las barcas. Como hablaba el dialecto *jinyü*, les reveló a los pescadores que la banda de la Mujer Esmeralda y la Mujer Jade acampaba allí, y que lo denunciaran en el puesto de guardia más cercano, pues la recompensa era de diez *taels* de plata. ¡Una fortuna! Otra cosa diferente era que la cobraran.

Shui, que se había limpiado las lágrimas con el pañuelo, trajo a su memoria el poder del oro.

—La avaricia y la ambición obran milagros, y suelen aturdir la razón de los hombres —expuso—. ¿Y qué ocurrió?

La mirada de Xu Jun se dilató, nítida y llena de viveza. Dijo, con expresión amarga en el semblante:

—Pues la respuesta no tardó ni tres días. Sufríamos nuestra esclavitud penosamente, cuando al alba nos despertó un silbido largo. Era el aviso del grupo de bandoleras para huir. Un círculo de soldados las rodeaba. Algunas salteadoras fueron acribilladas por las flechas de la milicia, pero las dos jefas desaparecieron por entre las ramas de la espesura. En un soplo se habían desvanecido del lugar, dejando caballerías y muchos de sus serones y alforjas, que luego se repartieron los guardias. Después nadie, ni un ruido, ni la menor presencia de las salteadoras, a las que pareció tragárselas el aire.

Shui tenía a Xu Jun por un alma introspectiva que se nutría de su silencio interior, por lo que debía de haber sufrido lo indecible. Pero ahora era feliz con él. Dijo:

—Os sentiríais los dos confortados y reconocidos al cielo.

—Sí, claro, pero primero tuvimos que convencer al capitán, que creía que éramos familiares de la tribu. Yo incluso le revelé mi condición de agente imperial, y le solté algunos nombres de palacio. Quizás esa referencia nos salvó de haber sido interrogados y sometidos a tormento. Esos se las gastan así. Barbarie sobre barbarie. Eso es lo que impera en estos reinos que han renegado de las creencias de Confucio y de Buda.

Shui lo miró con timidez y con sentido de culpa.

—¿Y os dejaron en la selva a merced de las fieras? —preguntó, pues sentía el mismo espanto que su actor.

—No, Shui querida, el destacamento, asentado en Linfen, nos confió a un monasterio cercano donde nos aseamos, nos dieron alimento y consuelo, nos rasuraron la cabeza y las barbas cargadas de irritantes parásitos, y dormimos durante un día entero. Después, tanto Yung Lu como yo, envueltos en hábitos budistas, abandonamos el cenobio. Él con destino a una aldea del norte, donde vive, y yo a Xian, donde ansiaba hallar a Shui, la estrella que rige ahora mi vida. El resto ya es bien sabido. Recalé en La Casa Dorada y me tropecé con las dos damas más deliciosas de China, con las que siempre estaré en deuda.

—Pues estáis vivo de milagro, maestro —aseguró Miao como liberada de una carga—. El mal de los corazones procura siempre dañar el bienestar de los demás y se afana en extender el sufrimiento a su alrededor. Es lo que he visto desde mi infancia.

—Final venturoso, pero una prueba muy aciaga —intervino Shui acongojada—. Bien pudiste morir por encontrarme. Me siento responsable de tus padecimientos.

Shui sonrió con aquella mímica que a Xu Jun le recordaba el murmullo de un arroyuelo en primavera.

—En modo alguno. Fue decisión mía, y no soy de los que miran atrás. En mi vida he sufrido vivencias penosas, pero nada comparado con lo soportado en aquellos montes agrestes, comido por los insectos, azotado sin piedad, vilipendiado por mujeres sin alma, y padeciendo hambre y enfermedades. Solo la esperanza de encontrarte, Shui, mitigaba mi desaliento.

El maestro había consumado su insólita narración.

—¿Os hubiera gustado vengaros de esas desalmadas? —preguntó Miao con aspereza—. Le merecían por su maldad.

—Se comportaron como unas perras malditas, pero la venganza nunca es total, señora, y crea más insatisfacción aún. Mi espíritu ya las ha olvidado, tras cuatro meses de torturas y viles castigos. Un día pagarán sus iniquidades.

Pero la verdadera realidad era que la secuencia de los sucesos que había narrado, algunos confusos y desordenados, lo habían trastornado de forma sangrante. Hablaron después de temas fútiles, comieron de los platos y bebieron hasta apurar la jarra de *sage*, y al cabo de un rato, el maestro le preguntó a Shui con afabilidad.

—¿Sigues aún, querida Shui, con tu pretensión de buscar una evidencia de que tu hermana pueda vivir? ¿Su ausencia aún te perturba emocionalmente?

—Aún anida en mi corazón ese deseo. Tú mismo me sugeriste que su muerte, u ocultación, podían ser el efecto de una conspiración para salvarla de los más leales al *Bixia Yongzheng*. Como te dije poseo el testimonio de la emperatriz madre, que piensa así, y esa hoja de viaje de Wuhang, el mercader xianés. No sé si hace referencia en algo a Xiaomei, pero prefiero creerlo así.

—¿Y cómo lo llevarás a cabo? Puede ser muy peligroso.

—Sola no me atrevo, claro está. La inseguridad de los caminos y una mujer indefensa para llevarlo a término me inducen a postergarlo. ¿Hasta dónde podría llegar sola? Pensaba rogarte que me acompañaras, Xu Jun, pero tras tu terrible experiencia no me atrevo a pedirte. No te quiero exponer a otra desgracia semejante por nada del mundo.

—No es eso —respondió reposado—. Pero ¿no será que persigues una quimera, querida Shui? Te expuse una conjetura, una mera deducción personal sobre dama Xiaomei.

—Lo mío es una cuestión de fe y de loca esperanza, lo sé.

Miao deseaba quitarle de la cabeza tan extraña fantasía.

—Solo eran hablaturías de harén, mi querida Shui —insistió Miao—. Tú y yo la vimos descender al frío sarcófago del viejo Kangxi. Acéptalo de una vez por todas. Lo que piensen las señoras de palacio son solo patrañas dictadas por el tedio.

Shui retomó su proverbial gesto insumiso, pero insistió.

—¿Y el testimonio de Xiaogongren minado de ambigüedad? ¿Y el viaje repentino de Wuhang hacia el oeste después del entierro real? ¿Y la máscara de teatro que dejó una de las sacrificadoras en manos de la emperatriz? ¿Y ese extraño escrito que parece un jeroglífico encriptado que describe un trayecto donde está involucrada la Escuela del Diamante, a la que pertenecía mi hermana? —preguntó Shui excitada—. Son demasiados indicios que parecen indicar lo contrario. No me gusta inventar falsas expectativas, ni desconcertaros con mis fantasías. Quizás esté equivocada, pero

quiero pensar que el destino le brindó una oportunidad para sobrevivir y luego para desaparecer.

El Maestro Imperial les contestó serenamente:

—Bien, Shui, examinaré ese enigmático documento del mercader y te prometo que si encuentro algo que induzca a pensar que tu hermana pudo esquivar su sino, te prometo ante la señora Miao, que te acompañaré en tu búsqueda.

—Contad con mi apoyo —intervino Miao—. Poseo parte en una caravana que hace el trayecto de Xian a Kucha, tras la Gran Muralla. Sale el segundo mes del año. Podéis acompañarlos, y ellos os servirán de escolta. Entretanto, maestro Xu Jun, podéis ocupar la vivienda del caravasar como residencia. Solo os pido a cambio que auxiliéis a mi cuñado Chun a regularizar las cuentas con vuestros conocimientos matemáticos. Os lo agradecería mucho.

—Vuestra generosidad me abruma, señora Miao. Por vuestra hospitalidad lo haré con sumo agrado —respondió con una mueca de alivio, y las saludó alzando los puños unidos—. Me retiro, desearía descansar.

Xu Jun era la sencillez y la corrección. Echó una última mirada a Shui. Le agradaban sus labios de limpia carnalidad y sus ojos almendrados, como miel atravesada por un rayo de luz. Se había afanado en explicarle su sacrificio, para ser más querido por ella, y adivinó en su mirada agradecimiento.

Los días se dilataban cada vez más, y las nevadas habían cesado. La luz del día aventaba las brumas matutinas y de los carámbanos de las cornisas goteaban hilillos de agua helada. Las lluvias eran frecuentes, pero rara vez torrenciales. En el límpido firmamento, nubecillas blancas se extendían en infinitos filamentos que desaparecían con la calidez del día.

Días después de la conversación sobre Xiaomei, en una mañana ventosa, el cielo se había inundado de una claridad azulada. Los aleros vidriados de La Casa Dorada espejeaban, y el aire transportaba fragancias a orquídeas, síntoma de que se avecinaba el inicio de la primavera.

Xu Jun saludó a la señora Miao, que se dirigía en un palanquín al Templo de la Gracia Maternal del que era devota, y entró por la puerta trasera para saludar a Shui. Las cortesanas dormían y se veía por doquier el desbarajuste de una noche de placeres, canto y diversión.

Deseaba visitar a su amada Shui, que seguía instruyendo al grupo musical Los Luceros Celestes que ahora dirigía la deliciosa Magnolia —LiYing—. La encontró en la posición del loto, meditando frente a la ventana, donde dos gorriones picoteaban granos de mijo. El espejo y la lámpara de papel púrpura le conferían a la cortesana una aureola mágica. Esperó, mientras contemplaba admirado la hermosura de Shui, que lucía un seductor vestido de seda color canela estampado con peonías amarillas. Y cuando la vio moverse, tras un silencio momentáneo, le preguntó:

—¿Te sientes sola, Shui?

—Contigo no. El pánico es el gran enemigo de la felicidad y la serenidad, y ahora me siento confortada.

Se entrelazaron en un abrazo y unieron sus labios, que era como unir sus almas.

—Vengo dispuesto a hablarte de esa locura de unir a Xiaomei con los papeles del mercader y a examinar ese escrito.

—¿A pesar de que parezca un plan disparatado?

—Cierto, Shui. Cuesta creer que una víctima propiciatoria de un enterramiento imperial siga viva. No es lo habitual —abrió la charla en un tono de afabilidad—. ¿Qué era en verdad tu hermana, además de favorita del emperador Kangxi?

—Te lo explicaré. Xiaomei era una de esas mujeres a las que la tradición china llama *paiyou*, las que reciben en sus propios cuerpos a la deidad femenina. Y por eso sus caretas escénicas están pintadas de rojo, que en la liturgia teatral significa la sangre menstrual de la antiquísima Diosa Madre, tan venerada en China. Con sus actuaciones logran la armonía con el más allá —expuso Shui ante el escepticismo del Maestro Imperial.

—¿No me aseguraste que seguía la fe de Buda?

—La escuela a la que pertenecía Xiaomei, la del Diamante, también incorpora doctrinas del *tao* y rituales de la antigua tradición. Por eso son tan respetadas por el pueblo, que cree firmemente esas creencias.

—Es difícil aceptar que por el teatro se conecte con presencias espirituales, aunque el espectador alcance un éxtasis estético y de evidente emotividad —expuso el ex monje.

—Pues créelo, porque yo misma lo he experimentado —le reveló sincera—. Las *paiyou* manifiestan sus sentimientos con un sofisticado sistema de gestos de manos, pies y cintura, que no es sino el lenguaje de las deidades. Las actrices invocan y atraen al lugar donde actúan a las fuerzas celestes por medio de las modulaciones de sus sutiles voces y la precisión de las interpretaciones. Créelo.

La alarmada mente de Xu Jun deliberaba sobre lo oído.

—¿Y por eso creéis tanto la emperatriz como tú, que fue separada del ritual de la muerte imperial y sacada de palacio por ese tal Wuhang? ¿Por ser una *paiyou*? Me cuesta aceptarlo, ¡por las orejas del Buda Sedente! —exclamó el maestro.

Se produjo un momento de incómoda discrepancia.

—Xiaogongren, la entonces primera esposa real, me confió que cree que así fue ordenado por el emperador Kangxi, quien tomó esa decisión antes de morir. Yo solo puedo decirte que la vi entrar en el mausoleo, y que de él no salió. Pero a los pocos momentos la emperatriz tenía en sus manos su máscara de teatro, que ahora guardo yo. La verdadera causa la ignoramos, aunque tú mismo delante del Templo de las Flores de la Ciudad Prohibida me sugeriste que bien podía formar parte de una confabulación para asesinar a cuantos asistieron a la agonía de Kangxi. Todo es muy turbio.

Xu Jun no escapaba de sus dudas. El asunto, no obstante, lo seducía por su índole hermética y por estar enlazado con el fallecido soberano del imperio. Pero se preguntaba si se estaban metiendo sin saberlo en una conspiración de Estado de consecuencias desconocidas para ellos.

—Esa conexión con el *Bixia* Kangxi me anima a ayudarte, Shui. Es un tema enigmáticamente atractivo, y juntos procuraremos desentrañarlo —le confió, animándola con un apretón en el brazo—. Y esos impenetrables papeles, ¿los puedo ver? Tal vez halle en ellos alguna evidencia escondida, que haya pasado desapercibida a otros.

—Te los voy a mostrar.

Shui abrió el cofre de su ajuar, y oculto en una escarcela de terciopelo se hallaba el escrito y el papelito embutido en la máscara. Se los tendió al maestro, quien los desplegó ante sus ojos. Transcurrieron unos densos minutos sin respuesta alguna. Xu Jun rompió el silencio al poco de forma

confiada. Parecía que el sugestivo documento había satisfecho su curiosidad.

—La tira de papel induce a pensar que Wuhang fue una persona clave en este inextricable asunto: «Pregunta a Wuhang el mercader», dice. Pero ya no podemos interrogarlo, ¿no?

—Murió de apoplejía, al parecer, al regresar de su viaje.

—Es extraño y constituye una interesante prueba que incita a seguir su estela —corroboró.

—¿Y ese incomprensible dibujo? —se interesó la joven.

Xu Jun carraspeó y negó con la cabeza.

—Es difícil desentrañar en una primera visión lo que quiere expresar. Pero es obvio que se trata del mapa de un viaje. Por otra parte se advierten detalles curiosos, aunque confusos e incoherentes. Pero se nos muestra como un enigma sugerente.

Esbozando un gesto de querer involucrarse, prosiguió:

—Los puntos señalados sobre el cuerpo del dragón no son ciudades, lo normal en una cartografía, sino cinco sitios a los que designa con nombres de santuarios o paraderos sagrados. Es seguro que estaba dirigido a quien podía entenderlo.

—Estoy en ascuas. Sigue —lo animó Shui.

Ante el par de curiosas pupilas se abría un incomprensible jeroglífico en forma de criptograma que no acertaban a interpretar certeramente. Se miraron sorprendidos.

—De Este a Oeste, o de derecha a izquierda, se señala primero, en la misma cola del dragón, un paraje que denomina como «la Campana de Oro». Sobre el dorso del animal aparece otro sitio al que alude como «Las Grutas de Mogao». —Y lo señaló con el dedo—. Cerca de la cabeza coloca otro emplazamiento que él llama: «los Refugios de Bezeklik». Y, finalmente, situados en los ojos del dragón, otras dos enigmáticas localizaciones: «el Manantial de las Lágrimas» y «el Soberano de los Monasterios».

Shui seguía la ilación del texto, pero no entendía nada.

—¿Qué lugares son esos, Xu Jun? ¿Los conoces tú?

Intercambiaron miradas de interrogación dentro del ansia por interpretarlos.

—No he oído hablar de ellos, pero me suenan vagamente —dudó el maestro, negando con la cabeza—. Pero resulta evidente que el notario de este mapa deseaba ocultar los lugares por donde iba transitando a los no iniciados en ese lenguaje. ¿Pero quién hacía ese camino? ¿Él? ¿Tu hermana? ¿El grupo del Diamante?

—Solo Wuhang y su destinatario lo conocían. ¡Qué galimatías! —contestó Shui—. Lo he leído mil veces y no he sacado nada en claro. Únicamente que el mercader Wuhang llama a este mapa: «El periplo de Taizhen», que como ves preside arriba el pliego, como dándole el título. ¿Pero quién o qué es Taizhen? ¿Una persona? ¿Un objeto? ¿Una secta budista?

Xu Jun seguía sobando el papel con la mirada fija en él.

—Puede ser que algo de eso, pero si mal no recuerdo, Taizhen significa: «la Verdad Suprema», y es uno de los estados místicos del alma según Buda, y también la designación de una estrella que en el solsticio de verano brilla en el cuadrante norte de China —explicó Xu Jun—. Estimo que no se refiere a nadie en concreto, querida Shui.

—¿No será el dibujo una carta astral?

—También lo ignoro, pero para añadirle más incógnitas y complejidades al mensaje, puedes ver

que Wuhang trazó unos asteriscos unidos por líneas que parecen las constelaciones que regían ese lugar y que brillaban en el cielo en ese momento —explicó el maestro excitado.

Siguieron unos instantes de reflexión y luego siguió:

—Los caravaneros se guían por las estrellas del cielo y los astros. Verás que se ven tres constelaciones. De izquierda a derecha aparece esquematizada la que los occidentales llaman Acuario, los chinos «la mansión de la felicidad de las tiendas», y los árabes Sad-alajbiya. A la mitad del camino, bajo el vientre del dragón, dibujó Andrómeda, o como decimos en China, Batn alHut, c «el vientre del pez». Estas estrellas se perciben en nuestro cielo en el mes de abril. Y finalmente veo que ha esbozado algunas de las Pléyades bajo la cola, y su más brillante estrella: Naqa, «la camella». Este grupo de luminarias pueden verse en el mes de mayo.

Aquel indicio intrigó aún más a Shui, si cabía.

—O sea, que Wuhang bosquejó un camino con las estrellas que brillaban en ese momento determinado en el firmamento de la noche —resumió Shui.

—Así es. Se trata de un informe muy preciso. Pero sea Taizhen un símbolo, una localización, una persona, un mapa celestial, o una verdad trascendente, merece la pena que estudie ese mensaje detenidamente. Tarde o temprano nos revelará su verdadera esencia —aseguró el maestro, mientras daba la vuelta al papel y observaba sin mucho interés el dorso, que al principio le había parecido diáfano y limpio.

El inicio del mensaje había seducido a Shui, quien vio cómo de repente Xu Jun abría los ojos desmesuradamente y señalaba la esquina superior del reverso, no sabía si triunfal, aturdido o alertado. ¿Qué había averiguado tan significativo que a ella le había pasado desapercibido? ¿Había encontrado la explicación de lo que buscaban?

La alcoba se convirtió en una balsa efervescente, donde dos mentes curiosas pensaban que algo asombroso iba a revelarse de un momento a otro en el inexplicable mapa de Wuhang el mercader.

—¡Me lo temía. Aquí hay una prueba llamativa! —dijo radiante.

Qué prueba? ¿A qué te refieres, Xu Jun?

En el maestro se advertía un inusitado entusiasmo, pero la sonrisa había desaparecido del rostro de la joven.

—Observa, Shui. Tú debes de estar familiarizada con este distintivo —se expresó acuciante el maestro, que le mostró el extremo superior del revés del escrito.

Primero esbozó un rictus de duda. Luego, de comprensión.

—¡El dragón rojo imperial! —exclamó sobresaltada Shui—. Esa alegoría únicamente puede ser usada por el *Bixia*, so pena de muerte.

—Ya no me cabe duda de que este despacho iba dirigido al emperador. Pero la repentina muerte de Wuhang a su regreso, hizo que se olvidara. Y Yongzheng no tenía noticia ninguna de él. El mercader deseaba hacer méritos ante el nuevo emperador, informándole del paradero de la favorita de su padre, si es que realmente llegó a llevarse cabo esa ocultación.

—Ahora veo más luz en todo esto —insinuó Shui.

El alentado maestro insistió en sus sospechas.

—Resulta más que evidente que Wuhang ejecutaba este mapa y su información para la casa imperial, y no para él. Kangxi había muerto, pero estoy firmemente persuadido, que pensaba enviárselo a su hijo Yongzheng. El pequeño dragón rojo indica que, o es un papel salido de la cancillería real, o es un parte cifrado que debía ser entregado al emperador en persona.

—¿Y por qué estás tan seguro, Xu Jun?

—Porque un vulgar mercader lo lógico es que escriba sus diarios con letra *kansu*, la caligrafía popular. Pero puedes comprobar por ti misma que todo el documento está caligrafiado en *ch'iai-Shu*, el lenguaje cifrado de los escritos de la secretaría imperial. Lo que viene a demostrar que para ese mercader xianés no era el primer despacho confidencial que elaboraba para palacio. Era un confidente y espía de la Ciudad Púrpura.

Una oleada de asombro, mezclada con una incipiente alegría, cundió en el ánimo de Shui.

—Ahora es cuando realmente estoy segura de que la muerte de Xiaomei está ligada a un inconfesable secreto de palacio, cuya esencia ignoramos —se sinceró seducida.

—Es muy posible que así sea, Shui, y merece la pena estudiarlo más a fondo. Es apasionante.

—¿Y cómo lo conseguirás, querido?

—Verás. Al concluir los exámenes de Maestro Imperial, todo titulado debe visitar obligatoriamente la Gran Pagoda del Ganso Salvaje de Xian para examinar los escritos del monje Xuanzang, el verdadero artífice de la creación de la Ruta de la Seda, y el varón santo que enseñó en China los preceptos del Iluminado. Posee una abastecida y grandiosa biblioteca, y a su sabiduría

someteré estos datos. La conozco bien, y está a menos de doscientos pasos de aquí.

La presencia de aquel hombre había sido providencial para la joven cortesana.

—¿Y después? —preguntó ansiosa la joven.

—Si saco algo en claro, nos uniremos a la caravana de la señora Miao, y buscaremos ese rastro.

De lo contrario, olvidaremos este asunto y comenzaremos una vida nueva, ajenos a nuestro pasado.

¿Lo aceptas así, querida Shui?

Tras la indecisión, vinieron la curiosidad y la aceptación. Shui no hallaría una ocasión mejor para satisfacer su más antiguo y acendrado sueño. Ratificó.

—Ese será nuestro acuerdo, Xu Jun. Gracias.

Shui lo besó, rozándole apenas los labios.

Una tormenta matutina había limpiado la atmósfera y un aroma penetrante a tierra mojada flotaba en el ambiente de La Casa Dorada. Desde su ventana, Shui observaba la imponente mole de la Pagoda del Ganso Salvaje, donde Xu Jun investigaba a la luz del saber antiguo, y desde hacía ya varios días el informe del mercader, que bien parecía el paradigma de la confusión.

El goteo del agua de la fuente, el trino de los pájaros que escapaban de sus nidos de las moreras, el olor a azafrán, cúrcuma y cilantro que llegaba de la cocina y el murmullo de los viandantes que abandonaban sus hogares, la habían sumido en un dulce sopor.

Fue amaneciendo y Shui contempló el firmamento, donde *Dou*, la Osa Mayor, y *Xuanwu*, la constelación del Norte, comenzaban a desdibujarse en la grisura del alba. Después se encomendó a Shao Lin, la diosa taoísta de la Astrología, para que iluminara la mente de Xu Jun. Pronto se levantarían las muchachas, y debía supervisar la orquestina y ajustar los instrumentos.

Pensó en Xu Jun, y abandonó el cuarto.

Solo pensaba en verlo de nuevo.

Unas horas después, Xu Jun limpió la pluma, espolvoreó sobre las conclusiones que había escrito partículas de yeso, sopló sobre ellas y se incorporó del asiento de la biblioteca, mientras exhalaba un largo suspiro. Se había levantado muy temprano, casi de noche, para completar las conclusiones del mensaje, tras haberse sumergido durante casi cinco días en su investigación. Pero al fin lo había concluido. Llamaría a Shui al cobertizo de las mercancías donde vivía, y la informaría.

Gozaba viéndola dichosa.

Le envió un criado y aguardó, mientras se aseaba y limpiaba sus manos de tinta. Cuando la joven compareció en la cámara, las primeras palabras que salieron de la boca de Shui fueron:

—No decepciones mi curiosidad, Xu Jun. ¿Conseguiste encajar esos indescifrables datos? ¿Existe alguna esperanza?

En la mirada del maestro brillaba un sagaz fulgor.

—Siéntate y tomemos un té. Luego escucharás cómo he interpretado el mapa y el mensaje a la luz de cientos de datos. Al final he comprendido que se trata de un ideograma.

—¿Un ideograma? ¿Qué es eso, Xu Jun?

—Simplemente una información que se interpreta por el conjunto de lo que en él se manifiesta —le informó sereno—. No explica palabras por sí solas, sino ideas, incluso incluyendo a personas. Es un todo bastante ostensible.

Aquellas frases provocaron en Shui una gran excitación e interés, y su semblante se regocijó. Se acomodó con su natural distinción, se alisó la túnica color malva bordada con patos mandarines, y se tocó levemente el peinado, adornado con una peineta de jade. Con los labios y el rostro maquillados, a Xu Jun le pareció una princesa imperial. Le sonrió radiante.

El maestro, después de servirle una taza de humeante té, extrajo de su bocamanga dos papeles. El escrito de Wuhang y el de los resultados, que dispuso juntos en la mesa del austero cuarto donde dormía y que olía a sándalo. Shui esperó el sonido de su calmada voz.

—Tras bucear por los complejos vericuetos de este escrito, querida Shui, he transcrito cuanto explica con la ayuda del monje bibliotecario, que conoce todo sobre la Ruta de la Seda, tanto o más que a su propia alma. El informe de Wuhang posee el tufo inconfundible de pertenecer a un espía que aclara a su amo el paradero de algo, o de alguien —le informó, enarcando sus finas cejas—. Ya no hay duda.

—Te escucho —respondió Shui sin pestañear.

—Pues bien, te explicaré —señaló—. El mapa del dragón y esos lugares sagrados que aparecen, representan a cinco ciudades capitales de la Ruta de la Seda, que partiendo de Xian, arriba meses más tarde a la ciudad de Kucha, fin del viaje de todas las caravanas de Wuhang.

De inmediato, la cortesana lo cortó.

—No existe lugar más apropiado para esconder a una persona que un camino por donde transitan y viven miles de personas de todas las razas y religiones.

—Así lo pensamos mi ayudante y yo —prosiguió—. Aventuramos también nuestra conclusión. Días después del entierro del emperador Kangxi, Wuhang partió hacia Lanzhou, en el centro de nuestro país, donde hubo de atravesar el río Amarillo. Y tras pasar el primer puesto de vigilancia, se dirigió hacia Zhangye, donde sitúa «la Campana de Oro», que posiblemente sea el Templo del Gran Buda Gigante.

»Viaje comercial y espiritual. Todo va encajando.

»Digo espiritual, porque todo parece indicar que lo acompañaba alguien relacionado con el mundo místico. O los Hermanos del Diamante, o quién sabe si Xiaomei.

—¿Por qué despreciar esa deducción? —terció Shui.

Xu Jun se esforzaba en ser más coherente.

—Por el mapa sabemos que siguió después hacia la ciudad de Jiayuguan, también llamada el Paso del Valle Tranquilo. Allí comienza la Gran Muralla y se alzan muchos templos de la Luna. Primera dificultad.

—¿Por qué, Xu Jun?

—Porque son muy numerosos. El fortín que aparece dibujado entre ellos corresponde al que llaman el Primer Paso hacia el Cielo. Se llega a él por el peligroso corredor de Xexi bajo los montes Gobi. Nuestro reservado Wuhang se dirigió después a Dunhuang, tras atravesar la Puerta de Jade que aparece aquí dibujada con un arco, principio y fin de los dominios chinos.

—¿Hemos de traspasar la Gran Muralla? —temió.

—Si no la hemos encontrado antes de llegar, sí —informó el maestro—. Además, se corresponde con otro de los santuarios dibujados en el mapa: las Grutas de Mogao, donde se halla esculpido un Buda gigantesco recostado. Allí también se erigen varios oratorios de la Luna.

—Fuera de las fronteras de China resulta azaroso aventurarse, Xu Jun.

Su confidente sonrió, ganándose su confianza.

—No debes temer más de lo necesario, que es tu salud y tu bienestar. Las caravanas van suficientemente protegidas. Nuestro mercader siguió la senda y se adentró después en tierras de creencias musulmanas y budistas, donde se encuentra otro de los lugares descritos en la carta: «las Cuevas o Refugios de Bezeklik», en las montañas Flamígeras, así llamadas porque en el ocaso brillan como el fuego. En su centro comercial, Turfán, se alzan mezquitas, pagodas, iglesias cristianas, y también templos de la Luna.

El mapa se desgranaba con precisa lógica, pero Shui se apocaba ante una ruta tan expuesta.

—Será como buscar una aguja en un pajar.

—Yo he calculado que tardaremos un año en visitar todos los santuarios de la Luna del trayecto.

—Qué empeño más descabellado el mío, Xu Jun.

—No lo es, y es factible llevarlo a cabo con paciencia, valor y esperanza. Wuhang, el astuto informador, hacía la ruta hasta Kucha en algo más de cinco meses. Esa sería nuestra última etapa. Allí se encuentran los últimos tres parajes puntualizados en el mapa del dragón: «el Soberano de los Monasterios», «las Cuevas Kyzil», y «el Manantial de las Lágrimas», en Kyzil. El problema es que según he comprobado en los manuscritos del Ganso Salvaje, existen varios templos dedicados a la Luna.

—Conozco ese lugar pues los músicos de la corte imperial proceden de Kyzil. Sus flautistas e intérpretes del laúd son los mejores del reino.

—Pues ese es el camino que siguió Wuhang, y las personas o persona que iban con él, ajenas a su negocio de mercadería, y que evidentemente practicaban un viaje iniciático y religioso. Y nosotros podemos hacerlo también, y escudriñar en esos monasterios. Parece como si otra vez volviera a colaborar con la Sociedad de Censores del general Nian, que el Cielo guarde.

—¿Y por qué estás tan seguro de que lo acompañaban personas extrañas a la caravana? —dijo con aire distraído.

Xu Jun creía en la verosimilitud de su teoría.

—Esa es la explicación a las constelaciones que aparecen esquematizadas al pie de cada ciudad, o punto de encuentro de las caravanas. Según hemos pensado, el monje que me ayudó a su interpretación y yo, Wuhang, el confidente del emperador, deseaba indicarle dónde se hallaban en ese momento, o bien las intérpretes del teatro, la comunidad del Diamante, o tu hermana, si es que a ella hace referencia el ideograma.

En las pupilas de Shui relució una consoladora esperanza. Y abriendo su dentadura perfecta, preguntó:

—¿Tú lo crees también así?

—Es más que probable, Shui. Es tu única oportunidad de cerrar para siempre esa herida que no consigues sanar. Seguiremos la caravana de dama Miao, y visitaremos todos los templos de la Luna de aquí a Kucha. Nos llevará tiempo y no pocas penalidades. Debes estar preparada, incluso para un hipotético desengaño. Todo cabe en este aventurado viaje.

—Lo asumo, Xu Jun, pero según esas estrellas, ¿dónde se hallan ahora ese grupo de mujeres *paiyou*?

El maestro puso sus ojos en el amarillento mapa.

—Según el monje amigo de la Pagoda del Ganso Salvaje, las *paiyou* suelen actuar en alguno de los oratorios de la Luna cercanos de Kucha, al final del invierno. Luego, en abril, se trasladan hacia los monasterios de Turfan y Dunhuang aprovechando la bonanza del clima, y finalmente parten hacia algunos de los santuarios de la Luna del Este, donde concluyen su periplo de actuaciones sagradas. Abril y mayo son los meses en los que actúan para sus devotos. Nunca fijan una ruta determinada, ni anuncian sus actuaciones. Pero en estos recintos, cientos de peregrinos acuden para verlas actuar e intimar con los espíritus.

A Shui le había calado en el alma aquella satisfactoria explicación, aunque su razón le dictaba que también podía tratarse solo de una mera suposición.

—Hablabamos con Miao y partiremos en su caravana, que regenta uno de sus cuñados, individuo experimentado en esos caminos. Para final de abril habremos arribado a las Grutas de Mogao de Dunhuang, y quiera el Buda Iluminado recompensarnos con una revelación sobre Xiaomei. Poseo cinco *taels* de plata que nos ayudarán a sufragar los gastos del viaje. ¡Qué esperanzada estoy!

—Así lo haremos, Shui. Pero prepara tu ánimo, tu corazón y tu cuerpo para un viaje de incertidumbres, cansancio y paciencia. Lo mismo tenemos que seguir el rastro durante dos semanas, que dos meses, o un año. Y, sobre todo, con la posibilidad de que todo sea un sacrificio que no clarifique tus dilemas. Puede ocurrir, y así debes asumirlo desde el principio.

—Merece la pena exponerse, Xu Jun. Ardo en deseos de partir, aunque tenga pavor a tan arriesgado viaje. Pero no puedo vivir una vida entera con esta inquietud desgarrando mi espíritu. Lo necesito. Me prepararé.

La calma se hizo en el sobrio salón. Xu Jun le sirvió té con paloduz y menta, y le acercó un dulce de almendras y canela. Solo se escuchaban sus respiraciones sosegadas y el crepitar de las candelas. Xu Jun contempló detenidamente el candoroso rostro de su amada Shui y dio gracias al Cielo por tenerla junto a él.

Miró luego a través del amplio ventanal. Un suave aroma a gardenias invadía la habitación. Entre los vidrios se recortaban las siluetas de dos sauces gigantes, entre los que rielaba un sol esférico y luminoso.

En el corazón del Dragón de Piedra

Finales de marzo de 1725

El día de la partida, la tibieza del amanecer había caldeado el frío de la noche y el astro rey germinaba del color del acero. El mercado de Occidente de Xian, desde donde partiría la caravana de Miao, bullía en medio de una actividad frenética.

Shui y Xu Jun comparecieron muy temprano tocados con sendos turbantes y protegidos con camisetas, pañuelos y pantalones mongoles, capas pardas y altas botas de caña.

Del cuello de Shui colgaba el amuleto de la fortuna de la diosa Mazu, regalo de Miao, quien había llorado y la había abrazado antes de partir y después de celebrar juntas la fiesta de la Expulsión de los Pájaros, donde se comían bolas de arroz con jengibre. La joven lo pasó por sus labios y sonrió a su amante y protector, el maestro Xu Jun. Junto a él no sentía alarma alguna, a pesar de que sombríos temores roían su ánimo.

En el mercado confluían a aquella temprana hora mercaderes, banqueros y cambistas llegados de Mongolia, Kazajstán, Siria, Japón, Birmania, Uzbekistán, Persia, Armenia, Pakistán, Ceilán, Filipinas, y también tratantes europeos, ingleses, españoles y portugueses de Goa, Manila, Macao, Borneo y Singapur. Por eso con el paso de las horas el mercado se había convertido en un bullicioso pandemónium de lenguas y razas, donde deambulaban los más variopintos individuos que Shui había visto jamás, como unos comerciantes de Arabia cubiertos con grandes turbantes que solo dejaban abierta una abertura estrecha para sus ojos oscuros y amenazadores.

La marea humana bullía por la grandiosa explanada donde se amontonaban las sacas de especias y sedas, los cofres de gemas de la India, las pieles de Siberia, los perfumes de Malasia y las porcelanas chinas. Vendedores ambulantes con cestas en la cabeza transitaban ofreciendo pistachos, tortas de arroz, pastelillos y *sage*, y los tenderos de Xian pregonaban sus géneros en cestos de mimbre, balanceándolos en los extremos de un palo.

Se presentaron al jefe de la caravana, el diligente y recio Chun, cuñado de Miao, un tipo achaparrado con espantosos tatuajes en los brazos, rostro tostado y marcado por los estigmas de la viruela y con el ojo derecho medio cerrado a causa de una úlcera infectada. Se vestía con un gorro, chaleco, capote y pantalones de cuero de cabra. Poseía notables dotes de mando y ya conocía al Maestro Imperial por su ayuda en las cuentas y balances. Por Miao sabían que había extraviado la capacidad para tener descendencia debido a las secuelas de la cox de una mula.

Se puso a su disposición y les garantizó que nada les faltaría y que todos sus hombres, guías, mozos y vigilantes, unos cuarenta en total, se hallaban a su servicio. Shui se lo agradeció, pero también le rogó que procurara mantenerlos en el anonimato. No convenía alertar a nadie.

—Si alguien preguntara, decid que somos peregrinos que vamos en busca de nuestro maestro.

Chun portaba en su cinto tachonado, una faltriquera sellada como las que usaban los mercaderes musulmanes, un centenar de dracmas sasánidas y sólidos bizantinos para pagar los artículos que recogería en los mercados de Tiangshui, Wu-wey, Lanzhou y Zhangye, y papeles amarillos con el sello del Hijo del Cielo para pagar el *gong*, el portazgo del tránsito en los puestos de vigilancia y aduanas. Era la costumbre.

La carga la transportaban veinte camellos, quince asnos, diez mulas y otros tantos yak, que porteaban las sacas de algún material frágil. Los fardos con sedas, crepés, gasas y brocados, los más valiosos junto al jade, cornalina y ámbar, iban protegidos en el centro de la caravana, y las lozas de color blanco y azul de procedencia Ming, al inicio.

Los sacos de cardamomo, nuez, caña de casia, aceite de chaúlmogra, agar, alcanfor y cera, cerraban la reata. Cuando la hilera estuvo formada y los animales cargados, Chun chasqueó con fuerza su látigo de piel de búfalo y su vozarrón sonó como un timbal, con la conocida jaculatoria con la que partían todas las caravanas de Xian desde hacía siglos.

—¡Que Mani, el Buda de Luz y gran guía de caravanas, Jesús, el Rey del Nirvana, y el Profeta Muhammad, protejan esta expedición y la conduzcan a un feliz término! —gritó.

Chun era el único que montaba un peludo caballo embridado de los que en China llamaban «celestes», raza oriunda de los pueblos hunos y de los valles esteparios, que con el griterío relinchó de forma enérgica y sonora. Partieron, y Shui lanzó un suspiro de ansiedad. Había llegado el gran momento, aunque ignoraba el tiempo que permanecerían en la caravana y lo que el albur les depararía por aquellos caminos. Sonrió a Xu Jun y rezó devotamente. Eran días de cabalgar por donde nadie lo hacía, salvo los mercaderes de la seda.

Poco a poco la caravana y otras más con destino a Kucha dejaron atrás los últimos caseríos de Xian, la antigua Changang de las once dinastías imperiales. Shui, que deseaba demostrar su confianza en el éxito final, rezó al Iluminado una plegaria. Los labios le temblaban de miedo y le rogó ayuda ante los imprevisibles riesgos que encontrarían en el camino.

Transcurrió un rato de marcha y nadie lo advirtió. Ni siquiera el avisado Xu Jun, ni tan siquiera Chun. Un carronato destartado se había unido a la recua siguiendo su estela a una distancia prudencial. Sus dos ocupantes iban camuflados entre otros carros de chamarileros que habitualmente seguían a las caravanas para suministrarles avíos, víveres y aparejos.

La única diferencia con otras ocasiones en las que el misterioso individuo había seguido a Shui era que en esta se había incorporado otro prójimo de menor estatura, cráneo rasurado y cuerpo encorvado, que se ocultaba bajo una tupida y larga capa marrón. En sus manos portaba una bolsa de cuero donde guardaba unas valiosas y no menos afiladas agujas de acupuntura.

El asesino solitario se había ausentado de palacio.

Reaparecía para concluir su cometido.

Pasaron los agobiantes primeros días de trayecto, y los esforzados guías marcaban con pericia la marcha a los animales, que zigzagueaban por los viejos caminos de siglos por donde habían transitado miles de mercaderes de la seda. Se detenían en los abrevaderos, momento en el que les procuraban forraje a las bestias. La marcha era lenta y dura, y a veces fatigosa, y el paisaje cambiaba conforme avanzaban.

Xu Jun se comportaba con Shui con su innata corrección.

Cruzaron los primeros remansos empedrados de los riachuelos que serpeaban entre las colinas antes de descender en ligeras pendientes hacia el camino imperial. Vendedores ambulantes, curanderos y esquiladores de bestias se les acercaban, ofreciendo sus servicios, entre el hedor de los cerdos que hozaban entre las escorias de las posadas. Las patrullas, apostadas en lugares elevados, estaban atentas a cualquier aparición de ladrones del norte. La arena era amarilla y a veces tomaba tonalidades terrosas. En los árboles que se encontraban en el itinerario los estorninos sesteaban, y a lo lejos, alguna cigüeña anidaba en las murallas abandonadas.

Shui se entretenía observando el amblar cansino y torpe de los camellos. Le parecían animales singulares, e imprescindibles para aquel trajín por su resistencia basada en sus plantas callosas y almohadilladas, sus largas pestañas que protegían del polvo sus ojos estrábicos y las grandes ventanas en la nariz, que abrían o cerraban según se alzara el viento.

La expedición avanzaba, y a Shui le costaba trabajo adaptarse a la marcha y conciliar el sueño, acuciada por los insectos, el traqueteo y el frío. No había ni albergues ni mesones para el reposo o refrigerio, solo el cielo estrellado y los pestilentes caravasares. Cansancio, falta de sueño, piernas temblonas y fuerzas debilitadas eran su tormento, que Xu Jun y Chun trataban de aliviar. En los recintos de descanso proliferaba la gente más execrable del territorio: ladrones con marcas de hierro candente en sus caras, mendigos desorejados, putas viejas, apostadores, rufianes, proxenetas, borrachos y cuadrillas de la más baja hez.

Sin la compañía aliada de Xu Jun no podría haber emprendido aquel viaje. Seguía con su tenaz sueño como se sigue una esperanza; pero a veces se preguntaba si valía la pena arriesgarse y perder la vida. Pero lo necesitaba, a pesar de ocultar en su alma un profundo miedo, que desaparecía de su corazón conforme transcurrían los días.

La tercera noche, cuando Shui ya comenzaba a notar terribles punzadas en sus músculos, a pesar de ir echada en un carro sobre unos sacos de índigo y goma laca, se acomodó junto al fuego, entrelazada a Xu Jun. Comieron una medida de arroz —*unjin*—, acompañado de grasa de cerdo y judías negras, y se acurrucaron juntos. Los caravaneros se reunieron en corrillos a jugar al ajedrez chino, o a las tabas, mientras comían carne de cabra, mijo y tortas de pan horneadas sobre las ascuas candentes. Del interior de una de las tabernas del caravasar donde pernoctarían se escuchaba una cantinela, cuyo estribillo resonaba pegadizo, alegrando el decaído ánimo de la muchacha:

«Cuando el viento del norte hace surcos en la tierra, se humillan los cañaverales y la caravana continúa como una saeta de oro entre las hierbas de la estepa.»

—¿Hasta dónde segará nuestra saeta, Xu Jun? —dijo la joven con voz tenue y quejosa.

—Quién sabe, el azar lo dispondrá —contestó cariacontecido, mientras meneaba la testa con aire de incertidumbre.

Xu Jun, habituado a su oficio, advirtió entre los caravaneros que habían confluído en el caravasar para pasar la noche informadores extranjeros, espías mongoles, sopladores de vidrio, amigos de lo ajeno, contadores de leyendas y simulados vendedores de fruslerías. El maestro, aunque Chun les había adjudicado un guardia exclusivo para protegerlos, decidió dormir con la mano en una faca que ocultaba en el cinturón, donde escondía también más de un centenar de *yuanbaos* de cobre y plata.

Toda prudencia y prevención eran pocas en aquel viaje de riesgos, donde se unían viajeros de dudosa reputación: curanderos sospechosos, falsos religiosos, estrelleros y ladrones emboscados, que quemaban piñas y enebrinas en el fuego, mientras acechaban cualquier descuido para robar talegas y alforjas.

Aparecieron dos monjes budistas que se acercaron a calentarse las manos. Xu Jun no desaprovechó la ocasión.

—¿Perteneceís a la Escuela del Diamante? —dijo.

—No, esos hermanos ya no piden limosna por estos parajes. Los vimos en las Grutas de Mogao pero hace más de una luna partieron para Turfan con la idea de unirse a unos mercaderes que los lleven al Tíbet. Buscan un nuevo maestro para guiarlos en la meditación —le informó afable uno de ellos.

—¿Sabéis si entre sus miembros se hallaba una *paiyou*, de nombre Taizhen?

A Shui le brillaron los ojos de expectación y el monje los miró de forma cansina aunque indulgente.

—Sí, iban algunas hermanas sagradas. Pero, ¿*Taizhen* no es un estado místico del alma? —se sorprendió.

—Sí, y también el de un astro. Los buscamos para unirnos a ellos, pero ya los encontraremos. Gracias.

Shui se llevó una gran desilusión. No sería fácil resolver esa entelequia de su mente llamada Xiaomei.

—Resulta desalentador. Perseguimos una ilusión —dijo.

Shui iba cosechando oscuridad, temor y una frustración tras otra. Del medio centenar de preguntas que habían hecho, nadie les daba luz a sus pesquisas. Únicamente las atenciones de Xu Jun y el recuerdo de Miao la mantenían con esperanza. Horas más tarde resonó la tormenta. Los truenos retumbaban sobre sus cabezas y cayeron gotas álgidas de un fuerte aguacero. Aspiró el olor a tierra, y se tranquilizó.

Una bruma opaca deformaba los perfiles de las montañas. Un viento les helaba los huesos, y Xu Jun le dio de beber a Shui de su bota de *sage* caliente. Chun informó antes de dar la orden de partir de que la caravana realizaría un rodeo para cargar sal del lago Qinhai en Tiangshui antes de dirigirse hacia el norte, a Bing-li-si, y vadear allí el río Amarillo, un espacio de aguas mansas y de caudal poco abundante.

Shui, acuclillada, se lavó la cara en un balde de cuero con un asidero de cuerda grasienta. Comieron tortas de mijo y se pusieron de nuevo en camino, entre el eco indeterminado que le llegaba de los gallos de las granjas, de los rebuznos de los asnos y del trinar matinal de los pájaros de las moreras.

Mareada en el bamboleante carruaje, la joven tenía la sensación de que avanzaban muy lentamente, y estaba insufrible y malhumorada. Atenta a cualquier detalle, la ansiedad la dominaba. Comprobó con sorpresa que Xu Jun, que cabalgaba en una mula desprovista de fardos, se detenía inesperadamente y oteaba el horizonte. Había acontecido algo que lo había hecho pararse, y se preocupó.

—¿Pasa algo? —le preguntó—. ¿Adviertes algún peligro?

El maestro se acercó y le dijo en voz baja:

—Uno de los carros de los mercachifles que nos seguían, en vez de seguir la senda habitual ha desviado su ruta y nos sigue a distancia. Me pregunto por qué abandona el camino imperial donde transitan numerosas caravanas en ambas direcciones, y se expone al negocio de una sola, la nuestra. Parece que no tiene ganas de hacer negocio.

—Aquí todo es anormal, Xu Jun. Olvídalo.

—Lo haré —dijo, y siguió la estela del carro de Shui.

Al poco contemplaron dos jaulas de hierro donde colgaban sendos cadáveres podridos. Un perro sarnoso lamía los huesos y las sucias hilachas. Seguramente nómadas del norte que habían sido condenados al horrible tormento de morir de inanición y comidos por los cuervos, por robar. Sus esqueletos eran tan blancos que parecían de cal y Shui parpadeó de horror.

Durante otros seis días la machacona marcha no cesó. Ante los ojos de Shui se sucedieron los valles fértiles, los bosquecillos de moreras y los campos de arroz donde los *tankas*, gentes activas y hospitalarias, vinieron montadas en carabaos a ofrecerles por unos miserables *cash* —monedas cuadradas de cobre con un agujero—, frutas, huevos y hortalizas. Al atardecer del séptimo día divisaron un abrupto farallón, las Grutas de Maijishan, excavadas en la roca, donde convivían en comunidad centenares de monjes.

Algunas aves carroñeras lo sobrevolaban. La caravana se detuvo y Xu Jun la abandonó para seguir con sus pesquisas. Indagaba en todos los lugares sagrados. Ascendió las escalerillas prendidas en la roca y preguntó a algunos monjes por la Hermandad del Diamante, por las *paiyou* que actuaban por aquellos monasterios y por el nombre de Taizhen. Tenían someras informaciones, pero solo un anciano le informó de que un peregrino llegado de Kucha tenía la promesa de donar una cuantiosa limosna a las *paiyou* y que solo hacía unos días había partido para Lanzhou, con la certeza de que se hallaban allí.

«Vamos entonces por el camino correcto», pensó.

Antes de dirigirse al campamento para descansar, Xu Jun se fijó de nuevo en el carromato que los venía siguiendo. Le extrañó que en vez de detenerse en el campamento, lo hiciera bajo el curioso monasterio excavado en las cuevas. Vio que un hombre corpulento, pesado y brutal conducía a otro de menor estatura del brazo, como si estuviera enfermo o impedido, y cómo ambos ascendían con no poca torpeza por los empinados escalones zanjados en la peña. Pero lo que lo dejó sin habla fue el respetuoso ceremonial y la consideración con la que fue recibido el que se cubría con un manto casi negro, y que portaba en su brazo una brillante bolsa negra de piel de yak.

«¿Quien será ese personaje al que acogen como un santo? ¿Por qué marcha en el carro de un mercachifle vulgar? Unos fantasmas se han pegado a nuestros cuerpos», pensó Xu Jun, que regresó cabizbajo.

Las estrellas del firmamento titilaban como fogatas en el cielo. La joven se agitaba incómoda, y permanecía atenta a los crujidos y chasquidos de la noche, que tanto temor le causaban. Shui se abrazó a Xu Jun, que reflexionaba sobre el incógnito carro y sus ocupantes, hasta que el sueño los venció.

Al despuntar el día, un fragor de gritos, invectivas, órdenes, gruñidos de animales y latigazos

despertó a Shui y a su acompañante. ¿Qué acontecía que explicara semejante barahúnda? Xu Jun dio un salto, y la joven cogió en la mano su talismán, un dragón o *wolong* de la suerte, recuerdo de su hermana, encomendándose a la divinidad de la Misericordia, y lo siguió.

—Diosa Kuan-yin, protégenos de los salteadores de caminos —oró, y se agarró al cinturón del maestro.

Cerca del campamento vieron a Chun hecho una furia. Vociferaba rojo de ira ante la cara de los dos guardias de noche y los empujaba con furia, e incluso amenazaba con azotarlos.

—¡No puedo confiar en vosotros, bastardos! —gritaba.

—Señor Chun, no oímos nada. ¡Es imposible que la mula escapara sola! Parece como si alguien hubiera abierto la cerca.

—¡Idioteces, más que inútiles, por las barbas del dragón!

—Esto es cosa de los bandoleros, amo —dijo otro—. Tal vez quisieron robar más acémilas, pero los lobos los sorprendieron.

Shui alzó la cabeza por encima del hombro de Xu Jun y contempló a la luz de las antorchas una desalentadora visión. Cerca de unos zarzales, una mula blanca yacía tendida y salvajemente devorada. Vio la barriga abierta, el cuello partido y un pandemónium de tripas revueltas, nervios cortados, belfos devorados y sesos desperdigados. Varios mozos de la caravana dispersaban con hondas y palos a una manada de lobos himalayos, carniceros de descomunales incisivos y de color grisáceo, a los que habían privado de su festín, y que se resistían a huir.

—¡Fuera, bestias del infierno! —voceaba uno de ellos, que los mantenía a raya con una larga pértiga y el fuego.

De repente una de las peludas alimañas se alzó sobre sus patas y cundió el pánico. Shui dio un paso atrás. Chun le asestó un latigazo seco que impactó en sus fauces abiertas. La joven, tras las espaldas de su protector, observó la feroz mirada de la fiera, que profiriendo un espeluznante aullido de dolor desapareció en atropellada huida, seguido por la jauría, que recibió una andanada de piedras de los hombres de Chun.

Por el paraje, todavía cubierto de sombras y tenues luces, se oían los gruñidos. Instintivamente Shui miró por última vez al animal sacrificado, y vio en su intacta pata delantera la correa y el cascabel que la identificaban como la animosa caballería de carga que tiraba de su carro, y que ella había acariciado más de una vez. Se acercó a Xu Jun y le reveló, aún consternada:

—Es una de las mulas de mi carro. Es un mal presagio, y tengo miedo. Ese mozo asegura que alguien la ha dejado salir, y que los causantes han podido ser salteadores de caminos.

—No creas todo lo que dicen estos embusteros. Solo es una fatal casualidad. Los lobos son taimados y sagaces.

Pero Xu Jun no relegó al olvido el incidente, a pesar de que Chun lo consideraba como posible, y se preguntaba, tras unos instantes de incertidumbre, si aquella salvaje matanza tenía algo que ver con la aparición del enigmático carronato, o realmente se debía a ladrones de caminos, de amargo recuerdo para él.

Extremaría sus cuidados y silenciaría sus dudas.

La caravana emprendió la marcha hacia el vado por donde cruzarían el río Amarillo, con el espanto

metido en el cuerpo de Shui, y la prevención en la mente del maestro. El astro rey se elevaba sobre la columna de hombres y animales, que a pesar de los días transcurridos y del fatal suceso, seguía en un orden imperturbable. El polvo que se levantaba se desvanecía enseguida con el soplo del viento del Este.

En el paisaje prevalecían los collados color esmeralda y también los farallones rojizos de arcilla donde antiguos devotos habían esculpido Budas en actitud orante.

Se sucedían los campos de labor que aprovechaban el lodo amarillo del río para sus cosechas. Una tras otra surgían ante los ojos de la admirada Shui las gigantescas norias *zuo*, así llamadas por el príncipe que las inventó, y que surtían de agua a las plantaciones. Shui deseaba con ansiedad llegar al vado de Bing-li-si para descansar y acercarse a la civilización, y por fin lo alcanzaron después de varios días de marcha agotadora. Atravesar el río resultaba, no obstante, arriesgado y tomaron sus precauciones.

Con el ocaso el refugio olía a gachas, queso derretido, arroz y pan tostado, que los caravaneros cocinaban en los hornillos de carbón. Shui, que aún recordaba la carnicería del animal, apenas si comió. El lugar estaba concurrido, pues no paraban de cruzar una caravana tras otra. Aparecieron en el recinto dos monjes budistas que pedían limosna a cambio de unos sutras para protegerse de los demonios. Las fogatas ardían sin cesar, y algunos acemileros contaban seductoras historias de la ruta.

Un recién llegado de la India les narró en la conversación que había sido testigo, hacía unos meses, de la inmolación de unas distinguidas mujeres que se habían arrojado al fuego incandescente tras la muerte de su esposo, un príncipe de Rampur, al que acompañarían al más allá tras una muerte horrible.

—Y se quemaron vivas cubiertas de joyas y con sus más ricos vestidos, sin emitir un solo quejido, en medio de una música deleitable, con las bendiciones de los brahmanes y un olor a sándalo que arrobaba —concluyó ante el asombro general.

—¡Qué atrocidad, por el Buda sagrado! —soltó un mulero.

—Pues en estos reinos de China ocurre algo parecido, aunque menos horrible, es verdad —recordó uno de los mozos.

Shui recordó a Xiaomei y un escalofrío gélido le corrió por la espalda.

Xu Jun, que lo advirtió, la abrazó con ternura y aprovechó el claro de luna para acompañar a los monjes y hacerles las consabidas preguntas que tanto ansiaba satisfacer. Uno de ellos le aseguró que aquel mismo día las *paiyou* actuaban ante muchos devotos en Wu-vey, inexpugnable fortaleza de la Gran Muralla.

La noticia animó a Shui que, relegando sus cuitas, bebió un tazón de *sage* e invitó a los monjes limosneros. Otros santones lanzaban conjuros a la noche y rezaban a los dioses de las tres religiones, entre inciensos y plegarias. Y como allí aguardarían tres días hasta pasar el remanso, en la espera se cerraron tratos y se ofrecieron a Chun para trabajar intérpretes, guías, arrieros, mozos de carga y porteadores. Shui asistía maravillada a aquel infrecuente ceremonial que solo se podía ver en aquellos lugares.

En las inmediaciones del paso se alzaban más cuevas de oración, con Budas gigantescos esculpidos en sus muros. Xu Jun accedió a ellas para preguntar estérilmente por Xiaomei, de quien nadie poseía la menor referencia. También pudo comprobar que el carronato del chamarilero no

estaba con ellos, ni tampoco en las inmediaciones. ¿Se habrían marchado y todas sus suposiciones eran pura conjetura?

No le gustaban y andaría ojo avizor.

Las bestias y ayudantes de Chun cruzaron el río Amarillo en grandes barcazas que flotaban ayudadas por unos pellejos de cabras atados a sus costados, y volvieron a formar la hilera para avanzar sobre la senda de losas desgastadas, por las que se deslizaron descansados y pletóricos. A partir de entonces la soledad fue más perceptible, y solo unas herraduras desechadas, un arnés abandonado y carcomido, o los huesos calcinados de algún desventurado, o de un animal muerto, marcaban como mojones o brújulas la posición en la que se hallaban.

Siguieron hacia el oeste sin pausa. Unos arbustos de color oliváceo se marchitaban con el sol primaveral. En verano se convertirían en matojos secos calcinados por el sol. Los caminos se hicieron repentinamente pedregosos, pero otras veces, solo unas horas después, se asemejaban a inmensos mares verdes donde el viento rizaba los herbazales. Avanzaban y avanzaban, y los ejes de las ruedas martilleaban las sienas de Shui, que iba acunada en su precario acomodo.

Al atardecer siguiente divisaron Lanzhou, la ciudad crisol de creencias y razas. Estaba presidida por un infranqueable puesto de vigilancia donde flameaban las grímpolas manchúes. Llegaron reventados, astrosos y blancos de polvo. Se asemejaban a un ejército claudicante y derrotado que volviera de la batalla. El gran río de lodos ocres rodeaba la urbe, donde sobresalían los altos aleros de las pagodas, los minaretes de las mezquitas y los ladrillos rojos de los baluartes.

Al fin los viajeros pudieron asearse en unos baños y luego comer en franca camaradería en un salón con largas mesas, antes de retirarse a dormir en los amplios dormitorios del caravasar, mientras otros visitaban los prostíbulos y tabernas. Los herreros atendieron a algunos mulos y asnos y repararon un carro lleno de porcelanas, mientras algún charlatán narraba historias portentosas y relatos terroríficos cerca del hogar.

Shui se alegraba de dormir allí, pues estaban a buen recaudo y no sufrirían ningún ataque de animales salvajes hambrientos o de bandidos. Xu Jun, que acompañó a Chun al centro de la ciudad para comprar víveres y cordajes, regresó contrariado. Al llegar le refirió a Shui sus inútiles pesquisas.

—Nadie sabe nada de las *paiyou*, ni tampoco han actuado o pasado por este lugar. El monje nos mintió.

—¿Pero no interpretaban una obra de teatro de Lanzhou?

—Así me lo habían asegurado —se lamentó.

La fatalidad se iba apoderando poco a poco de los pensamientos, tanto de Shui como del maestro.

—Nuestro empeño se vuelve cada vez más complicado. ¿Son las *paiyou* una ficción y el mapa de Wuhang una fantasía de su mente? ¿Será todo una mentira? —respondió la mujer con una vocecilla anémica.

—Wu-vey es nuestro próximo destino. Tal vez allí nos den alguna pista que seguir. No desesperes.

Aquella noche Shui derramó unas lágrimas de desilusión. Cada paso que daban era una nueva decepción, y pensó que aún tendría mucho tiempo para llorar.

Partieron con las primeras luces, después de despertarse al toque de la campana. El alba se presentó

de color escarlata regalándoles un firmamento de nubecillas arreboladas. Se organizaron según el riguroso orden determinado por Chun, que no se rompía por causa alguna.

Cabalgaron durante toda la mañana, con un breve descanso para beber y abreviar en un venero cercano a un templo budista donde contemplaron el hermoso paisaje del corredor de Hexi, entrada y salida de las grandes caravanas.

Transitaron por el entramado de fortines de la Gran Muralla, o el Dragón de Piedra, como lo llamaban los lugareños, la colosal obra de la dinastía Ming para frenar a las tribus nómadas del norte, los manchúes, y que a la postre significó su ruina económica y su fin, y que ya de poco servían, pues los potenciales asaltantes gobernaban ahora en China.

Las formidables torres y la línea dentada de la colosal muralla se recortaban imponentes y esbeltas a sus espaldas.

Para Shui, una nueva etapa era más polvo, más moscas irritantes, más fétido olor a bosta de las bestias, más rocas curvadas limadas por el viento, angostas gargantas y ruinas de viejos fortines. De vez en cuando Shui veía lagartos de piel agrietada sestear encima de las piedras o brincar entre los matojos.

Le causaban estremecimiento, pero admiraba la naturaleza virgen en todo su esplendor. En la parda aridez de las planicies y praderas, conocidas como Shan-Dar, vio cómo pastaban copiosos rebaños de ovejas y los legendarios «caballos celestes». Se protegían bajo las sombras rojizas de las murallas, las torres vigía y el cercano desierto de Gobi, con sus aires ambarinos, donde sobrevolaban los amenazadores halcones.

Al caer la tarde, y tras cruzar unos molinos y alfares, arribaron a un oasis arenoso que rezumaba agua y frescor, junto al castillo de Le-De. Chun levantó la mano y ordenó detenerse e instalar el campamento. Pero cuál no sería la sorpresa de Xu Jun, que al desmontar la caravana, vio de nuevo al chamarilero y a su extraño acompañante, al que no conseguía ver el rostro, oculto por la capucha, por más que lo intentaba.

Recapitó que aquellos hombres no encajaban en el microcosmos de las caravanas y de los mercaderes de la seda, y que una misión desconocida y secreta los unía. Se dirigió al carromato para indagar, momento en el que el comandante de la fortaleza rendía todos los honores posibles al incógnito personaje y lo invitaba a descansar y pernoctar en el fortín.

¿No resultaba inconcebible aquel proceder? ¿Cómo unos vulgares buhoneros recibían aquellas consideraciones? ¿Tenía algo que ver su presencia con Shui? ¿Tenían algo que ver con la bárbara muerte de la mula del carro de Shui, que había sembrado el terror en la caravana y las dudas en él mismo?

Algo no coincidía en tan inexplicable pareja.

Xu Jun le preguntó al capitán de la guardia si se había detenido allí recientemente un grupo de monjes, mujeres *paiyou* y danzarinas. El oficial le contestó negativamente. Y como estaba exhausto, gruñó descorazonado y regresó al caravasar para poner en claro su mente. Silenciaría aquellos dos detalles a Shui para no preocuparla más. Contempló a la joven, que se encontraba junto al vigilante en la fuente del oasis. Su amada figura se recortaba entre los árboles, por donde se filtraba una luminosidad violeta. La amaba.

Chun preparó la guardia, doble aquella noche, apagaron el fuego y durmieron junto a las armas,

dispuestas para ser usadas en caso de la aparición de alguna alimaña. Al poco no se escuchaba ni una voz, ni la acostumbrada cantinela de algún arriero, ni tan siquiera el relincho de un caballo, o el rebuzno de un asno. Imperaba el cansancio, las ganas de dormir, el silencio y la quietud. Shui se acurrucó junto a Xu Jun. Tenía un pavor irracional hacia los murciélagos, con sus membranosas alas, cuerpos peludos y dientes de diablo.

Pero a Shui se le había alojado la desesperanza en los pliegues de su corazón. Pero aún le restaban fuerzas para seguir esperando con resignación, a pesar de su cada día más creciente desilusión. Para Xu Jun la búsqueda de Xiaomei se estaba convirtiendo en un ilusorio espejismo. Paulatinamente la noche se adueñó del oasis, y los caravaneros, ovillados en los jergones y mantas, dormían entre ronquidos, como erizos en la invernada.

Unas nubes brumosas ocultaron el campamento y la fortificación militar, que desaparecieron de los ojos de los caravaneros como por un sortilegio del cielo.

Shui miró a la bóveda celeste, rosácea a aquella hora temprana de la mañana, sin otra figura más que un sol intensamente amarillo. Se hallaba inquieta y cansada. Emprendían la ruta hacia Wu-vey y Zhangye, sus únicas y quizás últimas esperanzas, si la fortuna les era favorable y no esquivaba como hasta entonces.

Crecía el escepticismo de la joven y si no hallaban una pista sobre la existencia real de Xiaomei, resultaría arduo hallarla y las dificultades de rastrear una huella razonable se duplicarían. Y adentrarse en el País de los Seres, cruzar las montañas Flamígeras y los más amenazadores escollos de la ruta, el desierto de Taklamacán y los desfiladeros de Tien Shan, significaría para ellos una prueba imposible.

El crédito se agotaba, pero estaba dispuesta a todo, aunque las fuerzas le flaquearan y el ánimo que le procuraba Xu Jun no resultara suficiente a su espíritu cada día más decaído. Se acomodó en el carro, cuando aún no se había recuperado de una noche en blanco, acibillada por las chinches y la desazón.

«¿Cómo me he dejado llevar por esta descabellada alucinación y arriesgar la vida de Xu Jun? ¿Perseguimos en verdad un fantasma de mi mente?»

Había transcurrido un mes de embarazosa marcha, y Shui y Xu Jun estaban extenuados. Y de seguir tan lentamente no llegarían en la fecha determinada al Templo del Buda Gigante de la ciudad de Zhangye.

—Pero es igual, Xu Jun. Allí tampoco estará.

—Tengo fundadas sospechas de que aquí, en Wu-vey, averiguaremos algo. No olvides lo que nos aseguraron de ese peregrino que venía del oeste. ¿Lo recuerdas? Confía en la fortuna.

Cruzaron algunos territorios desolados, pedregales polvorientos y caminos de punzante gravilla que hacían rebuznar a los burros y rezongar a los camellos.

Arribaron al caravasar de Wu-vey a media tarde, y el corazón de Shui se alborozó. Estaba ansiosa y apenas si podía permanecer en el carruaje. Penetraron en el recinto, embadurnados en polvo ocre, entre los ladridos de unos perros sin amo que buscaban algunas sobras de comida.

El cercado era cuadrado y poseía sólidos muros y puertas ciclópeas. Medio centenar de cobertizos y galerías estaban preparados para apilar las mercancías de las caravanas que arribaron aquel día. Los acemileros de Chun atendieron a los asnos, mulas y demás animales, conduciéndolos a los abrevaderos. Los camellos bebieron durante un largo rato y luego se tendieron en la arena.

Chun aprovechó para hacer algunos tratos con otros mercaderes. Shui vio cómo cambiaba diez balas de seda por un camello fuerte y joven, una piel de lince por seis cortes de seda, y dos de marta,

quizá para Miao o para su esposa, por solo un ato de seda. Era un comerciante sagaz y firme. En el patio se oían voces en *cumano* turco, en *kitán* mongol, en griego, en *tangú* tibetano o en *paihuá* chino, indicativo de que se acercaban a la frontera exterior.

Los baluartes de la Gran Muralla les daban gran confianza a los viajeros y en especial a Shui, que no se apartaba ni un momento de su amante. Antes de anochecer se les unieron monjes budistas del credo Hinayana, Theravada y Mahayana que habían llenado un cántaro en la fuente, llamando la atención de los dos viajeros. Xu Jun saltó como impelido por un resorte y les preguntó si sabían algo del paradero de las *paiyou* y de los Hermanos del Diamante.

—Nos han asegurado que las *paiyou* actuaban en esta ciudad. ¿Sabéis si lo han hecho ya? Las buscamos —les dijo.

El maestro hizo un breve recordatorio, y le detalló afable:

—Las actrices sagradas creo que ya han partido de Zhangye. Quizá se hallen de regreso al Manantial de las Lágrimas de Kyzil. Allí suelen ejecutar sus obras en las fiestas de verano. En cuanto a la comunidad del Diamante, viaja camino de Nepal. Al menos eso tenemos entendido.

Shui y el maestro se miraron desazonados.

—Gracias, venerable maestro —lo agradeció Xu Jun, inclinando la cabeza con los puños en alto.

Los dos viajeros se retiraron hacia un lado.

—¡Por el Iluminado, qué fatalidad! Se nos han ido de las manos por tan solo unos días —dijo el hombre.

Shui, desmedidamente defraudada, se quejó:

—No creo que mi cuerpo resista tres meses más de marcha. ¡Me resulta descorazonador! No puedo más.

El maestro levantó cansinamente la cabeza y la alentó:

—Vamos a comer, adecentarnos y dormir en un albergue decoroso por unos días, aprovechando el descanso de la caravana. Tal vez en la ciudad hallemos una pista que nos valga y nos aliente. Si no, hemos de seguir en la caravana.

—Al menos estaremos a salvo de las jaurías de lobos y de malhechores. —Rio.

Wu-vey era un gozo para los sentidos.

El bullicio reinaba en sus calles, llenas de mercaderes, soldados, funcionarios con sus estrambóticos gorros, meretrices de miradas atrevidas, gentuza, sacamuelas, barberos, bribones sin escrúpulos, músicos, adivinadores, tenderos que ofrecían sus géneros, y decenas de tabernas, mesones, albergues con lámparas de papel, faroles y flameros encendidos. Con la luminosidad del crepúsculo la ciudad se asemejaba a un ascua gigantesca que invitaba a la vida, la jarana y la diversión. En las fondas ardían fuegos donde se asaban pescados, lascas de tocino y carnes, y la humareda que desprendían y el vaho de los pucheros se mezclaban con el polvillo de las calles.

Se había formado un gran bullicio con la llegada de algunas caravanas. Con el dinero que traían se podía comprar de todo, desde mujeres a *sage*, y desde cerdo a la brasa a pescado en salazón y asistir a espectáculos de saltimbanquis con osos adiestrados y monos de Sumatra vestidos de raso, que hacían las delicias de los viajeros. Caminaban juntos Shui, Xu Jun y el guardaespaldas, que los seguía armado dos pasos por detrás.

Pasaron ante un establecimiento del que escapaba un perfumado tufo a fragancias hindúes. Se oían

risas y el rasgueo de un laúd. Shui se detuvo y leyó el marbete que colgaba de la puerta: El Ánade del Este. Le pareció aseado y miró a su amante. Sin demora le rogó:

—Quedémonos aquí.

Los atendieron servicialmente unas muchachas con caras maquilladas, túnicas damasquinadas y melenas de color negro azulado adornadas con peinetas de jade. El salón aún estaba casi vacío y las mesas, desocupadas. Era un lugar decente y para clientes distinguidos. Xu Jun dejó encima del mostrador tres monedas de plata. Los invitaron a pasar a los baños, donde los viajeros se despojaron de sus impurezas y también de sus ansias y congojas con un grato masaje.

Subieron al cuarto para descansar y vestirse, pero Xu Jun la condujo al lecho con un gesto atrevido. Sus respiraciones estaban agitadas. Corrientes provocadoras de placer corrían por las venas de la joven, como si fuera la primera vez que se unía a él. El corazón le latía con desorden, y se dejó besar con fruición. El hombre la acarició y amansó su cuerpo suave entre sus manos anhelantes. Shui se anidó en sus brazos y vibró. Estaba encandilada con la pasión de su amante, y su cuerpo se abrió permeable a nuevas sensaciones. Después la penetró y Shui percibió una sacudida que se dejó notar en sus mejillas ruborizadas.

Finalmente, se dejó llevar hacia un océano sin fronteras.

Aquel hombre había llenado su soledad, su vacío, y deshecho sus melancolías, y además se había convertido en el artífice de orgasmos sublimes, jamás sentidos por ella. Alcanzó un clímax torrencial y se quedó exhausta. Shui tenía la sensación de la desintegración de su alma, como si se partiera en dos y una le perteneciera a Xu Jun.

«¿Será amor, o solo lujuria?», se preguntó tras recobrase.

Luego se arreglaron decentemente y bajaron al salón, bien vestidos y limpios. El mesonero, un hombrecillo hablador con surcos negros bajo unos ojillos hundidos, los recibió solícito en el engalanado salón. La concurrencia era ya muy numerosa y las mesas estaban ocupadas en círculo alrededor de un tablado, donde seguramente habría un espectáculo de danza.

En razón a la calidad de los huéspedes los condujo a un reservado donde podrían oír la música, y lo que la pareja dispusiera, tal como comer sin la bulla cercana de los animosos parroquianos. Estaba profusamente arreglada con tapices y candiles persas que exhalaban un oloroso tufo a algalia y sahumadores que espantaban las moscas. Una luz azafranada convertía la atmósfera en un sosiego sensual.

Desgranó la oferta de platos, y Xu Jun eligió queso con miel, unos pescados de Sichuan, pernils de perdiz en escabeche y rellenos de cerdo con arroz, que los sirvió con palillos aromáticos y tazones de *sage*. Tras engullir durante un mes el rancho repulsivo de la caravana de Chun, aquella comida deleitosa le pareció a Shui un banquete propio de los siete paraísos.

—Después nos pasearemos por el centro de la ciudad. Alguien debe de saber algo, Shui —la alentó.

Con la socarronería propia de los posaderos, el personajillo sonrió, depositó en la mesa los platos, corrió la cortina para intimidad de la pareja y abandonó la estancia. Shui y Xu Jun se rieron abiertamente.

Transcurrió el tiempo y de vez en cuando, mientras conversaban y cenaban, escuchaban alguna canción, el tañido de flautas y los murmullos de aprobación de los clientes. Pero de repente, Shui,

cuyo educado oído reconocía la excelencia de una interpretación que lo mereciera, dejó caer los palillos. Se quedó inmóvil y escuchó sin respirar.

Xu Jun se alarmó. ¿Qué le ocurría a su amada?

Shui parecía que no podía sustraerse a una melodía de sublime sutileza que resonaba en el salón contiguo.

—Esos registros musicales no tienen parangón y solo pueden salir de los instrumentos y la pericia de unos músicos excepcionales: los músicos *lingyou* de Kyzil.

—¿Quiénes son esos intérpretes tan especiales?

—Los he escuchado alguna vez en la Ciudad Púrpura. Suelen ejecutar grandiosas audiciones exclusivas para el emperador. Su música resulta inconfundible. Es pura magia sinfónica. Esos virtuosos *lingyou* deben de estar de regreso a su refugio junto al río Muzat. ¿Podrías decirle al mesonero que nos encantaría invitar a su maestro?

—Claro, Shui. Pero podrían reconocerte, ¿no?

—No lo creo, mi actual aspecto es el de una campesina. Ni la mismísima Kumiko, esa gata sanguinaria, me distinguiría así.

Tras un rato de espera, la música cesó, y con un andar sereno y lleno de seguridad entró en el excusado un sujeto de edad indefinida vestido con una damasquinada túnica azul que los examinó con curiosidad.

—Maestro —dijo Xu Jun, falseando sus identidades— soy funcionario imperial y voy de tránsito con mi esposa hacia Zhangye. Ella posee conocimientos melódicos, pues en su noble familia recibió educación musical. Os ha oído y asegura que vuestras armonías son prodigiosas. ¿Aceptáis nuestra invitación y nuestro reconocimiento?

El instrumentista agradeció sus palabras. Shui, como era obligado a su condición de sumisa esposa, no habló.

—¿Los *lingyou* os ganáis la vida tocando en estos lugares? —se interesó despreocupado.

—No especialmente, señoría. Lo hacemos para pagar nuestra manutención, viático y cama. Regresamos de Pekín, donde hemos actuado ante la familia imperial, y vamos de regreso hacia Kyzil, donde vivimos. No obstante, nos detendremos en Zhangye para acompañar en su interpretación sagrada a la *paiyou* Taizhen. Es un privilegio tocar para ella, os lo aseguro.

Un largo titubeo y una desconcertante turbación se adueñaron de los dos anfitriones. Al fin la Taizhen del enigmático mapa de Wuhang comparecía ante sus ojos y el enigma abría una puerta de luz, que solo un instante antes ni tan siquiera hubieran imaginado.

Taizhen, «la verdad suprema», retumbó en sus oídos como un eco apetecido y a la vez ignorado.

El veleidoso azar, por un casual albur sin importancia, como haber escuchado unas notas musicales, les desvelaba en su integridad el enigma del documento. Shui ahogó una exclamación, pero se notó su pulso acelerado y su mirada acuosa. No podían creer lo que habían oído, pero bien podía ser la solución al misterio y las incógnitas que perseguían con tanto ahínco.

—¿Taizhen es una mujer?! —terció Xu Jun.

Al músico le extrañó sobremanera la pregunta.

—En efecto. ¿Qué creíais que era, si no?

—No sé —balbució—, una estrella, una verdad esencial del budismo. Pero nunca una mujer, os

lo aseguro.

—Taizhen es una bellísima mujer *paiyou* y una amada de los dioses. Dentro de un mes actúa en el Templo de Dafosi del Gran Buda, también llamado de la Luna. Humildemente acompañaremos su actuación ante decenas de devotos llegados de todas partes —informó el músico, evidenciando por ella un verdadero fervor.

Tras su apasionada descripción, Shui acomodó su mirada atónita y esperanzada en Xu Jun, decididamente turbado. ¿Significaba aquel testimonio el final de sus búsquedas? ¿Era Taizhen en verdad Xiaomei?

Por la ventana oreaban ráfagas perfumadas y el aire rezumaba esencias a jazmines que añadía más placidez al descanso. En el negro infinito de la noche rutilaba una luna creciente, pero Shui y Xu Jun pensaron que era demasiado valioso para ser verdad lo que aquel hombre les había revelado.

La joven no pudo conciliar el sueño un solo instante.

Shui avanzaba con el corazón en la boca.

Y conforme se acercaban a Zhangye, tras veinte días de fragosa marcha, Shui, que odiaba cada día más el tufo de la caravana y su incómodo traqueteo, contemplaba con otros ojos el lujuriente valle que albergaba la ciudad, entre las tupidas arboledas, los arrozales, los huertos en flor y los regatos de agua. Una barahúnda de campesinos que acarreaban en sus espaldas cargas de heno y leña, y pastores de cabras, yak y ovejas, se apartaban al paso de la caravana.

Zhangye era un oasis de verdor, y Xu Jun, para mitigar su impaciencia, le explicó que por allí habían pasado viajeros muy nombrados tanto de Oriente como de Occidente, como Marco Polo, un veneciano que había aguardado allí durante meses el permiso de Kublai Khan para acceder al Reino Medio.

A lo lejos se distinguían las cumbres de Qilian, los últimos fortines de la Gran Muralla y el fir del verde corredor de Hexi, horadado por las ruedas y las huellas de las acémilas, camellos y seres humanos que lo habían transitado durante mil años. Y más allá el temible desierto de Gobi, exento de vegetación y una prueba de fuego para aquellos esforzados caravaneros.

Un día después de la llegada al caravasar de Zhangye, algunos nubarrones pardos disgregaron la luz de la mañana. La caravana permanecería allí seis días para arreglar algunas ruedas, herrar el caballo, reponerse, comprar víveres y hacer algunas adquisiciones esenciales para vender luego en Kucha, como el azabache, la resina de pino, esencias de eneldo, hojas de opio, sapan y mirra en polvo de Turfan.

Nada más llegar, Xu Jun, sin tiempo para asearse ni reponer fuerzas, acudió al recinto religioso, atestado de fieles, y un lego le confirmó que en tres días se celebrarían las danzas sagradas y las actuaciones de las *paiyou*. Que allí estuviera Xiaomei era otra cuestión, pero Shui aceptó el reto para su ya quebrantada alma.

—Prepárate para cualquier cosa, incluso para el desencanto más decepcionante. Pero es nuestra gran esperanza —le susurró al oído el Maestro Imperial.

En aquellos tres días tuvieron ocasión de descubrir la intimidad de sus cuerpos, de paladear

nuevas caricias y de desnudar sus almas, como quien interpreta el misterio de la vida. En el lecho de la fonda donde descansaban, las lágrimas brotaron en los ojos cálidos de Shui y cayeron en su rostro, como también declinaban las caricias de Xu Jun, que besaba sus labios con fruición, como si quisiera alejar los demonios que habían perseguido su viaje, y sosegarla con su fortaleza.

No había podido tolerar los olores de la caravana, y los últimos días de marcha, tras negarse a ingerir el sopicaldo de los caravaneros, había permanecido en un persistente estado de náuseas, mareos y vértigos. Únicamente tragaba pequeños trozos de *mangou* —mango—, pero ahora se reponía con la compañía de Xu Jun, que la tranquilizaba con palabras obsequiosas.

A veces le llegaba de las montañas un soplo fresco que le acariciaba gratamente la piel, y le devolvía el aliento.

Medio adormecida, esperando la hora en la que irían al Templo del Gran Buda Gigante, dejaba descansar su cabeza en el hombro de Xu Jun, que admiraba en silencio su fina belleza. La joven se sentía definitivamente libre al lado de quien amaba. Y aspiró el vivificante aire de la bullanguera ciudad fronteriza, agradeciendo al Buda Iluminado su ayuda y bondad.

A final del tercer día de descanso sus miembros y su ánimo comenzaron a responderle. Estaba viva. Se aproximó al ventanal y contempló los verdes y rojos aleros del santuario, el hermético Templo del Buda Gigante, un mágico conjunto de oratorios, residencias de monjes y peregrinos, jardines, explanadas y pagodas de aspecto fantasmagórico, estéticamente fastuoso.

¿Pero respondería a sus ansiosas expectativas?

El amanecer del día anunciado para las actuaciones de las mujeres sagradas, los alrededores de la Gran Pagoda bullían de gente fervorosa que portaba en sus manos varillas de incienso, velas, flores y regalos. Tomaron en el albergue un cuenco de arroz y una jarra de *pi jii*, cerveza fermentada, y una taza de *moutai*, hierbas reconstituyentes que pagó a precio de oro, fruta y un pescado ahumado. Luego se dirigieron al Templo de la Luna de Dafosi, como lo llamaban los lugareños, abierto a los fieles desde la primavera hasta el fin del otoño.

Xu Jun, persona racionalista y poco dada a las supersticiones, se preguntaba de qué naturaleza era la fuerza que los había llevado hasta allí. Se dejaba llevar, pero advirtió que Shui le otorgaba un sentido y significado distinto al suyo, que no solo respondía a las casualidades de la vida, sino a un destino superior. Estaba inquieta y ansiaba ascender cuanto antes a la Pagoda de la Luna. ¿Qué esperaba encontrar allí?

El misterio y la ilusión la mantenían excitada.

Con las primeras luces llegaron a la puerta del lugar santo. Sus miradas se posaron en la pagoda mayor, de un intenso color azul cobalto, en especial Shui, que recordó en aquel instante las palabras de las adivinas *wu* de la Ciudad Prohibida: «Vuestra hermana Xiaomei ha robado el elixir de la santidad a los dioses que se veneran en la Pagoda de la Luna.»

¿Qué secreto encerraba aquel lugar que lo vinculaba contra toda razón de ser con su desaparecida y presuntamente muerta hermana? ¿Qué tenía que ver aquel tabernáculo con su desaparición? ¿Qué sospechosas conexiones tenía con Xiaomei?

La realidad fue fijándose a su alrededor y confiaba en hallar la última pieza de aquel rompecabezas incompleto, y conocer el verdadero enigma de su hermana.

Xu Jun se detuvo de repente. Entre la marea de fieles había distinguido al individuo fornido y a su

anónimo y encapuchado acompañante al que ayudaba a entrar en la residencia de los monjes. El gigante grasiento se quedó fuera y fisgoneó por encima de las cabezas. El Maestro Imperial creyó ver que los miraba detenidamente y aprovechó para examinar su semblante rudo y sádico, muy propio de los matones a sueldo.

Le sostuvo la mirada, hasta que desapareció.

Desechaba que fuera una casual eventualidad que se hallaran allí en día tan señalado, y pensó que los habían seguido desde que partieran de Xian. Pero ¿perteneían al brazo asesino de la confabulación de palacio que había acabado con su amado maestro Sabio Errante? Ese pensamiento lo intranquilizó.

Y un estremecimiento de alarma lo embargó.

Pero calló, y cogió con firmeza el brazo de Shui.

El Templo de la Luna de Dafosi

Ruidosas bandadas de pájaros cruzaban el prestigioso tabernáculo del Buda Gigante de Dafosi. Shui aspiró el perfume volatilizado de ámbar e incienso, mientras piadosos creyentes irrumpían en el interior.

Una emoción indefinible se apoderó de Shui y sus ojos dejaron escapar unas lágrimas cálidas. Su tamaño y la equilibrada armonía de proporciones la maravillaron. Xu Jun esbozó una sonrisa y le apretó el hombro con adhesión. Observaron que el santuario era un complejo de estancias donde se palpaba la mezcla de las tres creencias del pueblo chino: el taoísmo, el confucianismo —más filosofía de vida que religión— y el budismo.

Los peregrinos que acudían de todas partes del reino habían acrecentado sus ganancias con las limosnas, los donativos de los grandes señores, la interpretación de sueños y los beneficios de la venta de flores, varillas de incienso y los alquileres de las casas de huéspedes que dependían del santuario.

Ingresaron en la pagoda principal, donde parecía haberse detenido el tiempo. El fastuoso santuario cubría a un gigantesco Buda recostado, con los ojos entreabiertos y tan largo como treinta hombres tendidos uno tras otro. Centenares de lámparas de cristal y bronce le dispensaban un fulgor inexpresable. La estatua del Iluminado recibía en aquel momento las oraciones y ofrendas de los fieles, en medio del sosegador murmullo de los mantras y las campanillas budistas.

Las paredes lucían decoradas con frescos multicolores de épocas pretéritas que recreaban escenas de nobles, damas, emperadores y guerreros en actos cotidianos. Imágenes opalinas de orantes, monjes y demonios, rendidos ante el Gran Buda, rodeaban la colosal talla.

Xu Jun le susurró al oído a Shui, que en aquel lugar había nacido Kublai Khan, el conquistador más poderoso de la historia de la humanidad, y que allí mismo se hallaba la tumba de su madre. Peregrinos de las tres creencias encendían varillas de incienso en su honor y papeles amarillos con sus peticiones y plegarias. Neblinosos hilos de incienso ascendían hasta el techo, mientras se oían las roncadas campanas del *tao*.

Comenzaron a llegar los creyentes, ansiosos de los vaticinios de los monjes *Lanzo*, que también poseían allí su cenobio, y de las interpretaciones sobre el futuro de las mujeres sabias de la Diosa Madre. Un jubileo de devotos entonando cánticos, lisiados, algunos señores, y piadosos de miradas enfebrecidas, se fueron estacionando en las escalinatas de la Pagoda de Dafosi.

Había llegado el momento esperado por Shui.

La joven y Xu Jun aguardaron con expectación a que se abrieran las puertas. La muchacha no podía apaciguar su frenética impaciencia, y Xu Jun la advirtió preocupada. Solo ella sabía que

estaba allí para calmar la larga congoja de su corazón y cerrar una profunda herida para siempre.

En aquella esplendente mañana se afirmaba en su creencia de que algo más que la suerte y las meras probabilidades labran las vidas de los mortales. Shui notaba que un dios superior la había tomado bajo su protección. Era como un presentimiento interno, una sigilosa energía, como una intuición femenina. Pero la sentía. Shui sonrió agradecida a su amante, quien veía que seguía ferozmente obsesionada con el enigma de su hermana Xiaomei.

En la primera hora los monjes *Lanzo* escrutaron el futuro de algunos de los asistentes en los huesos sagrados, recibiendo cuantiosas limosnas; y en el Templo del Buda Gigante, una sacerdotisa leyó antiquísimas leyendas Chuya y narró en un tono enigmático los ancestrales relatos Song, principios poéticos de filosofía taoísta, que tanto complacían a los dioses, y que fueron escuchadas por un público fervoroso.

De pronto se hizo un silencio augusto. Iban a manifestarse las sagradas *paiyou*. Todo era fervor, fe y recogimiento. Aparecieron en las escalinatas cinco mujeres, ataviadas con los trajes sagrados de oro, pedrerías y plata, y cubiertas con las «máscaras rojas del teatro sagrado».

—Por aquí estoy escuchando que muchas personas han venido desde lejos para verlas, pues dicen que atraen el aliento del Cielo. Taizhen debe de ser una de ellas —refirió Xu Jun.

—Ojalá Buda lo determine así —contestó la muchacha con gesto melancólico.

La bailarina del centro —tal vez Taizhen— ejecutó «La Danza del Gran Guerrero» y algunos bailes *baixi* de los llamados «Cien Fuegos», una mezcla de acrobacias y magias arcaicas. Iba ataviada con la ritual máscara roja, ayudada por las insuperables melodías de los músicos *lingyou*. Poseía la misma esbeltez y belleza de Xiaomei, pero sus gestos eran más toscos y torpes. No era ella, y Shui estaba segura. Después observó a las otras, una a una, pues deseaba adivinar en alguna los rasgos de Xiaomei, pero para su desánimo, no era ninguna de las danzarinas. Xiaomei no se hallaba allí tampoco.

La decepción. Y su desesperanza crecía.

—¿La reconoces, Shui? —le preguntó Xu Jun al oído.

—No, no es ninguna de las *paiyou*, ¡qué fracaso!

Xu Jun asistía maravillado al despliegue de exquisitez, movimientos, gestos precisos y música prodigiosa que interpretaban sus conocidos virtuosos de Kyzil. Pero veía que Shui estaba cada vez más decepcionada. Su sueño de hallarla se diluía.

Concluyeron las danzas y actuaciones, y algunos devotos se levantaron. Las *paiyou* y los músicos habían abandonado la pagoda. Tanto la joven como el maestro pensaron que la ceremonia había acabado, ante su estupor y desencanto máximo. Shui lo miró consternada.

Pero apareció un monje de túnica azafranada y anunció que en la explanada, y sobre las escalinatas del santuario, se interpretaría la pieza teatral, *La Doncella Tou*, el epílogo de las celebraciones, por lo que rogaba a los peregrinos que se dirigieran allí, dado el carácter excepcional de la interpretación, que debía realizarse ante la sagrada Campana de Oro.

—¡La campana a la que aludía el mapa! —recordó el maestro.

—Es nuestra última oportunidad, Xu Jun.

—Confiemos en que también sea la definitiva —le contestó, ayudándola a incorporarse.

—Pero el monje no ha dicho nada de que se trate de una *paiyou*. Solo ha hablado de actuación

teatral, Xu Jun.

—Aún nos queda el «Manantial de las Lágrimas». Y aunque esté lejano, llegaremos también. No desesperes.

Cruzaron un recoleto jardín bordeado por olorosos setos de boj. Se acercaron a la pagoda y se acomodaron en las escaleras de mármol, en una de las primeras gradas. Al rato un monje anunció que unas danzarinas iban a interpretar la sagrada *tsu-chii*, precediendo a la obra teatral. Alzó la voz y anunció:

—Con este ritual, hermanos, se completarán las invocaciones a los dioses de la Naturaleza, y se cerrará el jubileo sagrado del Templo de la Luna de Dafosi.

La decepción de Shui llegó a su punto más álgido.

«El enigma de Xiaomei, seguirá eternamente inconcluso», caviló para sí, y aguardó desazonada.

Shui, para mitigar los malos presagios de hallar a su hermana, explicó a Xu Jun que la obra narraba la ejecución de una hermosa e inocente muchacha por un crimen que no había cometido, y cómo su padre, guiado por la joven muerta, que se le aparecía en sueños, castiga al final al verdadero culpable.

—¿Será la actriz, esa que llaman Taizhen?

—No creo. ¿No ves, Xu Jun, que los músicos se han marchado? Esa Taizhen sería la danzarina principal de la anterior actuación, y Xiaomei no estaba en el grupo.

—Aguardaremos. Confía, Shui —dijo resignado.

Fue instintivo. Xu Jun volvió la vista atrás y barrió con su mirada al auditorio allí congregado. Lo sorprendió mirándolos sin pestañear. El hombretón con la cara aplastada y picada de viruela y la nariz descomunal y chata tenía fijos los ojos en ellos. ¿Qué pretendía en realidad? Esquivó su mirada y esperó acontecimientos.

Haces de luz jugueteaban con los velos sutiles de las nubes cuando escucharon el sonido de una campana. Se abrió de par en par la puerta de la pagoda y comparecieron seis monjes que trasladaban a hombros, y sobre unas angarillas, una gran campana de oro que uno de ellos batía con un martillo del mismo metal.

—La Campana de Oro que decía el documento de Wuhang, el mercader —susurró a Shui.

—Debe de ser —contestó la joven interesada—. Mucho de lo que escribió el mercader se está cumpliendo.

La grey creyente aguardaba con religiosa devoción la sacralizada persona de la bailarina y actriz con la que concluiría el augusto ceremonial. Shui contuvo la respiración. Se aferraba a aquella última posibilidad con esperanza. Xu Jun miró asombrado la solemne puesta en escena. Varios monjes quemaron almástiga, gálbano, incienso puro y olíbano para elevar los espíritus y poner a los presentes en contacto con los seres superiores.

El templo parecía concitar en aquel momento toda la luz del sol, y de él salieron de nuevo los músicos *lingyou*, que solo tocaban en la Pagoda del Buda Gigante, en Kyzil, y en la Ciudad Prohibida, provistos de sus atávicas arpas, flautas, panderos, xilófonos y laúdes.

Sin dilación, sentada en un palanquín de madera taraceada, entre las salmodias de unos monjes *tao*, apareció una mujer vestida con una túnica escarlata y aderezada con ajorcas, diademas y pulseras de oro purísimo. Iba impertérrita como una efigie, bajo una pátina de respetabilidad que

provocaba el respeto y la reverencia de la gente, y ocultaba su rostro con una máscara roja de teatro. Luego, pausada y solemnemente, descendió del palio, envuelta en una humareda de inciensos que creaban una atmósfera sobrenatural alrededor de su figura.

—¡La suprema grandeza de la *paiyou* Taizhen! —la presentó uno de los monjes *tao*, inclinando la cabeza.

Los dos visitantes no le quitaban ojo, todavía ofuscados con la majestuosa aparición. A Shui comenzaron a temblarle las piernas, pero no podía decir con certeza que se tratara de Xiaomei. Debía verla actuar. Comenzó sin demora y se agitó.

La obra simultaneaba las partes habladas con las cantadas, que eran de una sutileza sublime. Xu Jun pudo comprobar, extasiado con el espectáculo, que las actrices eran todas mujeres, incluso en los papeles masculinos, y que Taizhen era el personaje principal. Explicaba sus sentimientos con gestos y palabras impostadas, entre los rumores de admiración. Los vestidos brillaban, los peinados y maquillajes relucían con la luz, y las artificiosas máscaras, joyas y abanicos eran deslumbrantes, en especial los de Taizhen.

Según Shui, que explicaba en voz baja las evoluciones de las actrices y las danzas, le dijo que intentaban invocar y atraer al lugar a los espíritus celestes.

—Esta danza convoca a los espíritus y los relaciona con personas presentes en el templo, que incluso logran la armonía con el más allá durante unos instantes —expuso Shui, que se hallaba intranquila, mientras miraba intensamente a Taizhen y se removía ansiosa, ante la expectación de su acompañante.

Taizhen ofrecía una interpretación profunda y armoniosa, aunque Xu Jun pensó que la representación poseía algo de ser maléfico. La figura de la dama, a veces demoníaca, lo inquietaba. No distinguía su voz pues hablaba de forma declamatoria y enfática y era muy difícil reconocerla.

—¿Pudiera ser tu hermana, Shui? —le musitó.

—Xiaomei tenía la piel como la porcelana, y esta mujer es más morena y más baja, aunque vaya descalza. Ella era muy esbelta. No sé, no podría asegurarlo, pues no logro matizar su voz —dijo sin apartar su mirada de la actriz.

Pero de repente, Taizhen pareció detenerse en su fascinante ejecución y detuvo su mirada, perceptible a pesar de la máscara, en Shui. Otros espectadores también lo advirtieron, como que después de aquella efímera e incomprensible interrupción, la *paiyou* ya no interpretaba la obra con igual maestría.

Era la señal que Shui había estado aguardando tanto tiempo, y por la que había pasado tantos pesares, incluso sometiéndose a un juicio, a una más que lacerante esclavitud sexual, la muerte incluso y a aquel viaje que la había dejado sin fuerzas.

Se sumió en una insondable estupefacción de la que escapó en unos instantes como quien imagina haber vivido un sueño. De pronto, como si toda la tensión acumulada durante tanto tiempo escapara como un torrente en primavera, se asió con fuerza al brazo de Xu Jun. Su rostro adquirió la lividez de un cadáver y la sacudió una punzada en el pecho. El corazón galopó en su pecho como un potro salvaje y temblaba como una hoja seca de otoño. Su amante la miró y se alarmó

—¿Te ocurre algo? ¿Deseas descansar? —se interesó.

Shui no contestó a Xu Jun, sino que se apretó aún más y siguió con la mirada fija en la

protagonista Taizhen, que interpretaba con gran dramatismo uno de los lances finales de la heroína Tou. La intérprete se movía magistralmente en el marco de su visión, a escasas dos brazadas de sus miradas, y seguía observándola. No pudo evitar sentir una punzada en su cerebro y una ráfaga de ansiedad, como si en vez de distinguir una imagen real, evocara una estampa del pasado.

¿Era Taizhen el espectro de Xiaomei que se le presentaba en su mente cansada? El vestido escarlata, admirablemente bordado en finos hilos de oro, realzaba su belleza aún lozana, y el cabello recogido en un moño altísimo era igual al que ella se solía componer en el harén. También le llegó diáfano el efluvio del perfume que ella conocía de algalia, agáloco y jazmines. Y ni el maquillaje blanco ni la máscara roja que ocultaba sus ojos y cuello podían ocultar su rostro de diosa.

Pero ¿era en verdad Xiaomei? ¿Era una alucinación dictada por su obsesión? Y si era ella, ¿por qué le había ocultado que aún vivía? Era evidente que todo había sido previamente dispuesto, o se trataba de una penosa coincidencia.

Había tardado una infinitud en identificarla.

Pero ¿era un sueño, un ingrato error de su ilusión? El pasado y el presente se fundieron en su mente. Súbitamente el escenario comenzó a darle vueltas. Percibió que una espantosa sacudida la dejaba sin visión y sin pulsos, abatiéndose en la hondura de la nada. Percibió su cuerpo desmadejado y un vacío en la cabeza, y aflojó sus músculos.

Perdió la percepción del tiempo y se desmayó en los brazos de Xu Jun. Los asistentes no le concedieron gran atención, pues era habitual que los espectadores perdieran el discernimiento ante la presencia de las divinidades, y más si habían sufrido un trance.

Volvió en sí de la negrura a la luz pasado un rato, y no reconocía a nadie. Pero las imágenes comenzaron a brotar en su mente, como relámpagos de recuerdos inconexos, hasta que recuperó la línea de sus pensamientos. Tenía la boca reseca y notaba una sensación de flojedad. Súbitamente escuchó el trino de los pájaros y reconoció la voz amable de Xu Jun. Vio a un novicio curador *Lanzo* que la atendía en el pórtico.

Presa de una incapacitante conmoción invocó sus recuerdos, que fueron regresando poco a poco. Un corro de curiosos se había formado alrededor y los peregrinos iban abandonando la pagoda en busca del cobijo de los albergues, reconfortados y jubilosos.

—¿Habéis recobrado el conocimiento? —dijo el lego.

Shui, como ida, vaciló. Tenía la mirada perdida.

—Xiaomei vive. La he visto. Está aquí —balbució sin ser entendida, mirando al médico que la atendía.

Inmediatamente recordó la orden de Xu Jun de silenciar su nombre, pero dedicó una mirada interrogativa al médico, al que preguntó, inclinándose hacia delante:

—¿La intérprete principal se llama Xiaomei?

El hermano observaba la expresión de sus ojos, y como si hubiera apurado toda su amabilidad con los peregrinos, la miró con desconfianza, como si temiera o sospechara de la presencia de un enemigo desconocido. Luego levantó una ceja de agobio.

—Entre las *paiyou* no hay ninguna que responda a ese nombre, señora —admitió—. Habéis sufrido una alucinación y perdido el conocimiento. Suele suceder. Descansad, y partid luego —manifestó el lego con firmeza.

La noción del tiempo se le hizo confusa a Shui. Después miró con desconsuelo a Xu Jun.
Una amarga frustración más.

Shui se comportó de un modo impensable e inadecuado con su forma habitual de proceder.

En vez de temor, el desvanecimiento le había ocasionado una audacia que sorprendió hasta a Xu Jun, que jamás la había conocido en aquella actitud tan impetuosa. Shui actuaba con el valor que facilita la desesperación. Apenas si le hizo caso a su amante, y mirando de hito en hito al monje curador *Lanzo* lo atravesó con su mirada y le soltó con una seguridad y nervio impropios de su natural dulzura:

—Hermano, cada mañana de mis últimos tres años de vida me he despertado esperando este momento —aseguró con coraje—. ¡Xu Jun, dame la bolsa que contiene mi máscara!

—Enseguida —contestó desconcertado.

El *Lanzo* la observaba y no salía de su asombro. ¿Quién era, en realidad, aquella mujer de tantos redaños que se expresaba además como una dama? Aguardó alterado.

—Os lo ruego —le pidió Shui con obsequiosidad—, entregad a la *paiyou* Taizhen, la que ha interpretado a la dama Tou, esta máscara. Ella entenderá el recado. Aguardaremos aquí su contestación, y no nos iremos sin ella.

El novicio se negó a atenderla. Ninguna respuesta salió de sus labios. Luego contestó con aspereza:

—Las sacerdotisas *paiyou* no hablan con nadie. Solo sirven a la Diosa Madre. Debéis marcharos. ¡Idos ya!

Shui había alcanzado ese punto en el que no podía dar un paso atrás. Estaba decidida a enfrentarse a la comunidad entera de religiosos del Templo de Dafosi si fuera preciso. Nadie podía arrebatarse lo que su corazón aguardaba con tanto ahínco. Sensata, ingenua e inalterable en sus formas, se había transformado en una encrespada fiera, y elevó la voz visiblemente enojada:

—¡Venimos de la Ciudad Prohibida enviados por la Gran Viuda Imperial, la emperatriz Xiaogongren, madre de nuestro *Bixia Yongzheng*, y con el encargo de entregarle la máscara sagrada a la dama Taizhen. Y quien me acompaña es un Maestro Imperial de primer rango, el muy honorable Xu Jun! —estalló, dejando abiertas todas las posibilidades de arreglo—. Id y cumplid con lo que se os pide, si en algo valoráis vuestra vida.

Xu Jun, siempre dispuesto a la admiración, creía que su amada había entrado en un estado de locura transitoria. No obstante, su firme exigencia le agradó, y le sonrió. Miró al religioso, vio que temblaba azorado y que salía como una exhalación camino de la residencia, con la máscara roja entre las manos.

Shui se abrazó a él. Nadie podría arrebatarse sus últimas esperanzas. Después manifestó inmovible:

—En unos instantes estaremos ante esa mujer. Hoy y en este sagrado lugar resolveré el misterio de Xiaomei. Te lo aseguro.

El donado *Lanzo*, visiblemente nervioso, volvió al poco comportándose de una forma extremadamente amable.

—Os ruego, señorías, que me acompañéis —rogó atento.

Xu Jun se preguntaba si estarían seguros en aquella madriguera de malhumorados monjes ciegos, y de qué naturaleza era lo que guardaba Shui, que la había transformado en otra persona. Tras unos instantes en los que se adentraron por un laberíntico corredor de la pagoda, alumbrados por lámparas con borlas doradas, se encontraron en una desierta sala, iluminada con candelabros de bronce y profusamente decorada.

En las hornacinas que se abrían en sus cuatro paredes se veneraban varias figuras de dioses de la vieja religión China: Ti-Tsang, dios de Ultratumba, Pan-Ku, Creador del Universo y Li-Wu, e Guardián del Paraíso, clareadas por lamparillas de aceite y perfumadas con bastoncillos de ámbar. Cortinajes de seda amarilla descendían desde el techo al suelo, embellecido por alfombras de Ispahan. El lugar incitaba a la oración y la quietud.

Una puerta se abrió imperceptiblemente, y apareció una mujer. Era Taizhen, la venerable *paiyou*.

Reinaba tal silencio que podían percibir los latidos de sus corazones. Sin hacerse notar se mostró ante ellos exhibiendo una belleza madura rayana a la perfección. La visión rompió el apático gesto de Xu Jun, que se enderezó deslumbrado por tan subyugadora presencia. Era la mujer más bella que había visto jamás. La recordaba vagamente de palacio, pero nunca había estado tan cerca de tan turbadora señora, como para descubrir su excepcional hermosura. Poseía el dominio de una reina, la calma de una pantera y la figura de una diosa. Era una mujer fastuosa.

Etérea como una náyade, iba elegantemente ataviada con una vaporosa túnica, recogía su deslumbrante cabellera en un peinado sujeto por cardas de flores malvas. Profusamente abastecida de ajorcas, un collar de perlas negras, que palpitaba en el pecho, le concedía la apariencia de una sofisticada odalisca.

Su rostro delicado, sus cejas finas, sus ojos hondísimos y los senos grávidos le parecían a Xu Jun fascinadores. La boca como un suspiro, la mirada incitadora y su esbeltez prendaron al maestro, que no dejaba de observarla. Honestidad, distinción y serenidad definían sus elegantes gestos.

Por un momento reinó el más desconcertante de los silencios, hasta que las mujeres corrieron la una hacia la otra y se fundieron en un sentido, prolongado y hondo abrazo, mientras lágrimas de júbilo mojaban sus túnicas.

—¡Xiaomei! —exclamó la hermana menor.

—¡Mi querida niña Shui! —le contestó entre lloros.

Shui la miró con incredulidad, reprimiendo su llanto arrasador. Temblorosa, le flaqueaban las rodillas. No le salían las palabras, pero al fin habló:

—¿Por qué permitiste que cargara con el tormento de tu terrible pérdida? No sabes lo que he sufrido estos años.

Xiaomei sabía que las dos estaban unidas por la fuerte enredadera de la vida y lamentaba su

trágico destino, Por eso se mostró amorosa, comprensiva, asequible, condescendiente.

—Era tu tristeza contra mi vida, y quizá también la tuya. Pero ambas estábamos vivas. Nadie debía saber que seguía viva, ni tampoco mi paradero, pues entonces mi cuello no valdría ni una moneda de cobre. Me oculto tras una máscara y un atuendo de teatro, y nadie conoce mi identidad. Y así debo seguir. Debía callar entonces, y callé —le confesó con una voz que excedía la suavidad—. Perdóname.

—Mi alegría rebasa lo que un ser humano pueda sentir. ¡Qué gozo de recuperarte, hermana! —manifestó Shui.

Xiaomei la miró fijamente, con pupilas de afecto.

—Quien busca lo inalcanzable está destinado a encontrarse con lo improbable —terció el maestro, asintiendo la *paiyou*.

—La vida de los seres humanos está escrita en el Gran Libro de la Vida —le manifestó maternal—. Pero tengo que hacerte muchas preguntas, mi niña. ¿Qué haces fuera del harén imperial? ¿Quién te reveló que estaba aquí escondida del mundo? ¿Quién es este hombre que te acompaña? Cuando te vi entre los devotos de la diosa casi me desmayo, aunque me alegré lo indecible e imaginé mil conjeturas. Y pensaba, claro está, mandar a buscarte.

Shui explicó a grandes rasgos su odisea, la identidad de Xu Jun y su hipótesis de la confabulación palaciega de quienes habían asistido a la redacción del testamento de Kangxi, los asesinatos que siguieron después, las revelaciones de la emperatriz madre, el papel misterioso del mercader Wuhang, su juicio buscado en la Ciudad Prohibida por conducta indecorosa, la venta al burdel de dama Gardenia, el rescate de Miao y el plan de búsqueda ideado por Xu Jun tras interpretar el mapa del mercader xianés, hasta el reciente viaje que al fin las había unido.

Xiaomei elogiaba la asombrosa valentía de su hermana, y negaba una y otra vez con su graciosa cabeza, incapaz de admitir hazaña tan osada. Le resultaba inaudito.

—Qué meritorio es lo que has llevado a cabo, Shui. Pero esa tragedia que has vivido y mi ocultación solo son achacables a la codicia de un rey: el ambicioso emperador Yongzheng —ratificó Xiaomei—. Su padre lo sabía. Mataría a todo el que se interpusiera entre él y el trono, y se lo arrebataría al verdadero dueño.

Xu Jun, que pensaba como ella, intervino deferente:

—Los asesinatos por esa causa no han cesado y seguirán hasta que no quede un solo príncipe vivo, o alguien que le recuerde el círculo de confianza de su padre —corroboró—. En la Ciudad Prohibida se viven tiempos de aflicción y amenaza, señora.

Xiaomei compuso un gesto de espanto, y preguntó:

—¿Y quienes murieron después del funeral?

Aquel fragmento del pasado lo explicó Xu Jun.

—Tres testigos de la firma del testamento de Kangxi, que estaban muy cerca de vos, señora Xiaomei. Perecieron uno tras otro, y nos hicieron creer que eran atentados contra la persona de Yongzheng, cuando en realidad formaban parte de un plan premeditado, una forma subrepticia de eliminar a unos cortesanos que estorbaban por incómodos.

Xiaomei dejó que contestara el maestro.

—O sea que...

—Lo que vos pensáis, señora —confirmó—. Transcurrida la tregua de las seis semanas de luto, fueron siendo eliminados uno tras otro. Primero fue Zexu, el Gran Eunuco y fidelísimo servidor del emperador fallecido, luego el leal Tung Chih, capitán de su guardia personal, y finalmente su amigo, consejero espiritual y mentor mío, el compasivo Sabio Errante. Sin contar la reciente prisión de tres de sus hermanos, que al final serán ejecutados.

Xiaomei ahogó un lamento apenado por tanta crueldad.

—¡Cuánto pesar! Mi amado Kangxi lo sabía, y por eso dispuso mi muerte simulada. Los cuatro que asistimos a su agonía y a la rúbrica del testamento de sucesión, estábamos sentenciados a muerte cuando él desapareciera. Sabíamos la verdad.

Aquellas palabras, no por sospechadas, hicieron que por un momento se miraran los tres en silencio. *La paiyou* conocía algo que ellos ignoraban y que bien podía constituir la clave de todo aquel embrollo y del destino vivido por las dos mujeres.

—¿Qué verdad, Xiaomei? —se interesó Shui y los dos se aferraron a lo que sus labios iban a revelar.

Xiaomei hizo una pausa sabiamente condensada.

—Sencillamente que Yongzheng, *el de la Justicia Armoniosa*, no era el heredero elegido por su padre. Así de fácil y de terrible —confesó concluyente, asombrándolos.

Los dos se dieron cuenta de la trascendencia de sus palabras. Ese era el aterrador motivo que nadie conocía. Atroz.

—¡¿Qué?! Es muy grave lo que decís —dijo Xu Jun.

Para darle credibilidad a sus palabras, se irguió.

—Lo sé. Por eso me hallo aquí de incógnito —desveló.

—¿Y a quién eligió Kangxi para sucederle? —dijo Shui.

—Este es el gran secreto del reino de China —dijo, hizo una pausa, y prosiguió—: El distinguido para ocupar el trono era su hijo *decimocuarto*, o sea, el honesto príncipe Yinti. Los cuatro vimos cómo lo escribía de su puño y letra. Pero en la confusión del fallecimiento, partidarios de Yongzheng alteraron y falsificaron descaradamente el testamento que se hallaba a buen recaudo en el Cofre Amarillo, el que está detrás del entablado de la Justicia y Franqueza del Palacio Quianqing. Y como había sido escrito en varillas separadas unidas por hilos de seda, quitaron la que contenía la palabra «*décimo*», y dejaron solo la de «*cuarto*», que era él, Yongzheng.

—Hábilmente urdido, ¡por el Gran Buda! —exclamó Xu Jun, conoedor al fin de lo que siempre había conjeturado—. Si lo revelarais, señora, podrían desmoronarse los cimientos del trono de Yongzheng.

Xiaomei se sonrió con femenina mordacidad.

—¿Iban a creer a una mujer? Solo soy un insecto al que hay que liquidar por molesto, no por peligroso.

El maestro sonrió en señal de complicidad.

—Ahora lo comprendo todo. Encaja perfectamente. Pero alguien tuvo que hacer el cambio del testamento verdadero por el falso, y Yongzheng estaba vigilado por todos sus hermanos. ¿Cómo pudo ocurrir?

Acercó su rostro y su gesto la hizo más convincente.

—Muy sencillo —recordó—. La llave del cofre ritual que contenía el testamento, según el antiguo ceremonial de palacio, debía guardarla el Ministro de Castigos hasta hacerse pública la decisión del monarca difunto. ¿Y quién era en ese momento?

—Creo que Ling Wang Hangyilu, jefe manchú del estandarte Rojo y conocedor de sabios secretos médicos, o sea, un personaje muy poderoso en aquel momento —ratificó Xu Jun.

—Bien, pero había otro personaje capital para la ascensión al trono de Yongzheng. ¿Quién? Pues el general Longkodo, comandante de la guarnición imperial de Pekín. Él y Ling urdieron toda la trama para proclamarlo, mientras le entregaban ante los ojos atónitos de sus hermanos los dos símbolos del poder como soberano de China: el Rosario de sus Antepasados y la Flecha Dorada de la Autoridad. Ya no podía haber marcha atrás.

El maestro se adelantó, y manifestó:

—Dos personajes abiertamente partidarios de Yongzheng antes de la muerte de su padre, y ahora convertidos en los dos hombres fuertes del gobierno y con más influencia.

—Así es —siguió Xiaomei—. Yongzheng lo tenía todo atado y bien atado. Así que presumo, y no creo equivocarme, que los cerebros de aquella ascensión y los que han organizado esos asesinatos, no son sino Longkodo y Ling Wang. Lo proclamaron primero y ahora lo sostienen, y no dudarán en matar si algún osado se atreve a dudar de su legitimidad. ¿Lo entendéis ahora?

—Diáfananamente —replicó el maestro.

—Y hay más —prosiguió la *paiyou*—. Hasta me atrevo a asegurar que Yongzheng envenenó a su padre con un reconstituyente que aceleró su muerte cuando agonizaba en su lecho del Parque de Changchún. No olvidéis que yo velé su agonía.

—¿Y cómo consiguió llevar a cabo su perverso cometido? La guarnición real de los *Fengtai* lo controlaba todo y en especial los pasos y los actos de los príncipes —se extrañó Xu Jun.

—Veréis. Cada atardecer, compungido y triste, Yongzheng llegaba al palacio y se ofrecía para suministrarle a su padre moribundo un elixir hecho con sangre de ciervo del valle de Jehol, con el que Kangxi creía revitalizarse y detener su ineludible muerte. Ocasión oportuna para introducir en palacio un veneno oculto y diluirlo en la bebida —reveló—. ¿Quién iba a sospechar?

—Qué frialdad la de este sanguinario rey —dijo Shui.

—Eso solo lo sabemos la emperatriz Xiaogongren y yo. Ella lo supuso demasiado tarde, pero callará para siempre, porque Yongzheng es su hijo; y yo para conservar mi vida. Además somos mujeres. Nadie nos escucharía, y mucho menos nos creería.

Xiaomei tomó la mano de Shui, que terció:

—Pero hablemos de ti, Xiaomei, y de tu desaparición. Mi corazón se resiste y a mi razón no le cuadra tu ocultación en la tumba imperial. Yo te vi con mis ojos entrar en el sepulcro. Tu figura vestida de azul perdiéndose en las oscuridades del Castillo Precioso y de la Mansión Subterránea aún está grabada en mi mente; y en mis oídos aún resuena el estruendo seco y fatal del enterramiento de por vida. ¿Cómo que apareces ahora aquí? Voy a volverme loca si no me lo aclaras.

En Xiaomei afloró una seductora sonrisa.

—Querida Shui, aquí, en estos lugares sagrados más allá de la Gran Muralla, he hallado una razón para seguir viviendo. Te lo explicaré para que tu espíritu se sosiegue al fin.

—Sí, te lo ruego, hermana.

Solo se escuchaba el chisporroteo de las candelas.

—Mira, hermana, Kangxi sabía por Sabio Errante y sus consejeros *Lanzo* que yo era una *paiyou*, una mujer sagrada por mis cualidades en el teatro ritual. De modo que no quiso retar a los dioses y agraviarlos con una acción reprobable a sus ojos y estéril a todas luces. Además me amaba, y sabía que estaría en el punto de mira de Yongzheng, quien de una forma u otra se haría con el poder tarde o temprano y se desharía de mí. Así que a mis espaldas, y sin yo saberlo, ideó un astuto plan para salvarme junto a Zexu, el eunuco, y Wuhang que os voy a contar.

—Pero tú me juraste que morías por amor.

Xiaomei se encogió de hombros y un leve temblor hizo vibrar sus labios.

—Qué iba a decirte, Shui, ¿que me obligaban a enterrarme viva en una tumba? Hubieras muerto de aflicción. Fingí que me lo había pedido el emperador fallecido y que lo hacía por mi voluntad. Por eso obraron con tanto sigilo.

—¡Qué absurdo es el destino!

—Escucha y te lo revelaré todo —refirió, y los invitó a acomodarse en uno de los divanes—. El día del enterramiento del *Bixia* Kangxi, y desde las primeras luces, las *juibas*, las sacerdotisas adivinas, inmolaron por el alma del difunto emperador los diez animales sagrados rituales. Como ya sabes parecen mendigas enloquecidas, mujeres repulsivas, sucias y vestidas de harapos, a las que todo el mundo elude. Sus cabellos encrespados, los rostros horribles y las largas uñas tintas en sangre las hacen repugnantes a la vista.

—Muchas veces tuve pesadillas con ellas y de cómo te arrastraban al panteón para toda la eternidad —recordó Shui.

Xiaomei siguió narrando de forma elocuente.

—Pues bien, entré en efecto en la cámara mortuoria como todos los presentes visteis. Pero no llegué a traspasarla, sino que a una señal del eunuco Zexu, me oculté tras uno de los biombos de la antesala del sepulcro, allí donde se depositan las viandas, enseres, armas y regalos para el más allá. Zexu había dejado en un paño unos indumentos semejantes a los de las *juibas*, unos pigmentos rojos, sangre real y ceniza con los que deslucir mi cara y mis manos, unas abarcas y una peluca preparada al efecto. Debía disfrazarme con rapidez, y aguardar.

Shui y Xu Jun abrieron sus pupilas con indudable sorpresa.

—Taimado plan, muy propio de Kangxi —reconocieron.

Xiaomei tragó saliva, y reanudó el relato.

—Así que cuando la esposa viuda Xiaogongren, vestida con el ceremonial vestido blanco, anunció a la corte que su marido, el *Bixia* emperador, yacía en su lugar eterno, el séquito imperial comenzó a abandonar el panteón. Solo se escuchaba el eco lejano de los timbales, los carros y las pisadas de los cortesanos. Entonces aproveché que las *juibas* y los enterradores, los *taidelos*, abandonaban el lugar, para mezclarme con ellos. Salí del escondido habitáculo y nadie reparó en mí.

—Pero llevabas aún la máscara roja. ¿No es así?

—Ciertamente, y pudo dar al traste con todo, pero lo hice pensando en ti. Por mi amistad hacia Xiaogongren, y pensando que te dejaba una pista que ella sabría manejar en su momento, como así fue, se la dejé en sus manos, y me uní al grupo de *juibas*. Ella me miró asombrada, pero no dijo nada, sino que la guardó entre sus bocamangas, y me siguió con la mirada.

—Pudieron haberte descubierto si Xiaogongren hubiera reclamado tu presencia —dijo Shui.

—Sabía que no lo haría. Una corazonada, tal vez. Conocía muy bien a su marido, y barruntaba que había urdido algo sobre mí que ella ignoraba, junto al mercader y al Gran Eunuco, y que aquello formaba parte del plan. Así que calló sabiamente y me dejó ir. Es una mujer juiciosa y sabia.

—Menos mal. Pudo haberse ido todo al traste.

—En realidad, yo no era más que una sacrificadora que se ausentaba del fúnebre lugar tras concluir su trabajo y ser recompensada con comida y un puñado de monedas.

—No es fácil pasar un control de los Guardias de Brocado. Tú y yo lo sabemos, y te podrías haber reconocido, a pesar del disfraz. Eras una dama muy conocida y respetada, y el ideal de todas las concubinas.

—Resultó extremadamente peligroso, y más cuando nos paró un poco más adelante la Maestra de Concubinas, Kumiko. Creí que todo estaba perdido, pues pensé que me reconocería al instante.

La palidez se apoderó del rostro de la joven.

—¡No! Abyecta bestia —saltó Shui con el alma en un puño.

—Te contaré, aún me hiela la sangre traerlo a la memoria.

La salita se llenó de curiosidad y no menos alarma. Xiaomei aspiró intensamente el aroma de las varillas de sándalo, como si quisiera dejar escapar la turbación que aún sentía por aquel oneroso recuerdo.

El silencio era tan confuso que Shui y Xu Jun tenían la sensación de que escucharían otra villanía más de la odiada Kumiko.

—Prestadme atención —siguió narrando Xiaomei—. Con la excusa de que debían registrar a cuantos hubieran estado en la tumba y que no pertenecieran a la familia imperial, dados los objetos de altísimo valor que se atesoraban en el panteón, unos guardias cachearon a los *taidelos*, y los eunucos, al no poseer órganos viriles, a las *juibas*. Pero a mí me registró la propia Kumiko. Sentí una opresión en la garganta cuando con sus viscosas manos me sobó la entrepierna y el pecho, por si ocultaba algo.

—¿Pero cómo no te reconoció? —se interesó Shui.

—Hubo un momento de verdadero riesgo, lo reconozco. Me miró fijamente, pero el tufo a ceniza maloliente, sangre reseca y polvo de algalia la echó para atrás. Su femenino rechazo al mal olor me salvó. Así que me apremió con desconsideración para que desapareciera de su vista, con esos modales de carretero que la caracterizan.

—¿Y después, regresaste a palacio, hermana?

—No, ya no lo pisé nunca más. El eunuco Zexu me estaba aguardando en un palanquín oculto en el Camino de los Espíritus. Ascendí a él sin hacer ruido, y desaparecí para siempre del ámbito de la Ciudad Prohibida. Cruzamos un sendero apartado y nos dirigimos directamente a la mansión de Wuhang, el mercader y servidor leal del emperador fenecido. En una habitación cerrada residí una semana, reponiendo mi ánimo convulsionado por el simulado enterramiento en vida.

—¿Pensabas en mí, Xiaomei?

—No hacía otra cosa, Shui; pero avisarte de que estaba viva hubiera supuesto la muerte para los dos. Permanecí fuera de la vista de sus criados y familiares, sola con mis pensamientos y con un futuro incierto. El mismo Wuhang me traía alimento por la noche y conversábamos sobre todo de la emperatriz Xiaogongren, a la que idolatraba y de la que estaba perdidamente enamorado. Era muy fiel a la familia imperial.

—Pues lo que hizo pudo costarle su reputación, y su vida.

—Claro está, Shui. Salí de la casa de incógnito una madrugada nublada y de fina lluvia. Me dirigí oculta en un palanquín desde Pekín a Xian, simulando ser la esposa de Wuhang, que regresaba de visitar a unos familiares, como así declaró a los oficiales de la Puerta del Sur. Yo iba cubierta con un gorro de viaje. Abulté mis ropas y afeé mi rostro. ¡Me hice yo misma más fea! —ironizó.

Shui tenía el corazón reblandecido y los ojos húmedos. Aún no podía creer que la tuviera junto a sí.

—Ya tuviste que sufrir, hermana. Tú siempre fuiste muy presumida —dijo, y se carcajearon.

—El caso es que —les explicó—, aumenté mis arrugas, empequeñecí mis ojos, no me depilé las cejas y me añadí unos bultos en las mejillas. Me convertí en una hembra poco apetecible de admirar. Nadie podía adivinar en mi transformación a la concubina preferida del *Bixia* recién fallecido. Fue una meritoria acción de Wuhang que podría haber sido fatal para él si nos hubieran descubierto. Y en estos santuarios que aparecen en el mapa, bajo el amparo de los monjes *Lanzo* he permanecido estos dos años, bendecida por el cielo y amada por centenares de creyentes, que me reverencian y que ignoran quién soy.

Shui se alegraba después de haber hallado al fin la armonía de sus sentimientos, y la miró extasiada.

—¡No sabes lo dichosa que me haces! Me siento muy satisfecha. De imaginarte convertida en polvo en una tumba a hallarte viva y tan serena va un abismo.

—Rezaré por Wuhang, al que creía con su familia en Xian —reconoció Xiaomei—. Se convirtió en mi protector, porque así se lo había jurado al emperador Kangxi, y me llegó a prometer que algún día nos volvería a unir cuando transcurriera un tiempo razonable, por lo que mi alma atribulada creyó sus promesas. Y ahora te veo ante mí, aunque más tarde de lo que suponía y de una forma que no esperaba, créeme.

Xiaomei seguía examinando con atención el mapa elaborado por el mercader que le había entregado Xu Jun.

—Me aseguró que a su vuelta le enviaría una información a Xiaogongren en la que le revelaría algunas pistas sobre mi paradero, pero hecho de tal forma que si caía en manos indeseables no lo entendieran. Era un mercader leal y listo, y un sabio en el entendimiento de los astros —observó.

—Pero murió de una apoplejía tras regresar a Xian —recordó el Maestro Imperial—. Y cuando pasados dos años cayó en poder de la emperatriz viuda su cuaderno de viaje, y sabiendo el estado de vigilancia obsesiva que reinaba en el palacio, determinó no destapar otra caja de truenos y optó por ocultarlo y entregárselo a Shui cuando ya se disponía a abandonar la Ciudad Prohibida.

—No pudo obrar de otra manera. Siempre me protegió, incluso desafiando a los eunucos, y serenó mi alma con consoladoras esperanzas. Que el cielo la proteja por siempre —dijo Shui.

La mirada de Xiaomei se había quedado fija en el papel.

—Veo que en él están señalados todos los lugares sagrados donde actuamos las *paiyou*. Pero nadie puede relacionarlo conmigo. Wuhang sabía lo que hacía.

—Y si observáis esos asteriscos y líneas, dibujó las estrellas que lucían en el firmamento allá donde actuabais en cada época del año. Ahora lo hemos comprendido —apuntó Xu Jun—. Y el dragón rojo del reverso nos indicó que su receptor era alguien de la familia imperial. Lo revela todo, pero es difícil saber de quién.

En el semblante de la *paiyou* brotó un gesto de agrado.

—El mismo Wuhang fue quien me insinuó que debía cambiar mi nombre por el de Taizhen, «verdad suprema», por el que ahora soy conocida y que difícilmente me relacionaría con mi antigua vida; y a él se le ocurrió también ocultarme en el grupo del Diamante, que se protegían en la caravana, cosa habitual, y con los que pasé inadvertida a los ojos de todos, incluso de los espías imperiales. ¿Quién iba a sospechar de unos monjes y monjas más pobres que ratas que oraban y

pedían limosna?

Con los ojos brillantes por la emoción, dijo Shui:

—Y ahora veo que te debes por entero a la Diosa Madre.

—Es una forma de protegerme, hermana, y de vivir una existencia plena —le confesó dichosa—. Soy para los fieles una mujer elegida, venerable, una intocable, y mi secreto lo guardo bajo esta identidad. Si esto se supiera en la Ciudad Prohibida, sería prendida y ejecutada por contravenir un dictamen imperial. Compréndeme, Shui, heredé las dotes de algunas mujeres de nuestros antepasados del valle de Katmandú y aquí siento el aliento de la diosa y su voz que habla por mi boca. Además, me siento valiosa para mis semejantes, a los que ofrezco el bálsamo de la esperanza y la quietud de sus espíritus.

Shui no se cansaba de mirarla y de indagar sobre su vida.

—¿Y es cierto que resides en el Manantial de las Lágrimas de Kyzil? Un lugar muy apartado ¿no? ¿Es por tu seguridad?

—No es casual —les explicó—. Wuhang me reveló que en este santo lugar habitaba una comunidad de monjes *Lanzo*, los adivinadores ciegos, unos religiosos temidos e inviolables, y custodios del saber arcano, entre ellos del poder espiritual del teatro sagrado. Me aseguró que allí se practicaba la danza elegida de las *paiyou*, a la que yo estaba predestinada por los dioses, y que en Kyzil, con otra identidad, permanecería fuera de cualquier sospecha y de la perniciosa influencia de mis enemigos. Los *Lanzo* me tratan como a una soberana, me respetan hasta la adoración y las gentes me veneran como a la consagrada Taizhen, la *paiyou* de la Verdad Suprema. He hallado un destino respetable.

—Qué nombre más bello, hermana.

Xiaomei exhaló una sonrisa que la confortó.

—Nuestras vidas han cambiado y el albur ha sido inefable y justo con las dos. Mi corazón ha alcanzado la paz plena, Shui.

La joven alzó sus ojos rasgados y acuosos por la emoción. Ambas notaban una sensación tranquilizadora, y no necesitaron seguir hablando, pensando que podían reescribir las páginas del nuevo libro de sus existencias. Una invencible y contagiosa felicidad las había unido de nuevo. Era lo que precisaba Shui para restañar sus viejas heridas.

Y jamás hubiera supuesto que lo lograría.

Xu Jun pensó que la vida de los seres humanos está llena de situaciones sombrías, pero también de instantes milagrosos como aquel. Eran dos mujeres transformadas, dos almas que disfrutaban de una bocanada de felicidad que la fortuna les regalaba. Habían recompuesto sus vidas, y reían como niñas.

Luego Shui hizo un breve comentario sobre su futuro al lado de Xu Jun y el amor que le profesaba.

Xiaomei la escuchaba con la boca delicadamente abierta y miró varias veces al maestro, con la trenza manchú que le embellecía su rostro y su gallarda esbeltez, como intentando penetrar en sus sentimientos. Y dirigiéndose a Xu Jun, le sugirió:

—¿Amáis a mi hermana? Es tan delicada como una avecilla, y no aguantaría una relación de desamor. Excusad mi sinceridad e inquietud.

Xu Jun frunció el entrecejo y Xiaomei lo notó.

—Es lo mejor que me ha ocurrido en mi vida, dama Xiaomei, la respetaré y velaré por su felicidad, y cuando pase a pertenecer a mi tribu, a mi clan y a mi noble familia, ocupará el lugar que le corresponde. No receléis. La amo más que a mí mismo.

—Por vuestra mirada y palabras comprensivas sé que la felicidad es vuestro destino. Me alentáis.

Shui no pudo sustraerse de su propia expansión sentimental. Amaba a Xu Jun en extremo.

—Yo venero a ese hombre hasta la desmesura, Xiaomei, y le serviré para siempre. Sé que perderé mi libertad, pero perteneciendo a su estirpe, me sentiré segura. Además, sabiendo que estás viva, estoy suficientemente pagada y feliz, tras haber probado el amargo acíbar de la existencia. Si quieres puedes venir con nosotros a Xian —le suplicó con su mirada de gacela.

Xiaomei la obsequió con una sonrisa inefable.

—Todavía no, Shui. Aún debe transcurrir más tiempo, y que algunos dirigentes de palacio, como ese sanguinario Longkodo, se olviden de mi nombre y de mi memoria. Si supieran de mí, y que aún sigo con vida, no dudarían en enviar un sicario para matarme.

Xu Jun dio un respingo y se movió inquieto en el diván. Las mujeres lo advirtieron. ¿Sabía algo que ellas ignoraban? Bajó la voz para darle más realce a su suposición, una intuición personal que podría ser rechazada por las dos hermanas, por absurda.

—Es muy posible que ya esté en camino —dijo concluyente.

Se miraron ambas unos segundos como si estuviesen calculando la impresión que les había causado las palabras del Maestro Imperial, que seguía firme.

—¡¿Cómo?! —levantó su voz Xiaomei desconcertada.

Xu Jun se echó para atrás en el diván. Sabía que era muy aventurado, y que tal vez era una idea descabellada y estúpida, pero tenía que decirlo.

—Solamente es una sospecha —confesó sereno—. No le he comentado nada a Shui para no preocuparla, pero desde nuestra salida de Xian, y especialmente cuando nos detuvimos para avituallarnos de sal, advertí que nos seguía un carromato con dos ocupantes disimulados que no deseaban mantener ninguna relación comercial con nuestra caravana y que nos han venido siguiendo como trueno al relámpago. ¿No os parece inusual?

—Nada anormal en esta ruta comercial —dijo Shui, que intimidada, había tomado la tonalidad de un pétalo de rosa.

—Y lo más increíble es que el ocupante de más rango, que se instalaba en el pescante junto al arriero, al llegar a cualquier puesto de guardia, o monasterio, era agasajado como si fuera un alto funcionario. Ahora se halla en esta misma residencia de monjes.

En la *paiyou* se había originado una gran inquietud, y cerró en un puño sus manos delicadas.

—En ese lugar solo pueden pernoctar monjes consagrados, bien budistas, *Lanzo* o del rito *tao* —refirió—. Honorables hombres de Dios y muy de fiar. Me resulta muy extraño.

Era como si Xu Jun deseara trazar una línea entre la desconfianza de las mujeres y la seguridad que intentaba transmitirles.

—Era mi obligación decíroslo, señora Xiaomei —dijo—. Y por vuestra seguridad deberíais permitirnos a Shui y a mí pernoctar en la misma casa de huéspedes donde moráis. Yo os protegería

de un posible mal encuentro y sin prevenir a nadie.

Xiaomei no salía de su asombro y observaba a Xu Jun perpleja. ¿Tendría razón aquel hombre que parecía tan prudente, lleno de sentido e instinto despierto? Estaba preocupada, pero pensó que no era desdeñable su hipótesis. Seguramente habían tenido vigilada a su hermana por si trataba de ponerse en contacto con ella, y que incluso el juicio había sido una pantomima con objeto de llegar hasta ella. Se sumió en una profunda reflexión, y tras unos instantes decidió que aceptaría sin objeción la petición de Xu Jun. No debía arriesgar sus vidas.

—Xu Jun, poseéis una mente delirante, pero también pragmática —se pronunció seria—. Nadie me relaciona con Xiaomei la concubina, pero la venganza y el resentimiento de los perversos suelen durar como una condena. Pero sea como decís, pues hace tiempo que no confío en nadie. Se trata de una sola noche, ya que mañana las *paiyou* partimos con los músicos hacia Kyzil, y también por el placer de dormir junto a mi hermana. Os presentaré al prior *Lanzo* como a un matrimonio amigo, y a vos como un Maestro Imperial de primer rango, y os permitiré, si así lo deseáis, que vigiléis nuestro sueño.

Shui se arrellanó en el asiento, algo confundida.

—Xu Jun, me has dejado sin habla.

—Tengo experiencia, Shui. A veces una casual coincidencia se esfuma en el aire y otras, se convierte en una fatalidad letal.

—¿Realmente crees que nos han seguido con intenciones perversas, querido? —se interesó, mirándolo con ojos de desazón.

—Son muchos años como agente imperial, y estas cosas no me pasan desapercibidas. Intuyo algo raro en esos dos individuos. Uno fornido y zafio, y el otro de pequeña estatura y andares torpes. Tal vez un anciano. Traman algo. Lo intuyo.

Transcurrieron unos momentos lentos e inacabables.

—No variaré lo que pensaba hacer en este monasterio —enfaticó Xiaomei—. Supondría un escándalo mayúsculo que lo denunciara siendo una *paiyou* inviolable. ¿Y a quién debería señalar con el dedo? Me someteré a este capricho de mi destino, y no lo eludiré. Además, ¿de qué valdría partir ahora mismo? Si alguien desea eliminarme de la escena, que se muestre ya.

Por vez primera Xiaomei había mostrado dureza en su rostro y parecía que hablaba con su máscara de teatro puesta.

—Obraremos con cautela, como si nada ocurriera. Dejadme que me ocupe de vuestra seguridad de forma que nada trascienda, dama Xiaomei. Soy un observador imparcial de los hechos, y creo que estáis en peligro.

Xiaomei dudó de que su hipótesis fuera cierta.

—Bien, ahora nos encaminaremos al comedor de la comunidad. Después os señalaré la celda donde dormiréis, maestro Xu Jun. La mía la compartiré con Shui. De todas formas yo tomaré mis propias precauciones. Pero para no caer en un posible ridículo, este asunto quedará entre nosotros. ¿Lo prometéis?

Xu Jun se limitó a sonreír y asentir.

Xiaomei los condujo a un recinto con edificios y pagodas de madera con aleros verdes y rojos, y cubierto por una vegetación frondosa, entre los que se hallaba la residencia de huéspedes y

peregrinos del laberíntico Templo de Dafosi. Apenas si se encontraron a algún monje. Caminaron por un sendero repleto de perfumadas peonías, narcisos y azucenas, donde los insectos zumbaban. Después cruzaron por un jardín de lantanas, hibiscos, acacias y cerezos aún blanquecinos, donde las calandrias volaban alocadas entre las ramas.

Cerca de la casa de huéspedes distinguidos había un manantial y una gruta de meditación, *Gu Bishu Don*, o «Vieja Cueva de Verano», donde la brisa era balsámica. Allí quemaron unas varillas de incienso y prometieron una vida próxima, juntas y unidas de por vida, en compañía del Maestro Imperial, que rezó una sentida plegaria. Luego, Xu Jun, que iba dos pasos atrás, contempló la exquisitez en los gestos de las dos hermanas, que eran el paradigma de la distinción, y que parecían vivir ajenas a los males del mundo.

En el refectorio donde comían las danzarinas *ypaiyou*, Xiaomei los invitó a un refrigerio de brotes de bambú, pastelillos de arroz, caldo de mogote, oca del lago Taihu y hojitas de pulpa de caracol. Platicaron sobre sus vidas durante largo rato, en especial de la de Xu Jun, por insólita y tan señalada.

Eran dichosas. Y él también contemplándolas.

Volvieron al albergue tras un paseo por el jardín, y Shui besó a su hermana entre suspiros. Los colores dormidos del crepúsculo inflamaron la tarde, que dio paso al brillante color gris pizarra de la noche. De la ciudad ascendían apetecibles olores a brasas, carne asada, arroz almizclado y pescado guisado.

Un tiempo nuevo comenzaba para los tres. Pero ninguno olvidaba que aquella noche podía convertirse, o bien en unas horas apacibles y placenteras de sueño, o en una vigilia de urgencias y sobresaltos, si se cumplían las predicciones del avisado Xu Jun. Aguardarían, con la alarma enredada en sus sentidos, y ansiosos de que llegara el alba.

Quedaba por delante una inquietante noche.

El asesino de las nueve agujas

La oscuridad se desplomó sobre los contornos de los templos dorados y los aromáticos jardines de Dafosi. Y destacando sobre el opaco firmamento, aún despuntaba el perfil de la majestuosa Pagoda del Buda Gigante.

Debido a la brevedad del tiempo del que disponía, Xu Jun, pasada la medianoche, salió cor sigilo de su celda, contigua a la que ocupaban las hermanas. Pudo oír sus respiraciones templadas. Oscuro silencio. Respiraba de forma entrecortada para tranquilizarse, y notó que el aire y los árboles estaban impregnados de miríadas de gotas de agua en suspensión.

Era una noche de luna llena, ideal para sus propósitos.

Pensó que bien podía tratarse de una idea desatinada, pero no le importaba quedar en ridículo o como un necio si se equivocaba. Pero Xiaomei y Shui sentían agobio en sus corazones, esa ansiedad inquietante hacia algo amenazador y de naturaleza desconocida que suele consumir el alma de quien lo siente.

Xu Jun se dirigió a la biblioteca del cenobio que se hallaba en un recodo del pasillo, y prestó atención a los susurros de la noche. No se oía nada. El aire cargado de la habitación de los libros exhalaba un vaho a incienso volatilizado, papel y pergamino viejo que le agradaba, cosquilleándole la nariz.

No deseaba perder un solo instante. Tomó una de las lamparillas de cristal, la vació de aceite y la envolvió en un paño. Cogió después uno de los tinteros de granito y la golpeó con fuerza y secamente, destrozándola en decenas de pequeños trozos. Luego salió sin ser visto.

Regresó a los dormitorios apresuradamente. Rumoreaba el agua de una fuente del jardín y una sinfonía de murmullos de mantras *tao* resonaban en la lejanía. Llegó a las celdas, se detuvo, se acuclilló y derramó el contenido del paño en el suelo cercano a su habitáculo y al de las mujeres. Si alguien oculto entre las sombras transitaba por allí a partir de aquel momento, él lo advertiría de inmediato.

Se echó sobre la yacija, aplastó el pábilo de la lámpara y esperó impaciente. Pero conforme transcurrían las horas, comenzó a intranquilizarse, e inquieto se restregó los párpados. Permaneció con los ojos cerrados y el oído alerta. La difusa luz del candil envolvía la celda en una blanda semioscuridad.

Se consumía impaciente y tenso.

En esa hora indefinida entre la medianoche y el inicio de la madrugada, cuando los cuerpos descansan en un profundo sopor y somnolencia, una figura surgió de las sombras del monasterio y se encaminó cautelosa hacia el cuarto que ocupaban la *paiyou* y su hermana. Nadie lo había visto, nadie

oía sus pisadas imperceptibles.

De su hombro colgaba una bolsa de piel de cabritillo donde resaltaba grabado un sol y unas llamas de fuego, símbolos inequívocos de la Medicina Tradicional de la Acupuntura, ideada hacía más de dos mil años por el sabio Ling Shu, del que él era un alumno aventajado. Con las yemas de los dedos fue palpando cada una de las nueve agujas protocolares de oro puro, mientras elegía la más adecuada para la ejecución de aquella noche.

Acarició delicadamente la de punta de flecha o *Chan*, luego la afilada en forma de espada, y después la circular y cortante *Pi*. Meditó, y asió entre los dedos dos de sus preferidas, la de «punta de trigo» y la prismática o *Feng*. Finalmente palpó la ancha y redondeada *Yuan-li*, la filiforme o *Hao*, la puntiaguda *Chang* y la redondeada *Da*, su preferida.

Dudó unos instantes sobre cuál emplear. Por último se decidió por la prismática o *Feng*, por si debía traspasar la copiosa melena de la mujer. Siguió deslizándose por el pasillo del ala de los huéspedes furtivo como un fantasma.

De repente percibió que sus pies pisaban algo frío, duro y cortante y que en el silencio de la noche crujían unos trozos de lo que le pareció cristal. Se detuvo y se retiró dos fragmentos que se le habían quedado adheridos. Pensó en darse la vuelta, pero creyó que algún torpe criado habría roto un vaso. Esperó y no oyó nada. El enigmático personaje advirtió un sudor frío en la espalda. El semblante del asesino se contrajo con un temblor perceptible, pero debía proseguir. No podía fallar.

Se limpió el rostro con la bocamanga donde ocultaba la aguja prismática *Feng*, con la que pensaba traspasar la nuca de Xiaomei sin que esta ni su acompañante se dieran cuenta. Era un maestro en su manejo.

Xu Jun escuchó el chasquido y dispuso sus músculos en alarma. «Ahí está», se dijo. Se incorporó del lecho monástico, tomó la linterna y colocó su cuchillo tártaro en el cinturón. Se había disipado la rigidez de su semblante y sus movimientos se hicieron más ágiles, perdiendo el carácter apremiante que lo tenía atenazado.

Como todas las puertas del albergue de peregrinos, la de la celda de las hermanas estaba desprovista de cerrojo y pestillo, y solo le cerraba el paso un viejo picaporte. Se escuchó una levísima presión y la pesada puerta se abrió sin ruido.

El homicida estaba dentro.

Xu Jun pensó que debía convertirse en su sombra. Perder un segundo tan solo podía ser fatal. Abrió cuidadoso la puerta de su aposento, como si no desease perturbar las intenciones del criminal y delatarse. Se aproximó a la celda de Shui y Xiaomei saltando sobre los añicos del cristal; y como si hubiera intervenido la mano de un espectro, la puerta volvió a abrirse. Con los sentidos en tensión, Xu Jun entró en la celda lámpara en mano.

Xiaomei y Shui estaban profundamente dormidas y se escuchaban sus respiraciones pausadas. Dirigió hacia la oscuridad la luz del candil, que inundó de fulgor azafranado las terrosas paredes. Quería descubrirlo. Con un movimiento brusco alumbró el rincón donde se hallaba el intruso, entre un juego tenebroso de resplandor y tinieblas. Inmediatamente la luz de la linterna iluminó la figura del oscuro homicida, que parecía un escorzo negro en medio de la penumbra. El sayón se detuvo en seco, como petrificado. No lo esperaba. Estaba inmóvil, sudoroso, con un mohín desencajado en el rostro y la mirada vacua.

Ante la visión del Maestro Imperial apareció la hierática figura de un monje *Lanzo* ciego, que intentaba acercarse al cabecero de la cama de Xiaomei. Sus pupilas vidriosas perdidas en el infinito y replegadas hacia la oscuridad eterna, así lo divulgaban. Parecía que sus ojos eran dos vidrios blancos atravesados en sus cuencas. En sus manos brillaba con el resplandor de la lámpara una afilada aguja de acupuntura. Le costaba trabajo aceptarlo, y Xu Jun exclamó horrorizado:

—¿Vos?! ¡Por el Iluminado que no puedo creerlo! Un servidor de Dios convertido en un vulgar asesino. Los demonios nunca muestran su rostro verdadero y se esconden detrás de las máscaras más sorprendentes.

El *Lanzo* esgrimió una forzada mueca de sorpresa. Permaneció callado dentro de una confusión mayúscula. Bajo de estatura, magro de carnes y con el rostro de un asceta, su cara estaba surcada de unas profundas arrugas que le otorgaban un aspecto anguloso y recio. Una mueca de rebeldía y orgullo afloraba en sus labios.

Se había quedado inmóvil cuando preparaba la aguja sin ver, solo llevado por el sonido de las respiraciones y el calor de los cuerpos. Durante unos instantes, los dos hombres, frente a frente, no intercambiaron palabra alguna.

De repente Xiaomei se despertó, y luego Shui. Tardaron unos segundos en recobrar la noción del tiempo y tomar conciencia exacta de la importancia de lo que allí estaba ocurriendo. Abrieron desmesuradamente los ojos y vieron a un monje *Lanzo* con un largo alfiler de acupuntura en la mano y arrinconado contra la pared. Las mujeres penetraron en la terrible realidad a ráfagas, con desconcierto, sin poder discernir en su totalidad lo que ocurría.

Espantada, Shui lanzó un lamento de aturdimiento. Aquel tipo diabólico no le era extraño.

—Este mismo monje estaba en el tribunal que me condenó a ser marcada como una prostituta —reveló—. Sabíais que de salir de la Ciudad Prohibida, intentaría buscar a mi hermana, ya que se murmuraba en el harén que seguía viva, ¿no es así, falso monje?

El clérigo, con su mirada glacial que causaba tanta turbación, se dirigió hacia ella, antes de que dijese algo.

—Sigo perteneciendo a la orden *Lanzo*, señora Shui —manifestó sarcástico—. Pero sí, os estuvimos vigilando durante el tiempo que ejercisteis la prostitución, hasta partir de Xian en la caravana de seda. Y no olvidéis que yo os salvé la vida, haciendo permutar la sentencia del tribunal con la Ley Ku.

—Lo recuerdo, sí, pero os animaba otro interés, no la ejemplaridad de la ley —contestó Shui nerviosa.

El escenario había entrado en unos cauces inimaginables.

—Claro está. Debíais salir de la Ciudad Prohibida como fuera. Si vos no os hubierais adelantado con aquella deshonesta aventura con el boticario, hubiéramos ideado otra forma. Pero tras el juicio solo era cuestión de esperar, y luego seguimos hasta que nos llevarais hasta vuestra hermana, como así ha ocurrido. Sabíamos vagamente, sin certeza absoluta, que dama Xiaomei podría haber escapado del enterramiento ritual y que se escondía en un Templo de la Luna. El problema es que en China hay cientos, repartidos por todo el reino y fuera de él, e incluso más allá de la Gran Muralla. Vos erais el cebo.

—Maldito canalla, y habéis matado a tres hombres buenos, leales y honestos, solo por la codicia

del poder.

—Yo solo obedecía órdenes de mi señor —la cortó.

Se abrió el capítulo de equívocos para salvar su dignidad.

—¿Vuestro señor? —intervino Xu Jun—. ¿Quién os mandó asesinar a Sabio Errante, ese inmora y sanguinario emperador Yongzheng? —le espetó a la cara.

El *Lanzo* negó con la cabeza y se sonrió. Su mirada seguía impertérrita, heladora y blanca como la luna. Daba espanto.

—No creo que el *Bixia* sepa nada de estos asesinatos —reconoció mordaz—. Él siempre ha creído que iban dirigidos hacia su egregia persona, pero pensaba que era bueno mantener el poder con la intimidación. El general Longkodo es el verdadero artífice de su ascensión al trono, y quien ideó y ordenó la eliminación de cuantos sabían la verdad del testamento de su padre, enmascarando los asesinatos tras el velo de una conspiración. Vos, dama Xiaomei, Sabio Errante, el fiel eunuco Zexu, y el capitán de su guardia personal, debíais morir por el bien del Estado. Conocíais el testamento verdadero. Sabíais demasiado.

La absoluta congruencia del esclarecimiento convenció a los tres, pero Xu Jun, acalorado, objetó con mordacidad:

—¿Pero por qué vos y no un sicario de los que están acostumbrados a matar?

—¡Por favor! Mis asesinatos son obras de arte —se vanaglorió—. Sutiles, sin padecimiento y sin degradación de la víctima, que muere dulcemente. ¿Lo negáis acaso? Nadie sospecharía de mí al ser un *Lanzo*. Además, soy un experto en aplicar la ciencia de la acupuntura. Conozco más de veinte formas de matar a un ser humano sin que nadie sospeche, y menos aún sufra. Soy un virtuoso.

Shui salió de las profundidades de la incredulidad y terció:

—Letal, seguro, imprevisible y loco.

—Vos lo habéis definido a la perfección, aunque jamás enajenado. Siempre supe lo que hacía y disfrutaba de un trabajo impecablemente ejecutado. Es el amor a la perfección, señora —ironizó el clérigo y esgrimió una sonrisa maliciosa.

—Gracias a la fortuna no habéis podido cerrar el círculo de sangre de vuestra maldad —intervino Xu Jun.

Su voz ronca, como de ultratumba, volvió a sonar.

—Por vuestra inoportuna intervención habéis frustrado la conclusión de un trabajo eminente —siguió fanfarroneando—. Vuestra voz me es familiar de palacio. ¿Fuisteis vos quien ideó la estratagema de los cristales? Muy hábil y decisiva. Un momento, ¿vos no sois Calma Estival? Ahora os reconozco. ¿Qué hacéis aquí? Siempre supe que erais un espía encubierto. Absolutamente lógico. Os debo mi fracaso.

Un silencio prolongado se extendió por la cámara.

—Os voy a formular una pregunta —dijo el maestro—. Desde los primeros días de la partida advertí cómo nos seguíais, y ahora sé por qué no nos perdíais de vista. Pero ¿ordenasteis vos el sacrificio de la mula de la señora Shui por algún fin que ignoro?

—¡Claro! ¿No sabéis que el miedo nubla la razón? Así convenía a mis propósitos. Lobos y bandidos de caminos componen una mezcla peligrosa para que cunda el pavor en los ánimos. Pensaríais solo en vuestra seguridad y no en nosotros. Mi ayudante le cortó los amarres, le rajó el

cuello, y el resto era previsible —aclaró burlón y soltó una carcajada.

—Sois canallesco y estáis podrido por dentro —exclamó Xiaomei—. Llamad al prior. Lo contendré mientras acude.

—Me da la impresión de que he fracasado. ¡Maldito seáis, Calma Estival! —contestó fuera de sí y con gran crudeza en sus palabras, como si fuera la espada de la venganza celestial que había sido vencida y desenmascarada. Se sentía abochornado y empequeñecido.

El prior apareció a los pocos minutos con otros dos monjes tan aturridos como él. Era un anciano de bigotes escasos, lacios y canosos y perilla puntiaguda. De tez pálida y cráneo rasurado, miraba sin ver, como el asesino. Parecían cuatro seres semejantes, con los ojos albos, mismo hábito y miradas extraviadas. Impresionaba mirarlos con sus gestos análogos y sus sentidos expectantes.

Se imaginaban la escena con gran desorientación, y tras la explicación de Xiaomei y del Maestro Imperial, les parecía demasiado increíble lo que ocurría en el monasterio. Profundamente afectado, el rector estaba persuadido de que en aquella noche se derrumbaría el edificio espiritual construido durante siglos por su orden de monjes ciegos. No podía admitirlo y refunfuñaba.

Cabizbajo y preocupado, lo señaló con su mano.

Su presencia provocó en el homicida una sensación de veneración y se produjo un embarazoso mutismo, que rompió el anciano superior con su voz viril.

—Eres Lü, ¿verdad? Siempre encerrado en ti mismo, irreverente y díscolo. Te costaba trabajo abandonar las munificencias de la Ciudad Prohibida y te aliaste con el poder y no con la verdad y la rectitud. No conseguiste renunciar a los placeres del mundo convirtiéndote en un miembro sedicioso de la orden. Cubrirte con las vestiduras negras y toscas de la comunidad siempre te pareció demasiado humilde, y las delicias de palacio significaban tu debilidad. Nos has defraudado a todos, Lü.

Era indudable que el monje criminal se encontraba en uno de los escalafones más bajos dentro de la jerarquía de la congregación de monjes ciegos, pues se dejó caer de rodillas y hundió el rostro entre sus manos pidiendo perdón y clemencia. La luz de los candiles brilló en sus córneas proporcionándole una expresión enloquecida.

—Tu alma es tan negra como la medianoche —le reprochó.

Los ánimos se fueron calmando, después de un gran nerviosismo. Lü no sabía a ciencia cierta qué hacer. Tenía todo el aspecto de quien ha recibido un fuerte golpe en el rostro y no se había repuesto de sus duras consecuencias.

El prior le preguntó a bocajarro:

—¿Había una intención manifiesta de asesinar a cuantos estuvieron presentes en la firma del documento de sucesión al trono de China? ¡Contesta!

Lü, que antes se había mostrado irónico y agresivo, rogó:

—Sí, padre mío. ¡Perdonadme, perdonadme!

—Una confabulación perversa dirigida contra personas inocentes y leales a nuestro bienhechor, el emperador Kangxi, en especial el sabio maestro Sabio Errante, que nada malo habían hecho. Debes estar demente, hermano.

El superior se mostraba horrorizado. Pero asesinar alevosamente bajo los muros que regentaba a una mujer inviolable, una *paiyou* protegida por los dioses, hubiera constituido la ruina para su

monasterio y su orden.

—El asesinato no es precisamente el ornamento del alma de un monje *Lanzo*, hermano Lü. ¿Has tenido la desfachatez de emplear este santuario como un antro de venganza y muerte? Te has convertido en un miembro indigno y despreciable que ha de ser amputado para que la comunidad no se corrompa.

Quiso excusarse y se defendió con una voz balbuceante:

—Obedecía órdenes de personas cercanas al trono.

—Los perros rabiosos no ladran en vano —terció uno de los clérigos con rabia en el semblante.

—Tú únicamente debías seguir las benditas pautas de la orden y someterte a la obediencia establecida —dijo el prior.

Los pensamientos del superior giraban en torno al pensamiento humillación de la congregación *Lanzo* y resoplaba.

Xu Jun intervino para apaciguar al noble anciano.

—El mundo está lleno de perversidades. ¿Por qué este santo lugar iba a ser diferente, venerable prior?

—Buda, el Augusto de Jade y el Cielo se apiaden de nosotros. La justicia viene de arriba, no de los mortales. Eres reo de muerte, Lü, y morirás según las normas de la congregación: ¡Emparedado! —manifestó el superior lleno de furor.

—Jamás lo permitiré —respondió Lü, encolerizado.

Repentinamente el asesino se irguió un palmo sobre sus pies y se quedó rígido como una estaca, con sus ojos de luz mineral extraviados en la pared. Alzó la aguja con punta de prisma que aún portaba en la mano y, con un golpe seco y letal, se la clavó cerca del corazón. Se tambaleó durante unos instantes como si hubiera errado el golpe por unas pulgadas y se llevó las manos al pecho. Y como si tuviera náuseas, dio una arcada. Después cayó al suelo como un fardo, ante la incredulidad de Shui, Xiaomei, Xu Jun y los impresionados religiosos *Lanzo*.

A los tres les resultaba prácticamente imposible apartar su mente de lo que habían presenciado y aceptar que el largo brazo vengador del general Longkodo había llegado hasta aquel apartado rincón. ¿Pero se había interrumpido para siempre? De repente Xu Jun pensó en el lacayo que lo acompañaba en el carronato y que le servía de criado, espía, guardaespaldas y carretero, y le susurró al prior de su comprometida presencia en el cenobio. El superior *Lanzo* lo escuchó y asintió.

Luego calificó de siniestro, perverso, monstruoso y ajeno al espíritu de la regla *Lanzo* la intervención en la conspiración palatina de un monje corrompido, que debía comportarse como un hombre ejemplar y ajeno al gobierno y las intrigas de palacio.

—Que no se haga ninguna declaración o manifestación externa de lo que aquí ha ocurrido esta noche —decretó severo.

—Será difícil ocultar su muerte —dijo otro religioso.

—Ha fallecido repentinamente de un ataque al corazón, nada más. ¿Y acaso no ha sido así? ¡Llevad el cuerpo a su celda! —ordenó indignado.

Cubrieron su cuerpo con una manta parda, cuando una tenue luz azulada, producida por el primer rayo solar de la mañana, se filtraba a través del tragaluz, confiriéndole un aspecto cerúleo a su rostro.

—Mañana se informará a las tres comunidades de su súbita muerte, y se olvidará este incidente para siempre. Esparcid sangre en el suelo para ahuyentar a los malos espíritus —dispuso.

Xiaomei experimentó vértigos y mareos, y se apoyó en Shui. El reciente pasado vivido con imágenes tan aterradoras aún la confundían, y ahora se sumaba un presente destinado a repetirse en sus mentes durante mucho tiempo. La *paiyou* estaba desconcertada y percibía con estupor que había estado otra vez, y muy seriamente, al borde de la muerte. Shui aspiró y la consoló, asentando su cabeza en su hombro. Xiaomei había salvado la vida gracias al talento, ingenio, insistencia y perspicacia de Xu Jun.

El destino había estado de su lado de nuevo.

El superior bajó la cabeza con humildad y les rogó comprensión y un ejercicio de fraternidad e indulgencia, y a Xiaomei, su perdón por lo ocurrido dentro de sus muros, lamentando de corazón el incidente con una sonrisa defensiva.

—Respetemos la paz de esta casa, os lo ruego. Que el cielo y el Iluminado os preserven. Perdonad a este hermano corrompido, a quien la justicia le ha llegado desde el cielo vengador. Quedad en paz.

Con una rapidez impensada se había resuelto el delicado y engorroso asunto, pues no convenía, ni a la reputación del templo, ni a los santos provechos de la orden *Lanzo*, que trascendiera al pueblo y a la comunidad de monjes *tao*, budistas y *Lanzo*, que no entenderían semejante conducta en un maestro sabio y santo, transformado en un vil sicario y verdugo.

Y harían preguntas que se propagarían fuera.

Pero la estupefacción reinaba en las expresiones de Xiaomei, Shui, y Xu Jun, que se fundieron en un abrazo de reparadora unión, acrecentada por lo sufrido hacía solo unos minutos. Ahora estaban más unidos aún. Había concluido el arrebató de temores. Sus caras sudorosas ofrecieron un sesgo risueño, y Shui, indefensa, se aferró como un parásito a su amante.

Fue la noche más larga de todas las noches de su vida, y no pudieron relajar el cansancio que paralizaba sus miembros, ni con las lágrimas que derramaron después cuando se hallaron solos. Cuando regresaron a sus jergones, la claridad de la madrugada penetraba por los ventanales iluminando las dependencias del templo con sesgados destellos.

Un tiempo de penalidades y riesgos había concluido para ellos, y otro, colmado de expectativas, se desplegaba ante sus ojos. El único objetivo de Shui era vaciar su mente de lo que había vivido y que de su corazón salieran apresuradamente sus desasosiegos.

—Una de las metas de la iluminación de Buda es el fin del sufrimiento. Hoy ha cesado el que sentía por ti, Xiaomei —le expresó—. Me siento tan dichosa como en nuestra infancia.

La hermana le sostuvo la mirada con un guiño pueril. Su nerviosismo se había disipado.

—Hemos salvado un escollo insoportable y ya podemos levantar el vuelo, mi querida niña —dijo, y le besó la mejilla.

Shui había sobrevivido a un mar de angustias y dilemas.

De las fuentes de intramuros del recinto sagrado comenzaron a manar chorros cristalinos, mientras el etéreo albor de levante se filtraba por los aleros y cornisas del Templo de Dafosi.

Maestro Imperial

*Verano y otoño de 1725, tercero del reinado
de Yongzheng*

Xiaomei demoró dos días su regreso a Kyzil.

Las hermanas aprovecharon para relatarse cuanto habían vivido en aquellos casi tres años de mutua ausencia, pesadumbres y añoranzas. Se perdían por el jardín del santuario cuajado de madreselvas, magnolias y bejucos, que apenas si dejaban traspasar la luz, seguidas a distancia por el Maestro Imperial.

Mientras Shui y Xiaomei se intercambiaban confidencias y hablaban de su futuro, Xu Jun se dirigió al caravasar para despedirse de Chun, que partía al día siguiente hacia Dunhuang, penúltima etapa de su itinerario, antes de alcanzar Kucha, en cuyo mercado vendería las mercancías que transportaba y adquiriría otras de la India, Persia y Turquía.

Regresaba con el guardaespaldas que los esperaba fuera.

El bochorno espesaba la mañana y un cielo límpido cubría los altos muros del recinto de las caravanas. Ante la mirada del Maestro Imperial, la calina desfiguraba los aleros del templo, que se asemejaban a un espejismo. Tan solo el rumor de los arcaduces de una noria cercana quebraba su sosiego. De repente le llegó un olor pútrido a la nariz. Sus ojos, aún molestos por la claridad, contemplaron una imagen impactante. No lo esperaba.

El vulgar carretero de cuerpo gigantesco y alto como un árbol que los había estado siguiendo —el acompañante del *Lanzo asesino Lü*—, colgaba de un patíbulo con la lengua fuera, los labios teñidos de azul, el cuello partido y amoratado y los ojos abiertos en una mueca atroz. Apestaba como un pellejo viejo. Unos cuervos y un enjambre de moscas de muladar merodeaban a su alrededor y unos chiquillos le arrojaban inmundicias.

Se acercó y leyó el letrero que colgaba de su flácido pescuezo: «Ajusticiado por cómplice del asesinato de inocentes y ancianos. Es la ley del Templo y del Hijo del Cielo.»

Para un chino, asesinar a un anciano, el miembro de la familia y de la tribu a quien más respetaban, era considerado la perversión más ignominiosa e infame de cuantas existían. No se podía tener piedad con él.

—No se andan con escrúpulos esos monjes —le dijo Xu Jun.

—Lo tiene merecido el muy canalla —contestó el acompañante.

«Pero de aquí hasta que llegue a oídos del general Longkodo el trágico final sufrido por sus dos esbirros —si es que llega—, Xiaomei se hallará muy lejos de sus amenazas», pensó, y se alegró indeciblemente.

Le comunicó a Chun que regresaban a Xian, pues habían hallado lo que buscaban. Le agradeció su confianza, ayuda y protección, y el caravanero lo instó preocupado:

—¿Y cómo pretendéis regresar, maestro? Sin protección no alcanzaríais el vado del río y menos aún llegaréis sanos y salvos a Xian. A las caravanas nos respetan porque vamos protegidas por hombres avezados y armados. Hay ladrones hasta debajo de las piedras.

—Esa es mi gran preocupación, Chun —le confesó.

—Venid, os voy a presentar a mi amigo Hu. Es un mercader xianés, y cliente de mi cuñada Miao. Un gran bergante, pero persona digna para el trato y podéis confiar en él. Por unas monedas y un pellejo de vino de Shangxi consentirá que lo acompañéis hasta Xian. Parte en dos días acompañado por un piquete de soldados y os protegerá a costa de su vida.

Xu Jun aprovechó para acompañar a Chun en su desayuno comiendo de sus propias vituallas, mientras los arrieros ponían en pie la caravana en medio de gritos, golpes y maldiciones. Chun era un individuo rudimentario, sentencioso y sentimental, y muy pagado de sí mismo, y al maestro le agradaba conversar con él. Disfrutaron de la benignidad de la amanecida y del sol estimulante que se abría entre las nubes. Cerró el acuerdo con Hu, y Chun, seguro de que quedaría satisfecho, le susurró al oído:

—¿Tenéis algunos fondos guardados, Xu Jun? Podríais invertir sin riesgo alguno de perderlos —se interesó amistoso.

—¿Por qué lo preguntáis? —preguntó confiado.

—Oíd. Un mercader de Turfan desea deshacerse de una partida de sacas de té de Wulong, el llamado «beso de camello», el más puro que existe. No se estropeará, y en Xian triplicará su precio. Podéis quedaros con el carro donde vino la señora Shui, y cargarlo. Os resarcirá de las penurias y gastos. Yo las compraría si fuera de regreso, os lo aseguro. Y, por supuesto, os acompañará el guardaespaldas. Si os ocurriera algo malo, Miao me deslomaría a palos —dijo, y soltó una sonora carcajada.

El maestro reflexionó durante unos instantes.

—Sea, Chun, sois un amigo cabal. Dejo la compra en vuestras manos. La señora Shui necesita de ese dinero para comenzar una nueva vida en Xian. Llevo conmigo un cinturón con monedas suficientes para vivir un año.

Antes de que partieran cerraron el trato del té, y se despidieron con un brioso abrazo. Después de tantos días de trotar por atajos, trochas y caminos, echaría en falta los avatares de la Ruta de la Seda, y a aquel hombre franco y cordial.

En unas horas Xiaomei y Shui abandonarían el santuario. La despedida fue dura, pero serena. Shu sentía un consuelo contradictorio. La había hallado al fin, pero debían separarse de nuevo. Los músicos *lingyou* la aguardaban en la carreta con cortés deferencia. Se separaron entrañablemente. Xiaomei era una mujer magnetizadora. Su sorprendente «resurrección» había cambiado la forma de ser de Shui, que si bien era de natural insumiso, ahora añadía una jovialidad constante a sus actos.

—Vente con nosotros a Xian —rogó Shui con voz debilitada.

—La vida está llena de preceptos y coincidencias, y ellas rigen nuestro destino —recordó Xiaomei—. Cuando yo sepa que mi memoria y mi rastro se han olvidado para siempre en la Ciudad

Púrpura, os buscaré. Utilizaré al cuñado de Miao para enviaros mis mensajes. Terminaremos juntos, no lo dudéis.

Se besaron y se abrazaron, y concluido el ritual de despedidas, Shui obsequió a Xiaomei con un abanico de Shan, y Xiaomei le regaló una valiosa y esplendente joya de Siam, que había logrado sacar de palacio.

—Es mi contribución a tu dote, Shui. Acéptala.

Xu Jun le entregó un óbolo para el mantenimiento del oratorio de los monjes *Lanzo* de Kyzil, que Xiaomei agradeció riendo tímidamente e inclinando la cabeza. Parecían dos diosas gemelas, pero Xiaomei era un monumento a la distinción.

Una melodía sacra de gongs, flautas y tambores sonó en aquel instante, y concedió a la imagen del adiós un halo mágico que Xu Jun no olvidaría jamás. Xiaomei les puso en las manos un cestillo de ciruelas que había recogido en el huerto y un libro de poemas de Hsu-Wei, el poeta pintor preferido de su hermana, para mitigar los rigores de la ruta.

Se separaron amorosamente, con lágrimas en los ojos, pero radiantes y dichosas. Shui contempló alentada el espejo azogado de colores del Templo de Dafosi, y le sonrió. Sabía que concluirían sus vidas juntas.

—Te espero, Xiaomei.

—Volveré, y ya nada nos separará, mi niña.

Guardaron en los pliegues de sus almas lo vivido en el santuario del Gran Buda Gigante, el de la Campana de Oro, con el cerrojo más insondable del que eran capaces. Nadie, salvo ellos mismos, conocería cuanto había pasado.

No los creerían si dijeran la verdad.

El verano de 1725 concluía bochornoso y húmedo.

El sol ya estaba declinando y el afanoso bullicio de la ciudad imperial de Xian se iba apagando paulatinamente. La algarabía de griteríos en cien dialectos cesaba. Un resplandor amarillento empapaba la bóveda infinita cuando arribaron a Xian casi dos meses después, desfallecidos, desprovistos de fuerzas, tostados por el sol y rendidos.

Las penurias del viaje habían dañado palpablemente a Shui. El cielo se vaciaba de su luz carmesí cuando Shui descendió del pescante del carro. Le daba vueltas la cabeza, y rezó por la arribada sin malos encuentros.

Herida su alma, y al fin cicatrizada tras el encuentro con Xiaomei, Shui se dirigió a La Casa Dorada y Xu Jun, al cobertizo de las mercancías, para descansar sus cuerpos y sosegar los espíritus. Decenas de comerciantes, acemileros, peregrinos, molineros, aguadores, buhoneros, soldados y funcionarios imperiales abandonaban los mercados y callejas en busca de descanso.

Los días se fueron sucediendo apaciblemente.

Shui, recuperadas las fuerzas del penoso y agotador viaje, vivía en la casa de la madre de Miao, retirada de la diversión y la reputación de La Casa Dorada, aunque a veces pasaba por la casa de citas para conversar con Miao y LiYing, y comprobar los progresos de la orquestina creada por ella.

Juntas fueron a la Pagoda del Ganso Salvaje, en la muralla sur, y ofrecieron flores y unas varillas de incienso a Kuan-yin, la diosa de la Misericordia, y ante la tumba del monje viajero, Xuanzang.

Paseaba todas las tardes con el Maestro Imperial que se disponía en breve a visitar a sus padres en Shantung, y luego a regularizar su situación personal en los ministerios de Pekín. Tenían que enderezar el rumbo de sus vidas.

Una de aquellas tardes, Shui, engalanada con un *quipao* de seda blanca pintado con dragones, hibiscos y fénix, y un chal de delicada factura, se citó con Xu Jun. Chisporroteaban los fuegos de artificio de la fiesta del Medio Otoño y gozaron del festejo mezclándose con la gente llegada desde todos los barrios y arrabales de Xian. Shui compartía momentos de intimidad con Xu Jun, y juntos visitaron los merenderos de Baqiad Yanta, y también el Templo de la Gracia Maternal, un santuario adornado con estatuas en oro puro de Buda, en medio de una naturaleza de exuberancia delirante, donde acudían centenares de devotos.

Entre ambos se había consolidado una misteriosa complicidad y un entrañable amor. Pasearon por las rosaledas y pudieron abrazarse lejos de ojos indiscretos. La joven agradeció en el alma su apoyo en la búsqueda de Xiaomei y su entrega absoluta.

—¿Lo que has hecho ha sido por compasión, o por amor, Xu Jun? —le preguntó, aludiendo a sus dudas.

Le acarició la cara con inefable ternura, y le confesó:

—Shui, si no hubiera existido en mí ese sentimiento yo no hubiera venido a Xian a buscarte. ¿Comprendes? ¿Qué queda de uno si dejas que la inseguridad y la duda sustituyan al afecto?

—¿Pero no dirá tu familia que es un escándalo que yo decida por mí misma? ¿Quién soy yo para ellos?

El maestro se sonrió y abrió su boca para tranquilizarla.

—Me gusta que una mujer sea misteriosa, como tú. En la Ciudad Prohibida te observaba como una alondra asustada atrapada en un lodazal, pero hoy, gracias al destino, ese pájaro solitario ha dispuesto posarse en mi refugio.

—Es verdad que la vida está llena de misterios —dijo Shui.

—Nos hallamos en la cumbre de la buena fortuna. Demos gracias al bondadoso Iluminado —replicó Xu Jun.

Shui levantó los ojos y cayeron algunas lágrimas.

—Necesitaba ser libre, porque la libertad debe ser absoluta, o no es libertad. He huido de la muerte y trazado una línea definitiva en mi vida. La he cruzado y ya no podré volver jamás al mundo que conocía. Tú eres para mí un muestrario de buenos sentimientos, y el abrigo que precisaba mi alma. ¿Me aceptas, incluso conociendo mi borrascoso pasado?

Xu Jun le tomó las manos, y por toda respuesta le propuso matrimonio, sin casamenteras, sin participación directa de los ancianos de las familias, y ella aceptó entre sollozos. En China, aquellas confesiones desdeñando el honor masculino no eran frecuentes. El maestro hizo una pausa, dándole tiempo a la joven para que digiriera su ofrecimiento en toda su profundidad.

Shui estaba tan dichosa que se llevó las manos a la boca y gimoteó como una chiquilla. Sabía que Xu Jun la amaba por encima de cualquier afecto, pero estaba más afectada de lo que había supuesto y decidió modular su emoción con extrema tranquilidad. Después se decidió a hablar.

—Los manchúes tienen muy poca consideración por las mujeres y ningún miramiento por ellas, pues las consideran de su propiedad exclusiva, como a sus caballos, o a sus cabras. ¿Tú me considerarás como a un objeto que se pueda romper o devolver cuando lo consideres inservible, Xu Jun? —le preguntó.

El maestro se sonrió y echó la cabeza hacia atrás.

—Mi familia pertenece a la vieja estirpe *han* de Shantung. ¿Cómo me preguntas eso? —se sorprendió—. Serás la compañera de mi vida y formarás parte de mi tribu y de mi clan, respetada y con todos los derechos. La boda se celebrará en mi ciudad natal, según el antiguo rito, y te juro que la crianza y educación de nuestros hijos serán tuyas, señal inequívoca de máximo amor y de prestigio dentro de una familia *han*.

—Gracias por esas consoladoras palabras. Necesitaba de tu consejo y de tu proximidad.

—No tienes nada que agradecerme, Shui. He hallado sin grandes méritos a una mujer hermosa, comedida, erudita y llena de frescura, de la que me enamoré la primera vez que la vi. Eres libre para decidir. Mis padres se alegrarán de que su hijo Xu Jun se una de por vida a una princesa.

—No lo dudes, por mis venas corre sangre real de la dinastía Tang, la vieja casta del valle de Chambi. Hace tiempo que determiné seguirte, y te serviré y amaré sumisamente como corresponde a una esposa —adujo Shui, bajando la mirada.

Pasearon largo rato, y Xu Jun, mientras le mostraba los rincones más amables de la ciudad, le abrió su alma.

—Acabados los exámenes de Maestro Imperial y tras pasar al servicio del *neige* Nian Gengyao, no tuve tiempo para buscar compañera, pero me conquistaron tu belleza, tus modales y tu corazón compasivo.

—Sé que tus palabras son sinceras, Xu Jun —se sinceró—. Pero muchas miradas estarán puestas en nosotros y no todas serán comprensivas.

—¿Quién nos conoce aquí, Shui? ¡Nadie! Tú has estado recluida toda tu vida en una deslumbrante prisión de opulencias. Nada más ni nada menos que en el palacio imperial, gran signo de distinción, y tu paso por La Casa de las Cien Lámparas fue efímero —intentó mitigar sus dudas—. Yo ya no soy Calma Estival, tu hermana no es la que todos conocían como Xiaomei, es Taizhen, y tú deberías cambiar también tu nombre.

—Y así nadie me relacionaría con la vida pasada, ¿no?

—Claro. No debes perder el tiempo exigiendo la conformidad ajena —le aconsejó el maestro—. Y la generosa Miao jamás revelará nada que vaya en tu desfavor.

Shui sonrió con cómica medida y afirmó con suma lentitud.

—Todo esto es una bendita locura —y emitió una voz decididamente emotiva—. Aún no he aprendido a volar, y la prevención y el temor han sido los compañeros de mis últimos años. He sido juzgada insidiosamente y he pasado por el amargo trance de ser vejada sexualmente. En algún momento me sentí perdida y hasta temí morir. Pero sí, veo necesario cambiar de identidad e iniciar una nueva vida con otro nombre.

Xu Jun dulcificó sus atractivas pupilas grises y la penetró con la mirada. Le preguntó obsequioso:

—¿Y cuál te gustaría adoptar?

Shui utilizó todo el poder de destrucción interior que poseía en su conciencia, y desalojando un

pasado que aborrecía, calibró las consecuencias futuras.

—Me llamaré LiTuan, «flor de loto» —se decidió—. Era el nombre de mi abuela materna, que era una *han* como tú, y a la que quería con delirio. Para la boda deseo ser llamada así. ¿Lo apruebas?

—Es hermoso, querida. ¡LiTuan! —musitó satisfecho.

Shui espació sus palabras con cuidado, con ternura.

—Los dos hemos descifrado juntos el signo futuro de nuestras vidas. Hemos venido el uno al otro, como si nos hubiéramos estado buscando desde que nacimos, Xu Jun. Tú has significado el gran milagro de mi vida.

—Era nuestro destino y he acertado con la mujer —le sonrió y la estrechó, para después probar la dulzura de su boca.

Caminaron bajo una hilera de robles vetustos y cruzaron dos puentes de piedra, sin hablar, pegados el uno al otro, mientras admiraban los banales de lotos en su floración más hermosa y un grupo de brillantes patos mandarines que se refrescaban en sus aguas. La tranquilidad del entorno los colmó de armonía.

El cielo se estaba cubriendo de una sutil neblina que difuminaba los palacios de la antigua capital de las once dinastías, las moreras centenarias, los viejos tejados granates y los aleros dorados de las pagodas.

Shui y Xu Jun ordenaron sus sentimientos, envolviendo sus evocaciones con miradas de fervor mutuo. Sus corazones les dictaban que no lamentarían jamás haber tomado aquella decisión y que su compromiso sería de por vida.

Habían doblado una esquina y ya no volverían atrás.

Una fina lluvia lo calaba todo y comenzaban a florecer los tulipanes de otoño en Pekín. Xu Jun había partido de Shantung, donde había convivido unas semanas con su familia y comunicado su decisión de casarse con una muchacha de modales exquisitos, educación esmerada y con sangre de reyes.

La alegría de su clan fue máxima, y más cuando les aseguró que para primavera los visitaría y la conocerían en persona. Arribó a la gran capital de los manchúes en una diligencia atestada de funcionarios y damas de aristócratas. Tomó habitación en el albergue El Descanso Apacible de la calle del Pozo Imperial, la más extensa y animada de la capital, y a la mañana siguiente envió a un criado solicitando audiencia en el Ministerio de Ritos y Nombramientos.

Desengañado de ilusiones, pensando constantemente en Shui y dispuesto a iniciar una nueva vida, aguardó a que lo convocaran. Extrañamente pasaban los días y no recibía ningún aviso. Paseaba mientras tanto por la ciudad donde resonaban todas las tormentas del reino y donde el Hijo del Cielo gobernaba con mano tiránica a sus súbditos, que seguían creyendo que los comunicaba con los dioses desde su idílica Ciudad Prohibida.

«El hombre más solitario de China. Solo y desamparado hasta la angustia, que es la peor de las vidas», pensó de Su Majestad, el cruel Yongzheng.

Observaba las calles rectas y amplias como trazadas por un cartabón, una regla y una plomada, y cortadas por otras transversales, en las que resplandecían artísticos arcos que cruzaban los soldados, los comerciantes y los bulliciosos pekineses, tan activos y vocingleros, en medio de un aire húmedo y acuoso.

Contemplaba con indiferencia a los altos funcionarios erguidos en sus ostentosos palanquines por la calle del Dios Caballo, haciéndose notar en el mercado del Asno, o en la calle de la Cortina Abierta, o comprando joyas innecesarias, libros y tintas en el Arca de Porcelana.

«Casta podrida y carcoma del Estado. Ladinos y venales hurones que se creen tigres», pensó.

Al fin, mientras escribía un poema a Shui, recibió una nota del mismísimo ministro *oneige* de Ritos, el honorable Fan Shiyi, que lo convocaba al día siguiente en sus oficinas, tras dos semanas de espera. Asistido por una camarera se bañó, afeitó su frente y cabeza al estilo manchú, como era preceptivo hacerlo, peinó en una trenza su cabellera negra, y perfumó su cara y vestidos, cubriéndose con una vistosa capa ribeteada de armiño y calzándose con botas de cordobán.

Su rostro ovalado, fina boca, inquisitivas pupilas, gallardía y cultura profunda afloraban en su viril porte. En su opinión el placer por lo refinado incluía todo, desde la música al arte y desde la filosofía a las matemáticas, y de estas al saber presentarse convenientemente. Su sabiduría corría pareja a su agudeza y esos méritos habían sido valorados cuando accedió al título de Maestro Imperial. Mientras se acercaba al señorial edificio el sol escapó de un entramado de nubes e hizo brillar con su luz lánguida los azulejos esmaltados de sus sagrados guardianes: los dragones imperiales.

Llegó a sentirse algo azorado, pero recompuso su postura.

Goteaban de los aleros los hilos de agua helada, y entraban y salían sin cesar los adustos secretarios, los altivos funcionarios del quinto, sexto y séptimo nivel y los huraños escribas con carpetas en la mano. China se encontraba atrapada entre las fauces de aquellos funcionarios voraces. El envilecimiento, la adulación, el soborno y la corrupción degradaban la vida política del país. No era de extrañar que el pueblo los detestara.

De repente recordó sus años de estudios, exámenes y oposiciones incesantes. Arduo tiempo de sacrificios indecibles y evidencia de gran voluntad. Trajo a su memoria cómo siendo aún un joven sin experiencia, aprobó en su ciudad natal la convocatoria de «talento floreciente» que le permitió acceder a los ejercicios de nivel superior, donde pasó con éxito la selección para maestro *jurén*. Superó luego las difíciles pruebas en su prefectura, adquiriendo entre un millar de alumnos el título de doctor o *jinhí*. Eso le facilitó la oportunidad de ser admitido al examen de palacio y demostrar su valía en las celdas de exámenes de la Ciudad Púrpura, donde acudían sabios aspirantes de todas las partes del Reino del Centro.

El gran concurso se realizó ante el Ministro de Nombramientos, y fue inspeccionado por el mismísimo emperador Kangxi en persona. Se sabía de memoria los Cuatro Libros y los Cinco Clásicos de los Cambios, de Poesía, de los Ritos, de los Documentos y la Crónica de la Primavera y el Otoño. Y era además un experto de los ábacos, matemáticas y filosofía.

Nunca olvidaría la atmósfera fastuosa, formal y paralizante del Palacio de la Sagrada Armonía, donde obtuvo una de las calificaciones más sobresalientes: «círculo lleno», que revelaba que había contestado a casi la totalidad del cuestionario con distinguida capacidad. Y como nuevo Maestro Imperial le fueron impuestos la túnica azul y negra y el birrete de «cabeza de gaviota». Finalmente, en una pequeña audiencia privada, el *Bixia* le entregó en mano la «Flor de Oro» y el título en pergamino rojo.

Después vendría la llamada para el proyecto de agentes imperiales de Nian Gengyao, y su

posterior odisea, que aquella misma mañana debía concluir.

¿Pero con qué porvenir? Recelaba del viejo ministro. Conocía cómo las gastaban aquellos afectados funcionarios imperiales, figuras patéticas que él mismo había investigado, apartados del dolor de quienes administraban y siempre por encima de ellos, altaneramente, preservando su autoridad y privilegios, maquinando conjuraciones y haciéndose cada día más ricos.

La más arcádica civilización de cuantas deslumbraban en la tierra se veía abocada al gran vacío, y ellos eran los que la empujaban al precipicio. Sabía que el ministro valoraría su título, su cuna y sus méritos, pero también que se mostraría con desconfianza y menosprecio. Pero aún se vivían tiempos de obediencia, sumisión e hipocresía, y sería tratado al menos con respeto.

¿Pero cómo acogerían su inesperado regreso?

Más allá de la puerta del ministerio le aguardaba un tiempo nuevo y de lo que se decidiera en él, la posición en su mundo ya no volvería a ser lo que había sido antes. Giró con desconfianza el picaporte dorado y se dispuso a retar a su destino.

Él sabía que en la vida a veces basta con un solo golpe eficaz del azar.

El largo invierno de la espera

Precedido por un rígido secretario de andar torpe, avanzó Xu Jun por un pasillo abovedado y esculpido con dragones. El ministro prefería recibirlo en el aislamiento de su gabinete personal, lúcidamente decorado y con decenas de legajos sobresaliendo de los estantes. Olía a tinta y papel.

—El Maestro Imperial Xu Jun de Shantung, Excelencia —lo anunció el ayudante bajando la testa.

—Pasad —lo animó un viejo de dientes prominentes, trenza, bigotes y perilla lacios y nariz roma, donde reposaban unas antiparras europeas. Su piel arrugada se asemejaba a la de un lagarto. Tajante en el trato, estaba sentado en un diván damasquinado, tras una mesa baja llena de pinces, receptáculos de plata, sellos y plumas de sandáraca.

Fan Shiyi era un viejo burócrata de figura atildada, seguidor de Confucio y amante de los placeres y el oro. Y como todos los funcionarios de alto rango, era corrupto, autosuficiente, fatuo, sutil y deshonesto. Y su mirada delataba altanería.

—Que el Augusto de Jade os preserve, Señoría —lo saludó Xu Jun, alzando los puños y con un inalterable optimismo.

Sin demasiada condescendencia le contestó:

—La mayoría de los Maestros Imperiales merecen el apelativo de sabios, pero solo algunos el de elegidos, como vos. Solo hay que ver la continencia de vuestros modales, el esmero en el atuendo, vuestra reservada tenacidad y reconocida sabiduría.

—Gracias, honorable Fan Shiyi —contestó Xu Jun, inclinando la cabeza en señal de respeto y gratitud.

—Aún recuerdo el semblante del Hijo del Cielo, Kangxi, cuando revisó vuestro examen. Quedé impresionado —recordó.

El funcionario saboreó con lentitud una noticia que estaba seguro sorprendería al Maestro Imperial, y prosiguió reservado:

—Excusad la tardanza en convocaros, pero ya sabéis que el palacio anda revuelto con el insospechado arresto del general Longkodo, jefe del Regimiento del Estandarte Dorado, y caballero de confianza de Su Majestad. El cielo vengador ha acertado esta vez con su víctima. ¡Ciertamente!

El rostro de Xu Jun era un clarín de asombro.

—Nada sabía, Excelencia. Os escucho con serenidad.

Al ministro se le veía gozoso. Detestaba a Longkodo.

—Se veía venir, y mi información no puede ser más fidedigna. Ayudó a nuestro *Bixia* a auparlo al trono, sobornó a las personas indicadas y en estos tres años ha intentado compensarse con una

avariciosa desmesura y una tiranía abominable.

—Los generales solo son fieles a los reyes victoriosos.

El alto funcionario siguió poniéndolo al corriente:

—Indudablemente —replicó el ministro—. La amistad entre el Dragón Sagrado y ese taimado zorro no era posible. Cuán cierto es que el poder atrae como a la mariposa la llama de una vela.

—Y se ha acercado tanto al fuego que se ha quemado y el soberano está furioso por su conducta. Toda autoridad excesiva dura poco, señor —señaló Xu Jun, que no quiso revelar el ordenamiento de los asesinatos perpetrados por el monje *Lanzo*.

Lleno de una gozosa serenidad que sorprendía, prosiguió:

—Longkodo se halla en arresto domiciliario y ya no podrá simular grandes gestos y desafíos inútiles. Y así estará unos meses para que recapacite sobre su desafío al emperador. Luego pasará a la Torre de los Tambores, donde penará su culpa entre cadenas y ahogado en su propia mierda, y finalmente será ajusticiado, como es costumbre, culpado de un delito de lesa majestad. No os diré que lo lamento, pues ha sembrado a su alrededor un odio irreconciliable.

Al maestro se le quedó el rostro como una máscara. Recordó a Xiaomei, y experimentó una satisfacción intensa. «Al fin es libre plenamente de las bellacas intenciones de ese bastardo.»

—«Aborrece a los tiranos y desenmascara a los embusteros», como nos enseña el maestro Confucio. El general era conocido porque ejercitaba ambas «virtudes». No era un consejero querido, sino temido —intervino Xu Jun con respeto.

—Esa fue su equivocación, querido amigo. Era como un perro desquiciado que ladraba para asustar, pero no mordía más que a los débiles y miserables. No faltará tierra para cubrir su ataúd —aseguró el ministro, y con un gesto dio por concluida la referencia al militar caído en desgracia.

La sorpresa que había deparado en Xu Jun había sido colosal, y una desconocida excitación, pues abría para Shui y Xiaomei perspectivas insospechadas. En actitud pensativa aguardó la proposición del burócrata.

—En vuestra carta de presentación —prosiguió—, nos decíais que deseabais reintegraros en la administración del Estado, como os corresponde a vuestra estirpe y preparación.

—Así es, honorable Fan Shiyi —corroboró.

El ministro negó con la cabeza, y le lanzó una mirada torva. Sabía que procuraba hacerse el inaccesible, pero una fría y ostensible reserva lo envolvía.

—Pues en vuestra prefectura y en las limítrofes, y concretamente en la ciudad donde vuestro padre ejerce la inspección de la sal, no hay ningún puesto vacante. Lo lamento —le soltó sin mirarlo a la cara.

Xu Jun sabía esperar, ser paciente.

—Con el debido respeto, Señoría, os diré que desde hace un año me he establecido en la ciudad de Xian, donde ejerzo de mercader de té. Nada apetecible para mí e impropio de mi rango, aunque procure pingües dividendos —explicó Xu Jun, y manoseó una caja de taracea que portaba en la mano, y que a todas luces era un obsequio para el ministro, que la miró con golosa avidez.

Fan Shiyi era un administrador astuto e intuitivo, pero Xu Jun conocía la forma de ablandarlo. Se incorporó y con la cerviz inclinada colocó la caja repleta de monedas de plata encima del escritorio, manifestando como quien está obligado a hacerlo:

—Es una humilde dádiva que apenas si compensa el esfuerzo, la bondad y la dedicación de Vuestra Señoría hacia mi humilde persona —dijo en tono sugerente, viendo que el anzuelo que le había arrojado había caído en el lugar apropiado.

El ministro compuso un falso gesto de reflexión y de templada circunspección, sin tan siquiera mirar el cofre. Los nombramientos se hacían en el mandato manchú, como antes en la dinastía Ming, o la Han: siguiendo criterios estrictamente aristocráticos y de nobleza de sangre, aunque hubiera méritos añadidos como en el caso de Xu Jun.

Así que destiló unos segundos de espera, y como si Confucio en persona le hablara al oído, repuso triunfal:

—¡No obstante, me venís como caído del cielo, Xu Jun! Me ha venido a la memoria un problema que abruma al emperador. ¿Sabéis que desde hace dos años ningún alumno de Xian ha aprobado los exámenes de Maestro Imperial? Precisamos de una persona de saber profundo y acostumbrado a lidiar contra la ignorancia y la apatía, que reflote como director esa ociosa Academia de Filosofía, Arte y Matemáticas de esa ciudad. ¿Aceptáis?

Xu Jun hizo como que sopesaba el ofrecimiento, cuando lo deseaba con toda su alma. Al fin respondió:

—Si Su Excelencia y el divino *Bixia* así lo creen conveniente, pondré toda mi ciencia, mi saber y mi experiencia para que esa Academia Imperial recobre el lustre perdido. Lo acepto, Señoría.

Con la misma resonancia de orgullo y vanidad, dijo:

—Obráis con cordura, maestro Xu Jun. Nian Gengyao siempre me habló de vos con excelente opinión, y recuperaros para la administración imperial vendrá a resolver un problema grave.

—Os quedaré eternamente agradecido, Excelencia.

Como si le concediera el don de la indulgencia, repuso:

—En absoluto, Xu Jun. En breve enviaremos al gobernador de Shaanxi vuestro nombramiento, y en unas semanas ya podréis haceros cargo de la dirección de la Academia Imperial. Vuestros emolumentos y prebendas harán que despreciéis las ganancias de la mercadería, os lo aseguro —le vaticinó—. Los alumnos y sus familias patricias suelen ser muy dadivosas.

Y cuando Xu Jun se disponía a incorporarse del asiento y marcharse, esgrimiendo una radiante sonrisa, fijó su mirada en el ministro.

—Señoría, excusadme —manifestó cortés—. He rescatado este informe confidencial referente a la todopoderosa Maestra de Concubinas, la señora Kumiko, y al Gran Eunuco, Yan Yan, en el que se evidencian faltas impropias de unos servidores de Su Majestad. ¿Tendríais la amabilidad de entregárselo al honorable Qing Shilu, Supervisor de la Moralidad Pública? Según pruebas que se acompañan, salen con asiduidad de la Ciudad Púrpura, y también de Pekín, y cobran grandes cantidades por procurar cargos públicos, que se embolsan y que también envían a sus familias, convertidas en potentadas. Les agrada enfangarse en el lodo de la envidia y la crueldad con las mujeres.

—¡Dos personajes bastos y arteros —exclamó el jactancioso ministro—. Este medio hombre acumula un desmedido poder y merece un escarmiento, y la maestra posee demasiada influencia en el trono. Los Maestros Imperiales detestamos a esos dos fanticos que simulan ingenuidad y cortesía, cuando en verdad son dos alimañas. No solo se lo traspasaré a Qing Shilu, sino también al Registro

Imperial de Eunucos y Cortesanos. De ser cierto que aquí se expone, no os quepa duda de que serán «apartados» de sus influyentes funciones, y en poco los veremos fregando las letrinas de la guardia imperial, o con el pescuezo cercenado.

—Debe de ser bochornoso y ofensivo para un ministro del *Bixia* verse oscurecido por semejantes personajillos, Señoría.

—Humillante, maestro Jun —respondió, bajando los ojos.

En Xu Jun no hubo ni una chispa de remordimiento.

—No soy vengativo, os lo aseguro, pero el castrado se ha comportado como una sabandija con personas íntegras de palacio a las que admiro. Es un mal bicho, un canalla que no contento con dañar a quien le hace sombra y perjudicar a inocentes, acaba de clausurar el monasterio que ocupábamos los agentes imperiales de Nian Gengyao, dejando en la más absoluta miseria a los pobres monjes limosneros que vagan por Pekín como mendigos. Y todo por venganza hacia la hermana de Nian, la favorita de nuestro emperador, que era su bienhechora —le reveló.

—Deleznable conducta que obtendrá un castigo ejemplar, os lo aseguro. El mismo *Bixia* se alegrará de conocer que convive con una serpiente venenosa. Bienvenido a la administración imperial, maestro Xu Jun, y que Buda y Confucio os iluminen en vuestra nueva labor —concluyó esgrimando una falsa sonrisa.

—Quedad en la paz del Iluminado —contestó.

Xu Jun no cabía en sí de gozo cuando salió del palacio. La luz del mediodía le pareció infinita. La noticia de la detención del general Longkodo había corrido por la capital como un viento impetuoso. Pensó en la nueva función para la que había sido nombrado, y le cautivaba. Perseguiría la supremacía de la inteligencia sobre la superchería, sobre la religión paralizante y la obediencia ciega a unos preceptos insensatos.

Sostenía en su fuero interno que la realidad del mundo se hallaba en la observación y el descubrimiento de la naturaleza y el cosmos, los verdaderos maestros del hombre, y no en las fábulas sobre las deidades falsas a las que solo se acogen los rebaños de individuos lerdos y zafios.

Buscaría maestros entre los mejores científicos, filósofos, geógrafos, matemáticos y legistas de la provincia, y mostraría a sus alumnos un mundo nuevo sin medias verdades, sin monjes falaces o preceptores embaucadores que todo lo cifran en el capricho de unos dioses sedientos de sangre y ofrendas inútiles que los enriquezcan a ellos y amordacen a los crédulos.

Partiría en dos días hacia Xian, y pensó en la artera dama Kumiko, en Yan Yan y en el general Longkodo, tres corruptos farsantes y ávidos personajes de los que suelen brotar al olor del oro y el tufo del poder en los tronos de los reyes. Era el pecado más antiguo de la herencia humana, un mal que atacaba sobre todo a los poderosos: la codicia. Una enfermedad para la que no existía remedio alguno.

«La justicia es dar a cada uno lo que merece. Nada más.»

Aquella noche, un firmamento amoratado se enseñoreó de Pekín, la capital dormida y silenciosa, y del enamorado impaciente; y mientras pensaba en Shui, una nube azabache, como un jirón sombrío, partió en dos el astro lunar. Así había sido la vida de los dos, una existencia fragmentada por el destino.

El viento soplaba inclemente en Xian y sus remolinos hacían aletear los copos de nieve. Un finísimo

velo de niebla envolvía los tejados y las cumbres cercanas. Shui miraba desde el ventanal hechizada por la mágica atmósfera y cómo la urbe se desvanecía de forma fantasmagórica ante sus ojos. Un balsámico aroma a incienso flotaba en la cámara de Shui, donde reinaba un silencio pleno de misterio y sensualidad.

La vida, cómplice con sus deseos al fin, se le abría de par en par con todas sus satisfacciones y esperanzas consoladoras.

Xu Jun, que había regresado a Xian con tan valiosas y óptimas noticias, buscó la soledad con Shui, y juntos permanecieron un tiempo saboreando el silencio de sus miradas y deseos. El Maestro Imperial estaba amorosamente prendado de la joven, que lo miraba con tal afabilidad y naturalidad que a él le parecía un milagro. Shui, que lo consideraba el culpable de su transformación, le habló con dulzura:

—Ahora que eres una persona tan respetada en Xian, y has alcanzado la reputación y consideración que merecías, ¿por qué sigues con esta insignificante mujer de pasado tan despreciable?

—Porque ahora deseo alcanzar la felicidad contigo, Shui.

—Tú has llenado el vacío que gobernaba mi existencia, y la escarcha de mi pasado la has deshecho con tu fuego. Antes solo era una sombra en la pared y ahora un ser querido que ama.

—La verdad es que has cambiado como el invierno cambia los árboles, pero para criarlos más bellos en primavera, Shui.

Su voz grata y sus modales selectos le conferían una imagen de reina. Susurrante, le contestó:

—Porque bajo tantas cicatrices, aún sigo estando yo, Xu.

El deseo los agitó. Shui se desnudó en una indolencia desinhibida, y su aterciopelada suavidad, donde solo unos aretes de jade destacaban en sus rosados lóbulos, deslumbró a su amante.

Shui ungió el cuerpo de Xu Jun con agua de rosas y jazmines y lo atrajo hacia sí, lamiendo durante largo tiempo sus labios. Permanecieron un rato inmóviles, estudiándose con ternura, hasta que Xu Jun, con sus codiciosos dedos, acarició sus senos gráciles y sus oscuros pezones que palpitaban con el tacto. El amante la empujó con ternura hacia el lecho y la apretó con fuerza. Shui percibió relampagueantes sacudidas de placer.

El olor del acto de amarse era para ella el más afrodisíaco de los excitantes. La mirada y los movimientos denotaban el fuego interno que los invadía, y tras un largo rato de caricias, besos, mimos, empujes y gemidos penetraron en sus sexos, que quedaron deleitosamente desmadejados.

Después, silenciosos, desnudos y abrazados, contemplaron tras el ventanal la oscuridad de la noche; y titilando en el desmesurado firmamento, vieron cómo se esparcían entre las nubes miríadas de estrellas.

Hacía frío y la mañana estaba deslucida, mustia y umbrosa. El cielo mostraba una mezcla de plomizas tonalidades que anunciaban la posibilidad de lluvia y nieve; y a la niebla matinal le costaba trabajo disiparse.

Shui era un marjal de dudas. Conocida la detención y arresto del general Longkodo y la promesa de casamiento de Xu Jun, no se decidía a escribir a Xiaomei y alterar su vida de retiro. Pero lo

precisaba, y al pasar las horas en su rostro menguó la duda y su expresión dubitativa se difuminó. Sabía que en la cámara de Xu Jun había una mesa de dibujo y escritura con un revoltijo de tintas de colores, tinteros de peltre, pinturas, recipientes de porcelana, papel de arroz y pinceles.

Se acomodó y escribió con rasgos firmes:

Que el Iluminado te preserve, querida hermana.

Tengo novedosas confidencias que anunciarte y te pido indulgencia por quebrar tu quietud en el Manantial de las Lágrimas.

Mi alma destila gozo al conocer la noticia de que quien maquinó tu muerte y urdió tu desgracia, el pérfido general Longkodo, personaje propenso a la mentira a pesar de ser consejero principal del emperador Yongzheng, ha caído en desgracia y desaparecido de la escena política y de las decisiones de gobierno de la Ciudad Púrpura y del Reino del Centro.

Su nombre y sus viles acciones han sido empujadas por el viento, como hojas secas de otoño. El recelo a su perversa sombra no debería retenerte ya en las lejanas tierras de Kyzil. Y si es tu deseo que no vivamos separadas, ha llegado el momento de hacerlo realidad.

Xu Jun, al que amo cada día más, ha sido nombrado por el Ministro de Ritos y Nombramientos, rector de la Academia Imperial de Xian, ocupación que ya ejerce con su proverbial sabiduría y rectitud, que lo eleva a los de más prestigio y rango social de esta ciudad.

Has de saber que para encubrir para siempre mi pasado, en modo alguno infamante, pero sí incomprendido por mor de la naturaleza de quienes hemos conocido y del destino que ocupamos, he cambiado mi nombre, y ahora respondo al de LiTuan, «flor de loto», en deferencia a nuestra recordada abuela materna, aunque sí sigo presentándome como hija y descendiente de los Tang, de la vieja casta del valle de Chambí.

Espero que lo apruebes.

Para el próximo verano, después de las fiestas de la Brisa y los Pájaros, es deseo de Xu Jun que celebremos la boda según el antiguo rito en su ciudad natal de Shantung y ante su aristocrática familia. Sería mi deseo que tú, a quien más aprecio en esta tierra, me hicieras el honor de entregarme en la ceremonia nupcial y ocupar el puesto de nuestros padres. Eres lo único que me queda de mi sangre, y ahora que el gran rompecabezas de mi vida encontró la solución para todas sus piezas, te necesito.

El pesar y el miedo, esa patria común de todos los seres humanos, ya no reina en mi alma, antes atribulada. Los sueños incumplidos, la resignación y la angustia huyeron de ella.

Esperaré tus noticias con impaciencia, después de haber tomado este nuevo rumbo. Ya sabes que solo deseo que estés a mi lado, mi querida Taizhen, y que seas tan feliz como el Augusto de Jade decida en su celeste providencia.

Beso tus mejillas y rezo por ti.

Undécimo mes del año de la Cabra, tercero del emperador Yongzheng.

Luego la releyó con excitación, y se sosegó.

Se la entregó a Xu Jun, quien aprovechando el veloz y eficaz correo imperial, que diariamente partía para la frontera con comunicaciones de los ministerios y gobernaciones de la prefectura de Xian, la envió con carácter confidencial a la *paiyou* Taizhen en Kyzil. En tres semanas estaría en su poder.

El destino les había concedido el don de la indulgencia.

Se sucedieron las semanas gélidas y remisas al buen tiempo. El invierno se había instalado en Xiar con toda su crudeza y la lluvia empapaba los prados y valles, hiriéndolos con sus cuchillas de hielo y escarcha. Aquella estación, desde que era pequeña, enjaulaba a Shui en el desánimo, la apatía y la confusión.

En ocasiones, efímeras brisas templadas hacían pensar en una primavera aún remota. Celebraron con la primera luna nueva la festividad de Año Nuevo, después de festejar la ceremonia de la Purificación y pasear a Miao en una *hua-jiao*, «una silla de flores», por los salones de La Casa Dorada. Era el regalo por su generosidad junto a un abanico que Shui había pintado con peces en un riachuelo azul y crisantemos entre tallos de lavanda.

Xu Jun obsequió a Miao y a Shui con plantas de la inmortalidad de las que crecían en las islas Penglai, y Shui a él un reloj europeo de bolsillo, que el maestro celebró, pues le dispensaba una gran distinción.

Conforme las nubes se decidieron a desplazarse hacia el mar, límpidos cielos azules dejaron ver un sol asustadizo, caprichoso y tibio. Se oyeron los primeros revoloteos de los vencejos y calandrias, los limones luneros colgaban de las ramas y los narcisos, mimosas y peonías comenzaban a florecer. La primavera se aproximaba, pero no tenían noticias de Taizhen, y la joven prometida sufría en silencio.

A veces cuidaba a los sobrinos de Miao, y se sentía pagada con su inocente y alegre compañía.

Shui y Xu Jun preparaban y adecentaban la mansión en la que vivirían en el futuro, adquirida gracias al propicio negocio que había supuesto la venta de las sacas de té, a las que habían quintuplicado su valor, y dado paso a convertirse en negociantes muy reclamados del preciado producto. Era un inmueble de color pálido, hogareño y alegre, situado en el barrio alto de la ciudad, y abrigado por la muralla y los viejos palacios imperiales. Una delicada decoración se mezclaba en armónica mezcolanza con las maderas de roble, los aleros de estuco y los muebles de caoba.

Un jardín umbrío y melancólico donde crecían las moreras, los blancos almendros y los sauces olía a peonías, orquídeas, camelias y lotos, y las hiedras cabalgaban sobre los muros de porosa piedra. Pero a veces, Shui sacudía tristemente la cabeza, envuelta en una nostálgica impaciencia, como si quisiera acelerar el tiempo que transcurría con torturante lentitud.

Cierta mañana en la que se hallaba sola, decidió deshacerse de los objetos personales que la

vinculaban con el pasado. Se veía como una mujer nueva. Avivó el fuego del hogar y fue arrojando en él sus pertenencias más queridas que aún guardaba de la Ciudad Prohibida: algunos escritos, unas estolas de seda que había pintado en el harén, el cinturón dorado y la túnica violeta bordada en jade de pintora real, la credencial de *Dama Guifei*, la sentencia del tribunal imperial y el certero «mapa del dragón» que había significado el encuentro con Xiaomei. También quemó el contrato de la casa de té comprado por Miao. Era otra persona, y así ofició la ruptura con lo acontecido antes en su vida.

Derramó algunas lágrimas, pero no lo lamentó.

Sin embargo, su hermana no respondía a sus apremiantes deseos expuestos en la carta enviada hacía ya meses. Dotada de ese fino tacto para comprender a sus seres queridos, entendía que Xiaomei no deseara abandonar su vida de quietud y adoración de sus devotos. Pero aguardó impaciente. Contestaría.

En el círculo de sus amistades se hablaba del nuevo y próximo matrimonio, y Shui se entristecía pues no llegaban las noticias que esperaba. La presencia de su hermana era capital para ella. Permanecía a veces abstraída y cabizbaja como si la abrumara un sentimiento de pérdida, y su recuerdo de Xiaomei le resultaba más agrio que dulce.

Aquella misma tarde, cuando ya no esperaba contestación de Xiaomei, se volvió a mirar alertada por un ruido. Unos pasos sobre las hojas secas lo habían delatado. Expectante vio llegar hasta la puerta a un monje de túnica azafranada que preguntaba por el Maestro Imperial Xu Jun. Dejó la carta a un sirviente y recibió una limosna que agradeció. El viento gélido había cesado y la luz era deslumbrante, y el aire, húmedo y espeso, estaba impregnado de los olores de la floración.

El mensaje de Xiaomei no podía haber llegado en momento más necesario para el ánimo de la joven. Shui esperó la llegada de Xu Jun, y mientras tomaban una olorosa taza de té, la leyó.

Ruego a Xuanwu, el espíritu del Cielo del Norte, sea con vosotros y os otorgue todo tipo de bendiciones.

Ignoro cuándo llegará la carta, querida Shui, pues los caminos están intransitables, aunque espero que no demasiado tarde. He dudado lo indecible en tomar una decisión, y aunque las noticias recibidas han alegrado mi corazón de forma inexpresable, mi deber para con mis semejantes me obliga de por vida.

Mi corazón se liberó al fin de sus angustias, porque el tiempo es el juez más implacable de la vida. El suplicio de entonces, aquel que hemos padecido las dos por nuestra separación, era parte de la felicidad que ahora gozaremos.

Está claro que el poder es el mundo de los hombres y en modo alguno se halla en los labios de una mujer, por muy inteligente que esta sea. Prefieren a las que ríen y no a las que recapacitan. Por eso he elegido una vida de retiro y soledad.

Cuando nos separamos en el Templo de Dafosi, dentro de mí se produjo un sentimiento que me sacudió física y espiritualmente con intensidad. Fue una terrible violencia para nuestros espíritus, que dentro de poco se sosegarán para siempre.

Pero te explicaré. Expuse mis incertidumbres y deseos al prior *Lanzo* de mi monasterio de Kyzil, un ministro de dios compasivo, quien se puso en contacto con el superior del Templo Adoratorio de la Gracia Maternal de Xian. La respuesta fue inmediata: necesitan un *apan-hoei*, una actriz de teatro sagrado, y una *paiyou*, una mujer sagrada, por lo que me acogerían con los brazos abiertos en su cenobio, donde también conviven religiosas *tao* de la diosa Shao Lin y monjas budistas que cantan a la deidad de la Comprensión.

Con ellos viviré ejerciendo mi ministerio.

Él sabe que con las *paiyou* su santuario adquirirá una notoriedad sobrada y cuantiosas limosnas. De modo que para el festival de los Barcos Dragón, en primavera, perteneceré a ese santuario, donde interpretaré las danzas sagradas y el teatro ancestral. Y ya solo la muerte nos separará, querida niña. Nada me hará más dichosa que entregarte a la familia del juicioso Xu Jun, un tesoro de experiencia y voz de la prudencia, un semejante de virtudes señaladas que te hará feliz.

Aunque ninguna cosa es para siempre en esta vida y en ella prevalecen las amarguras a la felicidad, muy pronto seremos una única persona y permaneceremos lejos de tiránicas maestras como Kumiko, cuyo recuerdo me produce repugnancia, como también de amos caprichosos.

Espérame. Llegaré con el vuelo de las cigüeñas.

Tu hermana, que te ama hasta el infinito.

—El futuro está en nuestras manos, Xu Jun.

Ellos sabían que del pasado solo les quedaba la memoria, un paño de seda blanca empapado de dichas y pesares en el que quedarían impresos unos años insustituibles. A Shui el cariño la dominó y selló con la sonrisa de sus labios, de su mirada y todo su cuerpo la unión con Xu Jun. Después se mantuvieron durante un rato hablando con gesticulaciones imprecisamente secretas.

Un sol rojo, como una inmensa bola púrpura, cubría de destellos las profundidades de Xian a la claudicante hora del crepúsculo. Los dos habían contemplado juntos muchos anocheceres en diferentes lugares y en diversos momentos, pero aquel abismo carmesí les infundió el valor que precisaban.

Acudieron a la mente de Shui imágenes de su tierra natal del Tíbet: los pasos suaves de su madre y de Xiaomei por la casa, el valle inundado de luminosidad, el acogedor cuarto donde su madre la alumbró, los tibios días del verano y el murmullo de los arroyos que nacían en las montañas de nieves perpetuas.

Evocó el suave perfume de los rosales de la casa de su abuela y el aroma de los almendros en flor. Parecía hechizada y sumida en un silente embeleso. Su cuerpo se hallaba abierto a los murmullos, a los aromas y a las sensaciones que la rodeaban. La cortina de seda cayó sobre la ventana y salió de su absorbente recuerdo. Ahora sí se veía dueña única de su vida y libre para tomar sus propias decisiones.

—Mis deseos son el reverso de los tuyos, Xu Jun —le confesó.

Las ascuas del hogar se habían consumido y comenzó a adormecerse, ingresando en ese estado ingrávigo de somnolencia en el que los sentidos perciben destellos no percibidos durante el día, agudizándose hasta lo ilimitado. Su espíritu se colmó de calma, esa calma que todo lo esclarece.

La tenue luz dibujó su silueta, incitantemente hermosa.

Nota del autor

Nota del autor

Me ilustré en detalles históricos y cotidianos de la China de los siglos XVI, XVII y XVIII en *La traición escrita*, de Jonathan Spence, en *Historia de la Humanidad UNESCO Vol. VI (China)*, en *Civilizaciones legendarias: La Ciudad Prohibida*, de Alexandra Prats, y en el espléndido libro *La empresa de China*, de Manuel Ollé. Intimé con las excelencias de la acupuntura oriental de la mano de mi amigo José Miguel González Guerrero, psicólogo y acupuntor

Notas

1. Un reino norteño independiente en el s. XVIII de la actual Birmania.
2. Su secreto es que poseía fibras de amianto.